



LÁCRIMA  
GRAGLIA

ESPADA  
DE AGUA

I.M. REDWRIGHT

LÁCRIMA  
GRAGLIA

ESPAÑA  
DE AGUA

I.M. REDWRIGHT

Derechos de autor © 2024 I.M. Redwright.

Todos los derechos reservados.

Los personajes, lugares y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, son una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Gracias a mi editor, M.A.S. por tu gran trabajo de edición, el libro queda mucho más completo después de tus consejos.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del autor.

Visita mi página web: <https://www.imredwright.com>

Sígueme en Instagram: @imredwrightauthor

Puede parecer que este libro cuenta una historia de venganza, sin embargo, no es así, o, al menos, no del todo. Este libro trata sobre la familia, sobre mantenerse unidos a pesar de los cambios que nos depara la vida. Así que, qué menos que dedicar este libro a mis hermanos, que esta historia nos sirva a los tres para recordar tan valiosa lección.

## *Contenido*

- [1. Heredera](#)
- [2. Hermanas](#)
- [3. Tarde y mal](#)
- [4. Mensajera](#)
- [5. Baile](#)
- [6. Un desgarrador adiós](#)
- [7. Investigación](#)
- [8. Plan de huida](#)
- [9. Inaudito](#)
- [10. Fuera de palacio](#)
- [11. Santigua](#)
- [12. Paso](#)
- [13. Vaena](#)
- [14. Reencuentro](#)
- [15. Esperar](#)
- [16. Rezos desatendidos](#)
- [17. Información crucial](#)
- [18. Búsqueda](#)
- [19. Puente de la Reina](#)
- [20. Culpable](#)
- [21. En casa de nuevo](#)
- [Epílogo](#)

## Una pequeña aclaración antes de la lectura:

*Espada de Agua 1: Lágrima Graglia* es una precuela de la saga *La Decisión de la Espada*. Aunque esta novela protagonizada por Graglia se explica por sí misma y podrás disfrutarla sin haber leído mis libros anteriores, sí que cabe mencionar que éste es uno de estos casos donde lo ideal no es empezar por la precuela, sino por la saga original (más concretamente, habiendo leído por lo menos los dos primeros libros de la misma).

El camino para disfrutar de la lectura nunca dispondrá de mejor guía que uno mismo, así que puedes embarcarte en esta lectura sin haber leído *La Decisión de la Espada*. A continuación, te muestro una breve explicación de este mundo de fantasía, para que así puedas comprender mejor la historia:

El mundo de Alomenta se compone de cuatro reinos, los cuáles se sitúan alrededor de un vasto y peligroso lugar conocido como el Vacío, donde ningún hombre en su sano juicio se atrevería entrar. Los reinos se distribuyen de manera que cada uno de ellos limita su frontera con una nación ante la que son vulnerables elementalmente y otro ante el que son fuertes, de este modo, el Reinado del Agua (el Aquadom) linda con el Reino de Fuego (Firia) y el Reino de Tierra (Tir Torrent).

Cada reino está protegido por espadas mágicas, capaces de invocar o controlar uno de los cuatro elementos: agua, fuego, aire y tierra.

El Reinado del Agua es siempre gobernado por una mujer perteneciente a la familia Dajalam y protegido por la espada sagrada Crystaline, la cual ofrece a cada una de sus portadoras una bendición, esto es, una manera en la que invocar el agua.

# 1. Heredera

Graglia respiraba con extrema dificultad. Su sangre se deslizaba por la piel de sus brazos desnudos hasta bañar el agua sobre la que luchaban. Sentía un incesante ardor en sus extremidades, la advertencia del agotamiento de sus músculos doloridos fruto del extenuante esfuerzo al que estaban siendo sometidos. A pesar de todo, tenía que seguir luchando si no quería morir allí, en la misma Sala de la Espada en la que había sido escogida como la Lágrima, la heredera al trono.

Su oponente no le daba tregua. Sus estocadas eran implacables, su fiereza incesante. Se trataba de un rival al que, por desgracia, no podía vencer, al que debía enfrentar con temor en sus ojos. No obstante, la mirada de Graglia no podía ser más condescendiente, consecuencia de estar sometida bajo el poder de la espada sagrada, Crystaline. La hoja de su arma estaba empapada en agua y, como resultado, su mente se hallaba liberada de cualquier atisbo de sentimiento, solo había cabida para el más puro raciocinio, un afilado instinto enfocado a acabar con su oponente. Sus manos sujetaban con intensidad la empuñadura mientras contemplaba los movimientos de su rival, calculando con frialdad cómo debía continuar el curso del combate. Estaba lista para la siguiente embestida.

*Aquí viene de nuevo.*

Bloqueó aquel potente espadazo a dos manos. Desvió una segunda estocada dirigida a su corazón, mientras que se apartó como pudo de un tercer ataque que, de acertar, le hubiera cercenado la pierna derecha. Para el cuarto embate simplemente se desplazó lateralmente de un salto hacia su lado derecho en el instante exacto. Encogió ligeramente su cuerpo, momento en el cual emanó un poderoso torrente de agua bajo sus pies que la impulsó hacia arriba, permitiéndole así escapar de un raudo golpetazo que se dirigía directo a su mandíbula.

Voló por los aires, hasta caer de nuevo sobre sus pies en la encharcada sala. Su bendición, invocar torrentes de agua allí donde cayeran gotas de la hoja de la espada, le había salvado de un ataque que con toda seguridad la habría dejado inconsciente.

Sus ojos imperturbados se encontraron con los de su oponente. Quería vencer a su rival, demostrarle su valía. Hacerse con la victoria no debía de ser tan complicado, ella tenía a su disposición el poder de la espada sagrada, su rival, en cambio, no manejaba más que una espada de acero normal y corriente. A pesar de tan evidente ventaja, era su sangre la que se precipitaba al vacío hasta diluirse con el agua de la Sala de la Espada, como también era ella la que hasta ahora no había hecho más que defenderse de las agresivas acometidas de su oponente. No era para menos, su rival era sumamente poderosa, sus movimientos calculados y fríos. Aquella oponente era ni más ni menos que su madre, la reina Dorethier.

Su parentesco no parecía significar nada para la monarca. Sus golpes no eran menos severos, sus estocadas parecían tan dispuestas a matar como si se estuviera enfrentando al mayor enemigo del reinado. No le ofrecía respiro alguno, tal era la rectitud con la que pretendía disciplinar a la heredera al trono.

La reina cargó, ofreciendo otra oleada de potentes y precisos ataques, dispuesta a extraer lo mejor de ella a base de espadazos sin compasión. Graglia sostenía a Crystaline con dos manos, esperando el momento idóneo para bloquear la siguiente estocada. La punta de acero se abalanzó sobre ella, lista a atravesarle el pecho. Echó su cuerpo hacia atrás, sintiendo el filo de la espada rozar su garganta. Después rodó por el suelo, gozando así de cierta distancia respecto a su letal

oponente.

Aprovechó aquella pequeña tregua para inspeccionar sus heridas, tal era la abundancia con la que sangraba que le era difícil decidir dónde focalizar su atención, sin embargo, los profusos pinchazos en su antebrazo izquierdo y en su vientre le dieron una pista de la prioridad de su tratamiento. Inclino la punta de la espada sagrada sobre una zona y luego la otra, permitiendo así que las gotas bañaran su piel. Las heridas se cerraron en un instante, como si jamás hubieran existido.

*Es mi turno*, se propuso. Realizó una estocada al aire hacia adelante, provocando así que varias gotas que emanaban de la hoja de la espada cayeran en el agua poco profunda de aquel rincón de la sala. Corrió en dirección a su madre y saltó en el momento preciso.

*¡Boom!*

El torrente del agua la propulsó hacia arriba, sostuvo la empuñadura de Crystaline con ambas manos de nuevo, lista para aprovechar el impulso y atacar en su descenso a toda potencia. *¡Clas!* El ensordecedor ruido de los aceros entrechocando inundó la sala. Durante un instante, hija y madre se retaron la una a la otra, sus aceros rechinaban el uno contra el otro, como si de un pulso se tratara, ninguna de las dos daba su brazo a torcer, Graglia sentía la fuerte tensión en sus antebrazos, igualmente, sostenía con tal dureza la empuñadura que sus falanges emblanquecieron. Finalmente, ambas retrocedieron.

Había ocurrido en aquel mismo lugar, ocho días atrás. Simplemente había empezado como un día cualquiera, despertándose y acudiendo a la Sala de la Espada, luego haciendo cola tras Alvia para probar suerte en su ritual. Aquella vez había tenido lugar un evento muy distinto, en el momento en el que Graglia había apoyado la punta de Crystaline sobre las aguas, éstas habían estallado en una profunda explosión acuática. Semejante evento tenía una única y clara explicación, había sido escogida por la espada sagrada, convirtiéndose en la Lágrima, la heredera al trono del Reinado del Agua. Todo había ocurrido muy rápido, ahora ella debía aprender de su madre, tanto a reinar como a manejar la espada sagrada con soltura. Y la viva prueba de lo duro que estaba siendo aquel aprendizaje era el arduo entrenamiento que estaba teniendo lugar.

Aquí venía otra vez la reina, rauda, letal. Dispuesta a atravesar de lado a lado a su propia hija sin el mayor remordimiento si ésta no demostraba las cualidades adecuadas.

Graglia extendió el brazo con el que sostenía a Crystaline, dejó caer algunas gotas de agua en el momento exacto. Su gesto no aminoró ni un ápice la carga de su madre, quien se encontraba ya casi sobre ella.

*¡Boom!*

Un torrente de agua emanó delante de Graglia, uno que pretendía actuar de barrera defensiva, pero que su madre esquivó hábilmente en el último momento con un impecable juego de pies. Tras aquel movimiento, la reina se dispuso a atacar con ansia asesina. El acero se acercaba de nuevo imponente hacia Graglia, trató de esquivar echándose a un lado, pero su actuación fue demasiado lenta, sintió el acero atravesar la carne de nuevo, justo en su vientre. Intentó retroceder, sin embargo, su madre era demasiado rápida como también sumamente diestra en el arte de la lucha, adelantándose hábilmente a sus intentos. Graglia no pudo hacer más que contemplar cómo el potente golpe con la palma de la mano se dirigía hacia ella, sin poder hacer nada por evitarlo. El golpetazo le impactó toscamente en la muñeca del brazo con el que sostenía a Crystaline, un preciso golpe que le adormeció la mano, causando que soltara la espada. El arma sagrada cayó hasta precipitarse en las aguas de la sala. Trató de recuperarla, no obstante, un contundente segundo golpe en su pecho le impidió hacerlo, lanzándola hacia atrás hasta caer de espaldas al agua.

Graglia se levantó, rauda, su mirada ahora desprovista de confianza y sosiego al no estar esgrimiendo ya la espada sagrada y, en consecuencia, no estar sometida a sus poderes. En su lugar, sus ojos azules ahora estaban repletos de furia. Su orgullo le dolía más que aquel intenso ardor en el pecho fruto del impacto. Corrió con sus pies descalzos por el agua poco profunda, tratando de abalanzarse sobre la espada sagrada y reanudar el combate. Sin embargo, su madre había sido más rápida, ésta había tenido tiempo de coger a Crystaline, eran ahora sus ojos los que mostraban una condescendencia terrible.

Su madre señaló en su dirección con la punta de sendas espadas. Graglia alzó las cejas, anticipando lo que iba a ocurrir.

“Maldita sea.” Se limitó a decir.

En un instante, su madre cargó contra ella, alzando sendas espadas. Graglia levantó los brazos, dispuesta a defenderse como pudiera recurriendo al arte del Kayta. Era consciente de que aquella técnica de combate cuerpo a cuerpo no sería suficiente para enfrentarse a alguien tan hábil en combate con armas, pero era eso o rendirse ante su madre.

La reina lanzó su primer ataque con la espada de acero, uno tan potente que la hubiera partido por la mitad, por suerte, la esquivó a tiempo. El segundo golpe, esta vez recurriendo a Crystaline, lo desvió golpeando con la palma de la mano los nudillos de su madre, demostrando así un uso notable del Kayta. No todo era malo, la bendición que el Aqua Deus le había otorgado a su madre le permitía invocar lluvia curativa, una habilidad de lo más ventajosa en campo abierto, pero inútil en una sala techada como en la que se encontraban. A pesar de ello, la mente de la reina estaba sumida bajo el poder de la espada sagrada, ofreciendo así mayor ferocidad y frialdad a sus golpes si cabe. Esquivó como pudo una estocada que iba directa a uno de sus brazos, luego rodó por el suelo para escapar de un espadazo que se dirigía a su rostro. Sintió el filo cortar la piel de una de sus mejillas, instantes después bloqueó con sus manos un ataque conjunto con ambas espadas, sostenía los brazos de su madre a la altura de sendos codos para impedirle así que concluyera su feroz ataque. Retrocedió como pudo, en un alarde por defenderse de tan insistentes y voraces golpes. Echó la vista atrás, se encontraba ya cerca de una de las esquinas de la sala, estaba siendo acorralada.

Debía estar sumamente alerta para bloquear los ataques o desviarlos. El Kayta era una técnica de combate cuerpo a cuerpo en el que las princesas eran entrenadas desde bien jóvenes. Se trataba de un arte de lucha que consistía en bloquear y desviar los ataques de un oponente a través de las manos y los antebrazos, como también de aprovechar la energía del enemigo en su contra. Semejante doctrina combativa establecía que el golpe más potente podía ser desviado de manera sencilla si el defensor propinaba un impacto en el lugar preciso del cuerpo de su oponente, que incluso una estocada mortífera podía tornarse inofensiva si una era capaz de bloquear el punto exacto del brazo del enemigo.

Recordando tal aprendizaje, Graglia alzó su antebrazo con precisión y realizó un rápido movimiento bloqueando el brazo de su madre, impidiendo así que ésta culminara su ataque con Crystaline. Antes de poder cantar victoria ante semejante bloqueo, sintió como la rodilla de su madre se abría paso hacia su estómago. Emitió un sonido mudo mientras echó su cuerpo hacia adelante a consecuencia del golpe, lo siguiente fue un agudo impacto en la coronilla con uno de los pomos de la empuñadura, para, finalmente, sentir una segunda patada en su torso tan potente que la lanzó contra la pared sin poder hacer nada por evitarlo.

Apretó los dientes al sentir la dureza de las paredes de la sala en sus huesos, cayó, apoyando las palmas de sus manos en el empapado suelo, tratando de recobrar el aliento. Su espalda le dolía horrores a consecuencia del impacto, también su torso, aunque especialmente molesto era

el agudo dolor en la coronilla, pero no quería ofrecer a su madre ninguna satisfacción adicional. Se tomó su tiempo, esperando a que el intenso dolor que acuciaba su cuerpo menguara, aunque fuera levemente. Tras tan humillante como necesario descanso, se puso de pie, adentrándose de nuevo en el agua y acercándose malhumorada hacia su madre, que se había desplazado mientras tanto hacia el centro de la sala.

Graglia notaba sus mejillas arder mientras caminaba por la encharcada sala. Su madre se mantenía inmóvil, ella era el vivo ejemplo de la belleza eterna del linaje Dajalam, su vestido blanco completamente empapado provocaba que estuviera ceñido a sus carnes, revelando así su esbelta figura inafectada por la edad. Su rostro se mostraba también indiferente al paso del tiempo, su piel estaba impecablemente tersa a pesar de haber entrado ya en la temprana sesentena y con aquel lunar tan distinguido sobre el lateral de su fruncido labio superior, aportándole un toque de elegancia.

Graglia continuaba en su avance hacia su madre, consciente de que aquel era el camino de la vergüenza, uno en el que se dirigía a su oponente, desposeída de su arma, humillada, aceptando su derrota. Se situó frente a su ella, observando que en su mirada ya no se percibía la condescendencia provocada por el poder de la espada, ahora en su rostro perfecto y severo simplemente se reflejaba la más pura decepción. Era increíble que, a pesar del obvio desencanto que se discernía en la dura mirada dirigida hacia su hija y heredera, no se apreciaba ninguna arruga en su frente por ligera que fuera.

La reina alzó el brazo con el que sostenía a Crystaline, situando su punta cerca de la mejilla derecha de Graglia, aquella que hacía nada había cortado. Graglia sintió la fría gota abrirse paso en su piel, siguiéndose de una leve picazón que anunciaba que la herida se había curado y desaparecido por completo. Aquel era un acto más de humillación, uno en el que tenía que recibir la curación de su oponente. Tras esto, la reina bajó el brazo.

“Me sorprende que, incluso a pesar de empuñar la espada más poderosa del reinado, no seas capaz siquiera de ponerme en el más mínimo aprieto.” Dijo su madre, su tono potente, pedante y desde luego desprovisto de cualquier mínimo atisbo de aprecio. “Será mejor que te centres de una vez si quieres estar a la altura del trono algún día.”

Graglia bajó la cabeza, abochornada. *Qué palabras más injustas*, se quejó para sus adentros, dolida con el hecho de que tal comentario proviniera de su propia madre.

“Aquí concluye el entrenamiento de hoy, el atardecer debe estar próximo.” Le indicó la reina mientras tanto acercándose al pedestal en el que descansaba la espada sagrada. Aquella sala era el lugar donde Crystaline era custodiada, toda una estancia dispuesta para ella sola.

Graglia se limitó a asentir. Durante un momento, le pareció que no sería mala idea responder a su madre, indicarle que sus palabras no eran justas y que no podía esperar que alguien tan novata como ella empuñando la espada sagrada pudiera poner en un apuro a alguien tan experimentada. No obstante, en seguida recordó que todo lo que tenía su madre de hermosa lo tenía de intratable, por lo que se limitó a darse la vuelta y caminar hacia la salida. Se calzó las sandalias, luego se estrujó su larga melena liberándola así de gran parte del agua que había acumulado y abrió la puerta, despidiéndose de los soldados que diligentemente vigilaban el acceso a la Sala de la Espada.

*Maldita madre presuntuosa. Tal vez, si me tratarás mejor, mi arte con la espada sagrada sería más preciso*, pensó. Sus raudos pasos por los pasillos de palacio la llevaron hasta el jardín, siendo recibida por una lluvia ligera de lo más refrescante y una brisa que, combinada con su pelo y vestido todavía mojados, le puso el vello de punta. El sol estaba muy bajo, apenas perceptible tras las grises nubes que asolaban el cielo. Era la hora del rezo, en el atardecer, un

ritual que realizaba junto a sus hermanas todos los días. Justo en la entrada de la pequeña capilla de madera se encontraban sus hermanas esperándola.

La más pequeña de todas, Numia, se acercó a Graglia para abrazarla, dándole así una cálida bienvenida mientras le susurraba al oído con su voz aguda que la había echado de menos.

“Ya pensábamos que no llegarías.” Indicó Bravia, acompañando sus palabras con el alzamiento de sus gruesas cejas y una mirada repleta de desaprobación.

“Estás completamente empapada, Graglia.” Observó Tsusia, con preocupación.

“¿Qué tal el entrenamiento con madre? ¿Muy severo?” Añadió Sastria, sus comentarios como siempre difícilmente discernibles de si eran burlones o pretendían mostrar sincera preocupación.

“Le ha pateado el trasero, ¿no veis la cara de malhumor que trae?” Se burló Alvia, con una risa de oreja a oreja mientras realizaba un rizo en un mechón de su largo y empapado pelo dorado con uno de sus dedos.

“Cállate.” Respondió Graglia, no le apetecía nada tener que lidiar con la naturaleza provocadora de su hermana mayor.

“Graglia, si estás triste puedo dejarte a Wounky para que te sientas mejor,” le ofreció Numia dulcemente, ofreciéndole su tan adorado como desgastado cerdito de tela rosado.

“Estoy bien, gracias.” Se limitó a responder, su voz apenas un suspiro.

“Tan bien que el agua se evapora al caer en tus mejillas...” se burló Alvia.

Graglia inspiró hondo. No debía caer en sus provocaciones.

“Dejad en paz a la Lácrima.” Exigió Michia apareciendo de dentro de la capilla, su voz algo más grave que la del resto de princesas. Era la más devota de todas las princesas Dajalam, razón por la cual se encargaba desde siempre de los preparativos antes de que realizaran sus rezos. “Ya podemos empezar el ritual,” les indicó. Después se situó frente a Graglia y realizó la reverencia Aqua, “me alegra veros, mi Lácrima.” Sus palabras se vieron sucedidas por una de sus cada vez más comunes miradas de absoluta devoción que tanto incomodaban a Graglia.

La actitud adoptada por Michia era muy difícil de llevar para Graglia, percibía que su hermana no sentía el lazo fraternal e íntimo que las unía, sino que éste había sido sustituido, alejado a consecuencia de convertirse en la heredera, la elegida por el Aqua Deus.

“Por favor, Michia, llámame Graglia. O hermana, si lo prefieres. Y no se te ocurra hablarme de usted.” Dijo molesta.

“Como deseáis, mi Lácrima.”

Sastria y Alvia rieron animosamente ante aquella respuesta. Graglia se limitó a suspirar, consciente de lo difícil que iba a ser que su devota hermana comprendiera que antes que ser la heredera era su hermana y que no debía tratarla con tanta educación y distancia.

*Unas ofreciendo demasiado respeto y otras tan poco*, pensó. No le molestaban aquellas confianzas, sabía de sobra que tales comentarios burlones no iban en serio, pretendían meterse con ella y hacerle aflorar su temperamento, pero, en el fondo, era una forma de saber que todavía la veían como una más, un detalle al que quería abrazarse con fuerza.

“Es la hora del rezo, hermanas, es tiempo de ofrecer nuestras bendiciones al Aqua Deus.” Indicó Michia con entusiasmo, esgrimiendo una leve sonrisa con la boca cerrada. Siempre sonreía de tal manera, como si, por alguna razón, le diera vergüenza mostrar sus dientes, un rubor totalmente infundado, pues su dentadura estaba perfectamente alineada. Levantó un cuenquito de madera en el cual se encontraba un grabado en negro con la forma de varias siluetas de cola de sirena. Era evidente que el rezo era el momento favorito del día para Michia, aquel en el que se juntaban todas y ofrecían sus respetos a su deidad.

Una a una pasaron por delante de Michia, empapaban su dedo índice y medio en la fría agua

del cuenco y luego se llevaban las yemas empapadas a su corazón, un ritual religioso que Michia supervisaba con extremado fervor. Después se adentraron una a una en la capilla, Graglia la penúltima, siendo Michia la que se encargó de cerrar con cuidado la puerta de madera.

Era una capilla considerablemente pequeña, no solo para los estándares de palacio, donde los salones y estancias eran absurdamente amplias, sino que era tan estrecha que con ellas siete en el interior apenas tenían espacio para moverse, apretando sus cuerpos las unas con las otras. No había mucho que ver allí, no solo porque estaba bastante oscuro, sino porque la decoración era realmente parca. Era una construcción en madera de roble cuyo tejado estaba adornado con distintos agujeros, de manera que así pudieran recibir la lluvia. Por otro lado, apoyaban sus rodillas sobre una banqueta, la cual se sostenía sobre un enorme charco en el que descansaban las puntas de sus sandalias. Como único decorado, sobre un pedestal azulado se encontraba frente a ellas una desgastada estatua de piedra azul, tallada en forma de sirena, su largo pelo cubriendo sus pechos. Aunque el detalle más importante era aquella caracola que sostenía con una mano y que situaba sobre su oreja, como queriendo escuchar a través de ésta las olas del mar.

Aquella estatua de sirena representaba a una fiel servidora del Aqua Deus, ésta escucharía con atención las plegarias de quienes rezaran en su presencia y las trasladaría hasta su amada deidad. Se decía que el agua siempre encontraba la manera de llegar hasta el mar, precisamente por eso, era capaz de filtrarse en la tierra, recorriendo la ruta que fuera necesaria con tal de acabar desembocando en los océanos.

*“Na ferae et aeten, na ferae et puira, et sinere. Sire blumae nater, Aqua Deus mensaquia nua.”* Recitó Michia, con un perfectísimo acento Flumio.

Graglia entendía el idioma Aquo a la perfección, razón por la cual sabía que dicha frase significaba lo siguiente: *Nuestra fe es eterna, nuestra fe es pura y sincera. Somos nacidas con sangre azul, mensajera del Aqua Deus, escucha nuestros rezos.* A pesar de comprender el idioma, su pronunciación del Flumio se alejaba de la delicadeza, la precisión y la dedicación que su devota hermana ponía en estudiar un idioma que, a cada día que pasaba, quedaba más en desuso en el Reinado del Agua, siendo reemplazado por una mucha más sencilla lengua común.

El inicio de sus rezos se promulgaba siempre en Flumio, precisamente por eso, era Michia quien siempre iniciaba aquel ritual. Para Graglia, aquellos rezos no solo servían para alabar al Aqua Deus, en cierto modo, también actuaban como un momento de paz. Un periodo de silencio donde podía sosegararse, alejarse de los ajetreos del día a día y poder estar a solas con sus hermanas.

Tras las palabras de Michia, la capilla se sumió en un rotundo silencio. Era un momento de reflexión interna, donde cada una de las princesas Dajalam hablaba íntimamente con el Aqua Deus mediante sus oraciones.

Graglia no pudo evitar esgrimir una sonrisa de felicidad. Percibía el perfume meloso de Sastria, mientras que captaba en la fuerte respiración de Michia cómo de importante era aquel momento de rezo para ella. Eran detalles que muchos considerarían absurdos, nimios y, tal vez, incluso infantiles, pero, para Graglia, eran pequeños aspectos que le alegraban el día a día. Adoraba a todas sus hermanas, cada una tenía su lindeza especial. Incluso Alvia, tan burlona y centrada en el combate y la lucha, tenía su encanto.

Desde que había sido designada como heredera, había comenzado a sentirse más emocional, como también más miedosa ante una posible pérdida de la buena relación que existía entre ellas. Por supuesto que la idea de romper aquel íntimo lazo fraternal la aterrorizaba. Y, lo peor de todo, era que era plenamente consciente de lo fácil que iba a ser perder su cariño: una mala cara, unas palabras mal interpretadas e incluso una falta involuntaria de cercanía por su parte podían ser

suficientes para avivar sentimientos de desprecio en sus hermanas. No quería que pensarán que la promesa de reinar o el poder se le habían subido a la cabeza, que se creía mejor que ellas por haber sido elegida por Crystaline. No obstante, el equilibrio entre cumplir sus labores como heredera y continuar siendo meramente una princesa más era tremendamente frágil, complicado y apabullante.

A pesar de sentir un inmenso cariño por todas sus hermanas, desde siempre había tenido una conexión especial con Michia. Siendo justa, probablemente todas ellas lo tenían. Su fe le había llevado a ser notablemente ingenua, se perdía fácilmente en las doctrinas religiosas, hasta el punto de perder consciencia de la realidad. Era ciertamente única, no era la que más hablaba, ni la más divertida, no obstante, había nacido en todas ellas un sentimiento innato por tratar de protegerla. Aquella necesidad era ciertamente infundada, pues, curiosamente, Michia había nacido con un don excepcional. Su devota hermana era notablemente diestra en el arte de la espada como también en el Kayta, más que la mayoría de ellas. Sin embargo, su carácter reservado, combinado con su extrema devoción por el Aqua Deus habían provocado que, sin quererlo, la notaran vulnerable de un modo u otro.

Graglia inspiró hondo. Sabía de sobra lo que iba a solicitar al Aqua Deus en sus rezos, lo mismo que le había pedido desde que había sido escogida como Lágrima.

*Por favor, Aqua Deus. Te ruego que, ni el día a día, ni la distancia, ni el miedo, ni la vileza de mi madre o mi título como Lágrima nos distancien como hermanas. Que nos tengamos siempre las unas a las otras y que vivamos dichosas con nuestra afectuosa compañía hasta el lejano día en que nos reencontremos en el mar...*

## 2. Hermanas

Era pronto en la mañana, las siete princesas Dajalam se sentaban sobre el recién cortado jardín de palacio, ataviadas con sus bonitos vestidos azulados mientras su joven cuidadora Igüenza les daba la lección del día. Siempre era refrescante cambiar las clases de lugar, sustituir los mullidos cojines de pluma de cisne en los que se sentaban cuando recibían lecciones en el aula por el húmedo césped, estando así rodeadas de flores que evocaban dulces aromas de lo más embriagadores.

Su cuidadora era una mujer enérgica que les había enseñado todo lo que sabían. A pesar de su juventud, no debía rondar más de la cuarentena, su rostro serio y su rotundidad habían conseguido ponerlas a raya desde que eran unas revoltosas mocosas. Su aspecto era de lo más solemne, su pelo liso tapado con un pañuelo blanco, sus manos casi siempre entrelazadas, salvo cuando tenía que recurrir a éstas para realizar algún gesto con el que ofrecer mayor detalle a sus explicaciones.

A aquella lección le iba a seguir una clase de combate, debido a tal motivo, todas las princesas portaban consigo una espada envainada. Algunas situaban el arma en sus muslos, otras sobre el verdoso césped, mientras que Alvia había dejado la suya apoyada sobre el tronco de un grueso árbol. Solo había una excepción, Graglia iba desarmada, aquello tenía un motivo de peso, como la heredera, ella estaba exenta de dichas clases de esgrima, en su lugar ocupando tal tiempo con su madre ya fuera aprendiendo a dominar el poder de la espada sagrada como atendiendo las reuniones celebradas en la Sala del Trono.

“El tratado de paz firmado entre vuestra abuela Midalien y el Daikan Burum Babar es todo un ejemplo de civismo, de cómo dos pueblos tan distintos como el Tirhan y el Aquo pueden llegar a entenderse, a respetarse e incluso a colaborar por el bien común. Nuestro pelo rubio y ojos azules difiere mucho de los tonos marrones de sus cabellos y sus ojos verdes como las hojas de los árboles, pero la viva prueba de que esas son meras diferencias a flor de piel es que ambos pueblos compartimos un deseo de vivir en paz. Recordad eso.” Les contaba Igüenza con su habitual pasión.

Graglia sonrió, era inspirador escuchar hablar a Igüenza. Sentía un cariño especial por su cuidadora, era una mujer inteligente, severa, aunque bondadosa y tremendamente culta. Era el vivo ejemplo de que se podía criar a unas revoltosas niñas con rectitud y a su vez cariño, tal vez por tal combinación, todas las princesas la obedecían sin la menor dilación.

“Leí que el Daikan Burum Babar y nuestra abuela se atravesaron mutuamente con sus espadas,” dijo Tsusia, “¿es cierto o es una exageración?”

“Es absolutamente cierto,” confirmó Igüenza, “ambos monarcas sufrieron una herida mortífera, vuestra antepasada sobrevivió gracias al poder curativo de la espada sagrada, mientras que Burum Babar hizo uso de los milagrosos ungüentos Tirhan. Una estatua situada en el Valle de los Caídos rememora tan espectacular enfrentamiento.”

La lección continuó, ahora tratándose la importancia de las vías marítimas para el comercio. La mayoría de princesas escuchaban la lección de Igüenza con suma atención, aunque no todas. Alvia se distraía hurgándose la nariz, mientras con su otra mano realizaba surcos en la tierra con el filo de una de sus dagas; Michia echaba la vista hacia el frente, no obstante, su mirada parecía completamente ausente. Sendas princesas eran reputadas por su carente atención, la tercera princesa sumida en sus pensamientos, en cambio, solía ser más que dada a atender a su

cuidadora, solo que no tanto aquella mañana.

*Tal vez podría bajar los impuestos a mi llegada al trono, eso sin duda hará que me gane el cariño del pueblo, ¿por qué no diseñar un nuevo sistema tributario donde se tenga en cuenta la fortuna de cada familia? Suena lógico, aunque tremendamente complicado... ¿Tiene sentido cambiar la forma en la que recaudar impuestos si ello conlleva el malestar de las familias más adineradas?* Pegó un suspiro, abrumada ante lo complicado que parecía tomar unas decisiones que afectarían a todo un reinado. Aquel tipo de cuestiones eran algo que no se había planteado hasta recientemente, pero que, desde el momento en que Crystaline la había escogido como Lágrima, habían conseguido afectarle hasta el punto de quitarle el sueño.

“Tir Torrent y el Aquadom cuentan con una relación diplomática de lo más cordial, duradera y con un futuro prometedor.” Continuaba Igüenza. “Más allá de la paz entre ambos territorios, también nos beneficiamos comúnmente a través del comercio, exportando nuestros bienes y a su vez importando productos de lo más exóticos de sus fértiles tierras...” Su lección se vio interrumpida por una mano levantada. “¿Sí, Alvia?”

“¿Son los guerreros Tirhan de la Casta del Lobo tan sanguinarios como dicen?” Preguntó con extremo interés.

“He tenido la suerte de no tener que presenciar a ninguno de tales soldados en acción,” respondió Igüenza, con su habitual cautela. “no obstante, según se dice, solo su lengua es más afilada que su sable.”

Alvia asintió, notablemente satisfecha ante tal respuesta, en su mente seguro fantaseando con enfrentarse a uno de aquellos soldados algún día. Graglia entornó los ojos, sin comprender cómo era posible que su hermana mayor no encontrara disfrute en ningún otro asunto que no fuera el combate.

No necesitó girarse para adivinar que la mano de otra de sus hermanas estaba levantada, como tampoco le fue necesario esperar a que realizara su pregunta para saber de qué índole iba a ser su cuestión.

“¿Querría el Aqua Deus que nos aliáramos con los Tirhan? Al fin y al cabo, ellos veneran a otro dios.” Reflexionó Michia.

“Debemos respetar las creencias de otros pueblos, Michia. Es cierto que el pueblo Tirhan no cree en el Aqua Deus, pero eso no quita que la suya no sea una religión de paz.”

“Entiendo, que recen al dios equivocado no quiere decir que sean malas personas. Simplemente ellos no tienen la culpa de haber sido guiados a creer en una deidad que no es la verdadera.” Concluyó, con la más absoluta calma.

“Sí, bueno, algo así.”

Cuando parecía que había acabado, Michia continuó con sus cuestiones.

“Pero las lecturas sagradas dictan que la única forma de que descansemos por la eternidad es que nuestros restos descansen en el mar, ¿no debemos entonces promulgar nuestra fe en otros reinos para que así ellos puedan ser salvados? ¿No estamos condenándoles al no ofrecerles encontrarse en el mar con el Aqua Deus?”

Igüenza tragó saliva, “esa es una interpretación muy ajustada de la realidad, Michia, no es tan sencillo. Verás, las doctrinas sagradas son escritos recopilados hace mucho, simplemente son documentos en los que...”

*Incluso Igüenza tiene problemas en manejar el exacerbado fervor de Michia,* pensó Graglia, observando a su hermana con cierta tristeza. De algún modo, su extremada fe no podía evitar incomodarla. Si bien el enfermizo interés de Alvia por el combate ya le parecía preocupante, éste no era siquiera comparable con la extremada alarma que le provocaba la fascinación de Michia

por todo lo relacionado con el Aqua Deus. El suyo no era un miedo a perder una hermana como consecuencia de que ésta se hiciera monja de clausura o un destino similar, simplemente consideraba que el afán de Michia con el Aqua Deus y la religión era tan intenso que la llevaba a ver la realidad desde un prisma demasiado fervoroso. Graglia no estaba muy contenta con tal faceta, su hermana no siempre había sido así, tales inquietudes religiosas habían aflorado hacía menos de un año, quería creer que era una fase, que a sus catorce años su mente todavía no estaba forjada en base a unas verdaderas creencias. Sin embargo, a cada día que pasaba, Michia parecía más segura en sus convicciones piadosas.

“Bien, hasta aquí la lección de la mañana,” les informó Igüenza. “Nos vemos después de la comida, descansad, jovencitas.”

Igüenza realizó la reverencia Aqua y se marchó. Las princesas se pusieron de pie, Graglia suspiró, sus hermanas iban a disponer de un largo descanso hasta que iniciaran sus clases de espada, ella, en cambio, tan solo disponía de poco más de media hora antes de tener que asistir como oyente a una reunión regida por su madre en la Sala del Trono.

“Graglia, ¿podemos hablar un momento a solas?” Solicitó Igüenza.

Graglia tragó saliva y siguió a su cuidadora por un estrecho camino empedrado decorado por hortensias azules a ambos lados. Se detuvieron cerca de la capilla donde rezaban todas las tardes, alejadas así de las escuchas de sus hermanas.

“No he podido evitar percatarme de que estás algo distraída últimamente.” Comenzó Igüenza, mirándola con preocupación. “Tampoco he pasado por alto que tienes unas ojeras de lo más pronunciadas. Confío en que esté todo bien.”

Durante un instante, se limitaron a mirarse la una a la otra. Igüenza no era especialmente hermosa, su rostro era algo redondo y poco armónico. No obstante, tampoco era justa la comparación al encontrarse rodeada de las princesas Dajalam, una estirpe que, según se decía, había sido forjada a semejanza de las deslumbrantes sirenas que protegían y servían al Aqua Deus.

Graglia le sonrió, agradecida por su interés. “Estoy bien, Igüenza, es solo que, desde que Crystaline me eligió, tengo muchas dudas. No puedo dejar de darle vueltas a la cabeza, acerca de lo difícil que es reinar, de lo imposible que parece ser tener todo bajo control...”

“Tal vez no tengas que tenerlo todo controlado, a veces es tan fácil como eso.” Sugirió Igüenza.

Sin embargo, Graglia dirigió la vista hacia sus hermanas. Bravia estaba hablando con las dos más pequeñas, que la escuchaban con interés. Alvia se enzarzaba en un acalorado combate con Sastria, mientras que Michia se había subido a la rama de un árbol, contemplando el cielo. Presenciar la apabullante habilidad de combate de Alvia no hizo más que abrumarla, avivando una de las muchas preguntas que habían asediado su mente desde que se había convertido en la heredera. Su atención volvió a su cuidadora, ofreciendo una mueca de desasosiego.

“Pero, Igüenza, no soy tan rápida como Alvia, ni tan diestra con la espada como Michia, ¿debería entrenar para estar a su altura? ¿Para demostrar que soy mejor que las demás y que por ello merezco estar en el trono?”

Su cuidadora sonrió cándidamente y negó con la cabeza, se acercó, pasando sus finos dedos por el largo cabello de Graglia.

“Una de las lecciones más importantes que has de comprender antes de gobernar es que tu labor como reina no consiste en ser mejor que nadie salvo en una cosa: en ser capaz de discernir las virtudes y defectos de los demás.”

“¿Qué quieres decir?”

“Como monarca, debes dejar el orgullo a un lado. No necesitas ser la mejor espadachina, como tampoco es necesario que seas la mejor navegante. Es tu juicio, Graglia, lo que decidirá el futuro del Reinado del Agua, así que afílalo, tanto o más que tu espada.” Igüenza la agarró gentilmente de la barbilla, dirigiendo su atención hacia el resto de princesas. “Dime, ¿qué es lo que ves?”

Graglia contempló a sus hermanas interactuar las unas con las otras, intentando ver más allá de sus meras acciones. Conociendo a Bravia, seguro que estaba ampliando los detalles de la lección de Igüenza para sus hermanas pequeñas. Mientras, Alvia continuaba atacando con fervor, Sastria por su parte tratando de hacer todo lo posible por desviar sus feroces golpes.

“Bravia es dura, aunque muy paciente.” Concluyó, luego sus ojos se alzaron hacia las ramas del árbol. “Michia es... especial, algo desorientada en mi opinión, pero leal como ninguna.”

“Excelente. ¿Y qué hay de nuestras dos aguerridas luchadoras?”

Graglia sonrió ante tal apodo. Contempló el combate con atención, Alvia mostraba una sonrisa de oreja a oreja con cada estocada, sus ataques adornados con piruetas y florituras, tratando tanto de hacer uso de su espada como de golpear a Sastria recurriendo al estilo de combate Kayta, el vivo reflejo de lo mucho que estaba disfrutando de aquella contienda. Por el contrario, el rostro de Sastria no podía lucir más apurado, ésta sostenía su arma siempre con las dos manos, intentando defenderse a toda costa.

“Viven el combate de una forma tan distinta...” observó, contemplando cómo Alvia realizaba una potente estocada tras la cual dio una voltereta hacia atrás para retroceder y realizar una segunda carga. “Alvia tiene un estilo feroz, sus estocadas son veloces, pero está más centrada en su divertimento que en concluir el combate. Sastria no disfruta de la batalla simplemente no quiere ser derrotada.”

“¿Y qué conclusión extraes de ello?”

“Que no importa cuánto me esfuerce, cuánto me sacrifique, yo no vivo el combate con tanta pasión como Alvia, por lo que jamás podré competir con quien disfruta del arte de la espada, quienes no ven sacrificio en entrenar día tras día, sino el más puro placer...”

“¿Y eso la hace mejor que Sastria?”

Abrió la boca, dispuesta a indicarle que era evidente que Alvia era mejor espadachina. Sin embargo, frunció el ceño.

“Depende,” acabó diciendo, “Sastria es considerablemente más cauta, dependiendo de la situación, puede que no querer perder sea mejor opción que disfrutar de una victoria a toda costa.”

Justo en ese momento, la espada de Sastria salió volando por los aires. Mientras tanto, una sonriente Alvia se mostraba triunfante, señalando a su derrotada oponente con la punta de su arma.

Graglia alzó las cejas, comprendiendo la valiosa lección que le había dado Igüenza, cada una era fuerte a su manera. Como reina, de lo que debía estar completamente segura era, precisamente, de conocer a la perfección las virtudes de aquellos que la rodeaban. Fue a girarse para agradecerle a su cuidadora tan útil lección, no obstante, Igüenza se había marchado a su descanso, esfumándose mientras Graglia se encontraba sumida en su introspección.

Un silbido tan potente como molesto inundó el jardín. Graglia se giró hacia sus hermanas de nuevo, sabiendo ya de sobra que tan irritante ruido era obra de Alvia. Ésta, habiendo puesto fin a su combate con Sastria, estaba haciéndole gestos con la mano, instándola a que se acercara. Graglia inspiró hondo y comenzó a caminar de nuevo por el camino de piedra volviendo a donde se encontraban sus hermanas. Con cada paso, le era más evidente que Alvia la había llamado con

el único propósito de provocarla, su sonrisa burlona, sus mirada pícaro e irreverente... no cabía duda.

“¿Se puede saber qué hacías allí a solas toda alejada, hermanita?” Dijo Alvia con tono burlón. Luego alzó su espada en pose de combate. “Acércate y permíteme patear tu trasero de heredera antes de que no puedas hacer más que acomodarlo en el trono.”

“¿Como osas hablarle a la futura reina de ese modo?” La amonestó Bravia. El resto de sus hermanas parecían también molestas ante tal atrevimiento, salvo Michia, que continuaba ausente, sentada en la rama del árbol.

Como siempre, Alvia llevaba sus burlas a un nivel que sí que llegaban hasta la ofensa. Graglia inspiró una vez más, tratando de refrenar su temperamento. Su corazón se aceleró, sintió un molesto movimiento en su párpado derecho fruto de la agitación. Tenía que mostrarse por encima de tan vanas insolencias, calmar su mente e intentar que aquellos provocativos comentarios no la afectaran en absoluto. Sabía que a Alvia no solo no le importaba ser impertinente, sino que encontraba cierta enfermiza satisfacción en serlo.

*Estoy por encima de tan burdos comentarios, debo exhibir mi madurez si quiero demostrar ante los ojos de mi madre que soy digna de reinar,* se dijo una y otra vez, tratando de apaciguarse.

Conforme percibió que su pulso se aminoraba, se limitó a ofrecer una mirada de indiferencia hacia Alvia. Su hermana mayor mostraba un aspecto deplorable, su pelo sucio y poco cuidado, su rostro repleto siempre de arañazos y magulladuras sin duda era capaz de poner a prueba la belleza natural de la familia Dajalam. Con aquel gesto de frialdad Graglia esperaba poner fin a su divertimento. No obstante, su acción pareció no hacer más que avivar los deseos de Alvia por irritarla.

“¿Qué pasa? ¿Es que tienes miedo de mostrar al Aqua Deus que no eres digna de ser la Lácrima?”

*Eso sí que no,* pensó Graglia caminando rápidamente hacia su insolente hermana. Alvia había cruzado la delgada línea entre la permisible impertinencia y la intolerable osadía y ella iba a asegurarse de que no quedara impune por ello. En su avance, pasó por el lado de Sastria, levantó su mano, un gesto suficiente como para que su hermana le cediera su espada.

Graglia caminó, dispuesta a situarse cerca de su provocativa hermana y darle una lección a base de espada. Sus actos no hicieron más que provocar una sonrisa más marcada si cabe en Alvia, ahora situando la punta de su espada en la tierra y apoyándose sobre la empuñadura como si su arma fuera un bastón.

*Pienso quitarte esa estúpida sonrisa de la cara a espadazos.*

Aligeró el paso, estaba cerca, ya podía sentir el cosquilleo en sus dedos anticipando el combate. De repente, Michia descendió de un salto de la rama del árbol, extendiendo el brazo con el que empuñaba su espada para impedir a Graglia que continuara en su avance. Alvia aprovechó aquella distracción para iniciar su ataque, haciendo gala de su gran velocidad. Sin embargo, Michia bloqueó con extrema fiereza aquel ataque dirigido a Graglia.

“La Lácrima no debería inmiscuirse en peleas banales, vos estáis por encima de eso. Permitidme ajusticiar a aquella que ha osado ofenderos con su insolente lengua.” Solicitó Michia, con su tono serio y su voz grave.

Graglia percibió la mirada feroz de Michia. Todas sus hermanas estaban expectantes ante tal enfrentamiento. No era para menos, sabían que, de todas ellas, solo Michia disponía de una destreza y técnica tales que eran capaces de poner en un apuro incluso a la agilidad y velocidad de Alvia.

“Vaya, ¿así que la princesa vagabunda se digna a luchar?” Promulgó Alvia, con rotundo entusiasmo.

Por desgracia, semejante mote venía que ni pintado a Michia. Su vestido azul era notablemente más viejo y desgastado que el resto, precisamente porque ella desechaba cualquier ropaje tejido para las princesas. En su lugar, vestía atuendos raídos, ropas algo descoloridas que serían descartados incluso por los sirvientes más humildes. Igualmente, su pelo, cortado a la altura de las orejas, era lavado con menos asiduidad de la debida, consecuencia de no querer malgastar agua en lo que consideraba actividades mundanas.

“Está bien, Michia, yo me encargo esta vez.” Indicó Graglia.

“Disculpad mi insistencia, Lácrima, pero no deberíais malgastar vuestro tiempo con las vulgares afrentas de una insolente.”

“Estoy de acuerdo, aunque también es cierto que no creo que esté bien tener que repetir mis deseos dos veces. He dicho que yo me encargo. Y háblame por mi nombre.”

“Como deseáis, Lácrima.” Accedió finalmente, haciéndose a un lado y bajando su arma.

De nuevo sus pequeños ojos ofrecían una de aquellas miradas de absoluta devoción, una de esas que tanto detestaba. Era como si, desde que la espada la había elegido, hubiera perdido a Michia, en su lugar teniendo a su lado a una fervorosa devota que la contemplaba con perturbadora veneración. Tenía que hablar seriamente con ella y rebajar como fuera sus piadosas creencias. Aunque eso sería en otro momento, ahora era el turno de dar una lección a la insolente de Alvia.

Graglia dio varios pasos al frente, después sostuvo la espada con ambas manos, situándose en posición de defensa. Alvia, en lugar de atacar, realizó una mueca de extrañeza.

“¿Qué clase de broma es ésta?” Se quejó, bajando ambos brazos, su rostro mostrando absoluta decepción. “¿De verdad crees que voy a enfrentarme a ti si no estás empuñando a Crystaline? Sin la espada sagrada sería un combate tremendamente aburrido, como también injusto.”

“No necesito a Crystaline para derrotarte.” Respondió con orgullo. Controlaba su respiración, tratando de que las impertinencias de su hermana no jugaran en su contra, debía mantener la cabeza fría.

“Está bien.” Alvia extendió el brazo, dejando caer su espada al suelo. Acto seguido, se posicionó en pose de ataque, sus rodillas ligeramente dobladas, sus brazos con los codos hacia afuera mostrando las palmas de sus manos. Estaba lista para luchar con sus manos desnudas.

Esta vez fue Graglia la que frunció el ceño.

“¿Qué crees que estás haciendo?”

“¿Qué? Si tú no empuñas a Crystaline, yo no utilizaré espada alguna, es lo justo.”

*Bastarda provocadora*, pensó, apretando los dientes. Respiró hondo, ella también podía jugar a su juego. Se agachó ligeramente, depositando la espada en el suelo, después situó su brazo izquierdo a sus espaldas, finalmente atacando a Alvia con la palma de su mano derecha.

“¿Se puede saber qué haces?” Respondió Alvia molesta, bloqueando el potente ataque igualmente recurriendo al Kayta.

“Si tú no usas espada yo no utilizaré mi brazo izquierdo, eso sí que es lo justo.” Contestó, desplazándose rápidamente para asestarle un segundo golpe dirigido a sus costillas.

“¿De veras? Pues yo lucharé con los ojos cerrados.” Un instante después los cerró.

“Total, no habrá mucha diferencia.”

Graglia dio una potente zancada y atacó, impactando a Alvia, quien continuaba con los ojos cerrados, con la palma de su mano en la mejilla. La heredera sonrió ante su triunfo de lograr golpearla, no obstante, su sonrisa se esfumó al darse cuenta de que Alvia la había agarrado por el

brazo, acto seguido, moviendo su cuerpo para realizar unas de las técnicas del Kayta. La misma potencia de su ataque estaba jugando ahora en su contra, Graglia salió por los aires como consecuencia de la maniobra de su hermana, cayendo en un charco de barro. Se levantó, rauda, volviendo a atacar, de nuevo con un único brazo mientras una sonriente Alvia la esperaba, todavía sin abrir los ojos.

Cayeron al suelo. Luchando de aquella manera tan extraña e impropia de princesas. Intentaban inmovilizarse la una a la otra, Graglia todavía haciendo uso de solo uno de sus brazos, Alvia permitiendo ser golpeada al seguir con los ojos cerrados para así detectar su posición y poder contraatacar. Rodaban por el suelo, forcejeando por hacerse por la victoria, a sus jadeos por el esfuerzo se acompañaban el sonido de la tela de sus vestidos rasgándose consecuencia de sus toscos revolcones por el césped y la tierra húmeda.

El resto de hermanas se mantenían ajenas al enfrentamiento, simplemente disfrutando del espectáculo mientras comentaban con entusiasmo los distintos ataques y realizando sonidos de asombro ante los golpes más certeros.

Tenía que admitirlo, se estaba divirtiendo. Sentía su corazón latir con intensidad ante la efusividad de aquel encontronazo, luchaban con pasión, tratando de demostrarse la una a la otra quién era mejor. Era posible que una de sus hermanas estuviera mentando su nombre, pero Graglia estaba demasiado focalizada en ganar aquel combate, en demostrarle a su arrogante hermana Alvia que podía vencerla.

“¡Graglia!” Volvió a gritar Sastria.

“¿Qué?!”

“Vas a llegar tarde a tu reunión con nuestra madre.”

Aquellas palabras cayeron sobre ella como un chorro de agua helada. La reunión con su madre en la Sala del Trono, la había olvidado por completo. De repente, echó un vistazo a su vestido azulado, estaba completamente roto, su cuerpo y cabellos repletos de barro. Debía darse prisa y darse un baño si no quería invocar la ira de su madre.

### 3. Tarde y mal

*¡Cómo he podido ser tan irresponsable y caer en las provocaciones de Alvia!* Apretó la mandíbula, apurándose a atravesar a toda prisa los largos pasillos de palacio, sus paredes eran lisas y completamente blancas, mientras que el suelo se cubría por una gruesa alfombra azulada que por su impoluto aspecto debía ser nueva. Los sirvientes a su paso la saludaban educadamente, ella asentía gentilmente con la cabeza, intentando así que su premura no afectara a sus modales. Llegaba tarde a la audiencia con su madre, una reunión con las consejeras donde Graglia actuaba como mera testigo, simplemente debía escuchar y aprender, observando cómo su madre lidiaba con las distintas cuestiones que se le presentaban de manera cotidiana como reina.

Aquella demora imperdonable no era realmente culpa suya, o al menos eso quería pensar, había tenido que bañarse y cambiarse como consecuencia de su enfrentamiento con Alvia. Se había dado tanta prisa que había escogido un vestido que le parecía horroroso, añil, de corte demasiado simple y tremendamente ajustado en su cintura, tan prieto que le costaba moverse con la rapidez necesaria que requería en aquel momento. Su cabello estaba empapado e igualmente falto de peinado, no mostrándose así en su pelo sus habituales ondas, otra falta en su aspecto que sabía su madre no iba a pasar por alto.

Devolvió el saludo a un par de jóvenes sirvientas que estaban limpiando con brío unos grandes ventanales de uno de los amplios comedores de palacio, ello sin aligerar ni un ápice su ritmo de paso. Lo peor de todo, era que era consciente de que no podía culpar a Alvia por su demora. Ella estaba por encima de eso, debía haber sido capaz de mantener la compostura, de no caer en sus provocaciones y haber demostrado el completo saber estar que se debía esperar de aquella que había sido elegida por la espada sagrada. Por desgracia, ya era tarde para tales reflexiones, ahora solo quedaba pagar por sus actos.

Se situó frente a la puerta principal por la que se accedía a la Sala del Trono, gotas de sudor caían por su frente fruto de la premura. Los dos soldados de la Guardia Real hicieron amago de abrirle la puerta, sin embargo, se detuvieron al percatarse de que Graglia había levantado la mano. Necesitaba un instante, un mero momento para recobrar el aliento y asegurarse de que todo estaba en orden. Sentía sus mejillas arder fruto del apresurado recorrido, trató de domar los mechones de su pelo empapado recurriendo a sus dedos, en un burdo intento por buscar aparentar mayor decencia.

Expiró profundamente, luego asintió hacia uno de los soldados, los cuales se apresuraron a abrir la puerta. Su madre se hallaba en el fondo de la sala sentada en el trono, frente a ella y de pie estaban las dos consejeras y el aprendiz de una de ellas, los tres ahora habiéndose girado para saber quién se había unido a la reunión. Percibió la penetrante mirada de todos los allí presentes, incluso sus antepasados, rememorados en grandes y detallados retratos rodeando la estancia, parecían juzgarla por su injustificado retraso desde la comodidad de sus lienzos. Graglia tragó saliva, adentrándose en la Sala del Trono a paso ligero. El intenso olor a lirio la asaltaba cada vez más con cada paso, no estando muy satisfecha con el aroma con el que se había decidido ambientar la sala aquel día.

“Vaya, pero si es la mismísima Lágrima honrándonos por fin con su presencia.” Dijo su madre con sorna, contemplándola recorrer la sala con la barbilla alta y la mirada feroz. Su voz sonaba potente y, a su vez, ponzoñosa o, al menos, así se lo parecía a Graglia.

Siguió caminando, sin responder. Sus pasos se hacían eco en una estancia completamente en

silencio, las dos consejeras y el aprendiz de una de ellas limitándose simplemente a mirarla sin promulgar ni una sola palabra. Sentía la mirada de hielo de su madre clavada en ella, aquello provocó que continuara en su avance con la cabeza gacha y con la espalda menos recta de lo que había sido instruida. No obstante, sabía de sobra que su madre no iba a desaprovechar un momento tan oportuno así como así.

“¿Es esto lo que se puede esperar de ti como futura reina? ¿Un absoluto desdén por tus quehaceres y labores para con la corona?” Añadió, con absoluto desprecio.

“No.” Se limitó a responder malhumorada, acomodándose en su asiento. Era una silla normal y corriente, su madera no era de especial calidad, ni siquiera era particularmente cómoda, un gran contraste con el detallado trono con reposabrazos tallados con forma de ola en el que se encontraba sentada su madre.

Sentía cómo sus brazos temblaban ligeramente mientras su mirada quedaba fija en el impoluto mármol del suelo de la sala. Lo peor del todo era el malestar consigo misma, se culpaba por temblar, por temer a su madre, pero, sobre todo, por no ser capaz de hacer nada por evitarlo.

“No, ¿qué?” Insistió su madre.

“No, mi reina.” Respondió con profunda claridad, alzando su vista del suelo para ofrecer una fugaz mirada furiosa a su madre antes de volver a fijar sus ojos de nuevo en el suelo.

La reina se inclinó para tocar el cabello de su hija.

“¿Y acaso no vienes con el cabello mojado y completamente despeinado?” Indicó, su tono repleto de un grado de disgusto y alarma exacerbados. “¿Pero qué clase de modales te ha enseñado Igüenza como para presentarte con el aspecto de una vulgar salvaje? ¿Es esta forma tan descortés de comportarse la que os ha inculcado vuestra cuidadora? Será mejor que hable seriamente con ella y ordene que la castiguen con severidad por no haber infundido en mis hijas la debida decencia y...”

“¡Igüenza no ha tenido nada que ver en esto!” Respondió Graglia moleestamente.

La mera idea de poner en problemas a su cuidadora por su irresponsabilidad le provocó escalofríos. Con aquellas irritantes palabras finalmente se había atrevido a fijar la mirada en su madre. La reina la observaba con su cejas finas y perfectas. Todo lo que tenía su madre de hermosa lo tenía de víbora, en cierto modo, no era una apreciación muy alejada de la realidad. Su piel fina e impoluta, su largo cuello, junto con aquellos ojos azul cielo tan sorprendentemente penetrantes combinados con una absoluta falta de calidez por su parte la hacían parecer, a todos los efectos, una gigantesca serpiente con una corona en la cabeza.

Graglia respiraba con dificultad, nerviosa ante la idea de que su madre continuara con sus ataques, algo que, por desgracia, era más que posible. Su madre era... insufrible. Estaba mal pensar de tal modo sobre su propia madre, no tenía duda, pero lo cierto era que se trataba de una mujer molesta, con comentarios pedantes, soberbia y con tendencia a humillar a todo el mundo, incluso a sus propias hijas. Para Graglia, ésta era un espejo donde no mirarse.

La reina bufó, luego negó con desaprobación. Acto seguido, para desahogo de Graglia, la atención de su madre volvió de nuevo hacia sus consejeras, quiénes se irguieron al ver que ahora eran ellas las que disponían de la severa atención de la reina.

“Bien, hagamos como si esta molesta e imperdonable intromisión jamás se hubiera producido. Continúa, Consejera Daidan, ¿qué hay de nuestros indeseables vecinos? ¿Sigue la llama prácticamente extinta?”

Graglia también se giró hacia las consejeras. Daidan era la Consejera de Defensa, una mujer de alrededor de cuarenta años de mofletes rosados y vientre generoso que gustaba de llevar varias cadenas de plata repletas de medallones con sirenas en relieve en ellas.

“El rey Wulkan se muestra especialmente tranquilo durante las últimas semanas, mi reina. Como viene siendo ya habitual últimamente, no se ha detectado movimiento alguno en sus fronteras más allá de un par de navíos mercantes que viajaban entre sus islas con clara intención de comercio.”

Aquellas noticias provocaron un profundo alivio interno en Graglia. Wulkan era un hombre al que no había visto nunca, pero que había conseguido que le temiera simplemente por la fama que le precedía. Se decía que el monarca de los Fireos era un hombre rudo, despiadado y voraz que manejaba sus espadas de fuego con una soltura frenética a tener en cuenta. Saber que el incontrollable pueblo Fireo estaba sosegado era siempre una buena noticia.

“¿Y qué hay de los Tirhan?” Quiso saber la reina.

La Consejera de Defensa realizó una mueca de extrañeza. Por supuesto que ésta ni siquiera había hecho el menor amago de hacer perder el tiempo a la reina con informarla acerca del Reino de Tierra, pues no era necesario. Según sabía Graglia, el Daikan Burum Babar era todo lo que no era el rey Wulkan, un hombre bondadoso, amable y repleto de sabiduría que deseaba la paz entre los reinos.

“Los Tirhan no han realizado...”

“Estaba bromeando, Daidan, por supuesto que los Tirhan no están haciendo nada más que abrazar a sus queridos árboles, no perdáis mi valioso tiempo.”

Graglia apretó la mandíbula, intentando mantener la compostura y ocultar la profunda vergüenza ajena que sentía en aquel instante. Ser consciente de que su madre era irritante con todo el mundo no la hacía sentir mejor.

Tras aquella información por parte de la Consejera de Defensa, su madre volvió a girarse hacia ella. Graglia tragó saliva, consciente de lo que estaba a punto de ocurrir.

“Es hora de poner a prueba tu juicio, Graglia, los Fireos parecen estar aletargados en los últimos meses, ¿cómo debería proceder una reina al disponer de semejante información?”

“Lo más cauto sería...” comenzó, ofreciendo una pausa medida tras dichas palabras para continuar. Pretendía ofrecer una respuesta con la suficiente confianza como para no ser amonestada. No obstante, su pausa fue demasiado larga o tal vez demasiado corta.

“¿Cauto? ¿Dices de tratar los as salvajados asuntos de los Fireos con cautela?” La reina resopló con indignación, luego negando con la cabeza y desviando su mirada hacia sus consejeras, como abochornada por la barbaridad que consideraba había dicho su hija.

Los dientes de Graglia castañetearon fruto de la rabia. No importaba lo que hubiera dicho, sabía que no había escapatoria ante su madre, de una forma u otra ésta iba a retorcer sus palabras y argumentos, era una batalla que no tenía sentido tratar de luchar porque no había modo de vencer.

“Si me permitís, mi reina,” intercedió Daidan, “sería bueno que...”

La reina alzó la mano, un gesto suficiente para cerrar la boca a su consejera.

“No recuerdo haber pedido vuestra opinión, consejera Daidan.” Se limitó a decir, con su vista ahora contemplando sus ornamentadas largas uñas pintadas en un brillante azul cielo. “Simplemente informadme con la merecida diligencia al menor signo de movimiento hostil por parte de los Fireos.”

Daidan se limitó a asentir y luego a bajar la cabeza, provocando el tintineo de sus múltiples medallones. Mientras tanto, la reina cesó en su interés en su manicura, dirigiendo ahora su atención a quien parecía iba a ser su siguiente víctima, la anciana Consejera de Tributos Keide. Aquella mujer de pelo gris, bolsas en los ojos y un conjunto de pequeñas verrugas negras en su mejilla derecha parecía nulamente sobrecogida ante la terrorífica actitud de su reina. No se podía

decir lo mismo de quien más pronto que tarde sería su reemplazo, Meredian, un joven larguirucho algo nervioso con incipientes entradas en su repeinado cabello que todavía parecía no ser capaz de esconder en sus ojos el terror que le causaba la reina.

“Consejera Keide, la celebración del baile en honor de la Lágrima es inminente. ¿Cómo van los preparativos?”

*¡Vamos a hablar sobre el baile!* Pensó Graglia, con una agitación tal que le provocó mariposas en el estómago. Esperaba dicho evento con suma impaciencia. Se trataba de un homenaje, un día en el que se invitaba a las familias y personalidades más importantes y ricas del Aquadom junto, por supuesto, a los miembros de la Congregación de la Iglesia. Era, ni más ni menos, que su presentación formal como heredera al trono. Su atención era ahora absoluta, entusiasmada con que la conversación de la reunión girara por fin hacia una temática de la que esperaba saber más con ansia.

“Tal y como nos solicitó, mi reina, se han enviado mensajeros para cubrir una lista de invitados de lo más selecta.” Reportó la consejera Keide con tono monótono mientras su aprendiz asentía. “Por ahora, todas las personas invitadas han confirmado su asistencia, nadie quiere perderse conocer a nuestra querida Lágrima y ofrecerle sus respetos.” Indicó, dirigiendo su mirada hacia Graglia y asintiendo.

“Salvo una excepción.” Puntualizó el aprendiz Meredian, levantando el dedo índice.

“¿Quién ha osado rechazar asistir a una celebración real?” Quiso saber la reina, inclinándose ligeramente hacia adelante y apoyando una mano en uno de los reposabrazos del trono.

Graglia, sin quererlo, apretó la frente con preocupación. Consciente de que quien quiera que fuera quien hubiera rechazado la invitación al baile iba a presenciar cómo su vida se tornaba en un infierno.

“Fue el Daikan Burum Babar quien notificó su ausencia, no obstante, en su mensaje agradeció la invitación y deseó a la Lágrima un próspero futuro como reina.” Contestó la consejera.

“Ah, bueno.” Respondió la reina, con un gesto de desdén con su mano. “No esperaba que ese vejestorio viniera después de todo, una simple invitación cordial, nos hace un favor no asistiendo. ¿Qué hay de los preparativos en palacio? ¿Está todo listo?”

“Todo marcha a buen ritmo, mi reina.” Confirmó la consejera Keide, nada afectada por el tono irritante de la monarca. “Mi joven aprendiz, aquí presente, se está encargando de todos los preparativos con suma eficiencia y atención a todos los detalles.” Afirmó, apoyando su huesuda mano en el hombro de Meredian, quien sonrió tímida y fugazmente. “Tendremos todo a punto en dos días.”

“Que sea en uno.” Requirió la reina.

Graglia pudo percibir en los ojos del joven Meredian cómo consideraba que tal reducción de tiempo les ponía las cosas ciertamente imposibles. No obstante, la consejera Keide se limitó a asentir, sin el menor ápice de preocupación en su rostro.

Graglia pegó un resoplido, el baile era en tres días, por lo que no era necesario limitarles tanto el plazo. Era plenamente consciente de que su madre simplemente lo había hecho por someterles a una absurda e innecesaria presión, si hubieran declarado que los preparativos estarían listos en tres días ella les hubiera exigido que fuera en dos, era así de incorregible. Sintió cómo ardían sus mejillas, quería que todo estuviera perfecto en el baile, que la decoración se realizara con gusto y que se tomaran el debido tiempo en perfilar todos y cada uno de los detalles para que la celebración fuera tan mágica y especial como había imaginado en su mente desde que había sido designada como heredera. El pensar que una innecesaria premura por parte de su madre podría provocar que su baile fuera menos extraordinario de lo que ella esperaba provocó que torciera el

morro y observara a su madre con disgusto.

“¿Se ha escogido la cosecha del vino a servir en la celebración?” Solicitó saber la reina, completamente ajena a la indignación de su hija.

“Así es, vino azul especiado, una cosecha con un sabor especialmente fresco y agradable al paladar. No obstante, debo informaros de que Barnabás Delorange ha solicitado obsequiarnos con varias botellas de su mejor cosecha para el evento.”

“Ni pensarlo.” Se negó en rotundo la reina. “No pienso aceptar obsequios con segundas intenciones.”

Por primera vez, Graglia estaba de acuerdo con su madre. Los regalos a palacio eran constantes y, por norma general, nunca eran desinteresados. Ganarse la simpatía de la reina, solicitar algún favor a cambio y un largo etcétera de peticiones se solían ocultar detrás de aquellos obsequios aparentemente ofrecidos de manera puramente altruista.

“¿Qué hay de la música?”

“Contaremos con una pequeña orquesta de primer nivel, como no podría ser de otro modo, mi reina.” La informó Keide, “dirigida por el ilustre Mondabel, como no podía ser menos.”

“¿Mondabel?” Repitió la reina, levantando una de sus perfiladas cejas. “¿Y por qué no se ha designado a la maestra Orandy?”

“La maestra Orandy está algo mayor, mi reina, por no hablar de que está sorda de su oído derecho.” Le informó la consejera.

“Me es plenamente indiferente, ¿se ha contactado con ella para proponerle dirigir la orquesta durante el evento?”

“Por supuesto que se le propuso, siendo su respuesta negativa como consecuencia de sus severos dolores de espalda y sus constantes temblores en su brazo izquierdo.”

“Está bien. No obstante, quiero que se le haga seguimiento, si dirige cualquier orquesta por pequeña que sea en lo que queda de año ordeno que se le arroje en una celda de manera inmediata.”

“Así se hará, mi reina.”

Graglia se sentía irritada, tal vez era porque le tenía manía a su madre, pero le daba la sensación de que tras aquellas preguntas y cambios no residía un interés genuino en asegurarse de que todo fuera perfecto en el baile de celebración de su hija, sino que simplemente buscaba un motivo por el que importunar a sus sirvientes.

Antes de haber sido escogida como Lágrima se había tratado de convencer de que su madre no podía ser tan vil como le parecía. Se decía a sí misma que ésta no pasaba el debido tiempo con ellas como para disponer de una opinión certera, que solo era ruda porque tenía que educar a sus hijas y que, seguramente, en el trato cercano sería mucho más agradable. Ahora no tenía ningún tipo de duda, su madre era como un cuervo que se alimentaba del miedo de la gente. Una alimaña que, una vez diera con las debilidades de su presa, se abalanzaba sobre ellas y las devoraba cual carroña hasta no dejar más que la carcasa.

*El baile será un evento precioso y tú no vas a amargarlo por mucho que lo intentes, madre,* se dijo a sí misma, en un intento de mantenerse alegre e ilusionada. Nada podía quitarle aquella ilusión, ni siquiera el temperamento de su madre.

“Una última cuestión.” Continuó la reina. “Crystalline ha escogido a Graglia como la legítima heredera a la corona, ello quiere decir que es momento de que el resto de princesas abandonen palacio y decidan acerca de su porvenir.”

Graglia abrió los ojos, sin poder creer lo que estaba escuchando. Era consciente de que tal día tenía que llegar, sabían desde bien jóvenes que, como princesas, su educación y entrenamiento

duraba únicamente hasta que una de ellas fuera elegida por la espada, momento en el cual todas salvo la heredera debían abandonar palacio y forjar su propio camino.

*Tan solo ha pasado una semana desde que la espada me eligió, es demasiado pronto...*

Se sintió mal por sus hermanas, era consciente de que disponían de los conocimientos y aptitudes para labrarse un porvenir, no obstante, eso no quitaba que el ser arrancadas de la única vida que conocían fuera un trago difícil de digerir. Negó con la cabeza.

*Numia es demasiado pequeña, seguro que se tornará un mar de lágrimas al enterarse, se sentirá perdida, sin saber hacia dónde encarrilar su destino. Y Michia, oh, Michia, debo hablar con ella seriamente antes de que nuestra madre les transmita tan funesta noticia. Necesitamos tiempo y tal vez, si la suerte está de mi lado, los quebraderos constantes resultantes de gestionar todo un reinado lleven a que mi madre se olvide de mis hermanas por un tiempo.*

Abrió la boca, sintiendo el temblor en sus labios. Debía actuar desinteresada, puramente racional y alejada de cualquier emoción, de lo contrario la reina olería su miedo y se abalanzaría sobre sus temores.

“El baile es inminente, madre, ¿tal vez podría concedérsele a mis hermanas continuar en palacio hasta después de la celebración del mismo? Seguro así pondrán toda su atención en el baile y nos ahorraremos preocupaciones e incidentes. No sería buena imagen para nuestros invitados el presenciar cómo mis hermanas se muestran alicaídas ante la incertidumbre de su futuro.” Propuso, tratando de dar con el discurso idóneo para disuadir a su madre en la inminencia de tal noticia.

“Sí, tal vez tengas razón, esperaremos después del baile para comunicarles la noticia.”

Graglia no pudo caber más en su gozo, había conseguido gestionar el insufrible carácter de su madre.

## 4. Mensajera

Las princesas desayunaban en el comedor, apuraban sus últimos instantes antes de marchar a sus quehaceres matutinos. Sobre el mantel blanco decorado con patrones de color azul cubriendo la larga mesa se postraban todo tipo de tentempiés en cantidades ingentes. Recipientes de cerámica blanca con ribetes dorados albergaban un extenso despliegue de leche, no solo permitiendo a las princesas el poder escoger entre el tomarla fría, caliente o templada; sino también el disfrutar de variedades provenientes de leche de vaca, cabra e incluso de oveja, esta última siendo la única que no sentaba mal al delicado estómago de Numia. Por si tan ambicioso catálogo lácteo no fuera suficiente, también disponían de agua caliente, a la cual podían añadir al gusto los distintos polvos de té que se almacenaban en el pequeño mueble de madera rojiza que se encontraba cerca de donde estaba sentada Bravia.

La comida no se quedaba atrás en cuestión de variedades. Tres platos repletos de cortes de distintos quesos se situaban en el centro, dos cestos de mimbre con panes variados y una bandeja central redonda con tocino y todo tipo de fiambre, la mayoría de estos platos ya prácticamente vacíos fruto del apetito voraz de aquellas jóvenes. El cuenco de tres alturas con piezas de fruta no corría la misma suerte, solo teniendo éxito las pequeñas calabazas moradas provenientes de Tir Torrent, una exótica fruta de sabor dulzón que desprendía un olor un tanto pestilente al cortarla.

Graglia no tenía especial hambre aquel día, su desayuno se basaba en un vaso caliente de leche de cabra, un poco de tocino que apenas había tocado y una rebanada de pan de semillas untado en mantequilla a la que solo había dado un mordisco. Semejante falta de apetito era consecuencia de las palabras de su madre durante el día de ayer, sus hermanas iban a tener que abandonar palacio después del baile. Se sentía fatal, la idea de que aquel fuera uno de los últimos desayunos que tomarían juntas le había cerrado el estómago por completo.

“He escuchado que Loyara Emsier tiene un amante... ¡Se acuesta con una sirvienta!” desveló Sastria, dejando su té azulado en la mesa mientras esperaba con suma atención la reacción de sus hermanas.

Tsusia cesó el avance del tenedor de plata transportando un enorme trozo de pastel de tocino, ahora mirando a su hermana con sorpresa, “¿una sirvienta? ¿De verdad?”

“Sastria, ¿se puede saber por qué aderezas mi tostada con mantequilla con cotilleos infundados?” Le reprendió Bravia.

“La familia Emsier resulta ser un reputado linaje noble,” intercedió Michia, sin levantar la vista de su plato vacío, “estoy segura de que no ofendería al Aqua Deus con una afrenta semejante.”

“¿Y qué pasaría si lo hubiera hecho a pesar de ofender al Aqua Deus en el proceso?” Preguntó Numia, su labio superior empapado en su leche de oveja y, por supuesto, abrazaba a su inseparable cerdito de tela. Aquella pregunta provocó que Michia alzara la vista, girándose en dirección a Numia con fiereza en su mirada.

“Merecería un castigo terrible.” Respondió tajante. “El Aqua Deus dicta que nuestro río de la vida ha de ser recto hasta llegar al mar, sin caer en afrentas de ninguna índole.”

“Michia, sabes que eso no se cumple a rajatabla nunca, ¿verdad?” Dijo Sastria, con una mueca a medio camino entre la extrañeza y la impertinencia. “La vida es mucho más compleja que eso, por eso nuestra sangre es roja y no cristalina como el agua.”

Sastria miró hacia Bravia, esperando que ofreciera un poco de cordura, ésta, sin embargo, se

encogió de hombros.

“Esta vez estoy con Michia,” Indicó Bravia, “tal vez no le iría mal a la familia Emsier un poco de rectitud en sus vidas, al fin y al cabo, son una de las familias de mayor renombre del Aquadom.”

“Bueno, no siempre lo han sido,” les recordó Tsusia. “Aunque ahora son un linaje de renombre, todavía hay familias que se burlan de ellos porque siempre han criado cerdos.”

“Son conocidos por tener entre sus antepasados a grandes espadachines también, sería un gusto ver cómo se defienden a golpe de espada ante tales acusaciones.” Añadió Alvia, hablando con la boca llena.

Tras su intervención, abrió la boca y sacó la lengua, mostrándole aquellos asquerosos trozos de pan empapado en saliva a sus hermanas pequeñas, quiénes parecían recibir tal espectáculo con una mezcla de grima y divertimento. En pos de continuar con su desagradable y bufónico espectáculo alimenticio, Alvia se movió bruscamente para dar mayor dinamismo a su interpretación, en consecuencia, propinando un golpetazo involuntario a Bravia, el cual causó que ésta derramara parte del contenido de su taza de leche, cayéndole encima.

“¡Estate quieta de una vez, Alvia!” la amonestó Bravia, tomando una servilleta de seda para limpiarse la leche que había derramado sobre su vestido. Después se giró hacia Graglia, chasqueando los dedos, “eh, espabila, o llegarás tarde a las lecciones con nuestra madre.”

“Sí.” Se limitó a responder.

*Deja de pensar en lo que vendrá y disfruta de este desayuno con tus hermanas,* se dijo a sí misma. Pero, por mucho que lo intentara, le era imposible dejarlo de lado. Se sentía preocupada por ellas, ¿por qué? ¿Por qué ella se sobrecogía por el devenir de sus hermanas y su madre, en cambio, parecía totalmente impasible ante lo que iba a suponer sin duda un momento complicado para ellas?

Sus agravados pensamientos debieron reflejarse en su rostro, pues Sastria no paraba de mirarla con preocupación.

“¿Te encuentras bien, Graglia?” preguntó Sastria, “pareces realmente afligida.”

“Estoy bien.”

“Seguro que nuestra madre le pateó con contundencia el trasero ayer.” Dijo Alvia, con una sonrisa provocadora. Tras su intervención, dio un gran y enérgico mordisco a su pan tostado con miel de limón mientras observaba con diversión a Graglia.

Pero esta vez Graglia no cayó en sus provocaciones, se limitó a rodear con su dedo índice el borde de la taza de porcelana de su té, ausente.

“Acábate el pan al menos,” le sugirió Bravia, “no es bueno luchar con el estómago vacío, te sentirás débil y falta de ritmo. No podrás atender bien las lecciones e instrucciones de nuestra madre si no has comido lo suficiente.”

*Las instrucciones de nuestra madre,* tales palabras retumbaron en su cabeza una y otra vez.

“¿Por qué dices eso?” Preguntó Graglia con terror en su mirada, la mera idea de que se hubiera filtrado la noticia de que sus hermanas debían abandonar palacio la horrorizó

“¿Porque es así?” Respondió Bravia, esgrimiendo una mueca de desconcierto.

“¿Seguro?” Se quiso cerciorar Graglia.

Bravia se detuvo en su siguiente bocado, en su lugar negando con la cabeza. “No lo digo por nada. Tranquilízate, Graglia, últimamente estás muy tensa.”

Graglia se limitó a asentir, a sabiendas de que tenía razón.

Tras el desayuno, sus hermanas marcharon hacia la torre, donde recibirían su lección diaria con Igüenza. Graglia, en cambio, se dirigió hacia la Sala de la Espada, donde se enfrentaría a su

madre al igual que la mañana de ayer y la anterior y todas las previas desde que Crystalline la había escogido como Lágrima.

La esperó situada frente a la puerta, los guardias de la sala mirando al frente, la punta de sus alabardas apoyada en el suelo, haciendo caso omiso a su presencia en señal de deferencia. Tras un rato esperando, finalmente, su madre apareció, no obstante, su elegante vestido de tela hasta los tobillos cubierto con una capa azulada no parecía el atuendo ideal para luchar contra ella.

“Ah, Graglia, estás aquí. Cambio de planes, no tendremos lección de espada esta mañana. Asuntos importantes requieren mi atención.”

“Está bien, madre, no os preocupéis.” Se limitó a decir, consciente de que con aquellas palabras su madre pretendía decirle que ella no tenía lugar en dichos asuntos. “Practicaré movimientos con Crystalline por mi cuenta para ganar soltura.”

“Ah, no, tú también tienes cuestiones más prioritarias que atender. He decidido que seas tú quien comunique a tus hermanas que, tras el baile, deberán abandonar palacio, así que ve preparándote.”

Su rostro se descompuso. Palideció ante aquel funesto cambio de planes.

“¿Qué? Creí que habíamos acordado que ese asunto sería tratado tras celebrarse el baile.”

“Sí, pero me he levantado pensando que sería mejor comunicárselo cuanto antes para que se hagan a la idea.” Indicó, encogiéndose de hombros.

*Otra vez no, pensó Graglia, no a mis hermanas, no de una manera tan sucia.* Una de las tareas más cargantes de ser la heredera era que su madre le había cogido el gusto de cederle la comunicación de noticias de carácter desafortunado. No hacía mucho, por ejemplo, Graglia había tenido que notificar a dos cocineras que iban a ser echadas de palacio por haberlas descubierto robando harina para llevárselas a sus hogares, una comunicación que había sido recibida con llantos y clemencias y que, en consecuencia, le había quitado el sueño durante dos días. Entendía que comunicar tales órdenes era un acto que tenía que aprender a sobrellevar, que su madre probablemente le encargaba tales asuntos para que se acostumbrara desde una edad temprana, pero esto era distinto. Se trataba de más que una petición, era una declaración abierta para enfrentarla a sus hermanas. Iba a ser tan difícil hacer frente a sus rostros tras informarles...

“Está bien,” aceptó con resignación, consciente de que no había escapatoria, “prepararé la reunión y daré con el momento idóneo para comunicar a mis hermanas tal noticia. Estoy segura de que, si se lo transmito con la suficiente antelación y, recurriendo a las palabras adecuadas, mis hermanas dispondrán del tiempo suficiente como para hacerse a la idea y decidir sobre su futuro.”

Respiró de alivio. Sí, podía funcionar. Tendría que preparar con sumo detalle su discurso, escribirlo una y otra vez hasta dar con las palabras idóneas. Igüenza les había enseñado cómo, con el don de la dialéctica, la noticia más trágica podía transmitirse de manera tal que sonara mucho menos grave si se hallaban las palabras correctas. Graglia asintió, convencida, escribiría día y noche hasta dar con el discurso perfecto, uno con el que sus hermanas comprendieran que era natural que abandonaran palacio, que era el momento de labrar su porvenir. Sobre todo, buscaría dar con un mensaje en el que les quedara bien claro que ella no tenía nada que ver con tan desafortunada decisión, que había sido todo idea de su madre. Maquillar semejante discurso no presentaba tarea fácil, no obstante, emplearía noches enteras tratando de dar con las palabras adecuadas.

“No dispondrás de ningún tiempo.” Le desveló su madre. “He mandado llamar a todas tus hermanas a presentarse en la biblioteca con el pretexto de una llamada real. Si te das prisa, tal vez llegues antes que ellas.”

*Bruja bastarda amargada*, pensó para sus adentros mientras corría por los pasillos.

No podía creer aquella sucia jugarreta por parte de su madre. Sentía un molesto tic nervioso en su párpado izquierdo, no le pasaba con mucha frecuencia, sin embargo, cuando estaba muy sobrepasada como en aquel momento, éste afloraba.

*Todo está bajo control*, se trató de decir a sí misma, *solo es un mensaje. ¡Y un cuerno solo es un mensaje! Madre me ha traicionado y mis hermanas me van a culpar a mí por pensar que soy yo la que las echo de palacio.*

Se llevó la mano a su ojo izquierdo, tocándose el párpado con su dedo índice y corazón en lo que parecía un fútil intento por detener tan molesto movimiento involuntario. Detestaba no poder controlarlo, poniéndola todavía más nerviosa, provocando así un bucle sin fin.

Caminó por un estrecho pasillo, mientras luz temprana de un cielo más despejado de lo que era habitual en el Aquadom se colaba por los grandes ventanales. Llegó a la puerta de la biblioteca, situó la oreja sobre la pulida madera oscura y contuvo la respiración. Silencio absoluto. Suspiró con alivio, agradecida de aquel ligero momento de respiro, se apresuró a entrar para así estar tan lista como fuera posible.

El olor a papel viejo la invadió en cuanto abrió la puerta, era un aroma agradable, suave y familiar, habían pasado varias tardes todas juntas leyendo asombrosas historias recopiladas en los libros allí presentes. Se trataba de una biblioteca impresionante, el suelo se cubría por una alfombra circular color verde oscuro, sobre la cual se posicionaban varias butacas con las que leer cómodamente sintiendo el calor de una chimenea que ahora mismo no estaba encendida. Las paredes estaban ocultas tras inmensas estanterías repletas de libros, hileras e hileras de documentos que se extendían hasta el elevado techo. Para poder acceder a los situados en las baldas superiores disponían de una larga y fina escalera en madera blanca que había sido diseñada para poder ser movida fácilmente y así poder acceder a cualquier documento allí presente. Tal lugar le hizo pensar en Tsusia, a quien le encantaba pasarse tardes enteras leyendo.

*Y pensar que se acaban tus días recorriendo esta biblioteca, Tsusia...* pensó, disgustada. Tragó saliva, consciente de lo inminente de su discurso, *en breve estarán aquí y no tengo la menor idea de cómo informarles de una noticia semejante...*

Un escalofrío recorrió su cuerpo de arriba a abajo, anticipando el abanico de sentimientos que tal mensaje provocaría en sus hermanas. Primero se daría una sorpresa generalizada, luego vendría la ira, seguida del miedo en sus ojos, un temor a qué hacer con sus vidas, a cambiar drásticamente su monotonía, la única rutina que conocían y que se iba a esfumar de un plumazo.

*En cierto modo, no debería sorprenderlas tanto, al fin y al cabo, todas sabíamos que llegaría el momento en el que solo la heredera acabaría residiendo en palacio.* Quería pensar que sus hermanas lo verían del mismo modo, que, aunque les impactara en primera instancia, se darían cuenta finalmente de que era ley de vida, de que su momento en palacio debía llegar a su fin para así encontrar su lugar en el Reinado del Agua.

Especialmente duro sería comunicar tal decisión a las dos princesas más jóvenes. Tsusia y Numia, con doce y diez años respectivamente, sin duda serían las más abrumadas por tal decisión por parte de la reina.

*Tsusia es muy madura para su corta edad, por lo que tal vez lo encaje bien; Numia, en cambio, tiene un carácter muy infantil, pero seguro que, de un modo u otro, lo comprenderá, después de todo, no podemos ser simplemente princesas por siempre.* Echó los hombros hacia atrás repetidamente, intentando apaciguarse, sin embargo, no podía evitar pensar en la injusticia que era que tal responsabilidad se le hubiera confiado a ella. *No podías comunicárselo tú, ¿verdad, madre? Tenías que ponerme a prueba, comprometer mi relación con mis hermanas.*

Aquellas palabras provocaron que el tic en su ojo fuera todavía más notorio.

Inspiró todo lo que le permitieron sus pulmones, luego expirando poco a poco. Tenía que parar, consciente de que tales negativos pensamientos hacia su madre no iban a cambiar nada. Era mucho más sensato aprovechar los escasos minutos que le quedaban en tratar de dar con qué palabras debía utilizar en su discurso y cuáles no.

*Es crucial dejarles claro que no se las está echando, que ellas no han hecho nada malo, que simplemente es un trámite habitual una vez la espada sagrada ha escogido a su heredera...*

Sin pretenderlo, recordó una lección que les había dado Igüenza. De cómo antaño el oficio de mensajero estaba extremadamente bien pagado, consecuencia del riesgo que corría al realizar su labor. No era para menos, las puertas se abrían de par en par para un mensajero cuando portaba buenas noticias, la música sonaba mientras el vino corría; no obstante, cuando las noticias eran malas, era el mensajero el que pagaba las consecuencias, no tenía sentido, él no tenía nada que ver, ¡solo era un mero encargado de entregar un comunicado! Pero a nadie le agradaban los portadores de malas noticias.

*Y yo soy ahora el mensajero,* pensó desolada.

Justo en ese momento, la puerta se abrió. Graglia se irguió, con la barbilla alta y una sonrisa forzada, pretendiendo mostrar la más absoluta normalidad. Bravia fue la primera en entrar, seguida de Sastria y Michia. Todas ellas, sin excepción, realizaron un gesto similar al acceder a la biblioteca, rebuscando con la mirada a su madre para luego fijar la vista en Graglia y fruncir el ceño. Alvia, la última en entrar y cerrar la puerta, se mostró especialmente sorprendida al ver a Graglia recibéndolas de pie.

“¿Madre todavía no ha llegado?” Preguntó Numia con su aguda voz de preadolescente, la más joven de las princesas pagaba su corta edad con un grado de inocencia que, en aquel momento al menos, Graglia hubiera deseado compartieran el resto de sus hermanas.

“¿No era esto una llamada real?” Añadió Sastria, semejante tipo de preguntas, aparentemente ingenuas, eran la forma que tenía su hermana de suscitar cuestiones con cierto grado de conflicto.

“Ella es la Lágrima, el Aqua Deus la eligió a través de su fiel sierva de acero Crystaline.” Indicó Michia, encogiéndose de hombros. “Tiene el absoluto derecho para convocarnos a su antojo.”

Graglia sintió un cierto respiro ante tal apoyo. No obstante, por los rostros del resto de sus hermanas, éstas no parecían estar muy de acuerdo con Michia.

“Sentaos, por favor.” Logró decir Graglia. Su garganta estaba completamente seca. Sus hermanas accedieron, avanzando por la estancia para ir tomando asiento.

“¿Por qué nos convocas como si fueras ya la reina?” Preguntó Alvia con su habitual tono impertinente mientras se dejaba caer bruscamente sobre uno de los sillones. “¿Se te han subido los aires de grandeza?”

Graglia resopló, estaba segura de que a Alvia le importaba un bledo que fuera ella quien las había convocado, simplemente había realizado aquel comentario con la intención de crear conflicto y ponerla así en una situación comprometida.

*Por favor, no me hagas esto más difícil de lo que ya es,* rogó para sus adentros. Tenía que mantenerse fuerte, solemne y decidida por mucho que le doliera lo que estaba a punto de comunicarles. Era muy sencillo, simplemente tenía que echarlas de su hogar, decirles que se buscaran la vida, que ya no tenían nada que hacer allí. Las palabras para expresárselo eran fáciles, lo que no lo era tanto era el sentimiento, el disponer de la frialdad necesaria para indicarles algo así.

“Hermanas yo...” Comenzó, su voz dubitante. La luz que entraba por el enorme ventanal se esfumó de súbito, como si ni los cielos quisieran ser testigos de su discurso.

“Espera, no me digas que de verdad vas a darnos tú el mensaje.” Le cortó Alvia, resoplando con suma diversión, “realmente se te ha subido a la cabeza lo de ser la Lágrima.”

Con aquella provocación, Sastria esgrimió una sonrisilla. Bravia, a su modo más discreto, también parecía divertida con el apuro en el que los comentarios de Alvia la estaban poniendo. Como resultado, las dos hermanas pequeñas, imitando a las mayores, parecían igualmente divertidas, solo Michia la miraba atentamente sin esbozar divertimento alguno en su rostro.

*Se acabó*, pensó con furia, apretando los puños. Una vez más Alvia había sobrepasado la línea. Se alimentó de aquella ira e inspiró hondo.

“Se os ha hecho llamar para informaros de que vuestra estancia en palacio llegará pronto a su fin.” Les indicó bruscamente. Sus palabras ahora sonaban directas y potentes, rápidas, aunque claras. “Crystaline ya ha elegido a la Lágrima y, como tal, es momento de que decidáis vuestro destino. Se nos ha brindado una educación de primer nivel, un entrenamiento con la espada digno de la mejor academia militar y, por si eso fuera poco, sois princesas de palacio.

Cualquier oficio, cualquier cargo en las Guardias que defienden a nuestro pueblo están a vuestro alcance. No es una decisión que debáis tomar a la ligera, pero sabed que nuestra madre ha indicado que, con posterioridad a mi baile de presentación, deberéis tener claro vuestro futuro.”

*Y marcharos de palacio*, tendría que haber añadido, pero aquellas palabras se habían quedado trabadas en su lengua, consciente de lo mucho que estaba pidiéndoles. Abandonar su hogar de la noche a la mañana, enfrentarse a un porvenir sobre el que seguramente no habían reflexionado mucho... Tras su discurso se quedó quieta, su furia desvanecida por completo, sus ojos saltando de una a otra de sus hermanas, tratando de adivinar sus pensamientos.

*Están confusas, todo ha sido demasiado repentino*, reflexionó. Era entendible que sus hermanas estuvieran desorientadas ante tan inesperada noticia.

*Yo solo soy la mensajera...* le hubiera gustado añadir, pero sabía que tales palabras estaban fuera de lugar. ¿Por qué tenía que darles explicaciones de ningún tipo? Ella era la heredera y su madre le había encomendado comunicarles un mensaje. Eso era todo lo que debía importarle.

*¿Por qué sus miradas de desconcierto se amarran en mi mente entonces?*

Numia alzó con sendas manos a su cerdito rosado, “¡Wounky y yo curaremos a la gente!” Espetó, con súbito entusiasmo.

“Creo que yo me uniré al ejército.” dijo Bravia, acariciándose su ancho mentón. Después se giró hacia sus hermanas. “¿Qué hay de ti, Sastria? Creo que serías una buena soldado también.”

Graglia abrió los ojos, sorprendida ante la inesperada forma en la que se habían tomado aquella comunicación. Sintió un alivio en su corazón, se giró hacia Tsusia.

“No te preocupes, Tsusia, me encargaré personalmente de que te lleguen todos los libros que desees allí donde estés.”

“Te lo agradezco, tal vez me haga bibliotecaria, o por qué no...”

Tsusia cesó en sus pensamientos en voz alta, girándose hacia Alvia, que se había puesto de pie y estaba señalándose con el pulgar.

“Yo voy a ser Caballero del Agua.” Declaró con una sonrisa.

El resto de princesas rieron, todas salvo Michia. Alvia, por su parte, las miró alzando las cejas sin entender a qué venía tal regocijo. Graglia se limitó a negar con la cabeza, *¿Alvia una Caballero del Agua? Por encima de mi cadáver. Tiene talento para el combate individual como ninguna otra, pero su indocilidad es demasiado incontrolable.*

“¿De qué os reís? No solo yo, Michia también lo será conmigo, ¿a que sí, Michia? Tu técnica con la espada ha de ser usada para algo útil.”

“No.” Respondió rotunda, Michia se sentaba con las piernas cruzadas, su rostro serio y solemne, como siempre. “Mi destino es el de ser Suma Sacerdotisa.”

Sus hermanas no se rieron esta vez, en su lugar parecían asombradas. Convertirse en Suma Sacerdotisa era una aspiración que pegaba tanto a su devota hermana como se asemejaba prácticamente improbable, si la aspiración de Alvia ya resultaba increíblemente difícil de llevar a cabo la de Michia se mostraba todavía más inalcanzable. Por lo que Graglia sabía, conseguir tal puesto dentro de la Iglesia del Agua conllevaba muchos años al servicio del Aqua Deus, debiendo ser escogida por el resto de la Congregación de la Iglesia para ser su representante. No parecía sencillo, no obstante, la fe de Michia parecía ser capaz de doblegar los mares.

Graglia sonrió, su carga aligerada tras contemplar lo bien que se lo habían tomado sus hermanas. “Mañana es el baile, Michia, tal vez pueda hablarle a la Suma Sacerdotisa sobre ti para que te guíe en tus aspiraciones.”

“Eso sería increíble, Lácrima.” Asintió.

“Os dejaré a solas para que reflexionéis acerca de vuestro futuro.” Anunció Graglia, tremendamente feliz.

Se marchó, conforme cerró la puerta, dejó caer todo el peso de su cuerpo sobre la madera de la misma. Suspiró, parecía que sus hermanas habían aceptado su destino sin echar la culpa a la mensajera. Sonrió, con una mezcla de sentimientos, alegría por no haberse ganado el rencor de sus hermanas y triunfo por haber salido de una situación complicada consecuencia de las malas artes de su vil madre.

“Espectacular discurso, Graglia.”

La princesa pegó un brinco ante lo inesperado de aquella voz. Se giró, descubriendo a un conocido soldado de la Guardia Real de baja estatura sonriéndole.

“¿Lampen? ¿Has estado escuchando tras la puerta?” Dijo con una mezcla de sorpresa e indignación.

No era habitual que Graglia tuviera un trato tan cercano con los soldados de la Guardia Real que protegían palacio, sin embargo, Lampen era toda una excepción en sí mismo. Se trataba de un joven aparentemente despistado, alguien a quien su trabajo no parecía encajarle del todo. Su mente era de lo más prodigioso que había conocido, una virtud que había provocado que hubieran entablado una improbable amistad. Todavía recordaba con simpatía el día en que se habían hecho amigos, aquel en el que Graglia había descubierto por azares del destino a Lampen durante su guardia nocturna talando una madera en lo que pretendía ser la maqueta de un barco que navegara por debajo del mar. Contrario a resultar en una reprimenda al soldado por desatender su labor de vigilancia, aquel encuentro había resultado ser el inicio de una relación especial.

“Por supuesto que estaba escuchando, ¿un salón repleto de princesas con altas probabilidades de acabar frustradas con la Lácrima? ¡Qué menos que estar presente en caso de que necesitaras ayuda!” Respondió, añadiendo una traviesa sonrisa.

Graglia negó con la cabeza, mostrándose igualmente divertida.

“Oh, esto es para ti,” le indicó Lampen, entregándole un barquito de madera con dos alas a los lados.

“¡Qué maravilla!” exclamó con la boca abierta de sorpresa, examinando la embarcación en miniatura. Ésta tenía todo lujo de detalles, dos mástiles, un largo casco e incluso las velas, que habían sido hechas con finos trozos de tela anclados con hilos. Le fascinaba la mente de Lampen,

era curiosa y despierta, dejaba volar su imaginación constantemente, tal vez demasiado constantemente, motivo por el cual había sido amonestado en más de una ocasión por no prestar atención en sus labores como debía y, en consecuencia, no gozaba de una buena reputación entre sus compañeros soldados. Algo le decía a Graglia que precisamente dicho vínculo afectivo con ella era la única razón por la que éste no había sido de hecho expulsado de la Guardia Real a consecuencia de sus habituales distracciones.

“Algún día los barcos Aquos volarán, Graglia, te lo aseguro.” Afirmó con completa convicción.

“Estoy segura de que sí, Lampen.” Aceptó, convencida de que así sería.

Lampen era estafalario, ciertamente algo lunático y demasiado soñador, ¿pero acaso no era la gente incapaz de ver límites quiénes lograban las gestas más inimaginables? Tal vez era mero instinto, pero algo le decía que éste era uno de esos hombres a los que debía tener cerca si esperaba hacer del Reinado del Agua un lugar mejor algún día.

“¿Sabes?” Continuó Lampen, enfurruñado. “Propuse a la Consejera de Defensa un sistema de invitaciones distinto para tu celebración, pero no lo aceptó, aduciendo que era demasiado complejo.”

“Cuéntamelo todo.”

Mientras Lampen le contaba en detalle, Graglia sonrió de manera inconsciente, mañana iba a ser el gran día, el día de su baile como Lácrima.

## 5. Baile

Era el día más importante de su vida. Trataba de mantenerse calmada, pero le era difícil, no quería que nada arruinara aquel momento, su momento. Para conmemorar un evento tan especial, la reina y sus hijas llevaban desde muy temprano posando inmóviles, el ilustre pintor Rubeliev estaba haciendo buen uso de sus dotes para el arte, inmortalizándolas en un lienzo en un día tan emblemático.

Era una estampa tan familiar como irreal. Las princesas rodeaban a su madre, todas ellas sonrientes, siendo observadas por un atento Rubeliev, quien estaba ahora mojando la punta del pincel sobre el color azul pastel en su paleta de madera para acto seguido continuar realizando trazos en su gran lienzo.

Iba a ser un retrato que no solo pretendía ser un recuerdo de familia, también añadía cierto simbolismo. Por este motivo, la posición y atuendos de todas ellas habían sido debidamente estudiados por el artista antes de iniciar su proceso pictórico. En consecuencia, princesas y reina vestían un atuendo similar: una valona blanca fabricada con el mejor algodón rodeando sus delicados cuellos, un apretado sayo que venía acompañado por una falda muy ceñida al cuerpo pero que se abría a partir de las rodillas, una forma que replicaba la curva de la cola de una sirena y que por ello daba el nombre a dicho corte.

El peinado de todas era también idéntico, su pelo estaba suelto con la raya a un lado, en sus cuellos portaban un colgante en plata con un zafiro pulido en forma redonda mientras que sus pendientes eran todos pequeños aros en oro blanco. Tal y como les había explicado Rubeliev, dicha similitud en vestimenta y complementos se debía a que pretendía mostrar uniformidad en su composición. Más allá de ello, existían ciertos matices, los vestidos de las princesas eran de azul marino; el de Graglia y la reina, en cambio, eran color celeste, lo cual las dotaba de mayor presencia.

En la misma línea, las princesas situadas en el lado derecho del retrato, Bravia, Alvia y Michia portaban un bonito lazo azul oscuro en dicho lado de su cabello, por contra, el resto de princesas disponían dicho complemento en su lado izquierdo. Como no podía ser de otro modo, Graglia, como Lágrima, era la excepción, no llevando ningún lazo, en su lugar portando una gruesa diadema de bronce con un zafiro en medio, el cual hacía juego con la brillante corona de oro blanco adornada con zafiros que lucía su madre. Por otro lado, la posición de la reina y sus hijas había sido concertada con la mayor intención. La reina se posicionaba en el medio, de pie, su corona de zafiros radiante, sus manos situándose en los hombros de Graglia. La heredera al trono se encontraba sosteniendo la empuñadura de Crystaline con ambas manos, en una posición que causaba que la punta de la espada se apoyara en el suelo. Por supuesto, la conservación de la espada era fundamental y ningún trabajo artístico debía ser motivo para mermarla lo más mínimo, razón por la cual su punta descansaba sobre un pequeño cojín verde claro, un detalle que Rubeliev les había indicado no se mostraría en su composición.

Llevaban ya varias horas en aquella postura, sin poder moverse ni un ápice para que el afamado artista pudiera captar la expresión jovial en su rostro. Como resultado, Graglia sentía unos tremendos calambrazos en sus mofletes.

Tenía que admitirlo, esta vez su madre había estado a la altura, aquel retrato había sido una sorpresa. El mero hecho de rememorar el día del baile y disponer de un retrato de familia ya era digno de celebración, pero lo era todavía más teniendo en cuenta que la reina había conseguido

que éste fuera realizado por ni más ni menos que el único e irrepetible Rubeliev, el artista más grande que había presenciado jamás el Aqua Deus.

Aquel hombre proveniente de la montañosa Maltesia exhibía un blanco y poblado bigote. Era un célebre artista, sus obras parecían estar vivas, hasta el punto que se decía que había sido el propio Aqua Deus quien le había entregado su pincel. La leyenda decía que la madera del mismo había sido obtenida de los restos de un navío hundido en las aguas, mientras que sus cerdas provenían del cabello de una sirena. El ilustre pintor cesó en sus pinceladas, ahora miraba intermitentemente en dirección a la familia real y a su lienzo, como tratando de aseverar que había plasmado todo detalle. Finalmente, Rubeliev realizó un último trazo, tras el cual dejó la paleta y el pincel sobre un taburete que se situaba a su derecha. Luego se echó hacia atrás, contemplando su creación mientras se frotaba repetidamente su frondoso bigote blanco con la mano derecha.

“Ya lo tenéis, listo, su majestad.” Anunció, su voz grave y orgullosa.

Con aquellas palabras la sonrisa de la reina desapareció de un plumazo. Dejó de apoyar sus manos en los hombros de Graglia y caminó hacia el cuadro. Se puso a observarlo, con los labios apretados, sus ojos percibiendo cada detalle. Las princesas permanecían en su sitio, inmóviles, esperando con ansia el veredicto de su madre. “Maravilloso, un trabajo excelente, como era de esperar del pintor más grande de todos los tiempos. Seréis recompensado como es debido.”

“Oh, no es necesario, su majestad, ofrecerme la oportunidad de retrataros a vos rodeada de vuestras maravillosas hijas es para mí todo un honor.”

Graglia y sus hermanas se apresuraron a contemplar el retrato, ilusionadas ante el hecho de que la pintura hubiera sido capaz de agradar al quisquilloso gusto de su madre. Todas emitieron sonidos de sorpresa al contemplar semejante obra de arte. Su trazo perfecto, los colores vivos... el resultado era simplemente espectacular, casi como verse reflejadas en un espejo. No cabía duda de que Rubeliev había sido capaz de captar la belleza de la familia Dajalam en su composición. Graglia sonrió, realmente Rubeliev hacía honor a su fama, había transmitido la esencia de cada una de ellas a la perfección, los hoyuelos de Michia al sonreír sin mostrar sus dientes, la mirada pícara de Alvia e incluso había conseguido plasmar la tosquedad de Bravia... ciertamente era como si el retrato estuviera vivo.

“Perfecto,” dijo la reina. “Lo colocaremos hoy en el gran salón para delicia de nuestros invitados. Luego será trasladado a la Sala del Trono.” Tras esto se giró hacia las princesas, observándolas con un atípico buen humor en su rostro. “¿A qué estáis esperando, hijas mías? ¡Id a cambiaros! ¡Esta tarde se celebra el gran baile!”

Las siete princesas Dajalam corrieron raudas a sus aposentos, nerviosas y felices ante la inminencia de la celebración.

\*\*\*

Las manos de la sirvienta pasaban por su pelo una y otra vez, la delgaducha joven realizaba su labor de trenzado con firmeza, pero sin darle tirones. Graglia se mantenía tranquila, observando su ligeramente maquillado rostro en el espejo. Estaba sentada con la espalda recta, dejándose hacer, simplemente controlando la respiración y moviéndose lo mínimo posible para facilitar el trabajo de peinado. Para tales trabajos de arreglo contaba con la talentosa Murlan, una joven sirvienta poco dada a la conversación y de mirada más que huidiza, pero que ofrecía un talento sorprendente para las artes del peinado y pintado de uñas. Viva prueba de la destreza de su sirvienta eran el impresionante trabajo en las largas y cuidadas uñas de Graglia, las cuales se estaban secando tras haber sido pintadas en un apaciguante azul claro, salvo las cutículas, donde

Murlan había añadido una ondulada línea blanca, que pretendía honrar a la espuma de las olas.

Su habitación estaba hecha un desastre. Había varios vestidos tirados sobre su cama, no había logrado decidir cuál era el idóneo hasta el último momento. El joyero, situado en una esquina del cuarto, estaba abierto, pues no era capaz de decidir qué pendientes eran los más propicios para la ocasión, aunque al menos había escogido su colgante, uno de cadena en plata con una sirena adornada con tres zafiros circulares, el cual ya adornaba su delicado cuello. A su lado, varios frascos de perfume se hallaban desordenados, el olor a alelí que embriagaba la estancia era la prueba de que ya había escogido el aroma que la acompañaría en el evento.

*Está todo bien, todavía queda un poco para el baile.*

“Ya lo tenéis listo, princesa.” Anunció Murlan, dando un paso atrás y juntando ambas manos esperando a que Graglia comprobara si estaba satisfecha con el resultado.

Graglia se admiraba en el largo espejo, asegurándose de que su peinado estuviera impoluto. Mantenía el mismo pelo recogido que había lucido para el retrato, solo le había añadido una bonita trenza que caía sobre uno de sus finos hombros. Su maquillaje se basaba en una fina capa en sus mofletes para acentuar su color, un tono rosa brillante que resaltaba sus finos labios y un poco de pintura azulada en párpados que, junto con una línea negra perfilante, otorgaba mayor profundidad a sus grandes y expresivos ojos azules. Su vestido era mucho más hermoso que el que había portado para el retrato, esta vez de azul zafiro, su tela había sido tejida de una forma sorprendente, ofreciendo así un brillo de lo más increíble, mostrando el efecto de estar mojado. Sus hombros estaban descubiertos al igual que sus brazos, su escote era recto, aunque lo más curioso era su falda, pues comenzaba justo debajo de su pecho y caía hasta la altura de los tobillos, un nuevo corte que se había puesto de moda y que a Graglia le fascinaba.

Se mordió ligeramente el labio, nerviosa ante la inminencia del baile.

*Voy a bailar frente a todos los invitados, pensó, ruborizándose.*

Tanto la consejera Keide como su ayudante le habían asegurado que todo estaba preparado, que el salón estaba repleto de invitados expectantes por el acto de presentación de la Lágrima. Era consciente de la relevancia de la celebración, era, ni más ni menos, que una prueba de muchas que iba a tener que realizar, una que serviría para generar una primera impresión en quienes algún día serían sus súbditos.

Se había propuesto distintas metas a cumplir durante el baile. Tendría que conversar con ilustres miembros del Aquadom, por lo que quería sonar segura de sí misma, poderosa e inteligente, pero también cercana, ¿era aquella combinación posible o estaba exigiéndose demasiado?

Se miró en el espejo, asegurándose una vez más de que su peinado estaba perfecto.

“La trenza está perfecta, al igual que mis uñas. Muchas gracias, Murlan.”

La sirvienta sonrió tímidamente, después se dirigió hacia la puerta y se marchó. Justo cuando la puerta iba a cerrarse, Igüenza apareció.

“¿Estás lista, Graglia?” Dijo su cuidadora adentrándose en la habitación, su vestido celeste era largo y ancho, cubriéndole desde el cuello hasta los tobillos, su rostro ligeramente maquillado. “Oh, pero qué hermosa estás.” Añadió, situándose detrás de ella y abrazándola con fuerza, mirándose ambas en el espejo. “Aunque ese colgante no me convence del todo, es bonito, pero no ideal para una ocasión como la de hoy.”

Igüenza se desplazó hacia el arcón, los colgantes habían sido dispuestos en un expositor, de manera que era sencillo verlos además de tenerlos fácilmente ordenados. La cuidadora desenganchó uno de ellos, luego rodeó el cuello de Graglia con éste.

“¡Me encanta!” Clamó Graglia, maravillada ante aquel colgante. Su cinta era negra, mientras

que la joya se limitaba a un zafiro tallado en forma de gota con los bordes de ésta recubiertos en plata. Simple, pero hermosa y tremendamente apropiada, una gota, el mejor complemento que podía llevar la Lágrima.

“Lo vas a hacer estupendamente.” La tranquilizó Igüenza, “y pensar que hace nada eras una niñita... que rápido has crecido, Graglia.” Tras aquellas palabras, la cuidadora extrajo de su manga un pañuelo amarillento con el que se secó las lágrimas. “Te dejaré a solas para que estés más relajada. Ya no queda nada para tu presentación.”

“¿Está yendo todo bien?” Preguntó, el miedo en su voz provocando un sonido infantil sin pretenderlo.

Igüenza le ofreció una sonrisa reconfortante, comprendiendo su preocupación, luego asintió, “todo está yendo perfectamente, los invitados están deseosos de conocerte. No te preocupes, estaré en la escalera y te indicaré cuándo debes descender una vez suenen las trompetas para conocer a los invitados.”

Tras aquellas palabras se marchó, no sin antes ofrecerle otra sonrisa reconfortante que pretendía indicarle que todo iba a salir bien. Graglia se mantuvo inmóvil en su habitación. Estaba lista, ahora solo tenía que esperar el sonido de trompetas, momento en el cual saldría de su habitación hasta descender por las escaleras que llevaban al salón de actos, donde todos la recibirían.

*Toc, toc.*

“Adelante.”

Se giró hacia la puerta, esperando encontrar de nuevo a Igüenza queriendo recordarle algo, sin embargo, no era ella.

“¿Puedo pasar, mi Lágrima?”

“Michia, ¿qué haces aquí?”

“Quería hablar contigo antes del baile.”

“Claro, pasa, ¿de qué se trata?”

Michia se adentró en la habitación, para tranquilidad de Graglia, ésta iba bien vestida, como era de esperar, su hermana no había cambiado su atuendo respecto a aquella mañana, por lo que iba ataviada con el vestido azul con el que había posado para Rubeliev, simplemente se había quitado el lazo de la cabeza. En su rostro no se apreciaba ni una mísera capa de maquillaje, un acto motivado por su creencia de que la belleza de la familia Dajalam debía ser pura y no debía ensalzarse con ninguna clase de polvos. Sus pasos por la habitación eran de lo más cuidadosos, consecuencia de que portaba un pequeño cuenco de plata en una de sus manos.

“He venido porque quería hablar con vos antes de que fuerais presentada en el baile. Me gustaría realizaros un *bapto*, es solo una tradición Aqua ya olvidada, pero para mí sería un honor efectuarla, si a vos no os importa.”

Graglia se sintió un poco apurada, no debía de quedar mucho tiempo para que las trompetas sonaran. No obstante, aquel ritual parecía importante para su hermana.

“No.” Acabó diciendo. El rostro de Michia se descompuso, plenamente desmoralizada ante tan inesperada respuesta. “No a no ser que dejes de hablarme de usted y me hables con cercanía, llamándome por mi nombre.” Exigió.

Michia sonrió. “Está bien... Graglia, ¿me permites que te realice el *bapto* antes de que tenga lugar el baile?”

Graglia asintió, satisfecha de haberle quitado la tontería a su hermana.

“Poneos... ponte de rodillas, por favor.” Solicitó Michia.

Graglia así lo hizo, apoyando las rodillas sobre la gruesa alfombra azulada y alzando la

cabeza. Michia se posicionó de pie frente a ella, sosteniendo el cuenco en la palma de su mano derecha. Introdujo los dedos índice y medio en el recipiente, después situó los mismos cerca de la frente de Graglia, manteniéndolos en dicha posición hasta que varias gotas cayeron sobre su frente.

“*Ciru natien sundorne,*” recitó, su acento Flumio impecable, “*marem escorge an Lacrima. Sare Aqua Deus e heren, regnum ba ferae, gladiom es populae.*”

Graglia sonrió, consiguiendo descifrar aquel pasaje. *Caída del cielo, surcando el río, el mar la escoge como Lácrima. Salve el Aqua Deus a su heredera, que su reinado se base en la fe, que su espada proteja a su pueblo.*

“Gracias, Michia, ha sido muy hermoso.”

“Serás una buena reina, lo sé.” Indicó Michia, disponiéndose a marcharse.

“¿Te pondrás en primera fila para presenciar mi baile?” Dijo con entusiasmo, le hacía ilusión que Michia y el resto de sus hermanas presenciaran aquel momento tan mágico, para ella su apoyo era muy importante.

“Estaré presente en tu baile tanto como me sea posible.” Respondió, apoyándose en el marco de la puerta. “Salvo a la hora del rezo, todas mis plegarias de hoy serán en tu honor.”

“Te lo agradezco,” Graglia le sonrió. Aquello no la sorprendió, el baile iba a ocupar toda la tarde y parte de la noche, ello quería decir que no podrían cumplir con su costumbre de rezar todas juntas al atardecer en la capilla del jardín. Para Michia, sin embargo, era obvio que aquel rezo era demasiado importante, por lo que entendía que ésta se ausentara el tiempo necesario como para ofrecer sus plegarias al Aqua Deus.

\*\*\*

Las trompetas anunciaron que era momento de presentarse ante la sociedad Aqua. Salió de su habitación, sentía sus manos temblar fruto del momento, por suerte, Igüenza estaba ya esperándola, apresurándose a agarrarla de la mano para así apaciguar sus nervios y dirigiéndola hasta las escaleras que llevaban al gran salón donde se celebraba el evento. Los tres Caballeros del Agua la estaban esperando, portando una armadura resplandeciente para el evento, era tradición que estos tres descendieran antes que la Lácrima. Su líder, la robusta Yustora, fue la primera en realizar la reverencia Aqua al verla, seguida después por Zaran, quien siempre le había causado cierto temor por su mirada de lunática, y el ya anciano Dephoen.

Los Caballeros del Agua descendieron uno a uno por las escaleras, sus armaduras resonando con un traqueteo de metal a cada paso. Graglia esperó, respirando hondo, Igüenza se encontraba cerca de ella con los brazos cruzados sobre su vientre, la miraba intermitentemente, ella le debía indicar cuando era el momento idóneo para bajar por las escaleras.

Sentía su pulso agitarse, sus axilas se empaparon ligeramente ante lo inminente de su descenso. Se agarró a la robusta barandilla de madera blanca por un instante, sentía un leve mareo, el mero hecho de pensar en que se pudiera caer por las escaleras y provocar con ello un bochornoso espectáculo hizo que le entraran ganas de vomitar.

Igüenza asintió, la señal de que era el momento. Graglia se apresuró a apoyar la punta de uno de sus zapatos en el primer escalón, sintiendo cómo su pisada era mucho menos firme de lo que debería. Tragó saliva, consciente de que no podía fastidiar un momento tan importante, bajó un segundo escalón y un tercero. Estaba tan nerviosa que los escalones le parecieron infinitos, como si, por mucho que descendiera, jamás fuera a ser capaz de llegar hasta el salón. A pesar de su agitación, fue capaz de mostrar una sonrisa, primero a un lado, luego a otro, con calculado movimiento. Suave, sin brusquedad, su caída en cada uno de los alfombrados escalones tenía que

ser acolchado, era un momento en el que debía mostrar gracilidad. Su sonrisa requería ser igualmente precisa, vibrante y, a su vez, natural.

Incontables miradas se aparecieron ante ella. Aprovechaba cada instante para captar cualquier detalle de su baile, el salón estaba abarrotado de invitados de lo más elegantes, los sirvientes se paseaban entre ellos portando bandejas repletas de comida y bebida mientras que en una de las esquinas de la sala se había situado una tarima de madera sobre la cual un reducido grupo de músicos dirigidos por la diminuta Mondabel ofrecía una suave melodía de lo más mágica con la que acompañar su descenso.

Su madre la esperaba al pie de las escaleras, con la corona ceñida, un hermoso vestido azulado de hombros descubiertos y un escote en forma de pico. Una sonrisa cordial asomaba en su rostro, mientras sus ojos la examinaban de arriba a abajo con detenimiento. Sintió un escalofrío recorrer su espalda ante tal exhaustiva inspección, consciente de que su madre estaría tratando de detectar cualquier mínimo defecto en su apariencia, no obstante, siguió descendiendo, cuidando pisar cada escalón con firmeza y elegancia.

Una vez en el salón, su madre entrelazó su brazo con el suyo, levantando así conjuntamente ambos brazos. La sala estalló en aplausos, Graglia sonrió, apabullada y al mismo tiempo emocionada de aquella bienvenida.

Tras ello, la música comenzó a sonar algo más animada, se trataba de una melodía ligera y suave, que pretendía acompañar a las conversaciones que se dieran en aquel rincón. La reina agarró a Graglia de la mano, dirigiéndola por el salón, ante la atenta mirada de elegantes invitados que sonreían y le asentían con la cabeza educadamente. La reina cesó en su avance, situándose frente a dos miembros que, al contrario que el resto de invitados que iban ataviados con sus mejores galas, portaban simples túnicas azuladas. Graglia los reconoció al instante, dichos atuendos poco lujosos correspondían a los miembros de la Congregación de la Iglesia. Entre ellos, se encontraba la distinguida Suma Sacerdotisa, Sorabel. Era joven, de menos de cuarenta años, alta y espigada, poco agraciada sobre todo porque tenía un ojo mucho más abierto que el otro y con una altivez solo equiparable a la de la reina. Su atuendo humilde se veía contrarrestado por un enorme medallón de plata algo ennegrecido que lucía en su largo cuello y en cuyo relieve se dibujaban dos sirenas tomándose de la mano.

Graglia sintió la tensión entre ambas. No le era desconocido el hecho de que Sumas Sacerdotisas y reinas nunca se habían llevado bien. De hecho, comprendía dicho rencor mutuo a la perfección. La Iglesia del Agua era un organismo independiente, uno que no respondía ante la reina, sino que solo tenía que rendir cuentas ante su dios. Su labor era precisamente la de asegurarse de que la palabra del Aqua Deus imperaba en el reinado, disponiendo de un ejército propio e incluso soldados de élite destinados a proteger a todos sus miembros, así como ajusticiar a quiénes no siguieran las directrices que profesaba su religión. Una organización poderosa, cuyo máximo exponente era su representante, la Suma Sacerdotisa, aquella ante la que la misma reina debía presentar sus respetos.

“Suma Sacerdotisa Sorabel,” comenzó la reina, con una cortesía poco común en su ser. “Os presento a la Lágrima, vuestra más fiel sierva.”

La Suma Sacerdotisa, apretó los labios y levantó ligeramente una de sus manos, mostrándole el dorso de la misma. En ésta se mostraba un enorme anillo con un zafiro azulado y redondo, su reborde recubierto en un bronce con partes en jade a consecuencia del óxido. Graglia se agachó y le besó su huesuda mano, justo a la altura de la joya.

“Cómo habéis crecido, princesa Graglia,” la aduló la Suma Sacerdotisa, su voz pomposa y más masculina de lo que pudiera parecer por su fina apariencia, “ya sois toda una mujer.”

Graglia fue a responderle, sin embargo, el hombre que acompañaba a la Suma Sacerdotisa se adelantó.

“¿Con qué poder habéis sido bendecida?”

Graglia se sintió importunada ante tan abrupta pregunta, la reina igualmente realizó una mueca de desagrado.

“Disculpad la agitación de mi acompañante,” intercedió la Suma Sacerdotisa, “Ovilier es un hombre tremendamente piadoso, pero algo carente de tacto en cuestiones de protocolo.”

Aquel hombre tenía ojos entusiastas. Su piel, de lo más perfecta, le hacían parecer más joven de lo que Graglia supuso debía ser.

“No, está bien.” Respondió Graglia, “he sido bendecida con el poder del torrente.” Le informó orgullosa.

“Ah, ¿así que ya sabéis cuál es vuestra bendición?” Celebró la Suma Sacerdotisa. “Qué talentosa sois pues, no es del todo corriente que la Lácrima conozca su bendición antes de efectuar el ritual en la Roca de la Sal. No me cabe la menor duda de que sois una alumna excelente entonces.”

“Lo es, desde luego.” Afirmó la reina.

Graglia sintió sus mejillas enrojecerse ante tal cumplido por parte de su madre. Era cierto que probablemente no lo pensaba, que simplemente no iba a desvelar las miserias de la familia real a alguien que consideraba a todos los efectos su oponente, sin embargo, era tan extraño escuchar palabras de apoyo por su parte que, incluso aunque fueran fingidas y obligadas por protocolo, debía celebrar.

“¿A vos os costó descubrir cuál era vuestra bendición, majestad?” Preguntó Ovilier, sus ojos tan molestos y entrometidos como sus preguntas.

Una mirada fulminante de la reina fue la única respuesta. Ciertamente aquel hombre era muy impertinente, lo peor de todo era que no parecía ser consciente de serlo, lo cual provocaba que resultara más molesta su presencia, consecuencia de aquel rostro desagradable esperando una respuesta. Esta vez la Suma Sacerdotisa no disculpó las inoportunidades de su acompañante, de hecho, Graglia creyó percibir, durante un brevísimo instante, una mirada de júbilo ante tal comentario.

“Un evento estupendo,” dijo la Suma Sacerdotisa, acabando así con el incómodo silencio, “digno de la familia Dajalam, espero con ansias vuestro baile, Lácrima.”

“Me alegra saber que la celebración está siendo de su gusto, Suma Sacerdotisa,” respondió Graglia, ofreciéndole una sonrisa, “quiero que sepáis que, bajo mi reinado, el Aquadom seguirá fiel a las costumbres marcadas por las directrices de nuestro venerado Aqua Deus. Deseo un reinado tan próspero como ligado a la fe.”

“Oh, qué refrescante es el ímpetu de vuestra juventud, como tan deliciosa es vuestra educación.”

“Confío en que juntas sigamos construyendo el gran lugar que han edificado mis antepasadas.”

“Estoy segura de que así será.”

La Suma Sacerdotisa fue a darse la vuelta, asumiendo que la conversación había llegado a su fin, sin embargo, Graglia alzó la mano.

“Oh, casi lo olvido, quería hablaros de Michia, una de mis hermanas. Es devota como ninguna, conoce nuestra religión de una manera loable. Ella tiene el deseo de ser Suma Sacerdotisa, para mí sería todo un honor si le permitierais hablar con vos y guiarla en su camino.”

“Por supuesto, querida Lácrima, que tan interesante joven no vacile ni un ápice en buscarme entre el gentío en tan exquisito baile tan pronto como desee. Y, ahora, marchad, Lácrima, estoy

segura de que el resto de invitados estarán encantados de conversar con tan amable jovencita.”

Tras aquellas palabras, su madre la continuó dirigiendo por la sala. Sin poder evitarlo, Graglia revisó que todo estuviera bien. Soldados de la Guardia Real custodiaban todas las salidas de la estancia, su mirada parecía perdida, no obstante, se mantenían alerta ante cualquier incidente, entre ellos divisó a Lampen, quien le guiñó un ojo al verla pasar cerca suyo. Del mismo modo, la iluminación era perfecta, grandes candelabros a los laterales y, sobre todo, varias lámparas repletas de velas en los altos techos ofrecían gran cantidad de luz, compensando la carencia de rayos de sol consecuencia de un día nublado y un cercano atardecer. El perfume de la sala también estaba a su gusto, ajazminado, un aroma ligero pero lo suficientemente intenso como para abrirse paso cuando no se veía asediado por el delicioso olor de algunos de los diversos platos que los sirvientes ofrecían a los invitados.

A aquella cordial presentación le siguieron otras muchas más. Charlas con nobles de la más alta alcurnia, Barnabás Delorange y su esposa Bonaite, los Naudine e incluso los Rosewood. El heredero de esta última casa había sido lo suficientemente avisado como para no asistir al acto con su mujer, aquel hombre había tenido la desfachatez de casarse con ni más ni menos que una Firea, una decisión que había pagado caro tanto en términos económicos como en reputación entre la nobleza.

“¿Desea probar las delicias de ternera con salsa de calabaza, mi Lácrima?” Le propuso un joven sirviente de cara picada, inclinando hacia ella ligeramente la bandeja que portaba con dichas delicatessen.

El olor meloso combinado con el jugoso aspecto de la carne en salsa anaranjada provocó que le sonaran las tripas, no obstante, Graglia se limitó a agradecerle el gesto con una sonrisa, negando con la cabeza. Tenía un hambre atroz, pero aquel no era momento para ponerse a comer. Antes moriría de hambruna que concebir el tener restos de comida entre los dientes durante el resto de aquella maravillosa velada, manchar su vestido o cualquier otro destino semejante.

Su madre continuaba guiándola por el salón de palacio, tirando de su brazo con firmeza. Graglia miraba hacia el frente sin fijar la vista en ningún invitado, imitando a su madre. Semejante actitud tenía un porqué de lo más curioso, a excepción de los miembros de la Iglesia y renombrados comandantes del ejército, el resto de invitados se componía prácticamente en su totalidad por nobles y burgueses. Precisamente por eso, debían ser estos los que se dirigieran a la reina y a la Lácrima y no al revés, ya que la familia Dajalam estaba por encima de ellos. En consecuencia, vagaban por la sala hasta que alguno de sus invitados se atreviera a hablarles. En su camino, se encontró con Michia, que se situaba justo debajo del retrato que les había realizado Rubeliev por la mañana, admirándolo en silencio.

“Michia,” le dijo en voz baja, aguantando el tirón de su madre durante un instante, “ha dicho que sí, la Suma Sacerdotisa ha aceptado que hables con ella. Corre y aprovecha la oportunidad.”

El rostro habitualmente solemne de su hermana se iluminó. Caminando rauda en busca de la Suma Sacerdotisa.

Graglia continuaba siendo conducida por su madre por la sala en aquel ritual de presentación. Estaba tranquila. Todo parecía ir como debía, los invitados degustaban la comida con elegancia, el vino también parecía del agrado de estos, por suerte no conllevando su consumo ningún espectáculo fuera de lugar. En su recorrido por la sala, pudo comprobar que el resto de sus hermanas parecían también disfrutar de la velada, cada una a su manera. Tsusia y Numia observaban muy de cerca a los músicos, deleitándose con su arte. Mientras que Sastria charlaba con la heredera de la Casa Posusai, seguramente compartiendo cotilleos de los que tanto la entretenían. Incluso Alvia parecía estar comportándose, hablando simplemente algo más

vigorosamente de lo que debía con el noble de una casa no lo suficientemente importante como para que Graglia pudiera conocerlo. Michia, por su parte, compartía palabras con la Suma Sacerdotisa, esbozó una sonrisa mientras seguía deambulando por la sala según las indicaciones de su madre, preguntándose si sus devotas preguntas serían demasiado profundas incluso para alguien ostentando dicho título.

*Mucha suerte, Michia...*

De repente, la música dejó de sonar. El corazón de Graglia dio un vuelco, plenamente consciente de qué implicaba. La reina dirigió a Graglia al centro exacto de la sala, justo debajo de una enorme lámpara repleta de velas y cristales azulados. Todos los invitados se apartaban para dejarles pasar, esbozando a su paso sonrisas, levantamientos de copas y asentimientos de respeto. Una vez los invitados habían dejado suficiente espacio, la reina sonrió y la soltó situándose al lado de la Suma Sacerdotisa, ambas en primera fila.

Todas las miradas estaban fijas en Graglia. Era momento de iniciar su baile, la sala estaba en rotundo silencio, nadie hablaba, la música de la pequeña orquesta había cesado, era un momento de absoluto protagonismo para Graglia. Tenía que iniciar su baile y, para ello, la tradición marcaba que debía escoger a su acompañante. Se dio la vuelta, tratando de dar con el acompañante perfecto entre los cuantiosos invitados.

*Demasiado sonriente*, pensó, descartando así a un joven alto algo escuálido. *Hermoso, pero su mirada es demasiado lasciva*, reflexionó, desestimando así a otro candidato. Luego se fijó en un hombre alto, de hombros poderosos y seguro de sí mismo. *Ideal, si no fuera porque sus enrojecidos mofletes revelan que está a un trago más de vino de estar ebrio*.

Existía cierta cuestión no oficial en su elección de acompañante para el baile, su manera de escogerlo sería una primera pincelada a sus súbditos de cuán afilado era su juicio. ¿Escogería al primero en el que se posaran sus ojos mostrando así un exceso de premura? ¿Tal vez al más hermoso sin importarle cuán importante fuera la casa noble a la que pertenecería? No había una elección correcta, simplemente era obvio que cualquiera que fuera su decisión sus súbditos allí presentes extraerían conclusiones.

Precisamente por la relevancia de tal decisión, algunos podrían sugerir que la mejor opción si una pretendía que todo saliera perfecto era haber escogido a su pareja de baile de antemano. Alguien que ya conociera y con quien ya hubiera realizado cierto entrenamiento de baile previo a tan simbólico momento. No obstante, Graglia no compartía dicha opinión, semejante planificación hacía que tal ritual perdiera parte del encanto, escoger su pareja simbolizaba la forma en la que tomaría decisiones como reina, sugería un grado de control, pero también de juicio e improvisación.

Continuó en su búsqueda. Su mirada se detuvo en un elegante y atractivo joven de chaqueta azulada con botones en cobre que exhibía una sonrisa que demostraba seguridad en sí mismo. Si no recordaba mal, ese hombre de pelo rubio peinado con raya en el medio y de porte fuerte pertenecía a una familia noble de la zona este, una no muy importante, pero tampoco insignificante.

*Perfecto*, decidió. Tal apuesto joven sin duda estaba a la altura de lo que se esperaba del acompañante de la Lágrima en su presentación oficial.

Señaló hacia él. Durante un instante, los distintos invitados que se encontraban en dicha dirección se miraron los unos a los otros, sin saber a ciencia cierta quién había sido escogido. Finalmente, el joven al que había elegido se llevó la mano al pecho, su rostro observando a Graglia preguntándole si le había escogido. Graglia asintió, esbozando una tímida sonrisa, un gesto suficiente como para que aquel joven se abriera paso entre la gente y caminara con paso

decidido hasta situarse frente a Graglia y realizar la reverencia Aqua.

La música comenzó, una bella melodía de ritmo lento y apasionado. Fue Graglia la que se acercó a su compañero de baile, le agarró de la mano derecha mientras que ambos posaron la otra mano delicadamente en las lumbares del otro.

Iniciaron su danza, era Graglia la que marcaba el ritmo, como era de esperar. Sonrió de satisfacción, aquel apuesto joven sabía bailar, sus piernas se movían con gracia siendo capaz de seguirle el paso. Durante un instante, todos los invitados se desvanecieron. Eran solo ella y él bailando apasionadamente al son de tan envolvente melodía. Dio un paso, luego otro, para después alzar el brazo y dar así una vuelta a su acompañante de baile.

Esbozaba una amplia sonrisa, ésta, no obstante, no era consecuencia del protocolo, sino de pura felicidad. Aquel hermoso baile estaba siendo de ensueño, la perfecta guinda del pastel para una celebración en su honor. No le cabía duda de que rememoraría aquella danza en sus sueños una y otra vez a partir de entonces.

*Paso largo, vuelta, paso largo, giro...* su mente recordaba ágilmente los movimientos. Se desplazaban grácilmente por el centro del salón, ante la expectante atención de sus invitados.

Se permitió un breve momento para extraerse de tal ensueño de danza, deleitándose la vista con las sonrisas de los invitados, quienes contemplaban en silencio y aparente agrado el espectáculo de baile que ella y su acompañante estaban ofreciendo. Descubrió a sus hermanas en primera fila, sus sonrisas desvelando que estaban disfrutando del espectáculo, se percató de la ausencia de Michia, probablemente ya centrada en sus rezos en la capilla del jardín. Sin quererlo, buscó a su madre entre la multitud, esperando que estuviera disfrutando de su actuación. Ésta se encontraba cerca de sus hermanas, al lado de la Suma Sacerdotisa, ambas con la barbilla alta y sonrisa solemne en sus rostros. Justo cuando iba a girarse de nuevo hacia su acompañante de baile discernió un detalle, un soldado de palacio se abrió paso entre los invitados que se encontraban detrás de la reina, mostrándose visiblemente nervioso, el soldado se inclinó hasta posar sus labios cerca de la oreja de la reina, susurrándole al oído. No fue la sorprendente agitación del soldado lo que alertó a Graglia, sino el gesto de su madre al escuchar las palabras del soldado, un breve alzamiento de cejas seguido de una mueca de estupefacción igualmente concisa, pero más que alarmada. ¿Qué podía estar ocurriendo para provocar que alguien tan comedida como su madre mostrase semejante desconcierto?

*Algo grave sucede*, sintió sus axilas empaparse, su pulso acelerándose ante la mera idea de que cualquier incidente arruinara su baile. Su siguiente paso fue algo más torpe, su posterior giro realizado con menor determinación que ninguno hasta tal momento. Los dos pasos que sucedieron fueron tan carentes de ritmo en contraste con su previa muestra de talento que incluso su compañero de baile la miraba ahora algo nervioso, preguntándose a qué se debía tan abrupto cambio en su destreza.

Trató de recomponerse, intentando continuar en su danza. La música era ahora más intensa, invitándoles así a ofrecer unos pasos más intensos y enérgicos. *Seguro que no es nada, algún asunto menor*, se dijo a sí misma, luego pegó un resoplido ante lo absurdo de su reflexión, *no hay ningún asunto menor que pueda haber llevado a mi madre a mostrar semejante mueca de asombro, estúpida*.

A pesar de sus preocupaciones, prosiguió en su baile, aunque completamente distraída, rotundamente fuera de aquel momento. Sus ojos volvieron hacia su madre, descubriendo que ya no estaba allí. Su repentina ausencia le provocó un nerviosismo todavía mayor, era ahora su acompañante quien había decidido llevar el ritmo, en un intento por que el baile no fuera arruinado por completo.

La música cesó y con ello el baile llegó a su fin. Era tradición que el joven se arrodillara y besara la mano de la Lácrima una vez concluida la danza. Sin embargo, conforme sonó la última nota, Graglia salió disparada hacia una de las puertas, abriéndose paso entre un asombrado público.

A su encuentro, los invitados le adulaban por su actuación, otros, en cambio, le preguntaban si se encontraba bien a consecuencia de la evidente preocupación en su rostro. Ella ni siquiera les contestó, simplemente rebuscaba a su madre en la sala. No estaba allí, la Suma Sacerdotisa tampoco. Sintió escalofríos, era evidente que había ocurrido algún asunto importante. Se apresuró hacia una de las puertas, asaltando a Lampen, que se encontraba vigilando dicha salida.

“Lampen, ¿se puede saber qué está ocurriendo? ¿Dónde están mi madre y la Suma Sacerdotisa?”

“Tranquilízate, Graglia, es tan solo un pequeño inconveniente. La capilla del jardín está en llamas.”

Los ojos de Graglia se abrieron como platos. *La capilla...* echó un vistazo raudo por las ventanas, había atardecido. ¡*Michia!*

Salió del salón, luego recorrió rauda la Sala del Trono, con una sonrisa más nerviosa de lo que le gustaría. Después pasó por una pequeña salita, una zona abierta más tranquila, dedicada a que los invitados que querían descansar del ambiente de baile pudieran hallarse en un lugar más sosegado.

“Disculpad, princesa Graglia,” se le acercó un joven con rulos dorados, “vuestro baile ha sido mara...”

“Os lo agradezco, muchas gracias, disculpadme tengo prisa.” Respondió, tan rápidamente que era posible que aquel joven no le hubiera entendido ni una sola palabra.

Conforme salió de la salita y se dirigió por un ancho pasillo adornado con varias sirenas blancas en pedestales a ambos lados se quitó los zapatos a toda prisa y comenzó a correr tanto como le permitía su vestido. Dio varias zancadas, a un ritmo más lento del que le gustaría debido al corte de su vestido. Aquella demora era imperdonable dada la urgencia, se detuvo un instante, inclinándose hasta agarrar su vestido por la parte baja del mismo.

*Crack.*

Había rasgado la tela, lo suficiente como para liberar sus piernas. Corrió a toda velocidad por los pasillos y estancias de palacio. Conocía su hogar perfectamente, buscando el camino más corto hasta llegar al jardín.

¡*Plom!*

En su camino histérico se topó con una sirvienta que portaba unas bandejas con copas vacías, provocando que tanto ambas como todo lo que la sirvienta transportaba cayera al suelo, causando así un fuerte estruendo.

“¡Lo siento, de verdad!” Se limitó a decir Graglia, poniéndose de pie, cuidando de no pisar los cristales y corriendo desenfrenadamente.

*No tiene por qué haberle ocurrido nada a Michia, tal vez simplemente salió de la capilla y ya está,* se decía una y otra vez, sin aminorar ni una pizca su paso.

Se adentró por el jardín, sintiendo el frío en las plantas de sus pies. Podía ver el humo. Su garganta se secó, apretó los dientes, intentando correr más rápido.

*Por el Aqua Deus y todas las sirenas del mar, que Michia haya salido antes del incendio,* rogó con todo su ser. Lágrimas comenzaron a caer de sus ojos, aterrada ante la mera idea de que no fuera así.

El fuego era abrasador. El calor era tal que el rostro le ardía más a cada zancada que daba por

el camino de piedra que llevaba hasta la capilla. Desde allí podía ver a los tres Caballeros del Agua, a varios soldados de la Guardia Real y a su madre, todos ellos contemplando sin hacer nada cómo la capilla era devorada por las llamas.

“¡Está dentro!” Gritó con toda la potencia que le permitían sus pulmones. “¡Está dentro!”

Su madre y los soldados se giraron a consecuencia del alboroto.

“¿Graglia qué estás haciendo...?” Dijo su madre.

Pero Graglia no le respondió, ni siquiera se detuvo en su carrera, en su lugar dirigiéndose hacia la ardiente capilla, dispuesta a adentrarse en ésta y salvar a su hermana sin importarle ser consumida por el fuego en el proceso.

*Ya casi estoy, Michia, ¡aguanta!*

De repente, un soldado la agarró por detrás, levantándola del suelo.

“¡Soltadme, idiota! ¡Michia está dentro! ¡Tenemos que salvarla maldita sea!”

Hizo uso del Kayta, golpeando al soldado con la palma de su mano duramente en la mandíbula, liberándose así de su agarre. Siguió en su avance, dio dos pasos más antes de que la líder de los Caballeros del Agua se abalanzara sobre ella. Graglia sentía la hierba caliente en su rostro, trató de levantarse, pero Yustora la había agarrado del brazo, retorciéndoselo detrás de la espalda.

“Es imposible abrirse paso entre las llamas, Graglia.” Le indicó su madre. Su voz increíblemente calmada sin perder la vista del incendio.

Graglia apretó los dientes, forcejeando sin descanso. Sin embargo, la robusta Yustora la estaba reteniendo con todas sus fuerzas. Sus ojos llorosos no se despegaban de la capilla, la estructura de madera completamente en llamas.

*¡Broom!*

Su techo se derrumbó con un ruido atronador. El traqueteo de las llamas era incesante. No se escuchaban gritos, Graglia no sabía si alegrarse de que fuera así o si, por el contrario, la ausencia de estos no era más que la cruda evidencia de que no había ya nada que hacer. La líder de los Caballeros del Agua, percatándose de que Graglia había recuperado la compostura, la soltó. Se puso de pie, contemplando atónita las llamas. De repente, una idea recorrió su mente, un halo de esperanza que iluminó su rostro por completo.

“¡Madre! ¡Crystaline! ¡Dad la orden de traer la espada sagrada e invocad vuestra bendición de lluvia para que deje de arder la capilla!” Gritó esperanzada.

“Sería en vano. No hay nada que hacer, Graglia.” Respondió su madre con tono serio. “Si Michia está ahí dentro es imposible que siga con vida.”

Graglia abrió la boca, sus manos templando, su cuerpo desfalleciendo ante tales palabras.

“Michia... muerta.” Pronunciar tales palabras le secó la garganta, sus fuerzas desfallecieron, cayó al suelo de rodillas, su rostro descompuesto en un mar de mocos y lágrimas. Contempló cómo la capilla ardía, siendo testigo de cómo ni siquiera el Aqua Deus trataba de salvar a su hermana a través de la lluvia.

## 6. Un desgarrador adiós

La lluvia no podía ser más fiera aquella mañana. No era para menos, una princesa Dajalam había fallecido. El cielo lloraba su pérdida mientras que el mar se removía furioso ante semejante ultraje.

Se encontraban caminando por el segundo arco del ajado puente que permitía acceder hasta aquella catedral tan única y emblemática, Gaztal. Su ubicación era de lo más singular, se había construido en un islote, ubicándose sobre el mismísimo mar.

La reina había ordenado que el ritual de despedida fuera lo más íntimo posible. En consecuencia, más allá de ella y sus hijas, tan solo las acompañaba la Suma Sacerdotisa. Ni siquiera a los consejeros de palacio, al resto de miembros de la Congregación de la Iglesia, o a los Caballeros del Agua se les había permitido participar en tal evento. Se encontraban en territorio sagrado, por lo que cerrando la marcha se situaban los dos soldados de la Divina Protección, actuando como escoltas. Para Graglia era difícil, pero esta vez estaba de acuerdo con la decisión tomada por su madre de hacer de la despedida de Michia un momento íntimo y reservado.

Era la Suma Sacerdotisa Sorabel quien lideraba el paso, seguida por la reina, luego Graglia y después el resto de princesas. En cualquier otro evento, sería la reina quien marcharía en primera línea, no obstante, se encontraban en lugar sagrado, por lo que era lícito que se cediera dicho honor a la representante del Aqua Deus en la tierra.

Graglia sentía las diminutas piedras y la fría roca en las plantas de sus pies. El sagrado cariz de dicho lugar las obligaba a tener que avanzar por el mismo desprovistas de cualquier calzado. Apretaba la mandíbula para no llorar, tenía que mantenerse a la altura de las circunstancias. La muerte de Michia le dolía como un puñal al rojo vivo atravesándole el corazón, por lo que no le estaba siendo tarea nada fácil aguantar la compostura. Ella era la Lágrima, debía mostrarse fuerte, asemejar calma y control por muy duro que embistiera la vida. Pero, por mucho que se dijera que tenía que recomponerse, no podía evitar que las lágrimas acabaran luchando con las gotas de lluvia por ser quienes bañaran su rostro.

Sus hermanas habían recibido tan espantoso suceso de formas muy distintas. Numia y Tsusia no cesaban en su llanto, Sastria no había hablado desde entonces, mientras que Alvia y Bravia se mostraban furiosas hasta el punto de presentar una mirada que causaba terror. Para su desgracia, ninguna de sus reacciones iba a hacer que su hermana volviera. Ahora solo quedaba rezar por Michia y asegurar que su descanso en el mar fuera lo más apacible posible.

El precio a pagar de tan hermoso y único lugar era su difícil acceso, un estrecho camino repleto de erosionados escalones tallados sobre la misma piedra casi negra sostenido sobre un puente de dos arcos. Tenían que avanzar de una en una debido a la estrechez de aquel camino, su paso era escrupulosamente vigilado por incontables gaviotas de grandes ojos amarillos, que se sentaban en sus nidos creados en los huecos de las rocas, atentas a la mínima señal de peligro para sus huevos. En lo alto del islote se alzaba la ermita, no era muy grande, no obstante, tenía su encanto, la desgastada piedra gris de la estructura contrastaba con el portón de madera marrón cuero y, sobre todo, con la vidriera situada sobre éste, compuesta de cristales en distintos tonos azules en los que se presentaba a una sirena saltando sobre las aguas.

Graglia percibió un extraño movimiento a sus espaldas, se giró, observando que sus hermanas se estaban agachando para empapar sus dedos en agua.

“¿Se puede saber qué estáis haciendo?” Dijo molesta, pero sin alzar mucho la voz, lo último que quería en aquel momento era escuchar cualquier reprimenda por parte de su madre.

“Lo que hubiera hecho Michia si estuviera aquí.” Respondió Bravia rotunda.

Aquella respuesta le rompió el corazón. Tenía razón. Se agachó, posando igualmente sus dedos entre una de las oquedades de la porosa roca para luego situar su mano sobre el mar y que así dichas gotas cayeran sobre ésta. Era una tradición Aqua, liberar el agua de la roca y enviarla de nuevo al mar.

*Michia ya no está...* se mordió el labio inferior, tratando de impedir verter más lágrimas. Algunas de sus hermanas, en cambio, sollozaban sin pavor durante el camino.

Sin pretenderlo, rememoró el momento en el que contempló la capilla de palacio arder sin que nadie hiciera nada por evitarlo, sin que su madre diera ninguna orden por salvar a su hija del incendio. Graglia había gritado y llorado tanto que se había desmayado, siendo informada a su despertar por su madre de que el incendio había sido extinguido y que los Caballeros del Agua habían retirado respetuosamente el cuerpo de Michia de los restos de la capilla. En el fondo, se sintió agradecida de no haber presenciado tal momento, no tenía la menor duda de que la imagen de presenciar los restos quemados de su hermana serían una pesadilla a la que jamás sería capaz de hacer frente.

Llegaron hasta el portón, donde un viejo sacerdote de tez oscura y ojos azules increíblemente claros les estaba esperando. Sostuvo una a una de las manos con notable fuerza, sobre todo para su edad, susurrándoles con pesar lo mucho que sentía su pérdida. Se adentraron en la ermita, Graglia sentía los chorretones de su empapado pelo caer por su cara. Su vestido estaba completamente mojado, sentía su piel ponerse de gallina... pero no tenía derecho a quejarse, se tomaba todas esas incomodidades como una penitencia.

La ermita de Gaztal compensaba su discreta fachada exterior con unos interiores que quitaban el aliento. No era para menos, era un lugar destinado a albergar los eventos más sagrados, consagrados con la familia real Dajalam. En distintos altares se situaban esculturas de sirenas en piedra blanca, tan hermosas como gigantescas, sus rostros parecían de lo más vivos, unas lucían solemnes mientras que otras parecían mostrar muecas de angustia. La base de todas ellas estaba empapada en agua, motivo por el cual la agrietada piel grisácea de éstas estaba repleta de salitre.

La sala estaba dividida en varias naves, en el fondo el atrio. El suelo blanco de enormes baldosas en piedra estaba empapado, tal y como marcaba la tradición. Más allá de los altares con sirenas, allí también se honraba a reliquias sagradas, aquellas que habían adquirido el honor de ser veneradas por generaciones venideras. Entre ellas, resaltaba un enorme trozo de mástil de un navío conocido como Ninai, renombrado por haber sido el único en haber sobrevivido a un inesperado asalto Fireo hacía siglos atrás.

Sin embargo, la ceremonia de Michia no se iba a efectuar dentro de la ermita, sino que salieron por una discreta puerta que se encontraba en el atrio, a través de la cual se accedía a un patio no muy ancho que concluía en un abrupto acantilado.

La reina se situó cerca de las paredes de la ermita, las princesas colocándose a su alrededor, observando con rostros repletos de tristeza a la Suma Sacerdotisa, que se posicionó cerca del acantilado, desde donde dirigiría la ceremonia. No era el primer funeral que habían contemplado allí, habían visitado aquel lugar cinco años atrás, consecuencia del fallecimiento de su abuela Midalien, la *Gran Legan*, una adorable mujer cuyas palabras y actos eran inspiradoras. Precisamente por haber atendido tal funeral, Graglia sabía que, en el fondo de aquel acantilado, sobresaliendo de las mismísimas aguas, asomaba el titánico rostro en piedra blanca de una sirena como también sus dos manos alzadas. Aquella estatua había sido erigida de tal modo, con su

cuerpo dentro del mar, representando cómo las sirenas, las más fieles sirvientas del Aqua Deus, ofrecían su consuelo a quienes estaban carentes de apoyo en los momentos más duros.

La Suma Sacerdotisa se situó todavía más cerca del acantilado, observando hacia el vacío mientras su capa azul celeste ondeaba con el fuerte viento. Su túnica era esta vez de un color azul muy apagado, casi negro, mucho más acorde al ambiente lúgubre de aquella ceremonia, su cintura se rodeaba por una cinta negra, un atuendo que llevaban todas las allí presentes, en señal de luto.

Graglia echó la vista hacia el suelo, sintiendo el grueso relieve de la porosa roca en sus pies. Bajo sus dedos se localizaba parte de un enorme grabado en Flumio que decía: *contempla mi reinado, desde el que os cuido, os protejo, os espero.*

Un molesto y repetitivo sonido nasal provocó que se girara. Era el ruido de la nariz de Tsusia, sorbiéndose los mocos, su rostro estaba rojo. El resto de sus hermanas se mostraban igual de afectadas. Habían perdido a una hermana, de la forma más inesperada y cruel. Su madre, en cambio, no presentaba ojos llorosos, tampoco había furia en su semblante, aquella carencia de emoción provocó que Graglia apretara la mandíbula.

La Suma Sacerdotisa se dio la vuelta, su rostro solemne. “Del cielo al mar, el camino que recorreremos por ese río al que llamamos vida es tan incierto como distinto para cada una de nosotras. El viaje de Michia Dajalam fue un recorrido corto, muy breve incluso, pero bien sabido era su amor por el Aqua Deus, por lo que no podemos más que regocijarnos.

Estos son momentos de añoranza y duelo, pero, precisamente en situaciones tan duras como ésta, hemos de tener presente más que nunca que no debemos sentir tristeza por ella. Al contrario, debemos sonreír, sentirnos dichosos porque ahora Michia Dajalam descansará en el mar, donde sus restos yacerán por siempre arrojados por el Aqua Deus.

Soy consciente de vuestros sentimientos encontrados. Seguro echaréis de menos a vuestra hermana y haríais todo lo que estuviera a vuestro alcance para que volviera a estar a vuestro lado. Aunque, también, os apaciguará el hecho de que vaya a ser recibida en el mar. Que no os atormente tal disparidad de sentimientos, pues es normal extrañar a nuestros seres queridos a pesar de saber de su dicha, es por eso que nuestra sangre es roja, la viva prueba de que ninguno de nosotros somos puros, somos seres presos de nuestros sentimientos y emociones.

Así que derramad lágrimas, que el agua más pura que reside en vuestros adentros sirva como acompañamiento a los restos de Michia. Es sabido que nuestro amado Aqua Deus recibe con especial gratitud y cariño a aquellas que portan el apellido Dajalam, vuestro linaje fue el escogido para empuñar la espada sagrada y reinar, así que recemos en silencio mientras recreamos en nuestra mente esa hermosa visión en la que Michia es bienvenida por el Aqua Deus con un ferviente abrazo.”

Todas las allí presentes cerraron los ojos. Graglia visionó aquella imagen con inmaculada claridad. Michia se mostraría especialmente dichosa al hallarse nadando en las mismas aguas que el Aqua Deus, ofreciéndole su más absoluta devoción mientras incontables sirenas celebraban su llegada con una danza frenética que crearía un torbellino. Sonrió ante tan linda imagen, aportando un leve alivio a su destrozado corazón.

Tras aquel momento de reflexión, la Suma Sacerdotisa continuó el ritual.

“Es momento de ofrecer a nuestra querida Michia Dajalam su ansiado reposo,” indicó, después su mirada se fijó en la reina, “majestad, si sois tan amable por favor.”

La reina asintió, caminando hacia la Suma Sacerdotisa y extrayendo de sus ropajes un pequeño vial transparente, luego volvió a su posición, en su regreso, Graglia se percató de la expresión furiosa en el rostro de su madre.

*Por fin muestras un resquicio de emoción por la muerte de una de tus hijas, madre,* pensó con rabia.

Mientras, la Suma Sacerdotisa abrió el vial que le había entregado la reina, posteriormente lo alzó, en el recipiente estaba grabado en cobre el número cinco, ello se debía a que Michia era la quinta hermana según el orden de nacimiento.

“He aquí las lágrimas más puras de nuestra querida Michia, las derramadas instantes después de nacer. La viva prueba de que el mar residía dentro de ella, como también lo hace en todos nosotros. Que su agua más pura sea devuelta al mar, que así Michia Dajalam sea guiada por las sirenas hasta la guarida del Aqua Deus, donde residirá por la eternidad, donde os esperará para algún día recibirlos con los brazos abiertos.”

Tras estas palabras, la Suma Sacerdotisa se dio la vuelta y mostró el vial hacia el mar, alzándolo en lo alto. Acto seguido, inclinó el vial, en consecuencia, las lágrimas que contenía cayeron al vacío, hasta formar parte de las aguas.

“Michia Dajalam,” dijo dándose la vuelta, abrazando el vial contra su pecho, “ahora formas parte del mar, donde vivirás por siempre. Tus seres queridos te desean una vida eterna en tu nuevo hogar, repleto de dicha y amor, mientras que anhelan con cariño el momento en el que se reencuentren contigo en las profundidades del océano. Tus restos han encontrado el mar, Michia, donde descansarán toda una eternidad.”

Tras aquellas palabras la Suma Sacerdotisa se dio la vuelta, situándose mirando hacia el borde del acantilado, ofreciendo unas plegarias. La reina avanzó hasta posarse detrás de ella, seguida por Graglia y luego sus hermanas. Aquella era la despedida final, una a una debían ofrecer sus últimas palabras a Michia, quien las escucharía antes de partir en su encuentro con el Aqua Deus.

La duración de tal momento íntimo era invariada, podía ser una palabra, una frase, o todo un relato si así se deseaba. No había normas ni restricciones cuando se trataba de despedir a un ser querido.

Mientras Graglia esperaba que su madre concluyera en sus rezos, su cabeza no podía evitar sumirse en pensamientos de lo más turbios. Recordó cómo Michia le había dicho que las plegarias de la tarde de su baile iban a ser en su honor, tragó saliva, reprimiendo sus deseos de estallar en llantos ante tal recuerdo.

*¿Cómo puede haber sido el destino tan cruel como para ensañarse así con Michia? Murió rezando, asfixiada con el humo, o tal vez abrasada por el fuego,* se le puso el vello de punta, sin saber discernir cuál de los dos destinos era más cruel e injusto.

Su madre concluyó en su despedida. Era su turno de decir adiós a su hermana. Se mordió los labios con fuerza tratando de contener unas lágrimas que hicieron caso omiso a sus esfuerzos, empapando sus mejillas. Dio dos pasos y se situó frente al acantilado, desde allí pudo contemplar el gigantesco rostro blanco de la sirena, su boca abierta, su mirada triste mientras las olas golpeaban sus mejillas y manos con severidad. Se trataba de una visión ciertamente espectacular, la roca había sido tan esplendorosamente esculpida que con el mecer de las aguas parecía cobrar vida. Inspiró hondo, intentando dar con las palabras precisas con las que despedirse de su hermana.

*Michia, no puedo creer que esté aquí, teniendo que decirte adiós. Me pregunto si estarás mostrando una amplia sonrisa ante el ansiado momento de encontrarte con el Aqua Deus, conociéndote, ese instante te hará inmensamente feliz y eso hace que este momento sea solo un poco más llevadero.*

*Perdóname, Michia, pero no quiero despedirme de ti. Sé que es egoísta, sé que es pecado incluso lo que voy a decir, pero no me importa. Ojalá hubieras vivido por siempre a mi lado, te*

*necesito junto a mí. Solo puedo redimirme pensando que el Aqua Deus encontrará en ti una grata sierva y que, algún día, nadarás junto con las sirenas para darme la bienvenida a tu lado, espero que seas tú quién me muestre todos los secretos que alberga el inmenso océano. Te prometo que rezaré por ti todos los días, que te guardaré en mi memoria y que seré la gran reina que me dijiste sabías que iba a ser. Entonces apretó los dientes. Y, sobre todo, te juro ante el Aqua Deus que daré con quien quiera que haya sido el bastardo que haya acabado contigo, no descansaré, Michia, hasta que haya vengado tu muerte.*

## 7. Investigación

La punta del elegante zapato de Graglia impactaba contra el impoluto suelo del salón del trono una y otra vez. Era un día muy importante, habían pasado tres días desde la muerte de Michia y ese era el tiempo preciso que la reina le había concedido a la Consejera de Defensa para que sus soldados realizaran una investigación sobre su fallecimiento y esclarecieran lo ocurrido.

La reunión se había agendado a primera hora de aquella lluviosa mañana. La Consejera de Defensa se estaba haciendo de rogar, demorándose en su audiencia con la reina, quien estaba sentada en su trono, ocupando el tiempo leyendo ciertos documentos. Graglia, en cambio, estaba demasiado agitada. En condiciones normales, yacería en su asiento situado justo al lado de su madre, guardando la compostura y estando atenta a cualquier cuestión que su madre quisiera compartir con ella. No obstante, estaba demasiado nerviosa como para quedarse ahí quieta sin hacer nada. En su lugar, se hallaba parada frente al enorme retrato familiar pintado por Rubeliev, sin que sus furiosos ojos se separaran del rostro de Michia. El artista había conseguido captar a la perfección la expresión solemne de su mirada, así como aquella sonrisa conmensurada que le originaba aquellos simpáticos hoyuelos.

La primera vez que había presenciado dicho cuadro había quedado maravillada por su realismo, ahora tal característica la perseguía. Toda su atención se centraba en el rostro de su difunta hermana, admirándolo como si no existiera nada más, como si esperara que en algún momento Michia se desprendiera del lienzo y acabara abrazándola. Por supuesto que no había perdido la cordura, era consciente de que tal milagro no era posible, que semejantes desvaríos eran consecuencia de su falta de sueño y una añoranza imposible de satisfacer. Un desvelo que esperaba se desvaneciera en cuanto se revelara quién estaba detrás de la muerte de su hermana, la excusa perfecta para focalizar toda aquella añoranza en un objetivo.

*¿Se puede saber dónde se ha metido la maldita consejera?* Pensó con rabia, volviéndose para sentarse en su silla. No podía creer que Daidan estuviera ofreciendo tan poca profesionalidad ante un asunto de semejante relevancia, ¿qué podía estar haciendo que fuera de mayor importancia que desvelarles de una maldita vez quién era el culpable de la muerte de Michia?

Las horas de desvelo y su ansia de respuestas habían llevado a que Graglia ya dispusiera de una conclusión acerca del culpable. Lo cierto era que no tenía la menor duda, tenía que ser obra del rey Wulkan, ¿quién si no? Había escuchado historias monstruosas de aquel hombre, Fireos y Aquos sentían un mutuo odio acérrimo desde tiempos inmemoriales, ¿quién si no el monarca Fireo hallaría divertimento en asesinar a una princesa Dajalam durante la celebración del baile de presentación de la Lágrima? Solo de pensarlo provocaba que la embargara un sentimiento de vergüenza y furia.

Aunque pudiera parecerlo, sus presunciones no se basaban simplemente en meros prejuicios. Se había utilizado fuego para provocar el altercado, era por tanto evidente un odio exacerbado en tal actuación. El fuego era una ofensa para los Aquos, siendo la absoluta contraposición al agua, de este modo, recurrir al fuego para causar muerte y destrucción escondía cierto simbolismo: hacer arder una capilla Aqua era una forma de reivindicación, de burla por parte de los culpables, de que el fuego era capaz de vencer al agua.

La muerte de Michia había arruinado por completo una fiesta que Graglia esperaba se grabara en su memoria como un momento mágico, inolvidable y hermoso. No solo eso, con el fallecimiento de su hermana se había puesto en duda la seguridad de palacio, humillando así a

todo el reinado al haberse permitido la muerte de una princesa en las mismas murallas de su castillo. No obstante, no eran ni su propio ego ni el cuestionamiento de la seguridad de palacio lo que la exasperaban, era el haber utilizado a Michia para provocar tal altercado. Podía aceptar que arruinaran su baile, pero jamás iba a perdonar el que lo hubieran hecho a costa de la vida de una de sus hermanas.

Se llevó las manos a la boca, tratando de morderse las uñas, sin embargo, poco había ya que morder, su delicada manicura había caído presa del nerviosismo de los últimos días. Se giró hacia su madre, quien seguía sumida en la lectura de sus documentos. Su sosiego no hizo más que poner más nerviosa a Graglia, tan irritada estaba ahora que sentía una ardiente punzada en su estómago, una fuerza interior que la instaba con ansia a preguntarle por qué diantres estaba tan tranquila, por qué no se mostraba mínimamente impaciente por descubrir la verdad y cómo era posible que no estuviera exigiendo que arrastraran a la consejera con cadenas hasta la sala del trono si era necesario.

Abrió la boca, dispuesta a exigir explicaciones a su madre sin importarle las severas consecuencias que ello conllevara. Sin embargo, jamás dijo nada, pues, justo en ese instante, la puerta se abrió. La Consejera de Defensa Daidan comenzó a caminar por la sala, sus medallones de sirenas tintineando mientras avanzaba con una calma tal que Graglia sintió ardientes deseos de ponerse de pie y empujar su ancho trasero hasta situarla frente a la reina.

“Disculpad el retraso, mi reina, he tenido que...”

“Proceded con vuestros hallazgos.” Le ordenó la reina, cortándole toscamente en sus explicaciones.

“Durante estos días hemos realizado una intensiva investigación. Hemos revisado la lista de invitados con extremo cuidado, se han inspeccionado los restos de la capilla y se ha interrogado a todos y cada uno de los sirvientes y soldados de palacio en busca de cualquier indicio de actividad sospechosa. Adicionalmente, hemos obtenido informes procedentes de las ciudades colindantes, tratando de detectar cualquier detalle fuera de lo habitual, con el objetivo de poder contrastar información. Con todo esto, los resultados de nuestra investigación han concluido que...”

Graglia contuvo su respiración, su cuerpo tan echado para adelante fruto del ansia de respuestas que su cuerpo prácticamente no estaba apoyándose en la silla. Estaba a un mero instante de descubrir quién se encontraba detrás de la injusta muerte de Michia, de poder ofrecer cierto consuelo a la caída de su pobre hermana y cumplir con la merecida justicia que le había prometido.

“La muerte de Michia fue consecuencia de los actos de un grupo de Aquos fanáticos procedentes de la isla de Mechua.” Concluyó la Consejera de Defensa. “Aprovecharon la afluencia de gente por la celebración del baile en honor a la Lágrima para colarse en palacio y quemar la capilla del jardín.”

Graglia alzó las cejas ante tan inesperada revelación. La isla de Mechua, había escuchado hablar de aquel lugar en más de una ocasión. Por lo que sabía, se trataba de una isla del Reinado del Agua en la que sus habitantes Aquos, por alguna estúpida razón, ofrecían culto al Incandescente, el dios de los Fireos. Como consecuencia de tal adoración, unida con una mente que solo podía definirse como perturbada y enfermiza, varios de aquellos Mechuanos partían de su isla hasta la capital, buscando causar tanto daño como fuera posible antes de ser eliminados.

“¿Creéis que el objetivo de los Mechuanos fue acabar con la vida de Michia?” preguntó la reina, guardando la compostura de una manera tal que a Graglia se le revolvió el estómago.

“No, tras mucho deliberar al respecto, todo parece indicar que su objetivo fue consumir la

capilla en llamas. La muerte de vuestra hija simplemente fue una macabra coincidencia.”

“¿Así que no fue más que un desafortunado incidente?” Indicó la reina. “Bien, asunto zanjado entonces.”

“¡Un momento! ¿Cómo que asunto zanjado?” Se apresuró a decir Graglia, sin poder creer lo que estaba escuchando. “¿Descubrimos quién está detrás de su muerte y no vamos a hacer nada al respecto?”

La reina alzó la ceja girándose en su dirección, mirándola con rostro sombrío. “¿Y qué sugieres que debemos hacer?”

“¡Dar con los culpables y ofrecer la justa venganza por supuesto! Seguro que los Mechuanos artífices del asesinato todavía no han vuelto a su isla, apresémosles e impartamos justicia, ¡ofrezcámosles una vida de sufrimiento por atreverse a asesinar a mi hermana!” Graglia se giró hacia la consejera, con esperanza en sus ojos, “Consejera Daidan, ¿existe posibilidad de dar con esos Mechuanos? ¿De efectuar una búsqueda exhaustiva y atraparlos antes de que embarquen hacia su hogar?”

La consejera se mostró visiblemente nerviosa ante tal pregunta, no ofreció respuesta alguna, simplemente sus ojos viraron hacia la reina.

“No vamos a ir en busca de los Mechuanos, Graglia.” Intervino la reina, su voz tajante, su rostro serio.

“¡¿Qué?! ¡¿Cómo que no?!” Respondió Graglia fuera de sí, su respiración entrecortada a pesar de estar sentada.

“Si dejaras de lado tus deseos de venganza, tú solita serías capaz de dar con la respuesta. No podemos montar una cacería por el reinado. En su lugar, debemos aprender de nuestros errores, ésta ha sido una valiosa y dura lección gracias a la cual mejoraremos la seguridad de nuestro castillo.”

“Se trata de una situación ciertamente complicada, desde luego.” Añadió la consejera, ofreciendo su apoyo a la reina. “Princesa Graglia, entiendo vuestro fervor, pero debemos comprender el asunto desde una perspectiva que guarde en consideración la seguridad de nuestro reinado.”

Graglia permanecía simplemente con la boca abierta, incapaz de concebir las palabras de su madre y de la consejera.

“Consejera Daidan,” continuó la reina, “asegúrese de estudiar medidas que refuercen la seguridad del castillo...”

“¿Pero se puede saber qué estáis diciendo?” Intercedió Graglia, poniéndose de pie completamente escandalizada. “¿Descubrimos quién está detrás de todo y lo tomáis como nada más que una lección de la que aprender?”

“Déjalo estar, Graglia.” Insistió la reina, molesta con la actitud de su hija. “Debemos aprender de este incidente y asegurarnos de que nunca más ocurra algo semejante.”

*Dejarlo pasar...* Graglia quedó boquiabierta, anonadada ante el mero hecho de que su madre se mostrara tan tajante en su inacción.

“¿Cómo vamos a dejarlo pasar, madre? ¡Esto es motivo de guerra!” Declaró con indignación.

Guerra. Tras pronunciar tal palabra, la consejera y su madre la contemplaron con los ojos bien abiertos, como espantadas con el mero hecho de que hubiera mencionado un acontecimiento semejante. Su madre, inclinada ahora sobre un lado en el trono, tenía los labios más apretados incluso de lo habitual. Fue el leve temor en los ojos de su madre lo que le permitió discernir qué estaba ocurriendo, apretó los puños.

“Ya comprendo lo que pasa.” Acabó diciendo, sus manos temblando a consecuencia de la ira.

“¿Cómo he podido ser tan ilusa? ¡Casi me creo vuestras mentiras, madre! Aprender de nuestros errores... ¡seréis hipócrita! La isla de Mechua está regida bajo la protección del rey Wulkan al ser sus habitantes fieles devotos del Incandescente,” lanzó una mirada de decepción y desprecio hacia la reina, “¿desde cuándo sois una pobre oveja asustada, madre?”

¡Plas!

Sus osadas palabras se vieron respondidas por un contundente bofetón por parte de la reina. Graglia se agarraba su ardiente mejilla, sintiendo cómo la azuzada carne de su rostro vibraba fruto del golpe. Su madre jamás la había pegado, tal vez por eso, había quedado muda, la contemplaba estupefacta, incapaz de pronunciar palabra.

“¿Hipócrita? ¿Asustada oveja?” Repitió su madre, su labio superior alzado mostrando así una mueca de fiereza. “No hables de lo que no sabes, estúpida. ¿Crees que es tan sencillo? ¿Simplemente mandar a nuestros soldados a morir por un incidente en lo que es más que seguro que el rey Wulkan no haya tenido nada que ver? Son tiempos de paz con Firia, no es precisamente fácil conseguir un tratado de paz con los Fireos, por lo que no seré yo la que le ponga fin. Que sea la última vez que te atreves a proponer cualquier cuestión en mi presencia de manera tan descerebrada, Graglia, no permitiré ninguna insolencia por tu parte por muy adolescente que seas.” La mirada de la reina era incluso más feroz de lo habitual, su semblante era la viva imagen de la amenaza, una rotunda advertencia de que Graglia la estaba llevando a su límite.

“Pero, madre, tenemos que hacer algo.” Propuso, esta vez más sosegada, su voz ahora parecía más un ruego, una petición por tratar de que su madre recobrara la cordura. “Encontrar a los Mechuanos detrás de tan atroz crimen es una prioridad... ya nos preocuparemos de las consecuencias más adelante...”

“¿Y permitir que los Fireos ataquen la ciudad santa de Bailén? ¿Es que no has aprendido nada en todos estos años como princesa?”

Graglia pegó un bufido. Por supuesto que sabía de la importancia de aquella ciudad. Una ciudad del este, cerca de la frontera con Firia, su relevancia era más bien simbólica, pues era el lugar de donde provenía Dajalam, la primera reina del Aquadom, aquella a la que el mismísimo Aqua Deus le había entregado a Crystaline en las Montañas Nevadas.

La furiosa mirada de la reina dejó de centrarse en su hija, retomando su calma al dirigirse hacia la consejera.

“Como iba diciendo, consejera, se ha de reforzar la seguridad de palacio...”

Mientras su madre continuaba hablando, Graglia no paraba de darle vueltas a lo absurdo de la situación. *No, esto no es posible... van a escapar indemnes...* Su mano continuaba apoyada en su mejilla, sentía el calor de la piel golpeada. No obstante, su mente ya se había recuperado del inesperado shock. Para Graglia, la decisión de su madre de simplemente no hacer nada era una resolución impensable. Destruir Mechua, no dejar a nadie con vida, le parecía la solución más lógica, una medida drástica sin duda, pero parecía la única forma de asegurarse de que aquella gente no causara más daño a su pueblo, de que Michia fuera vengada.

“Pero, y si el rey Wulkan sí está detrás de la muerte de Michia,” consiguió decir Graglia finalmente, “y si...”

“Nuestro reinado no se gobierna con sospechas infundadas, Graglia, sino con certezas y hechos probados.” Zanjó su madre. “No siempre los actos de todos los ciudadanos son consecuencia de los deseos de su monarca. Igual que yo no seré culpable si algún inconsciente Aquo cruza la frontera con Tir Torrent y decide poner una daga en el gazon de Burum Babar.” Su atención se tornó hacia la Consejera de Defensa una vez más.

“El incidente de Michia me ha hecho reflexionar...”

Graglia escuchó con atención, parecía que, de una vez por todas, su madre iba a poner algo de cordura en aquella cuestión.

La reina continuó en su reflexión, “considero oportuno pasar cierto tiempo con mis hijas antes de que éstas abandonen palacio e inicien su camino para labrarse su propio porvenir. Es por eso que pretendo realizar una convivencia con ellas, un retiro fuera de estas paredes seguro hará mucho bien a mis hijas en este momento tan delicado. Consejera Daidan, trazad una ruta segura de viaje e informad a los Caballeros del Agua de que se requerirán sus servicios como escolta, nos vamos de viaje.”

Graglia no podía creer lo que escuchaban sus oídos, ¿de verdad aquella era la conclusión a la que había llegado su madre? ¿Que lo que tenía que hacer era pasar tiempo con sus hijas? ¿Es que había perdido el juicio o era tan sumamente ególatra?

“¿Se puede saber a dónde vamos?” Acabó diciendo Graglia, reprimiendo su furia.

“Tú no irás a ningún sitio, te quedarás en palacio y atenderás las reuniones que se den en mi ausencia en calidad de oyente.” Le aclaró la reina, su tono frío y cortante. “Tus hermanas y yo viajaremos a los montes de Lanjara.”

Apretó los dientes, tratando de reprimir sus lágrimas.

“¿Es eso todo lo que vais a hacer? ¿Tomaros un descanso y ya está?” Espetó Graglia, poniéndose de pie. Su pecho se hinchaba con furia, sentía unos deseos infinitos de abofetear la cara de su madre, de agarrarla de los hombros y zarandearla sin descanso para comprobar si así podía infundir aunque fuera un mínimo de sensatez en su real cabeza. Deseaba dejarle bien claro lo mala madre que era, el insulto que era a la memoria de Michia el no ofrecerle ni la más mínima dedicación a su muerte.

“Relájate, Graglia,” dijo su madre, mirándola con desdén, “entiendo que estés disgustada por el incidente con tu hermana, pero...”

“¡No es ningún incidente, maldita sea!” Gritó, sin poder evitar que cayeran lágrimas por sus ojos. “Deja de llamarlo así, a Michia la mataron. ¡La mataron! ¿Está claro? ¡Y a ti parece no importarte lo más mínimo que así haya sido!”

Su madre la miraba con condescendencia. Aquello no hizo más que enfurecerla todavía más, incluso en aquel momento se permitía hacer gala de su insoportable soberbia.

\*\*\*

*Maldita bruja cobarde, estúpida malnacida...* Maldijo Graglia para sus adentros mientras caminaba a paso raudo por los pasillos de palacio. Su madre era desesperante, ¿cómo podía la reina del Aquadom demostrar tal incompetencia y lamentable sumisión?

*Puede que tú seas patética y cobarde, madre, pero yo no lo soy,* pensó, dispuesta a ofrecer justicia. Sabía que los asesinos de Michia eran un grupo de Mechuanos, no era mucha información, no obstante, era un punto de partida suficiente al que iba a aferrarse.

*Solo tengo que escapar de palacio, darles caza y ya ésta...* se dijo a sí misma, tratando de envalentonarse. Entonces pegó un bufido, abrumada, *a quién pretendo engañar, no es algo que pueda hacer yo sola, es demasiado peligroso como también complicado...*

Se llevó las manos al mentón. Era evidente que necesitaba ayuda, pero, ¿de quién? Estaban los Caballeros del Agua, pero ellos no actuarían si no era bajo las órdenes de su madre, por no hablar de que ésta había mencionado que ellos iban a actuar de escoltas en su estúpido retiro. ¿Tal vez podría pedirle el favor a Lampen de acompañarla? De buen seguro él se mostraría dispuesto, pero su amigo soldado ya había peligrado mucho su trabajo debido a su mente excesivamente

creativa. Entonces Graglia alzó las cejas, dando con la persona perfecta para acompañarla.

Se abrió paso hasta el patio de armas, avanzando tan rápido como le permitían sus piernas. Todavía era pronto en la mañana, el resto de sus hermanas seguiría durmiendo, pero Graglia estaba segura de que ella ya llevaba rato despierta.

Observó a su hermana, quien estaba tan concentrada en su entrenamiento que pareció no percatarse de su presencia. Alvia respiraba con dificultad, sostenía su espada enfrentándose a enemigos invisibles, sus movimientos rápidos, uno tras otro sin ningún descanso. Graglia realizó una mueca de asombro al observarla, sabía que Alvia realizaba entrenamientos durante las mañanas, lo que jamás hubiera imaginado era que estos fueran llevados a cabo con tal grado de intensidad. Alvia realizó una estocada alta, después dio una voltereta hacia atrás, acto seguido, extrajo de sus mangas una daga, la cual lanzó con fuerza. El arma recorrió la distancia hacia su objetivo con fiereza, clavándose duramente en el centro de la cabeza de aquel espantapájaros.

“¡Maldita sea!” Dijo Alvia, acercándose para recuperar su daga mientras negaba con la cabeza.

Graglia realizó una mueca de extrañeza, sorprendida ante los lamentos de su hermana. La daga se había clavado en mitad de la cabeza del espantapájaros, un golpe certero que, por lo visto, no era suficientemente preciso para sus exigencias.

“Yo creo que ha sido un buen lanzamiento.” Indicó, desvelando así que la estaba observando.

“Ni mucho menos,” respondió Alvia mientras rodeaba con sus dedos el mango de su arma y la arrancaba de la paja con un fuerte tirón, “mi objetivo era la frente, no la nariz,” después se giró, con extrañeza, “¿qué estás haciendo aquí?”

Graglia se acercó hacia su hermana, situándose frente a ella. El pelo de Alvia estaba empapado del sudor, su rostro enrojecido por el esfuerzo.

Sabía que lo que estaba a punto de hacer iba a tener un alto precio. Pero era tal y como le había dicho Igüenza, si algún día quería reinar con sabiduría, debía ser capaz de comprender los talentos de las personas a su alrededor y hacer buen uso de ellos. Dado que buscaba venganza y muerte, no existía alguien mejor a quien acudir.

Alvia frunció el ceño, “¿te encuentras bien?”

“¿Y si te contara que sé quién acabó con la vida de Michia?” Acabó diciendo.

“Te preguntaría por qué los culpables no han sido ya empalados en una estaca a las puertas de palacio.” Se limitó a decir con rostro serio.

“Eso es exactamente lo que va a pasarles en cuanto demos con ellos.”

“¿Demos?”

“Tú y yo. Vamos a ir en busca de esos bastardos y darles su merecido.”

Alvia sonrió y se cruzó de brazos. “Tienes Caballeros del Agua, incluso todo un ejército, para ocuparse de tal asunto, ¿por qué quieres que te acompañe yo?” Su frente estaba arrugada, su sonrisa dispuesta a aflorar.

“Ya sabes por qué quiero que lo hagas tú.” Respondió Graglia, bajando la vista.

“Eso no significa que no quiera escucharlo de tus labios.”

Graglia se vio obligada a volver a mirar a Alvia. La mirada y sonrisa burlona de su hermana ya preparadas para recibir las palabras que ambas sabían.

“Porque tú eres la mejor con la espada y necesito que seas tú quien me acompañe.” Reconoció a regañadientes.

Aquellas afirmaciones provocaron el absoluto júbilo de Alvia, cuya sonrisa de oreja a oreja se hizo todavía más notable si cabe.

“Está bien te acompañaré.”

Graglia asintió, tenían que esbozar un plan. Uno con el que evitar que Alvia formara parte del

retiro que pretendía organizar su madre y se pudiera quedar en palacio. Era hora de iniciar su venganza.

## 8. Plan de huida

La luz de la llama alumbraba los lomos de los libros que descansaban en la balda que estaba revisando. Graglia comprobaba uno a uno con atención, sostenía el candelero con una mano, mientras con el otro se sujetaba a la escalera para no caerse.

*Historias del Aquadom, Espada de Agua, Ilustres reinas Aguas del pasado... grandes libros, pero ninguno es el que busco, otra estantería revisada de arriba a abajo y nada*, pensó frustrada, bajando rápidamente por la escalera para no perder el tiempo, en su ajeteo, cuidó de que la llama no se apagara, luego desplazó lateralmente la escalera una vez más para seguir rebuscando en la siguiente estantería de la librería.

Sentía cierta incomodidad al encontrarse en aquella estancia, la última vez que había estado allí había sido para comunicarles la noticia a sus hermanas de que debían abandonar palacio. Irónicamente, la funesta noticia de la muerte de Michia había conllevado que la marcha de sus hermanas fuera pospuesta.

Bostezó, era muy pronto, pero no tenía sentido continuar en su cama, pues no había podido pegar ojo en toda la noche. Su nerviosismo tenía una clara explicación, hoy era el día en que sus hermanas se iban a ir de viaje a realizar el dichoso retiro con su madre, momento en el cual ella y Alvia aprovecharían para escapar de palacio e ir en busca de los Mechuanos que habían acabado con la vida de Michia.

Su necesidad de venganza era el motivo por el que se encontraba revisando todos los libros de la biblioteca. Durante sus idas y venidas entre las delicadas sábanas de su habitación se había percatado de un detalle al que su precipitación le había impedido ponerle el debido foco: no sabía lo suficiente acerca de los Mechuanos. Sí, había escuchado sobre ellos, pero necesitaba saber más, disponer de cualquier información sobre el comportamiento e historia de aquellos Aquos que idolatraban al dios de los Fireos seguro podría ayudarlas a dar con ellos mucho más fácilmente.

Continuó en su búsqueda, leyendo rápidamente el título de los libros que se apretujaban en la parte inferior de la nueva estantería. Acercaba el candelero a los lomos de aquellas viejas publicaciones una y otra vez, por mucho que rebuscara, ninguno de los libros era el que estaba buscando. Lo recordaba como si fuera ayer, se trataba de un libro de cubierta negra, con la portada de un orejudo goblin de nariz rojiza con un gesto de burla en su portada, era un documento que recopilaba todas las malas artes realizadas en el Aquadom, un compendio de incontables ritos sacrílegos alejados de la lealtad al Aqua Deus. Estaba segura de que en éste se narraría la historia de los Mechuanos, por desgracia, no lograba dar con dicha publicación. Siguió buscando, una balda, luego otra, ni rastro del libro que buscaba, o de cualquier otro que pudiera hablar sobre los Mechuanos.

“¿Buscando algún libro, Graglia?”

Tan inesperada voz provocó que pegara un salto, uno tan repentino que causó que por poco cayera de lo alto de la escalera. Miró hacia abajo apuntando con el candelero, con la sensación de que el corazón se le iba a salir del pecho.

“¿Tsusia? ¿Qué haces aquí?”

“He pensado que, ya que nos vamos de retiro, qué menos que tomar algún libro para entretenerme.”

Graglia asintió, Tsusia era una lectora empedernida. Entonces alzó las cejas, tal vez la afición

a la lectura de su hermana podía serle de ayuda.

“Yo también he venido a por un libro, uno que hable de los Mechuanos, ¿te suena haber visto alguno por aquí?”

Tsusia asintió, “¿el que tiene como portada la ilustración de un horripilante goblin?”

“¡Ese mismo!”

“Ese libro es el primero de dos volúmenes, *Ritos Innombrables Parte 1 y Parte 2*, ambos recopilan una información de lo más perturbadora, en sus hojas relatan detalles macabros sobre ritos de otras religiones... Cualquiera que disponga de estos volúmenes se arriesga a ser apresado por la Guardia de la Iglesia por conducta herética, y con razón...”

“¿Puedes ayudarme a localizarlo?”

Tsusia caminó por la sala, dando varios pasos, hasta señalar en lo alto de una estantería bastante alejada de donde Graglia se encontraba.

“Deberían estar en el penúltimo estante de esta estantería,” respondió, señalando tal ubicación con el dedo, “al lado de uno de los libros más interesantes de esta biblioteca.”

Graglia desplazó la escalera con rapidez siguiendo las indicaciones de su hermana, confiaba ciegamente en sus conocimientos sobre la biblioteca. Una vez situó la escalera donde le había indicado Tsusia trepó con ansias. Situó el candelero cerca de los libros de dicho estante, examinó con ansia todos los volúmenes allí colocados, entonces abrió la boca, había dos huecos consecutivos en dicho estante.

“No están aquí,” dijo frustrada, girándose hacia abajo, “¿tal vez los tomaste y lo guardaste en otro lugar?”

Tsusia negó con la cabeza, “ese tipo de publicaciones heréticas no me interesan lo más mínimo, el volumen que está al lado, en cambio, habla sobre estudios relacionados con los impuestos, expone teorías muy interesantes. Graglia se giró de nuevo hacia la balda que acababa de examinar, el título del libro de al lado de aquel hueco doble era, *Estudios vanguardistas sobre tributos*, confirmandole así que su hermana no podía estar equivocándose. Apretó los dientes, eso quería decir que el libro del goblin había sido sustraído, algo le decía que su madre había ordenado retirarlo de la librería, tal vez cualquiera ubicado allí que estuviera relacionado con los Mechuanos. ¿Se trataba de un acto cortés por su parte para que no se obsesionara con estos? Podría ser, aunque, conociendo a su madre, algo le decía que la cortesía distaba mucho de ser el motivo detrás de sus actos.

“¿Por qué quieres saber acerca de los Mechuanos tan temprano en la mañana?”

Graglia se mordió los labios, durante un instante, su mente urdió una mentira, una con la que no revelar a su joven hermana la verdad. Sin embargo, acabó suspirando, no quería engañarla y menos por algo tan importante para ambas, “porque fueron estos los que acabaron con la vida de Michia, quería saber más sobre ellos.”

“¿Fueron los Mechuanos?” Dijo Tsusia, sorprendida.

“Así es...” No dijo nada más, simplemente esperó ver cómo se lo tomaba su hermana, ésta se mordió el labio y asintió, asimilando tal información. “¿Cómo te sientes?”

Tsusia inspiró hondo. “Es... Extraño. Descubrir quién está detrás de su muerte, hace que sea más fácil de sobrellevar. Pretendes darles caza, ¿no es así?”

“Así es, pero te pido por favor que no se lo cuentes al resto de nuestras hermanas, no quiero que vuestro retiro se vea afectado por tal revelación. ¿Guardarás el secreto?”

“Lo haré, me gustaría ayudarte más, pero no sé nada sobre los Mechuanos más allá de la petición que les hizo el rey Wulkan.”

“¿Qué petición?”

Tsusia alzó los ojos, mirando hacia el techo en tono pensativo, luego se aclaró la garganta. “Les dijo algo así como: *Vuestros rezos al Incandescente no son suficientes para deshacer vuestros pecados. Vuestra sangre es Aqua, vuestros ojos azules recuerdan al mar, es por eso que debéis ofrecer expiación. Demostrad que vuestra fe en el Incandescente es suficiente, probad que renegáis de todo lo que recuerde al Aqua Deus.*” Se encogió de hombros, “es todo cuanto recuerdo, siento no poder ser de más ayuda.”

“Te lo agradezco, Tsusia...” se limitó a decir Graglia, sentándose en el suelo y apoyando su espalda en una de las estanterías mientras dejaba el candelero en el suelo.

*Tranquila, no pasa nada*, se dijo a sí misma, observando cómo la llama de la vela se mecía. La pérdida de aquel libro repleto de información sobre los Mechuanos era todo un incordio, se preguntó quién podría ofrecerle mayor conocimiento en la materia, ¿tal vez Lampen? Algo le decía que no, por lo que ella sabía, su ávida inteligencia no tenía un excesivo interés en el pasado, sino que siempre giraba en torno a mejorar el presente en pos de lograr un futuro a la altura de su creativa imaginación. Se quedó pensativa, apoyando la cabeza sobre los libros de la estantería.

“¿Por qué no le preguntas a Igüenza?” Sugirió Tsusia, sentándose a su lado.

“Ya lo había pensado, pero se tomó unos días libres para visitar a unos familiares.” Contestó. Graglia había estado presente durante aquella solicitud por parte de su cuidadora, Igüenza había indicado entre llanto que necesitaba estar fuera de palacio para poder sobrellevar mejor que Michia se había ido, a ojos de Graglia una actitud mucho más honrosa que la indiferencia mostrada por la reina.

“Eso iba a hacer, pero, por lo visto, se sintió mal por marcharse, así que simplemente se halla encerrada en su habitación.” Le reveló Tsusia, apenada.

“¿Que Igüenza está en palacio?” Exclamó con sorpresa, poniéndose de pie de un salto y dirigiéndose hacia la puerta a todo correr. “¡Gracias, Tsusia!”

Se abrió paso por los pasillos, entusiasmada. Su sabia cuidadora seguro dispondría de información acerca de los Mechuanos, ella era toda una experta en historia del Aquadom, si alguien podía ayudarla era ella. Bajó a todo correr por una escalera de baranda dorada y unos escalones cubiertos con una vibrante alfombra azul. Luego corrió a toda prisa por un estrecho pasillo y bajó por una escalera mucho más humilde y algo descuidada que crujía a cada escalón. Giró por una esquina, encontrándose ahora en un pasillo con muchas puertas en ambas paredes. Aquella zona era donde dormían los sirvientes, había estado allí cuando era pequeña, una ocasión en la que había acompañado a Igüenza a su habitación para mostrarle un pequeño broche que pertenecía a su humilde familia. Se apresuró a llamar con sus nudillos en la primera puerta.

*Toc, Toc.*

Ante la ausencia de respuesta volvió a llamar.

“¿Igüenza? ¿Estás ahí?” dijo mientras apoyaba uno de sus oídos en la cálida madera blanca.

*No parece que haya nadie.*

Hizo amago de volver a llamar, sin embargo, la puerta se abrió de repente. Graglia pegó un respingo, el rostro de Igüenza estaba tan descompuesto que le costó reconocerla. Sus ojos estaban rojos y se veían acompañados de unas impresionantes ojeras azuladas, su nariz estaba repleta de costras, en su conjunto era una visión de lo más desoladora.

“Oh, Graglia,” dijo Igüenza, abrazándola. Acto seguido se sonó fuertemente la nariz con un largo pañuelo rosado con el reborde azul claro.

Para su cuidadora había sido realmente duro, todo el dolor que parecía haber evadido a su madre asemejaba haber sido absorbido plenamente por Igüenza, quien había reaccionado

tremendamente desolada ante la inesperada noticia de la muerte de Michia.

“¿Cómo te encuentras, Igüenza?”

Igüenza se limpió la nariz a conciencia con el pañuelo, “he perdido a una de mis pequeñas sirenas, no podría sentir mayor vacío en mis adentros. Adelante, pasa.”

Graglia accedió, conforme se adentró en la habitación no pudo evitar mostrar una mueca de asombro. Sobre una mesita se encontraba una bandeja repleta de comida, la cual estaba sin tocar, del mismo modo, en el suelo al lado de la cama había otra bandeja igualmente con la comida intocada, lo mismo ocurría con la parte superior de un armario, el cual albergaba varias bandejas una al lado de la otra.

“Oh, Igüenza, ¿cuánto llevas sin comer?” dijo apenada.

“Desde que me enteré de lo de Michia,” le reveló con dificultad, sonándose los mocos de nuevo, “¿cómo comer tras semejante suceso, Graglia?”

Graglia la agarró del brazo cariñosamente, compartiendo su pena. “Parece que ahora ambas tenemos ojeras.” Bromeó, rememorando el momento en el que su cuidadora se había preocupado por ella días antes del baile. Su cuidadora sonrió ante el comentario, acto seguido mordiéndose el labio para reprimir el llanto. “He venido a preguntarte algo.”

“Lo que quieras.” Respondió entre sollozos.

Graglia tenía irrefrenables ganas de pregunta sobre los Mechuanos, sin embargo, supo pararse a tiempo. Lo último que quería era arriesgarse a que Igüenza enfermara como consecuencia de la inanición.

“Te lo preguntaré, pero solo si antes comes algo.” Dijo con una sonrisilla, cogiendo la bandeja más cercana a la puerta. Su cuidadora pegó una leve carcajada, semejante frase era una que ésta había repetido en incontables ocasiones a Graglia y a sus hermanas cuando eran más pequeñas, chantajeándolas con que no iba a seguir con sus cuentos si no continuaban comiéndose la cena.

“Está bien.” Aceptó Igüenza, sentándose en la cama. Graglia se acercó, situándole la bandeja sobre los muslos, tomó la cuchara, sin embargo, su cuidadora negó con la cabeza. “La sopa no, era la comida favorita de Michia...” musitó entre llantos.

Tras ello, Igüenza tomó el cuchillo y el tenedor, cortando con suma elegancia un trozo de venado de carne especiado y llevandoselo a la boca. Graglia se quedó sentada a su lado, simplemente observándola.

“Bien, ya estoy comiendo,” dijo a regañadientes, tomando un trozo de pan y mojando la salsa de su plato. “¿Qué has venido a preguntarme?”

“Quiero saber acerca de los Mechuanos, ¿qué puedes contarme sobre ellos?”

“¿Los Mechuanos? ¿A qué se debe tan repentino interés en ese grupo de indeseables?”

Graglia inspiró hondo, “porque un grupo de Mechuanos está detrás del asesinato de Michia y yo pretendo escapar de palacio junto con Alvia para vengarla.”

Igüenza se puso repentinamente de pie de un salto, el suelo ahora repleto de trozos de cerámica y restos de comida. La cara de espanto de su cuidadora permitía ver a simple vista que sus intenciones le parecían un acto de suma locura e irresponsabilidad.

“¡Madre pretendía no hacer nada!” Se justificó Graglia, “dice que simplemente debemos aprender la lección, ¿cómo no voy a tomar acción ante su inaceptable pasividad?”

Durante un instante, el rostro de Igüenza mostró incredulidad, como si no fuera capaz de concebir que la decisión de la reina hubiera sido simplemente no actuar y pasar la muerte de una de sus hijas por alto.

“¿De verdad no va a hacer nada al respecto?”

“Simplemente se va a ir de retiro con mis hermanas, es por eso que necesito que me cuentes

todo lo que sepas, Igüenza, por favor.”

La cuidadora se llevó el pañuelo a la nariz, sonándose los mocos con fuerza.

“Está bien. La isla de Mechua es sin duda un lugar peculiar. Un territorio Aquo situado en medio del mar cuyo pueblo, de manera repentina, se convirtió a la religión Firea, mostrando un fervor por el Incandescente que rivalizaría con el poblado Fireo más devoto. No se sabe con certeza por qué motivo una isla Aqua repudiaría al Aqua Deus para convertirse a la religión Firea. Unos dicen que un sacerdote de fuego consiguió con su don de la palabra convertirlos, otros que una gigantesca ola apareció de la nada para devorar la isla y que fue el mismísimo Wulkan quien la hizo desvanecer con sus llameantes espadas... Sea cual sea el verdadero motivo, el resultado es el mismo, es un pueblo que forma parte del Reinado del Agua, pero que no profesa fe al Aqua Deus.

Ni qué decir tiene que un pueblo así es de gran ayuda al rey Wulkan, quien parece tener cierto interés en que la isla Mechua continúe segura. No es para menos, se trata de un lugar en el que tanto él como sus tropas serían recibidas con aplausos, del mismo modo, el pueblo de Mechua no dudaría en ir a la guerra contra sus hermanos Aquos si así se lo pidiera. Por todo esto, la isla está bajo la protección de Wulkan, atacar Mechua se traduciría en una declaración de guerra contra los Fireos.”

Graglia asintió, “¿crees que el rey Wulkan les ordenó quemar nuestra capilla?”

“No tiene mucho sentido,” respondió Igüenza, tras cierta reflexión, “puestos a realizar un ataque directo contra palacio, qué menos que tener como objetivo a la mismísima reina o, en todo caso, a ti.”

“¿Entonces?”

“Existe cierto ritual entre el pueblo Mechuanos, uno que encaja con el atroz crimen que resultó en la muerte de Michia.” Igüenza se tomó una pausa, sonándose los mocos. “Es de sobra conocido que los Mechuanos reniegan de la religión Aqua, hasta el punto de odiarla. Como resultado de ese odio, existe cierto acto al que llaman *Reclamo de la Lluvia*. Es una especie de ritual, si es que se puede llamar así a esa barbarie, el cual consiste en tomar un navío y adentrarse en nuestras costas de manera silenciosa, perpetrando la mayor atrocidad posible contra nuestra religión y fe. Asesinar a un sacerdote, quemar una iglesia... cualquier aspecto relacionado con el Aqua Deus y la religión Aqua puede ser objeto de sus sucios actos. Por lo que sé, detrás de esta actividad se esconde una competición: los Mechuanos que se embarcan en su viaje hacia nuestras costas para realizar el *Reclamo de la Lluvia* pretenden que sus heréticos actos deslumbren aquellos ocurridos antes que el suyo. Desconozco del todo cómo valoran los Mechuanos estas repugnantes actuaciones, sin embargo, todo parece indicar que cuanto más se adentren en nuestro territorio y más representativo sea el lugar o persona religiosa que afrenten, mayor reconocimiento obtendrá su gesta. El templo de la Dama de la Montaña fue su objetivo una vez, la Sacre Fomua lo ha sido en múltiples ocasiones, incluso la ermita de Gaztal no ha salido indemne a sus asaltos, en su caso todavía se aprecia el negro en una parte de sus paredes a consecuencia del fuego... hasta ahora, ningún Mechuanos se había atrevido a adentrarse en palacio.”

“Quemar una capilla de palacio con una princesa Dajalam atrapada dentro... Eso quiere decir que si esos Mechuanos vuelven a su isla serán vitoreados como los mayores héroes que jamás hayan existido.” La mera idea de promulgarlo en voz alta provocó que se le revolviera el estómago.

“Por desgracia, así es. Pobre Michia...” lamentó Igüenza entre sollozos. “Se dice que si un Mechuanos que haya realizado su hazaña llega hasta su isla sano y salvo, éste será recibido entre

víttores, si además su hazaña es considerada la mayor jamás consumada, entonces se le ofrecerá el título de *Osori Nukai*, que en la lengua común se traduciría como el *Mayor Perpetrador*.”

Graglia frunció el ceño. *Y un cuerno. Me niego a que los bastardos asesinos de Michia gocen de semejante gloria.*

“¿Existe una forma de dar con ellos? ¿Algún lugar en el que emboscarles antes de que partan de nuevo hacia su isla?” Requirió furiosa.

“Lo cierto es que sí. Perpetrar un lugar sagrado Aquo no es más que el inicio de su osadía. Posteriormente, a su vuelta a su isla, inician lo que se conoce como el *Canto de Hazaña*, se trata de un acto terrible en el que los Mechuanos claman a viva voz su proeza, enfrentándose a todo aquel que ose tratar de detenerlos.”

“¿Revelan sus actos a su paso por los pueblos Aquos? ¿Por qué hacen algo semejante?” Preguntó Graglia, confusa. “¿No hace eso que sea más sencillo detenerles en su regreso e impedir que logren su ansiada gloria?”

“Sin duda, pero recuerda que los Mechuanos se embarcan en este viaje en pos del honor y reconocimiento. No pretenden que su vuelta sea sencilla, todo lo contrario, pretenden que sea toda una gesta de la que henchir el pecho con orgullo y formar parte de la historia de su pueblo.”

*Se pavonean por las ciudades Aquas, haciendo a nuestros pobres ciudadanos víctimas de sus viles actos. Conscientes de su invulnerabilidad al estar su pueblo protegido por el rey Wulkan...* Graglia apretó los puños.

“¿Por qué ciudades pasan esos bastardos entonces?”

“No tienen una ruta única, no obstante, debido a la gran cantidad de incidentes que los Mechuanos han perpetrado a lo largo de nuestra historia, nuestros eruditos han sido capaces de discernir las ciudades por las que gustan recorrer sí o sí. Habiendo atacado una capilla ubicada en nuestro palacio, lo más probable es que su ruta de vuelta se haga por las mismas ciudades que han tomado los Mechuanos que atacaron la Sacre Fomua años atrás. Es decir, su camino a seguir debería ser Santigua, Vaena, Uvatora, Faraden y, por último, el hermoso pueblo costero de Marimai, es desde este pueblo donde siempre embarcan a su hogar.”

Graglia repitió los nombres de aquellos lugares en su cabeza una y otra vez, asegurándose que quedaban bien grabados en su mente. No podía permitir que escaparan bajo ningún concepto.

“Entonces, según he entendido,” continuó Graglia, “será en una de esas ciudades donde los Mechuanos realizarán el Canto de Hazaña, haciendo partícipe al pueblo Aquo de cómo quemaron la capilla y acabaron con la vida de Michia...”

“En efecto, es habitual que inicien su canto desde la primera ciudad por la que pasan, no obstante, nunca se sabe con esos bárbaros...”

“¿Crees que será sencillo darles caza?” preguntó Graglia, abrumada ante tanta información.

“Desde luego que los Mechuanos siempre han recorrido un camino idéntico en sus ataques a nuestra capital por lo que esta vez no debería ser distinto, por tanto, debería serte fácil seguirles la pista. No obstante, debo advertirte que has de ser sumamente cautelosa, Graglia, los Mechuanos son tremendamente violentos y despiadados.”

“Gracias, Igüenza.” Dijo abrazándola. De repente, la asaltaron las dudas, “¿crees... crees que hago bien yendo en busca de esos Mechuanos?”

Igüenza la miró con dureza.

“Como tu cuidadora, debo pedirte que te quedes en palacio a salvo y olvides el tema. Como alguien que ha perdido a una de sus amadas niñas, solo puedo exigirte que encuentres a esos malditos bastardos y les des su merecido.”

\*\*\*\*\*

Graglia todavía sentía un nudo en su garganta. No hacía tanto era una costumbre el levantarse de la cama, salir de su enorme habitación individual y dirigirse a la habitación conjunta de sus hermanas para presenciar cómo aparecían una a una por la puerta. Había cesado en aquel ritual tras la muerte de Michia, no quería alimentar el vacío que sentía en lo más profundo de su estómago, el presenciar que solo salían cinco princesas del dormitorio y no seis era una visión que no quería grabar en su mente.

Sin embargo, aquella mañana era distinta, había hecho de tripas corazón y se había desplazado hasta dicha habitación, contemplando los preparativos de sus hermanas apoyada en el marco de la puerta. Las princesas corrían con ajetreo de un lado a otro, asegurándose de que no faltara nada en su equipaje mientras Bravia, de brazos cruzados y ya completamente preparada para el viaje, se encargaba de que el resto concluyeran el equipaje con presteza. Numia se mostraba especialmente agitada, mirando de un lado a otro con ansias.

“¡No encuentro a Wounky!” Se quejó con ojos llorosos, agachándose para mirar debajo de la cama. “¡No está en ningún lado!”

“Eso es porque eres demasiado mayor ya para ir por ahí con muñequitos.” Le reprendió Sastria, negando con la cabeza.

Graglia sonrió, desde su posición podía observar cómo Sastria sostenía con la mano que mantenía en su espalda el desgastado cerdito rosado de trapo tan querido por Numia. Semejante estampa le alegró el corazón. Todavía percibía a sus hermanas mucho menos animadas de lo habitual, pero parecía que poco a poco iban recuperando la alegría.

Aunque inicialmente la idea del retiro le había parecido nefasta, tenía que admitir que aquel viaje sentaría bien a sus hermanas, aunque conllevara el tener que aguantar las impertinencias de su madre. Correrían por el campo y realizarían actividades lejos de palacio. Ella, mientras tanto, aprovecharía para escapar del castillo junto con Alvia y dar caza a aquellos malditos Mechuanos.

Sin pretenderlo, su vista quedó fija en la cama de Michia. No habían querido retirar su cama, preferían que siguiera ahí, un gesto honrando su memoria. Negó con la cabeza, tratando de domar sus lágrimas, sin embargo, una de ellas logró escabullirse, recorriendo lentamente su mejilla.

Tras asegurarse todas las princesas de que habían realizado el equipaje debidamente, se desplazaron afuera del palacio, siendo escoltadas por cuatro soldados de la Guardia Real, que cargaban con su numeroso equipaje.

Caminaron por el puente levadizo de madera, frente al cual partirían a su destino. Uno de los bellos carruajes de palacio ya estaba esperándolas, sus ruedas en blanco, la madera en color azul oscuro mientras que los detalles en oro estaban esculpidos en forma de sirenas. El cochero y dos de los tres Caballeros del Agua esperaban a que realizaran la despedida. Para el placer de Graglia, su madre no iba a formar parte de su adiós, ésta había partido más pronto en la mañana, siendo escoltada por la Caballero del Agua Zaran, quien de algún modo parecía haber sido capaz de entablar una amistad con la reina.

Graglia se situó frente a sus hermanas, despidiéndose una a una con un abrazo. Con cada despedida, trataba de guardar el retrato de cada una de ellas en su mente. Aquello era algo nuevo, un sentimiento que, quisiera admitirlo o no, no era más que miedo, había perdido a una hermana y la idea de perder a cualquier otra de ellas le provocaba un pavor tal que el mero pensamiento le causaba un repentino temblor de piernas. Su último abrazo fue con Alvia, una despedida breve y vacía, conscientes ambas de que Alvia no iba a formar parte de aquel retiro.

*Tan solo se van a un refugio en las montañas, no podrían estar más seguras,* se dijo a sí misma. Le molestaba sentirse temerosa, no obstante, sabía que no podía hacer nada por evitarlo.

Aquel temor tardaría en desvanecerse.

Sentía ardientes deseos de que se quedaran. De que en su lugar continuaran resguardadas en palacio... entonces se percató de lo absurdo de su reflexión, después de todo, dicho palacio era precisamente el lugar donde había fallecido Michia.

“No quiero ir con madre,” le confesó Numia en voz baja con suma tristeza, abrazando a Graglia con fuerza, “¿por qué no vienes tú en su lugar?”

Graglia sonrió cálidamente. “Verás que te lo pasas bien. Yo me quedo en palacio para asegurarme que nadie roba tus juguetes.” Ante tan importante misión, Numia no dudó en asentir, consciente de lo crucial que era proteger sus valiosos tesoros.

Poco a poco las princesas subieron al carruaje, siendo ayudadas por el gentil Caballero del Agua Dephoel mientras los soldados de la Guardia Real acumulaban todas las pertenencias de las princesas en un segundo transporte situado tras el carruaje, un carro tirado por un caballo de crin larga. Todas las princesas se encontraban ahora a bordo, listas para partir, a excepción de una, Alvia no se había movido ni un ápice de su sitio.

“Princesa Alvia, solo faltáis vos para poder iniciar la marcha.” Señaló amablemente Dephoel.

“He decidido que mejor me quedo aquí, en palacio.” Dijo cruzándose de brazos.

“Vuestra madre insistió en que todas las princesas, salvo la Lágrima, debían acompañarnos, de hecho, incidió en que usted no sería excepción.”

“Ah, ¿sí?” Respondió Alvia, con una mueca de diversión. “¿Y qué dijo mi madre que hicierais si me negara?”

“Nos ordenó encerraros en las prisiones de palacio, pero, por favor, no queremos hacer tal cosa. Subid a bordo, os lo ruego, no deseamos que la ira de vuestra madre caiga sobre vos.” Dijo Dephoel, en lo que parecía un absoluto ruego, “así que, por favor, princesa, subid a bordo del carruaje y disfrutad del tiempo con vuestra madre.”

“No.” Alvia negó con la cabeza. “Prefiero morir de hambre en una celda que estar en compañía de la arpía de nuestra madre.”

“Esa lengua, ¡jovencita!” Le reprendió Yustora, mucho menos dada a la diplomacia que su compañero. “¿Y tú quieres convertirte en Caballero del Agua? ¿Con esa actitud?”

“Lo siento, Yustora, pero ni siquiera tú me vas a convencer.”

“Graglia, ¿por qué no ponéis un poco de sentido común en vuestra rebelde hermana?” Solicitó Yustora.

Graglia pegó un bufido, indignada ante el hecho de que la líder de los Caballeros del Agua le solicitara su colaboración, todavía no había olvidado que ésta la había sujetado, impidiéndole así intentar abrirse paso entre las llamas para salvar a Michia.

“Me temo que Alvia es un caso perdido, una vez se le mete algo en la cabeza no hay forma de sacárselo.” Se limitó a decir.

“Está bien, no perderemos más el tiempo, llévensela a una celda.” Sentenció Yustora, mirando hacia los soldados de la Guardia Real.

Los cuatro soldados escoltaron a Alvia de vuelta a palacio, quien no opuso la menor resistencia. Al pasar por su lado, ésta le guiñó un ojo. Todo había salido según lo planeado.

Dephoel pegó un bufido de agotamiento. “Alvia es ciertamente difícil de llevar.” Se quejó, después se dirigió hacia Graglia. “Comed y descansad, Lágrima, pero, sobre todo, no penséis en exceso en asuntos que no tienen solución.”

“Así lo haré, Dephoel, gracias.”

Tras estas palabras, Yustora subió en la parte delantera del carruaje, ayudando después a Dephoel a subir también. El cochero agitó las riendas iniciando la marcha, Graglia se despedía

con la mano, observando cómo se alejaban.

*Es la hora.* Decidió, tras confirmar que estaban ya lo suficientemente lejos.

Se dio la vuelta y volvió rauda a palacio. Era el momento de poner en marcha su plan, caminó a toda prisa por las estancias. Tenía que liberar a Alvia, pero antes debía presentar sus respetos a Michia, como había hecho todos los días tras su entierro.

Se adentró en el jardín, su paso ahora lento, concentrado en su pesar. Un escalofrío la recorrió de arriba a abajo, le ocurría siempre que visitaba los restos de la capilla desde el fatídico incidente.

*¿Estaría rezando por mí? ¿Rogando al Aqua Deus que mi reinado fuera recto y repleto de fe?* Aquella retorcida reflexión le revolvió el estómago. La echaban tanto de menos... sin duda Michia, con su peculiar carácter, había dejado un vacío en palacio difícil de llenar. *Ya no podrás cumplir tus esperanzas de convertirte en Suma Sacerdotisa, hermana.*

No hacía mucho tiempo había soñado con la idea de ver algún día a Michia entre los miembros de la Congregación de la Iglesia. Era un logro complicado, pero poca gente conocía con la devoción de su hermana, si alguien cumplía el lema de la Iglesia al pie de la letra, tener fe, era ella.

Se adentró en el jardín. Todavía podía percibir un ligero rastro de olor a quemado rivalizando con el aroma de las flores. Solo ella había visitado aquel lugar tras el incidente. Sus hermanas parecían compartir el temor, ni siquiera Alvia, tan rebelde e independiente, se había pasado a visitar aquel lugar. Ella, en cambio, no podía evitar visitarlo, sabía que era en vano, que encontrarse frente a la capilla en ruinas donde había fallecido su hermana no iba a cambiar nada, pero, de algún modo, encontraba cierta paz en visitar aquel lugar a primera hora de la mañana.

Anduvo por el camino de piedra del jardín, absorta en sus pensamientos. *¿Cómo puede haber ocurrido algo así? Es inconcebible que un grupo de Mechuanos se haya abierto paso en palacio para cometer semejante atrocidad.* Ciertamente era que la celebración de su baile había conllevado la entrada de un número elevado de gente y, con ello, era más probable que se hubieran infiltrado, pero, aun así, pensar que había habido una brecha de seguridad en palacio le resultaba inaudito.

Hacía frío, el rocío le helaba sus desnudos brazos. Iba vestida únicamente con un vestido azulado simple. En cierta medida, aquel frío penetrante la agradó.

Seguía a paso lento hacia la capilla, todavía sus restos de madera quemados permanecían allí. Se situaba ya frente a las ruinas, pero esta vez no se agachó para rezar por Michia como había hecho todas y cada una de las mañanas posteriores a tan fatídico incidente, en su lugar abrió la boca, sin creer lo que estaba presenciando.

Un joven de ropas ajadas y un desgastado sombrero marrón con una pluma gris se encontraba sobre las ruinas de la capilla, examinando con detenimiento un trozo de madera quemada.

## 9. Inaudito

El rostro de Graglia estaba estupefacto hasta el punto de no pestañear, contemplando a aquel joven de vivos ojos azul cielo sobre las cenizas de la capilla.

“¿Quién diantres os creéis que sois para mancillar el lugar donde ha fallecido una princesa Dajalam?” Dijo con rabia, adoptando postura de combate para hacer pagar al intruso por su osadía.

El joven pegó un brinco, el trozo de madera negruzco que sostenía cayéndosele de las manos como resultado.

“No es lo que parece, ¡os lo juro!” Clamó, levantando ambos brazos en señal de defensa. “Soy un amigo de Alvia, me contó acerca de la muerte de vuestra hermana y me pidió que examinara los restos de la capilla en busca de alguna pista.”

“¿Buscar pistas? ¡Alvia nunca mencionó nada al respecto!”

“Bueno, Alvia es como es,” dijo encogiéndose de hombros.

Ante aquellas palabras, Graglia no pudo más que bajar ligeramente la guardia. Efectivamente, tal definición de su hermana era de lo más acertada, Alvia era poco dada a dar explicaciones a nadie.

“¿Y por qué estáis posado sobre los restos de la capilla? ¿Es que no tenéis respeto alguno? ¿Y cómo os habéis colado en palacio?” Exigió, tratando de no dejarse convencer tan fácilmente.

“Me he colado en palacio porque Alvia me dijo que nos reuniríamos aquí. Disculpádmeme por posarme sobre los restos quemados, pero me era necesario para poder investigar debidamente.” Añadió, con tono apurado. “Quería examinar los restos, tratando de dar con cualquier indicio que pudiera ayudarlos.”

“Eso no será necesario, ya sabemos quiénes hicieron arder la capilla, fueron unos Mechuanos.” Le reveló.

“Mechuano en todo caso.” Le corrigió, el joven debió captar la fugaz mirada de interés en Graglia, pues continuó, “las maderas cerca del acceso a la capilla están más consumidas que el resto de esquinas de la misma, eso quiere decir que solo hubo un punto de fuego y no varios. Si hubiera habido más de un implicado, habrían hecho arder varios puntos de la estructura a la vez para hacerlo con más rapidez.”

Graglia abrió la boca sin quererlo, atónita ante aquella explicación. Un detalle que la Consejera de Defensa ni siquiera había hecho mención.

“Tampoco tengo muy claro por dónde escaparon,” continuó el joven, llevándose la mano a su mentón. “Ciertamente no por el ala este.”

“¿Y cómo sabéis eso?”

“Porque en tal ala solo existe una salida: el camino que encontré para que Alvia pudiera escapar de palacio sin ser descubierta. Estoy completamente seguro de que por allí no escaparon, pues he inspeccionado debidamente dicha salida y no hay el menor indicio de haber sido utilizado. Así que es imposible que tal pasadizo haya sido su vía de escape.”

Graglia se llevó las manos a la sien, abrumada por los conocimientos de aquel joven. Sintió un hormigueo recorrer su cuerpo, el chico parecía ciertamente observador, por no hablar de que afirmaba conocer un pasadizo por el cual escapar de palacio.

“La princesa se hallaba dentro de la capilla, por lo que seguramente el Mechuano atrancó la puerta para evitar que escapara durante el incendio.” Supuso Gelegen. Éste no estaba hablando

con Graglia, de hecho, ni siquiera parecía recordar que ésta estaba presente, simplemente caminaba de un lado a otro sobre las cenizas mientras sus ojos examinaban cada rincón con el ansia de un perro de presa. “Tal vez gritó, pero con el tumulto de la fiesta es más que probable que nadie escuchara sus llamadas de auxilio. Su muerte debió ser de lo más...” justo en ese momento alzó la cabeza, como recordando que Graglia estaba allí. “Disculpad, no pretendía ofenderos, siento mucho la muerte de vuestra hermana, debe de ser muy duro.”

Graglia ni siquiera tuvo tiempo a ofenderse, simplemente escuchaba sus hipótesis con sumo interés. Una esperanza iluminó su corazón.

“¿Cuál es vuestro nombre?” Se limitó a preguntar.

“Soy Gelegen, Gelegen Hurehall.”

“¿Hurehall?” Repitió extrañada, “¿Vuestro apellido es el nombre de un poblado? Eso es ciertamente irregular.” Puntualizó. Graglia sabía que, por norma general, las familias que no formaban parte de la nobleza adquirirían como apellido el nombre de la madre acabado en *rel*, era obvio que su apellido era inventado.

“Pues así me llamo.” Respondió con terquedad, cruzándose de brazos y frunciendo el ceño, “¿cuál es vuestro nombre, princesa?” Añadió con una sonrisa.

Graglia alzó una ceja ante aquel vano intento. Era evidente que Gelegen se estaba pavoneando, queriéndole hacer ver que había deducido que ella formaba parte de la realeza, no obstante, a Graglia le pareció tan obvio que no la impresionó lo más mínimo.

“Mi nombre es Graglia Dajalam.”

“La... la heredera al trono.” El rostro de Gelegen palideció, como si el descubrir que se encontraba ante la mismísima Lácrima le hubiera hecho percatarse del lío en que se había metido.

“Eso que habéis dicho, ¿de verdad podéis dar con indicios que nos ayuden a encontrar al Mechano?”

El conocimiento de aquel joven del palacio era tan sorprendente como escandalosamente preocupante. Una brecha en la seguridad del castillo que sin duda debía ser resuelta, pero no ahora, era momento de utilizarlo para escapar y dar con el asesino de Michia.

“Así es.” Confirmó con orgullo.

Era arriesgado, no conocía a ese chico. No obstante, sus palabras tenían sentido, además, no tenía por qué preocuparse, simplemente tenía que liberar a Alvia y esperar que ésta confirmara que existía una amistad entre ambos.

Los restos de la capilla habían sido escrupulosamente examinados por expertos rastreadores de palacio, ¿cómo podían haber pasado por alto una pista que Gelegen había sido capaz de localizar de manera tan sencilla?

*No tiene sentido, ¿o sí?* Se sentía contrariada, por un lado, tenía la esperanza de que Gelegen tuviera razón, de que dispusiera de un pequeño halo de esperanza al que agarrarse, por otro, el terror de no querer dejar atrás la muerte de Michia, el no aceptar que se había ido y no permitir cerrar la herida...

“¿Dónde está Alvia, por cierto?” Preguntó Gelegen.

“Encerrada en la prisión de palacio. La liberaremos y después iremos en busca del asesino de Michia.” Decidió finalmente.

“¿Iremos?” Respondió Gelegen, frunciendo el ceño perplejo, “¿Quiénes?”

“Nosotros tres.”

“¿Qué? ¿Acaso habéis perdido el juicio?” Respondió Gelegen, “Alvia no me dijo nada acerca de acompañaros, simplemente me pidió que examinara los restos de la capilla.”

“Tenéis que acompañarnos, vuestra capacidad de observación nos puede ser de gran ayuda en nuestra búsqueda.”

“Bueno, si lo decís así, no puedo negarme...” respondió, mostrándose completamente halagado.

“Está bien, vamos a liberar a Alvia y nos marchamos.”

“Esperad, princesa Graglia, me he percatado de que no portáis con vos ningún arma.”

“Así es, liberaremos a Alvia y tomaremos prestadas algunas espadas.” Improvisó.

Gelegen negó con la cabeza. “Ir en busca de ese asesino puede ser sumamente peligroso, tal vez deberíais llevar con vos la espada sagrada.”

“¿Estáis en vuestros cabales? Crystaline se encuentra custodiada por soldados en la Sala de la Espada ¡No puedo entrar sin más y cogerla!”

“¿Pretendéis salir de palacio sin portar la única arma que os reconoce como heredera? Nos vendrá bien para protegernos, no sabemos a qué podemos enfrentarnos.”

*Tiene razón, además el poder curativo de Crystaline nos aseguraría salir mejor parados.* Asintió, decidida, tenían que hacerse con la espada sagrada. Se mordió el labio, apurada.

“¿Ocurre algo?” Preguntó Gelegen.

“La espada, es cierto que nos sería tremendamente útil, pero está custodiada en todo momento.” Dijo abatida.

“Sois la princesa heredera después de todo, ¿no? ¿No se os permite entrar y salir de la sala a vuestro antojo?”

“Entrar en la sala no me sería problema alguno, la dificultad radica en salir de ésta con la espada.”

“Ciertamente eso es un problema.” Admitió Gelegen, frunciendo el ceño con tono pensativo.

Graglia se agarró del cabello, frustrada ante el hecho de no poder contar con el poder de Crystaline. Por más que lo pensara, no se le ocurría ninguna manera de burlar a aquellos soldados.

“Esperad, ¿los soldados tienen permitido entrar en la Sala de la Espada?”

“No, ¿por qué?”

Gelegen profirió una sonrisa traviesa, una que anticipó que tenía un plan.

\*\*\*

Graglia caminaba con paso lento. Su cabeza más erguida de lo habitual, su mirada fija en el techo contemplando así aquellas hermosas molduras curvilíneas en color azul claro que pretendían simular las olas del mar. Se detuvo, justo en frente de los guardias que custodiaban el acceso a la Sala de la Espada.

No necesitó ni siquiera hablar, las alabardas de los soldados se apartaron de la puerta, permitiéndole así el paso. Sin embargo, Graglia se limitó a quedarse allí quieta, con los brazos en jarra y mirando a un lado y luego al otro con el ceño fruncido.

“¿No ha venido mi sirviente todavía?” Dijo, fingiendo molestia, continuando mirando en ambas direcciones con lo que esperaba fuera una convincente cara de enfado.

“No ha pasado nadie por aquí, mi Lácrima.” Le confirmó uno de los guardias, sin dejar de mirar al frente.

“Pues ya puede llegar en breve o, de lo contrario, será apaleado.” Respondió, pegando un bufido de indignación. Tras aquellas palabras, apareció Gelegen por una esquina, portando una espada envainada.

“¡Disculpad el retraso, mi Lácrima! Aquí tenéis vuestra espada.” Dijo entregándole el arma.

“Confío en que sea digna para acompañar en vuestra práctica a la espada sagrada.”

“Servirá, gracias.” Respondió, “ahora necesito entrenar a solas.”

Se adentró rápidamente en la sala, las puertas cerradas por los guardias tras su paso.

Suspiró aliviada, su treta había funcionado, al menos por ahora, quedaba lo más difícil. Gelegen había demostrado ser útil desde el primer momento en el que había decidido que las acompañaría en su búsqueda. Se descalzó, para después introducir sus pies en el agua y caminar hacia Crystaline, portando la espada de acero consigo. Sacudió la cabeza, el agua estaba más fría que de normal, lo cual ya era mucho decir.

Se detuvo frente al pedestal de la espada sagrada, se agachó ligeramente, sosteniendo la espada de acero con sus rodillas, después tomó a Crystaline por el mango, retirándola así de su apoyadero. Con la otra mano, situó la espada de acero en su lugar. Ciertamente cualquiera que conociera la espada sagrada se daría cuenta a simple vista que aquella arma no era la auténtica Crystaline por diversos detalles. No tenía un filo ligeramente azulado, aunque su pomo sí era esférico no ofrecía un decorado entrelazado, como tampoco las alas de su guarda eran plateadas sino en cobre. No obstante, tal y como Gelegen había hábilmente señalado, nadie salvo ella y su madre tenían permiso para acceder a aquella sala y su madre estaba de retiro, por lo que semejantes detalles eran irrelevantes.

Envainó a Crystaline y caminó de nuevo entre las aguas hasta volver a calzarse sus zapatos y luego situarse en la puerta. Inspiró hondo y empujó la puerta, consciente de que estaba a punto de darse el momento crucial.

“¿Dónde está ese maldito idiota?” Dijo conforme salió de la estancia. “¡Esta espada no vale para nada! ¡Su filo está doblado, maldita sea! Me aseguraré de encontrarle y darle su merecido.”

Con aquellas falsas palabras comenzó a caminar, tratando de escabullirse por uno de los pasillos. Dio un paso, luego otro, cada instante más calmada y segura de que su treta había funcionado.

*Estupendo, ahora solo queda encontrarme con Gelegen y...*

“Princesa Graglia.” Dijo uno de los soldados.

Graglia se detuvo, intentó tragar saliva, pero su garganta se había secado. Se dio la vuelta, buscando aparentar normalidad. Sin embargo, en su cabeza no hacía más que repetirse una frase una y otra vez.

*Nos han descubierto, he sido demasiado brusca y por mi culpa no podremos vengar a Michia.* Sentía su rostro arder, sus piernas desfallecer ante aquel contratiempo. Sin quererlo, sintió deseos de correr, tenía la espada, solo debía escapar a toda prisa y rezar al Aqua Deus para que no la atraparan.

“¿Sí?” Acabó diciendo, con tono parecido al que utilizaría un gato asustadizo.

“Si gustáis, podemos deshacernos de esa espada por vos, nuestro turno acaba en breve.” Le propuso.

“No será necesario, gracias.”

Se limitó a decir, después se dio la vuelta y comenzó a andar a paso lento, reprimiendo sus impulsos de desaparecer de allí corriendo. Giró por la esquina, encontrándose con Gelegen. Levantó la espada, triunfante, durante un momento cualquier expresión de solemnidad exigida por su educación como princesa desapareció, exhibiendo en su lugar una mueca de incredulidad y sorpresa ante el hecho de que la treta hubiera funcionado. Ahora solo quedaba liberar a Alvia y marchar los tres en busca del asesino de Michia.

Se adentró hasta el piso inferior, seguida por Gelegen. En el amplio comedor se hallaban varios guardias en su descanso, todos ellos comiendo un puré verdoso en cuencos de madera.

Recorrió la estancia con la vista, *tiene que estar aquí*, se dijo a sí misma con cierto nerviosismo.

Finalmente, dio con Lampen, se sentaba en una esquina, al lado de la ventana, su cuchara en lo alto mientras leía un documento con la boca abierta. Se acercó a él, agarrándole por el hombro.

“¿Tienes un momento?”

Lampen pegó un brinco, su cuchara se movió violentamente, en consecuencia, vertiendo puré por la mesa, por suerte, no manchó sus documentos. Se giró bruscamente, sus ojos miraron a Graglia, luego frunció el ceño al ver que iba acompañada por un joven que no conocía.

“Por supuesto, Graglia, ¿en qué puedo serte de ayuda?”

“¿Podríamos hablar en otro lugar?”

Lampen miró hacia ambos lados. Luego se levantó y les guió hasta una habitación, era una estancia ciertamente pequeña, con las paredes repletas de amarillentos pergaminos con dibujos y escritos, disponía de una estantería con libros apilados los unos sobre los otros; encima de los cuales se apreciaban varias maquetas en madera de barcos, carros y demás medios de transporte. Gelegen parecía cautivado por el dibujo en un papiro de un navío que volaba por los cielos. Mientras, Lampen se sentó sobre su deshecha cama, apartando antes varios libros que descansaban sobre ésta. Gelegen y Graglia se mantuvieron de pie cerca de la puerta.

“Dime, Graglia, ¿de qué se trata?”

“Las llaves de la prisión de palacio, las necesito.” Respondió Graglia.

“Oh, sí, ya te lo han contado, ¿verdad?” La cortó, esgrimiendo una sonrisa orgullosa y entusiasta.

Graglia frunció el ceño, sin tener la menor idea de qué estaba hablando.

“¡Ah! ¿No lo sabes? Propuse un nuevo método de custodio de llaves a la Consejera de Defensa y, contra todo pronóstico, ¡lo aceptó! Se trata de un método novedoso e infalible, para abrir las diferentes puertas por las que se accede a la prisión ahora se requiere de varias llaves, cada una de ellas custodiada por un soldado distinto, de este modo, conseguimos evitar que ningún prisionero logre escapar de la prisión.”

Graglia se llevó una mano al rostro en señal de frustración.

“Tienes que estar bromeando, Lampen.” Dijo Graglia, desanimada por lo desafortunado que había sido tal cambio de sistema.

“¿Qué? ¿Qué quieres decir? ¿No te parece ingenioso mi método?”

“Ingenioso e imposible de burlar.” Admitió Graglia, pegando un resoplido de resignación.

“De eso se trata, ¿no?” Respondió Lampen, frunciendo el ceño.

“Sí, supongo que sí.”

Graglia suspiró, consciente de que su treta se había ido al traste de un plumazo. *¿Y ahora qué?* Se preguntó.

“Entonces tenemos que encontrar el método de liberar a Alvia sin las llaves.” Propuso Gelegen.

“Eso es imposible.” Le indicó Lampen. “Liberar a una prisionera sin que salte la alarma ya era complicado anteriormente, con mi nuevo método es simplemente inviable.”

“¿Y qué hay de acceder a palacio? ¿También es imposible?” Dijo Gelegen en señal de reto.

“Bueno, eso depende de...” De repente, profirió una mueca de desconcierto, “¿quién sois vos?” Después se giró hacia Graglia, su vista se desvió hacia su cintura, sus ojos entonces abriéndose como platos.

“¿Se puede saber qué estás haciendo con Crystaline fuera de la Sala de la Espada?” Dijo escandalizado poniéndose de pie de un salto. Luego miró hacia Gelegen con expresión acusadora, asumiendo que éste tenía algo que ver.

“Lampen, tranquilízate. Te lo contaré todo.”

Graglia comenzó a informarle acerca de su plan. Los ojos de Lampen cada vez estaban más abiertos, luego empezó a negar instintivamente con la cabeza, hasta que finalmente comenzó a realizar movimientos bruscos de cuello, visiblemente abrumado con la información de la que estaba siendo partícipe.

“No, no, no, ¡y no!” Acabó diciendo, llevándose con frustración ambas manos a la nuca. “¿Es que has perdido la cordura, Graglia? ¿Cómo vas a escaparte de palacio y encima llevarte contigo a Crystaline? ¡Es una locura!”

“Lo que es una locura es que mi madre haya decidido tomarse un descanso como única medida tras la muerte de mi hermana, Lampen. Si ella no piensa vengarla lo haré yo, pero necesito de tu ayuda, es necesario dar con una coartada para justificar mi ausencia mientras estoy fuera.”

“¡No! ¡Ni pensarlo! El mero hecho de ser consciente de este disparate es más que intolerable. Graglia, te suplico que recobres el sentido común, devuelvas a Crystaline a la Sala de la Espada y actúes como si nada hubiera ocurrido.”

“Tiene razón, princesa, es un viaje muy peligroso,” intercedió Gelegen, “además, es imposible que a este pobre hombre se le ocurra una treta lo suficientemente ingeniosa como para manteneros con una coartada capaz de encubrir vuestra fuga.”

Graglia fue a reprocharle de qué lado estaba, indignada ante aquella falta de apoyo. Sin embargo, supo detenerse a tiempo, percibiendo aquella cuasi imperceptible sonrisa.

*Inteligente y manipulador, se percató.*

“Fiebre Firea.” Propuso Lampen instantes después de ver su ingenio puesto en duda. “Sumamente contagiosa, ni incluso siendo la Lágrima nadie entraría en tu habitación. Produce rojeces por todo el cuerpo, costras horribles y una fiebre que provoca delirios extremos. Requiere guardar reposo severo, por lo que todo palacio asumirá que estás en cama teniendo alucinaciones.”

“Suená perfecto.” Dijo Graglia, complacida con aquella propuesta.

Sonrió hacia Gelegen, éste había sido lo suficientemente intrépido como para captar el espíritu orgulloso de Lampen, había puesto en duda su intelecto de una forma sutil y, aparentemente, inocente, provocando que el soldado cayera preso de su propio orgullo.

“¿Y por qué se le llama fiebre Firea? ¿Acaso proviene de Firia dicha enfermedad?” preguntó Gelegen.

“Ni mucho menos, al tener una fuerte fiebre y sentir unos espeluznantes escalofríos fruto de los picores que sientes en el cuerpo es como si estuvieras ardiendo. Por eso lo llamamos así. Aunque también he leído que es normal atribuir este tipo de enfermedades a lugares a los que nos gusta denostar.”

“Perfecto, entonces fingiremos que tengo fiebre Firea, así nadie se atreverá a entrar en mi habitación.”

“Espera un momento, Graglia,” le cortó Lampen, “que haya sugerido una enfermedad como coartada no significa que vaya a formar parte en este disparate.”

“Por favor, Lampen. Tengo que hacerlo, por el recuerdo de mi hermana.” Le suplicó, añadiéndole a su petición unos ojos llorosos.

“Está bien, maldita sea. Pero cuando seas reina quiero un año entero de excedencia por jugarme el cuello por ti.”

“Eso está hecho.” Aceptó Graglia con gusto, después se giró hacia Gelegen, “¿nos marchamos ya?” Le propuso, dando por hecho que Lampen realizaría todos los preparativos para informar a

los sirvientes que guardaba cama fruto de la contagiosa enfermedad.

“¿Marcharnos? ¿De verdad no vamos a liberar a Alvia?”

“No es posible liberarla a tiempo. Por mucho que nos duela, debemos irnos sin ella.”

“Está bien,” dijo no muy convencido. “¿Cuándo nos vamos?”

“Ahora mismo.”

Gelegen se encogió de hombros, como si fuera consciente de que su opinión no iba a cambiar nada. Graglia se acercó a Lampen y le dio un abrazo, dándole las gracias por todo. Se dirigieron a la puerta, dispuestos a marcharse de allí.

“Sabes, Lampen, tu talento no se puede desperdiciar así, cuando sea reina crearé un taller todo para ti y te nombraré Consejero de Investigación.” Le prometió Graglia.

“Para eso tendrás que volver viva de esta locura de viaje.” Respondió. Después se llevó una mano a la boca, en tono pensativo. “Esperad.” Les indicó, justo cuando estaban a punto de abrir la puerta. Lampen se acercó a un rincón de la estantería, cogió uno de los libros y lo abrió, desvelando que éste estaba hueco. En su interior ocultaba una caja de madera. La abrió, ante la atenta mirada de Gelegen y Graglia, descubriendo así que en su interior se encontraba una esmeralda.

“Sabes cómo funcionan estas piedras, ¿verdad?” Indicó, dirigiéndose a Graglia. Ésta asintió, no hacía mucho que había descubierto el poder detrás de las piedras que representaban a los cuatro reinos, “bien, explícaselo a tu compañero de viaje por el camino.” Indicó, Gelegen mostraba una mueca de extrañeza, evidentemente no teniendo la menor idea de qué clase de uso podría tener una piedra preciosa.

Después Lampen comenzó a rebuscar encima de los libros situados en la estantería. Extrajo algo, entregándoselo a Gelegen.

“Esta pistola funciona con vulcanita, es solo un prototipo, pero os ayudará.” Extendió el brazo, entregándosela a Gelegen, sin embargo, justo cuando éste fue a cogerla, retiró ligeramente la mano. “Juradlo, jurad que protegeréis a Graglia con vuestra vida.”

“Lo juro.”

Tras aquella promesa, Lampen le entregó la pistola. Gelegen la sostuvo en sus manos, inspeccionándola con detenimiento, después alzó la cabeza, su ceño fruncido.

“¿Cómo funciona este chisme?”

## 10. Fuera de palacio

Vagaban por palacio, tratando de no ser vistos. Contra todo pronóstico, era Gelegen quien dirigía la ruta de escape, la guiaba con paso raudo, demostrando un conocimiento del castillo tan impresionante como preocupante. De algún modo, había conseguido burlar a todos los guardias y sirvientes, era evidente que disponía de una intuición notable.

Su recorrido los llevó por unas escaleras de piedra gris ya algo desgastadas que descendían en forma de caracol. Era una zona destinada a los quehaceres de los sirvientes, por lo que Graglia jamás había deambulado por allí. Gelegen se detuvo en su avance, situando la mano en el mango algo oxidado de una puerta, sin embargo, en lugar de abrir, se giró hacia Graglia.

“¿Entonces solo vamos nosotros dos?”

Aquella insistencia ante lo que era ya una obviedad provocó que Graglia frunciera el ceño, creyendo entender qué era lo que realmente preocupaba a Gelegen.

“Sé manejar la espada perfectamente y he sido entrenada en el arte del Kayta desde que tengo uso de razón, ¿se puede saber por qué pareces tan intranquilo con que no nos acompañe Alvia?” Respondió, hablándole de manera menos formal que hasta ahora.

“Bueno, ya que lo preguntas, ella parece una guerrera de verdad, tú, en cambio, con esos vestidos tan elegantes y ese porte tan altivo, no pareces ser capaz de hacer daño ni a una mosca.”

Graglia pegó un bufido, molesta ante tal insolencia.

“Pues te aseguro que podría derribarte con facilidad. Qué hay de ti, ¿sabes luchar?”

“Oh, sí por supuesto. Si pegarse con el resto de chicos de la ciudad cuenta, claro.” Después echó la mano a su cinto, acariciando la pistola que le había entregado Lampen y sonrió, “aunque ahora que tengo esto no creo que haga falta hacer uso de mis puños, solo he de apretar el gatillo y listo.” Se dispuso a abrir de nuevo, no obstante, se giró hacia Graglia una vez más, solo que ahora con una retorcida mueca de burla, “te advierto que este pasadizo no es apto para princesas remilgadas.”

“Para tu información, Alvia no es tan distinta a mí, si ella ha utilizado dicho pasadizo yo también.” Afirmó molesta, cruzándose de brazos.

“Está bien, yo te he avisado.” Abrió la puerta, sin embargo, en lugar de mirar al frente, su vista estaba completamente fija en Graglia, esgrimiendo una pícara sonrisa.

Conforme entraron, Graglia comprendió por qué. Tosió, luego tuvo una arcada, para después intentar contener su respiración tanto como fuera posible. Aquel lugar ofrecía el olor más repugnante que jamás había experimentado. Descendieron por unas oscuras escaleras de madera húmedas y frágiles, cada uno de los tablones temblequeando al situar su peso en ellas acompañándose de un alertante *creek* que parecía anunciar su inminente desquebrajado.

“¿A dónde llevan estas escaleras?” Preguntó Graglia, tapándose la nariz y la boca con la mano. Gelegen no necesitó responderle, la parte inferior de aquella sala estaba repleta de sacos de los que Graglia adivinó debían ser materia fecal. Tragó saliva, intentando aguantar las ganas de vomitar. Gelegen, en cambio, parecía inafectado ante tan horrorosa pestilencia.

“¿Alguna vez te has preguntado a dónde va lo que echas en tu orinal? Pues aquí lo tienes.” Dijo Gelegen divertido, señalando aquel desagradable montón de sacos.

“¿Y qué hacemos aquí?” Los ojos de Graglia estaban llorosos, detestaba la mera idea de que tan nauseabundo olor se adentrara en sus pulmones, por lo que buscaba tomar aire lo menos posible.

Gelegen no le respondió. En su lugar, se inclinó hacia adelante y apartó dos sacos, lanzándolos por encima de su cabeza. Los sacos, a propósito, o no, cayeron muy cerca de donde se encontraba Graglia. Después se limitó a señalar un agujero en la pared que se había revelado al apartarlos.

“Me da en la nariz que algún miembro de palacio consideró buena idea realizar este agujero, si era con intención de transportar estos desechos por el mismo o pretendía que ofreciera ventilación lo desconozco por completo.”

“Un agujero que permite entrar y salir en palacio, ¿cómo puede ser que a mi madre se le haya escapado algo así?” Dijo asombrada.

“Tu madre sin duda es alguien con buen olfato para gobernar, pero es evidente que este tipo de trabajos no pasan por su persona, debe de estar hasta las narices de resolver problemas como para preocuparse por un simple agujero.”

“Lo cojo, Gelegen, déjalo de una vez.”

Gelegen sonrió, satisfecho ante su retahíla de lo que consideraba unos comentarios de lo más ocurrentes y chistosos.

“Bueno, aquí lo tienes, nuestro túnel a la libertad.”

Graglia frunció el ceño, aquello que Gelegen llamaba túnel era un hueco en la pared por el que era difícil creer que cupiera una persona.

“Tú primero.” Acabó diciendo.

Gelegen se encogió de hombros, para luego ponerse a cuatro patas y comenzar a reptar por el estrecho agujero. Graglia negó con la cabeza, sintiendo un escalofrío ante el repugnante recorrido que tenía que realizar. Después se agachó y caminó tras él, tratando con gran esfuerzo de tomar aire con tan poca frecuencia como le fuera posible.

Se arrastraban por el agobiante estrecho túnel de piedra. Estaba completamente oscuro, hacía frío y estaba ligeramente encharcado, lo cual hacía que la experiencia fuera todavía menos placentera.

“Ahora que lo pienso...” se limitó a decir Gelegen.

*Toc.* Se escuchó un sonido tosco, como si hubiera golpeado la pared de piedra, entonces una luz verdosa comenzó a iluminar el túnel.

“Mucho mejor, sin duda.” Añadió Gelegen, situando la ahora brillante esmeralda sobre su sombrero. “¡Quién hubiera dicho que las piedras que representan los reinos servirían para algo!” Añadió entusiasmado sin aminorar su velocidad de avance.

Graglia por su parte no compartía su agitación. El agua estaba helada, pero eso no era lo peor, como tampoco lo era el siniestro matiz verdoso que provocaba la esmeralda, o aquel tacto esponjoso y blando que asemejaba el caminar sobre moho. Lo que realmente causaba que Graglia estuviera en una constante tensión era el temor a que cualquier criatura desconocida pasara por su lado.

*Lo haces por Michia, lo haces por Michia...*

Era asqueroso, sus rodillas estaban magulladas de caminar en aquella postura, el agua ofrecía un horripilante olor rancio al que parecía no ser capaz de acostumbrarse. Sintió algo tocarla bajo el agua.

“¡Ah!” gritó, pegando un brinco, instintivamente trató de ponerse de pie, golpeándose en la cabeza al hacerlo.

“¿Qué ocurre?” Respondió Gelegen alarmado, girándose todo lo que le permitía el angosto túnel, “¿nos han descubierto?”

“Algo me ha tocado, algo repugnante y horrible, seguro.” Sus pelos se pusieron de punta,

sintió escalofríos, los suficientes como para que el golpe en la cabeza pasara a un segundo plano.

Gelegen suspiró sonoramente. “Esto no ocurriría con Alvia.” Musitó, reanudando la marcha.

“¿Qué has dicho?”

“¿Yo? Nada. Vamos, sigue avanzando, ya queda poco.”

Pero Graglia no se movió de su posición.

Se encontraba petrificada, inmóvil a consecuencia de su rotunda repulsa a cualquier criatura que habitara en aquellas insalubres aguas.

Gelegen se giró, suspirando de nuevo.

“Escucha, Graglia, puedes quedarte ahí parada como una princesita remilgada, o puedes seguir y dar caza a quien acabó con tu hermana. ¿Qué prefieres?”

Graglia se mordió el labio, *tiene razón, no puedo dejar que mis repulsas conlleven el escape de ese bastardo*. Asintió, poco a poco volviendo a reanudar su avance.

“Bien hecho, ya queda menos.”

Avanzaron, para Graglia el camino se estaba haciendo más sencillo, no solo aquel agujero estaba gradualmente ampliándose, hasta el punto de que ahora podrían avanzar el uno al lado del otro, sino que también percibía a lo lejos la luz que anunciaba la salida cada vez más cerca. La pendiente era mucho más liviana, eso debía querer decir que ya estaban a la altura del suelo.

Entusiasmada con la idea de salir de aquel horripilante túnel, adelantó a Gelegen, dispuesta a salir por aquella obertura de una vez por todas.

*Por fin*, pensó, arrastrándose ahora más rauda, ya estaba prácticamente fuera, sin embargo, Gelegen la agarró firmemente del tobillo en un último instante, impidiendo que cayera al vacío. Los ojos de Graglia se abrieron como platos al ver que ahora se encontraban a gran distancia del suelo. En su afán por salir de palacio, no había reparado en que el castillo estaba rodeado por un foso, uno al que por poco había caído.

El haz de luz verdoso se esfumó en cuanto Gelegen guardó la esmeralda en uno de sus bolsillos, después metió la mano en el agua y extrajo una larga y gruesa cuerda que por lo visto tenía enrollada y que había sido bien amarrada a la parte superior del túnel con un gigantesco clavo. Lanzó la cuerda al vacío.

“Espera a que yo haya llegado al otro lado, no creo que la cuerda aguante el peso de los dos.” Tras aquellas indicaciones, agarró la cuerda con ambas manos e inició su descenso.

De repente, asomó su cabeza por el túnel.

“Casi lo olvido, eso que te estaba tocando en el pasadizo sería sin duda una rata, en este agujero habitan unos especímenes especialmente peludos, rechonchos y con unos dientes amarillos que...”

“¡Calla y desciende de una vez!” Le indicó, sintiendo escalofríos por todo su cuerpo.

Gelegen comenzó a bajar por la cuerda, tratando de esconder sus carcajadas.

*Estúpido idiota.*

Esperó mientras Gelegen descendía. Una vez éste se encontraba suficientemente abajo comenzó a tomar impulso, saltando contra la roca con sendos pies, con cada vaivén, cogía mayor impulso, se balanceaba de un lado a otro como un péndulo. Esperó a situarse lo más inclinado posible, sobrevolando ahora el terreno al otro lado del foso, se soltó, rodando por el suelo para amortiguar el golpe.

Mientras tanto, la cuerda volvió a su lugar, descansando sobre los muros de palacio. Se agarró y comenzó a bajar por la cuerda, apoyando la punta de sus botas en los salientes de la roca. Sentía la aspereza de la cuerda abrasar sus manos, pero semejante incomodidad no le impidió continuar bajando por ésta. Descendía con soltura, por suerte su cuerpo había sido lo

suficientemente entrenado tras años de ejercicios en el arte de la espada y el Kayta. Imitó a Gelegen, impulsándose, hasta que llegó hasta el otro extremo, solo que Graglia no soltó la cuerda como había hecho Gelegen. En su lugar, la agarró con ambas manos, sopesando qué hacer.

“No estarás pensando en bloquear mi entrada a palacio, ¿verdad?” La voz de Gelegen sonó repleta de pena.

“Es un acceso demasiado peligroso, el saber que existe esta entrada y no hacer nada...”

“Pero entonces ya no podré colarme en palacio...” dijo entristecido, no parecía haber mucha lucha por su parte, tal vez porque sabía que era lo correcto.

“Créeme, Gelegen, si me ayudas a encontrar al asesino de Michia, la próxima vez que entres a palacio serás gratamente recibido por la puerta principal.”

Gelegen se tomó un instante de reflexión. Tras ello, ambos tiraron una y otra vez de la cuerda con todas sus fuerzas, finalmente arrancándola de su enganche en el túnel.

\*\*\*

Graglia se arrodilló para tomar un poco de agua del río, era poco caudaloso y poco profundo, por lo que seguramente sería el afluente de un río mucho mayor. Respiraba con dificultad, tras haber escapado por el pasadizo secreto habían corrido a toda velocidad, alejándose de los muros de palacio. Había salido bien, no siendo detectados por ninguno de los guardias. No obstante, sentía cierto dolor en el pecho, uno que parecía recordarle la increíble irresponsabilidad que estaba cometiendo y con quien había arrastrado ni más ni menos que a Crystaline.

No sabía exactamente dónde se encontraban, aunque el río le daba una pista. Habían avanzado hacia el este, por lo que tenían que hallarse ya lejos de territorio de palacio. Graglia no podía creer que hubieran conseguido escapar, mirando de un lado a otro como quien contemplaba unas lejanas tierras. Por supuesto había estado fuera de las murallas de palacio antes, pero siempre escoltada por los Caballeros del Agua y varios soldados de la Guardia Real, esta vez era muy distinto.

Tras calmar su sed, se secó sus húmedos labios con la mano. Acto seguido, se giró hacia Gelegen, estaba sentando sobre una gran roca repleta de musgo, examinando con interés la pistola que le había entregado Lampen. Poco después reanudaron la marcha, era Gelegen quien decidía el camino, pues Graglia no tenía la menor idea de por dónde se localizaba su primer objetivo, la ciudad de Santigua, solo sabía que no se hallaba muy lejos de su hogar por lo que no necesitaban andar mucho.

Paseaban cerca del río, el agua bajaba a poca velocidad, por lo que ofrecía un sonido suave, de lo más refrescante. Del mismo modo, el cielo, aunque nublado salvo por unos tímidos rayos de sol que se abrían paso entre las nubes, no parecía querer bendecirles con la lluvia. En su avance, Gelegen la observaba con una mirada penetrante. Era realmente molesto, la examinaba como si estuviera tratando de resolver un acertijo en su piel, lo peor era que lo hacía con total descaro y, aún más indignante, creyendo que lo hacía disimuladamente.

“¿Se puede saber por qué me miras tanto?”

“Oh, mis disculpas, es que eres una princesa después de todo.”

“¿Qué clase de excusa es esa? ¿Acaso has olvidado que sé que conoces a Alvia?”

Gelegen río. “Precisamente por eso. Alvia no se comporta como una princesa. Ella carece de modales y tampoco exhibe esa altivez que tú si tienes.”

“¿Osas llamarme altiva a la cara?”

“Oso. No es algo malo, además, tú no solo eres una princesa, eres ni más ni menos que la Lácrima, la heredera al trono, es casi tu obligación ser así.”

“¿Y se puede saber en qué soy tan distinta a Alvia?” Preguntó enfurruñada.

“No sé, sois muy distintas. Tú sí que te comportas como se esperaría de alguien de la realeza. Presumida, algo soberbia... esas cosas.”

Graglia se limitó a responderle con una mirada de furia.

“¿Estará Alvia bien?” Se preocupó Gelegen, no pareciendo siquiera consciente de que sus palabras la habían ofendido, “todavía no puedo creer que hayas dejado a tu hermana encerrada en prisión.”

“Estará bien, no es la primera vez que la encierran allí, seguro que estará entrenando con algún que otro prisionero.” Respondió, restándole importancia. “Bien, vayamos en busca de Michia.”

“Espera, no pensarás ir vestida así, ¿no?”

“¿Qué tiene de malo mi atuendo?” Dijo echando una vista a sus ropajes.

Su vestido distaba de ser pomposo. Era de tallaje simple, práctico y cómodo para el día a día, pudiendo sentarse con él en el jardín, como también dar clases de espada. Mas allá de eso, su huida de palacio a través del repugnante túnel había provocado que éste estuviera muy sucio, con varios manchones negruzcos en sus faldas y un horrible desgarrón a la altura de la rodilla derecha.

“Tu atuendo no tiene nada de malo, si lo que queremos es llamar la atención, la gente de la ciudad no va vestida así. Necesitamos ropa con la que parezcas una persona normal.”

“Pero si mi vestido está increíblemente manchado.”

“Y, aun así, se ve más nuevo y elegante que cualquier ropaje jamás portado por una campesina. No, llamas demasiado la atención.”

“¿No te parece que podría hacerme pasar por noble?” Propuso Graglia, por lo que ella sabía, las jóvenes de familias nobles vestían con dignidad y clase, su vestido seguro podría hacerle parecer de alta cuna.

“Oh, sí, nada como pasear por las calles como una noble para no llamar la atención.” Dijo irónicamente.

“¿Y qué sugieres que hagamos? No tengo otra ropa.”

Gelegen sonrió.

“No te preocupes, conozco a alguien.”

\*\*\*

Habían transitado paralelamente a una larga carretera, el camino se hacía más duro así, teniendo que sortear los elementos del bosque, sin embargo, Gelegen había sugerido que era mejor así mientras siguieran cerca de palacio. Graglia veía sentido a su cautela, existía la posibilidad de cruzarse con algún soldado de la Guardia Real que pudiera reconocerla y eso podría poner fin a su coartada. Ahora se encontraban en un pequeño poblado granjero, compuesto de extensas propiedades valladas en los que se veía al ganado pastando en los verdes campos.

“¿Seguimos todavía en Fonbay?” Preguntó Graglia, observando a las vacas. Eran unos animales enormes, de grandes cuernos, un pelaje color avellana largo y lanudo el cual era especialmente largo en la cabeza, lo cual provocaba la impresión de que tenían flequillo.

“Sí y no, hasta no hace mucho éramos un pueblo, pero con la última expansión de la ciudad ésta nos absorbió. Así que hemos pasado de ser pueblerinos a legítimos ciudadanos de la capital.” Respondió orgulloso. Después señaló hacia el ganado. “Eso son vacas, de éstas proviene parte de la carne que coméis en palacio, oh, y también la leche.” Le indicó Gelegen.

“¡Sé perfectamente lo que son las vacas!” Respondió molesta, “que me haya criado en palacio

no significa que sea totalmente desconocedora del mundo.”

Era cierto que las vacas que ella conocía eran de pelaje negro con motas blancas, ¿o era pelaje blanco con motas negras? Gelegen mientras tanto se mostraba sumamente divertido. Aquel chico parecía encontrar cierto divertimento en sacarla de sus casillas.

“¿Falta mucho para llegar?” Preguntó Graglia, queriendo cambiar de tema.

“Muchísimo.” Luego dio dos pasos más y saltó una valla. “Ah, pero si ya hemos llegado.”

Graglia pasó por el ancho hueco entre la madera de la valla. Se trataba de un terreno más pequeño que la mayoría por la que habían pasado, la casa, a lo lejos, era igualmente de un tamaño más reducido que el resto. Anduvieron por aquel camino. Una vaca enorme de un pelaje tan largo que le cubría los ojos se acercó hacia ellos.

“Pero si es la vieja Suraby, ¿cómo estás, amiga?” dijo Gelegen mientras le pegaba unos amistosos golpes en el pescuezo. Después se inclinó hacia el animal, situando su oreja cerca del morro de la vaca. “¿Qué dices, Suraby? Ah, sí, es una princesa, incluso tú te has dado cuenta, ¿verdad?”

Graglia negó con la cabeza ante tal sarta de tonterías. Parecía que el precio a pagar por que tan intrépido chico le ayudara a encontrar al asesino de Michia iba a ser aguantar una ristra de bobadas. Siguieron avanzando por aquel camino de tierra, hasta situarse en frente de la puerta.

“Bienvenida a mi humilde morada.” Indicó.

Graglia observó la pequeña casa de piedra gris oscuro, su color contrastando fuertemente por el amarillo que componía su tejado de paja.

“¿Por qué estamos en tu casa?”

“Mi madre te va a dar ropa con la que puedas aparentar ser una campesina.”

Esta vez fue Graglia la que alzó los ojos y esgrimió una sonrisa burlona.

“No te preocupes, conozco a alguien.” Dijo en tono burlón y voz grave imitando así a Gelegen. “El señorito quería dárselas de importante y resulta que su contacto era ni más ni menos que su querida mamá.”

Gelegen pegó un bufido, molesto. “¿Quieres pasar o no?”

“Adelante.”

Gelegen abrió la puerta. Graglia miraba de un lado a otro, tremendamente curiosa ante cómo sería la casa de una familia humilde. Era un salón pequeño, con una mesa con un tapete blanco, al lado de la hoguera había dos sillas en una de las cuales se encontraba una mujer tejiendo. Parecía que no se había dado cuenta de que habían entrado, continuaba en su intensa labor de tejido con aquellas grandes y gruesas agujas y el ovillo de lana gris sobre la falda que cubría sus muslos. Era una mujer hermosa, de piel muy blanca, rostro redondo y una larga cabellera de un rubio dorado que le caía sobre los hombros.

“Hola, madre, he vuelto a casa.” Dijo Gelegen acercándosele.

Su madre ni se giró para recibirle, simplemente frunció el ceño, ahora tejiendo con mayor velocidad y brusquedad.

“Ya era hora de volver a casa, ¿no te parece? ¿Crees que puedes desaparecer así sin más y no dejar ni una mísera nota?” Con cada nueva palabra su tejido se volvía todavía más frenético, su voz sonaba bonita, a pesar de mostrarse tremendamente indignada.

“Madre... tenemos compañía.” Indicó Gelegen, avergonzado ante la situación.

La mujer alzó la mirada por primera vez, inicialmente frunciendo el ceño hacia Gelegen, para luego girarse rápidamente hacia Graglia. Se levantó, sin importarle que sus agujas y el ovillo de lana se le cayeran al suelo, este último rodó hasta impactar contra la pata de la silla de enfrente.

“Oh, pero ¿cómo traes a una joven a casa sin decirme nada? Y yo sin arreglarme, ni disponer

de ningún plato preparado para daros de comer, ni...”

“Está bien, todo ha sido muy precipitado,” dijo amablemente Graglia con una sonrisa, “no pretendo molestarla.”

“¡Pero qué jovencita tan educada! ¡Y qué hermosa! ¿Cuál es tu nombre?”

“Me llamo Gra...”

“Graglen, se llama Graglen.” La cortó Gelegen.

“Es un placer, madre de Gelegen.” Dijo Graglia cortésmente, realizando la reverencia Aqua.

“Puedes llamarme Silbai, querida.” Entonces alzó una ceja, como si se hubiera percatado de algo, de repente, pegó una fuerte colleja a Gelegen, luego situando ambos brazos en sus caderas y ofreciendo una severa mirada a su hijo, como si estuviera esperando una explicación.

“¡Ouch! ¿Se puede saber a qué ha venido eso?” Solicitó saber Gelegen, llevándose sendas manos a la nuca.

“Esta jovencita se parece mucho a esa otra muchacha con la que te juntas a veces,” dijo señalándole con el dedo acusadoramente, “no estarás teniendo un amorío con ambas a la vez, ¿verdad?”

“¿Qué? ¡Claro que no!” Respondió indignado.

“Mejor,” después se giró a Graglia, “mi hijo es un poco burlón y bravucón a veces, por lo que tienes mi permiso para darle un cachetazo si su actitud te molesta.”

“Así lo haré.” Aceptó Graglia, tremendamente divertida ante la situación.

“¿Y qué es eso de no quitarte el sombrero al llegar a casa? ¿Encima has cogido uno de los sombreros favoritos de tu padre? En cuanto se entere se pondrá hecho una furia y con razón...”

Gelegen se quitó rápidamente el sombrero. “Voy a estar unos días fuera, madre. Voy a acompañar a Graglen a dar con un vil sujeto que atacó a un familiar suyo y ha escapado.”

“Oh, y tú la ayudarás a encontrarle, ¿no es así?” Dijo Silbai con una sonrisa.

“Por supuesto.”

“Ha salido a su padre,” Indicó Silbai, dirigiéndose a Graglia, “todo lo que tiene de fanfarrón lo tiene de noble y gentil.”

“Yo no soy como padre.” Respondió Gelegen furioso, cruzándose de brazos.

Graglia no dijo nada, pero supo apreciar el rencor que se escondía tras dicha afirmación.

“Sentaos, os pondré algo de comer.”

“No es necesario, no queremos molestarla.”

“Sí, madre, será mejor que partamos cuanto antes.”

“¡Tonterías! Si os vais a marchar unos días qué menos que hacerlo con el estómago lleno.”

Graglia fue a insistirle que no hacía falta, Gelegen, mientras tanto, parecía haber ya asumido que no había escapatoria. El joven se acercó a un pequeño mueble situado en la esquina de la estancia, donde se hallaba el aguamanil, lo tomó por el asa y vertió el agua sobre la vasija al lado del mismo, procediendo a lavarse las manos y posteriormente secárselas con un paño. Acto seguido, mientras Graglia se limpiaba las manos, éste se dispuso a poner la mesa. Puso un mantel liso color crema, después dos vasos y dos platos. Mientras tanto, su madre se había dirigido a la cocina.

“Gelegen es un jovencito de lo más servicial.” Indicó a viva voz desde la cocina. “Se levanta más pronto que el granjero más madrugador. Se encarga de dar de comer a nuestras vacas y de su limpieza. Cualquiera de nuestros vecinos pagaría una fortuna por contratarle para su granja, estoy segura.”

Ante aquellos piropos, Gelegen negaba con la cabeza, visiblemente avergonzado.

“Aquí tenéis,” dijo Silbai apareciendo en la estancia, situando una cacerola de barro en el

centro de la mesa. “Gelegen, sé un buen anfitrión y sirve a nuestra invitada.”

Gelegen así lo hizo. Se puso de pie, extendiendo su brazo y quitando la tapa de la cazuela, un intenso humo emergió junto con un olor de lo más agradable, aunque desconocido para Graglia.

“Acércame tu cuenco, por favor.”

Graglia así lo hizo, Gelegen por su parte introdujo el cazo hasta el fondo de la cacerola, sirviéndole así una generosa ración de un caldo repleto de alubias y trozos de carne. Tras entregársela, Gelegen se sirvió a sí mismo una no tan abundante ración.

“Come, nos hará falta para el viaje.” Indicó Gelegen.

Graglia asintió, metió la cuchara en su cuenco y probó aquel potaje. Realizó una mueca de agrado, contra todo pronóstico, semejante contundente plato, tan distante a los finos menús provistos en palacio, le resultó de lo más agradable, siéndole de lo más apacible el comer comida caliente.

“Casi lo olvido, madre, la ropa de Graglen está hecha girones, ¿sería posible ofrecerle algún atuendo?”

“Por supuesto.” Respondió Silbai, que había vuelto a su silla para retomar su costura.

\*\*\*

Su ropa era fea, completamente falta de estilo. Una blusa gris holgada de mangas largas, pantalones beige de un material igual de molesto y un sayo marrón hasta los tobillos. Dichos colores tan planos se alejaban de los vibrantes azules que solía exhibir en sus vestidos de palacio, sin embargo, dado que su objetivo era pasar desapercibida, tal vez era mejor recurrir a aquellos tonos mucho más apagados. Su cinturón de cuero era ancho, perfecto para sostener debidamente a Crystalline, igualmente sus botas bajas, destinadas a trabajar durante largas jornadas en el campo, parecían ser lo suficientemente prácticas en caso de tener que recurrir al combate.

El atuendo de Gelegen era similar, únicamente su sayo era de verde oscuro y sus pantalones algo más ajustados. Además de eso, había que añadirle su sombrero, el cual tenía colgando de su cinto para así no olvidárselo.

“¿Qué tal me veo? ¿Podría pasar como una campesina así?”

Gelegen la observaba frotándose el mentón, examinándola de arriba a abajo.

“Para un ojo experto como el mío es evidente que es un disfraz, pero creo que dará el pego.”

Graglia sonrió. Gelegen parecía un poco fanfarrón, no obstante, era evidente que tenía cierto talento para percatarse de los detalles.

“Ya sé que es lo que falla.” Dijo Gelegen, acercándose a Graglia.

“¿El qué?”

Gelegen posó las manos gentilmente en su barbilla y se la bajó ligeramente. Después la sostuvo de los hombros, echándoselos ligeramente hacia adelante.

“¡Ahora sí! Tu postura era demasiado perfecta, espalda absolutamente recta, barbilla en lo alto...”

Aquel nuevo posicionamiento de su cuerpo le era realmente incómodo, contrario a las muchas veces en las que la habían corregido la postura para disponer de un aire real y distinguido, como le gustaba llamarlo a Igüenza.

“¿Crees que deberíamos ocultar el pomo de Crystalline de algún modo?”

Gelegen frunció el ceño, sopesando qué responderle.

“No creo que sea necesario.” Concluyó, “muy poca gente reconocería su pomo y, aunque lo hiciera, su sentido común no le permitiría concebir que una campesina la lleve consigo. Bien, pongámonos en marcha.” Añadió con decisión, poniéndose el sombrero.

Graglia asintió. Por fin se iban a dirigir a la ciudad de Santigua.

## 11. Santigua

Se sentía realmente nerviosa. Habían llegado a la primera ciudad por la que el Mechuano debía haber pasado ejecutando su despreciable Canto de Hazaña. Existía la posibilidad de que éste hubiera sido apresado por la Guardia de la Ciudad tras causar destrucción en aquella ciudad, de dejar claro a viva voz que él había sido quien había quemado la capilla de palacio con una princesa atrapada en su interior. Percibió un cosquilleo en su estómago, sin tener muy claro si prefería que le hubieran capturado o ser ella la que diera caza al Mechuano.

A pesar de situarse fuera de las murallas, el paso de gente era constante. Personas de todas las clases sociales entraban y salían de la ciudad con el objetivo de realizar compras, hacer negocios o en busca de divertimento. Por suerte, parecía que su atuendo de campesina la hacía pasar desapercibida. Le era una sensación extraña el no percibir las miradas de devoción o respeto en la gente con la que se cruzaba, en su lugar, la miraban con cordialidad, indiferencia o, como mucho, alguna que otra mirada lasciva a la que respondió con cara de repugnancia.

Se dispusieron a entrar en la ciudad de Santigua a través de la ancha puerta de la ciudad, no estaba vigilada, permitiendo así el acceso y salida libres. Graglia no pudo evitar detenerse en la fuente que se encontraba cerca de la entrada. Su diseño era llamativo, una sirena en piedra blanca con un semblante afable sostenía un cántaro, el cual inclinaba dejando caer agua de la que los transeúntes sedientos podían beber o transportar para sus casas. Semejante fuente no estaba allí por casualidad, sino que guardaba un simbolismo más que importante, significaba que por allí había pasado Dajalam, la primera reina del Aqua Deus, la leyenda decía que había llegado hasta la entrada de Santigua con los labios tan agrietados como la tierra en la peor sequía y que una amable joven le había ofrecido agua de su cántaro, un evento que había sido conmemorado con la forma de la estatua.

Dichas estatuas únicamente se localizaban en los pueblos y ciudades santas. Una consideración que solo tenían aquellos lugares por los que su antepasada y primera reina, Dajalam, había pasado en su recorrido hasta convertirse en la elegida por el Aqua Deus para gobernar. Del mismo modo, cada sirena situada en una de estas ciudades era distinta, rememorando cada una de las duras vivencias que Dajalam había sufrido en su camino.

“Espera, déjame que ofrezca mis respetos.” Le pidió a Gelegen, acercándose a la estatua.

Se detuvo, contemplando la escultura en silencio, durante un instante el ruido del agua cayendo sobre la base de roca pareció desaparecer, como también el tumulto a sus espaldas. En cualquier otro momento tal figura en piedra le hubiera ofrecido paz, ahora revivían un recuerdo amargo, el de la estatua que yacía en la capilla de palacio en la que había muerto su hermana.

*Lo haré en tu honor, Michia, presentaré mis respetos a las sirenas tal y como harías tú...*

Desenvainó a Crystaline, solo lo justo como para poder pasar la yema del dedo índice de su mano izquierda por su filo y realizarse un pequeño corte. Envainó de nuevo la espada, luego se agachó, recorriendo la yema del dedo que se había cortado sobre la base de la estatua, la poca sangre que emanó de su herida quedó absorbida por la porosidad de la roca.

“¿Qué estás haciendo?” Le preguntó Gelegen, situándose a su lado.

“Realizar una ofrenda de agua corrupta, claro. La sirena nos ofrece agua dulce para poder beber, nosotros le ofrecemos agua corrupta para aceptar nuestra condición humana.” Le reveló, ante el severo fruncimiento del ceño de Gelegen se vio en la necesidad de elaborar en mayor profundidad, “nacemos como gotas de lluvia, puros, libres de pecado. El mero hecho de vivir nos

lleva a pecar, es por eso que al nacer lloramos, derramando agua de sal, agua del mismo mar al que vamos a adentrarnos una vez muramos. Por contra, el agua de nuestro cuerpo es roja, la prueba de que conforme crecemos corrompemos incluso lo más puro.”

“¿Y esto es aplicable a digamos... una princesa?” dijo Gelegen ofreciendo una sonrisa burlona mientras se ajustaba el sombrero.

“Incluso a la mismísima reina. El pecado reside en todos nosotros. Se dice que algún día nacerá alguien con sangre azul, una princesa tan noble y pura que su sangre será tan incolora y salada como las lágrimas. Ofrecer sangre a una estatua de sirena es una forma de respeto, de agradecerle que nos brinde agua con la que poder llegar hasta el mar.”

“¿Y por qué no he oído jamás de algo así?”

Graglia sonrió, consciente de que tenía razón. Era una vieja tradición, una dejada en desuso como bien demostraba el constante flujo de gente que hacía caso omiso a la sirena, no obstante, para Graglia era importante seguir dicha costumbre ya que, en cierto modo, sabía haría feliz a Michia.

Tras aquel ritual se adentraron en la ciudad. Las anchas calles empedradas estaban abarrotadas. En parte, Graglia no podía evitar sentirse apabullada y a la vez embaucada en una profunda curiosidad, no estaba acostumbrada a ver tanta gente interactuar libremente. Ella estaba habituada a visitas guiadas, siempre ordenadas y con calles despejadas para disfrute de ella y de su familia. Lo cierto era que aquella agitación la alteraba, en sus visitas a Santigua como princesa nunca había imaginado que la ciudad era realmente así, tan caótica y desenfrenada.

“¿Cuál es el plan?” Preguntó Graglia.

“Buscaremos una oficina de la Guardia de la Ciudad, si ha ocurrido algún incidente ellos estarán al tanto.”

Graglia asintió, luego se rascó la nuca. No podía remediarlo, movía su cuello de un lado a otro ante el incesante picor de aquella ropa. No pretendía ser desagradecida, como tampoco quería sonar como una persona soberbia, pero era obvio que su cuerpo no estaba acostumbrado al tejido de tales ropajes. Quería pensar que tenía disculpa, toda su vida había vestido atuendos tallados con las telas de mejor calidad. Por si el picor fuera poco martirio, tenía que corregir su postura con asiduidad, recordándose el no caminar con la espalda completamente recta y la barbilla en alto, solo esperaba que el viaje fuera lo suficientemente corto como para que no le brotara chepa.

Se quedó observando a una mujer que estaba vendiendo telas a un hombre el cual le insistía en que el material no era tan bueno como afirmaba y que exigía un descuento. Ciertamente era una actividad comercial común, pero lo que le extrañó fue la falta de educación que se estaba dando por ambos participantes en aquella transacción.

“¡Quitad de en medio, estúpida!” Le reprendió una voz.

Graglia se giró, indignada ante el hecho de que alguien se atreviera a hablarle de tan malos modos. Se trataba de un hombre sudoroso con un cuello ancho y con una incipiente calvicie que cargaba una carretilla repleta de hortalizas que por su decrepito aspecto se alejaban de estar frescas. Antes de que Graglia pudiera hacer o decir nada, Gelegen la agarró del brazo, apartándola del camino del carretillero.

“Parece que tu disfraz está resultando,” le indicó Gelegen en voz baja, “aunque todavía caminas demasiado princesísticamente.”

Sin quererlo, con cada vaivén de su brazo derecho cuidaba de rozar su mano con el pomo de la espada. Era un movimiento reflejo, consecuencia de una ferviente preocupación por que nadie aprovechara el tumulto de gente para robarle la espada.

Pasaron por un ancho y largo puente de madera que parecía prácticamente nuevo dado que sus

tablones estaban impolutos, mostrando el brillo propio de un material que todavía no ha sucumbido a los incontables pasos de los transeúntes. La atención de Graglia se dirigió hacia un pequeño grupo de hombres que se encontraban acucillados en el puente, de más cerca, se percató de que tal expectación se debía a que estaban apostando en un juego de dados. Justo en ese momento, uno de ellos tiró los desgastados dados, haciéndolos caer sobre un pequeño cuenco de metal, en un instante, el hombre que los había lanzado alzó los brazos triunfante mientras los demás negaban y proferían todo tipo de insultos e improperios por su mala suerte. Tan ensimismada estaba con aquel juego de azar que no se percató de que una mujer se había acercado a ella y la había tomado del antebrazo.

“Déjame que te lea la mano, querida.” Indicó. Era una mujer madura con marcas de pequeñas cicatrices en los pómulos, como si se tratara de una erupción en la piel mal curada y unos párpados maquillados en un brillante tono morado que provocaban que su mirada pareciera mágica. Sus ropajes eran también llamativos, vestía unos pantalones algo cortos y una capa con capucha de un tono dorado de lo más brillante. “Mis dones de vidente me permitirán adivinar tu porvenir.”

Graglia accedió, más por no ofender a aquella mujer que por verdadero interés.

“No, Graglen, espera, esto no es más que una...” Intentó impedirle Gelegen.

“¡Silencio, infiel!” Le calló la vidente, dedicándole una mirada feroz y desafiante, “esta joven siente un gran pesar. Has perdido a alguien, alguien cercano, ¿me equivoco?”

“Así es...” Confirmó Graglia, ahora con más interés en las habilidades de aquella mujer.

“Graglen, esto no es...”

“A callar, infiel, esta mujer desea respuestas y yo puedo ofrecérselas.” Extrajo una flor de lirio azul y la inclinó, causando que unas gotas de agua cayeran sobre la palma de la mano de Graglia, que hacía caso omiso a la mirada de Gelegen instándola a que se marcharan de allí. La vidente observaba el recorrido de las gotas de agua en la palma de la mano. “La siento, quiere decirnos algo.” Esgrimió una mueca, “percibo un gran dolor, es alguien que os quería mucho... ¿podría ser... vuestra abuela?”

“Lo dudo... ¿tal vez mi hermana?”

“¡Vuestra hermana, sí! Eso quería decir, tiene mucho que contaros, aunque para ello...” la vidente levantó la otra mano, exigiendo un pago por sus servicios.

“No vamos a pagaros ni una sola sucia moneda de cobre, os lo advierto.” Intercedió Gelegen finalmente.

“¿Esperabais aprovecharos de mis dones sin pagar nada?” La vidente escupió, “me encargaré de que vuestros restos no descansen en el mar, malditos desaprensivos.” Les amenazó, después se arremangó, para luego señalarles con ambas manos. “¡Siamare puha yandare sanda!”

Graglia frunció el ceño, no tenía ni la más remota idea de qué idioma estaba utilizando la vidente, solo que no era ni mucho menos Flumio, de lo que sí estaba completamente segura era de que aquella extraña mujer pretendía lanzarles una maldición, y ella conocía las palabras para contrarrestar tan viles actos.

“Ferae mi sia, ne su pan ne esai, Aqua Deus siere proten.” Recitó en Flumio. Eran unas palabras que utilizaba mucho Michia, unas que en lengua común se traducirían en algo así como *con la fe, ni palabras ni hechizos podrán herirme, el Aqua Deus me protege como su fiel sierva*.

Ante aquella respuesta, la vidente dio varios pasos atrás, ahora luciendo tremendamente asustada. “¡Brujería! ¡Lenguaje extraño y perverso!” Dijo señalando a Graglia, “¡Guardias! ¡Guardias! ¡Esta joven utiliza un lenguaje herético!”

Gelegen agarró de la muñeca a Graglia, dirigiéndola por lo que quedaba del puente para luego

girar rápidamente por un estrecho callejón.

“Estupenda entrada en la primera ciudad. Sigilosa y sin llamar la atención.” Le reprendió, mirando hacia atrás constantemente por si alguien les seguía.

“Yo no pensé que...”

“Claro que no. Estás en un lugar extraño para ti, Graglia, así que no toques ni aceptes nada. Van a intentar engañarte, aprovecharse de ti para ganar dinero, así que niega cualquier ofrecimiento.”

“Está bien.”

“Vamos, la oficina de la Guardia de la Ciudad no debe estar muy lejos.”

Caminaban en silencio. Gelegen miraba de lado a lado, preguntando a la gente para poder guiarse, Graglia se sentía ligeramente humillada como para hablar. Pensar que había caído en aquella farsa... En cualquier otro momento hubiera percibido de inmediato que la vidente no era más que una timadora, alguien que se beneficiaba de las creencias y la esperanza de la gente, sin embargo, había conseguido embaucarla en un momento en el que se sentía frágil y vulnerable.

*La echo tanto de menos que me aferro a cualquier cosa con tal de saber de ella...*

Finalmente, se toparon con la oficina de la Guardia de la Ciudad, era un edificio de una altura al que se accedía a través de un ancho portón negro custodiado por dos soldados a la entrada. En aquella oficina, sobre la puerta de la cual había una placa mostrando una gran sirena saltando por encima de una casa, cualquier ciudadano podía denunciar un altercado ocurrido en la ciudad. Graglia sintió un cosquilleo en el estómago, seguro que aquellos guardias podrían confirmarles si el Mechuario había hecho de las suyas a su paso por la ciudad.

Su entusiasmo no evitó que la sorprendiera la falta de profesionalidad de los soldados. Uno se hurgaba concienzudamente la nariz, mientras que el otro cerraba los ojos casi por completo, para luego abrirlos de golpe, en lo que era una obvia lucha por no quedarse dormido durante su guardia.

“Déjame hablar a mí mejor.” Le propuso Gelegen.

Graglia aceptó, consciente de que no sabía realmente cuál sería la forma correcta de dirigirse a dichos soldados aparentando ella ser una campesina. Gelegen se acercó al soldado que se hurgaba la nariz, se posó frente a éste y, al ver que el soldado no advertía en su presencia y seguía en su desagradable expedición, se aclaró la garganta. Graglia contuvo la respiración, seguro que el soldado les confirmaría que el Mechuario había pasado por allí.

“Disculpad, buen hombre, ¿algún altercado reseñable en los últimos días?”

El soldado miró a su compañero, que abrió los ojos rápidamente al escuchar una voz, ambos pegando un resoplido.

“Por supuesto, tomad nota. Ayer mismo, la panadera cortó la mano a su marido tras descubrir que la estaba engañando con la hija del herrero. Hace tres días, un hombre acabó con media taberna a espadazo limpio simplemente porque se burlaron de él por su estridente hipo. Oh, sí, también está el incidente en el mercado, donde el pescadero fue apuñalado en el pecho sin motivo aparente, por no hablar de que el herrero clavó un acero hirviendo en el antebrazo de un joven que se negó a pagar, espero haber sido de ayuda.” Finalizó, con evidente sorna, ahora realizando movimientos bruscos con la mano para tratar de despegar un moco gigante de su dedo índice.

Graglia pegó un bufido de desesperación. Altercados normales y corrientes. Por mucho que le doliera reconocerlo, sabía que el Reinado del Agua distaba de ser un lugar completamente pacífico, aquellos incidentes no tenían la menor relevancia.

“¿Qué hay de ese altercado del pescadero?” Preguntó Gelegen, “¿Alguna hipótesis de por qué

pudo ser asesi...?”

“¿Ha ocurrido algún incidente con Mechuanos en la ciudad últimamente?” Le cortó Graglia, consciente de que la naturaleza curiosa de Gelegen se estaba interponiendo en su búsqueda.

Los soldados fueron a burlarse de nuevo, sin embargo, debieron captar la profunda tristeza en su mirada, pues la sonrisa se esfumó de sus rostros por completo.

“No, señorita, ningún altercado con Mechuanos por aquí.” Respondió el otro soldado. “Lo siento.”

Tal revelación cayó sobre ella como un jarro de agua tan helada como si proviniera de la mismísimas Montañas Nevadas.

*No puede ser... ¿cómo es posible que no hayan pasado por aquí?* Sintió un escalofrío recorrer todo su cuerpo, aterrorizada ante la idea de no poder seguir su rastro. Se limitó a asentir y marcharse de allí, fueron movimientos prácticamente inconscientes, motivados por un fuerte sentimiento de necesidad de estar sola, centrada en sus pensamientos. Caminaba con la cabeza gacha, con un dolor intenso en la sien.

*No tenemos nada, me he metido en problemas para no dar con los asesinos de Michia. Esto ha sido un error*, se repetía una y otra vez. Su sensación de frustración era tal que no era consciente de qué ocurría a su alrededor, simplemente caminaba, ausente, recogida en su rotunda desmoralización. Se sintió hundida, percibiendo un vacío en su interior abrumador, se vio obligada a detenerse, tratando de respirar hondo mientras inclinaba su cuerpo hacia adelante apoyando las manos sobre sus rodillas. ¿Había sido aquello una mala idea? ¿Estaba arriesgando su vida y, peor, estaba poniendo en riesgo la seguridad de la espada sagrada del reinado para una venganza que no llevaba a ningún término?

“¡Graglia!” Gelegen la agarró fuertemente del brazo, despertándola de su trance. “¿Se puede saber qué te ocurre?”

“Esto ha sido un error.”

Gelegen frunció el ceño. “¿De verdad esperabas dar con el Mechuario en la primera ciudad por la que pasáramos? Tranquilízate, es obvio que para partir hacia la isla de Mechua tienen que atravesar varias ciudades, pero eso no quiere decir que vayan a realizar una escabechina por cada lugar por el que pasen.”

“No es cierto, Igüenza me dijo que clamarían a viva voz su hazaña y no es el caso. Ha sido una pérdida de tiempo.”

“¡No es verdad! El incidente entre el panadero y su mujer tiene sentido, como también el del bar, pero el del pescadero no. Un ataque a un comerciante a plena luz del día y sin razón aparente no tiene justificación alguna. Tal vez esa haya sido la forma en la que clamó su hazaña el Mechuario.”

Graglia suspiró. “El ímpetu te está cegando, Gelegen, no hay ninguna pista que seguir ahí, los Mechuanos claman con fervor sus despreciables actos contra el Aqua Deus y ya has oído a esos guardias...”

“Está bien, puede ser, pero esto es distinto, Graglia.” Se acercó hacia ella, cuchicheándole, “el Mechuario ha acabado con una princesa, si yo fuera él...”

“Suficiente, Gelegen.” Le cortó Graglia, molesta.

“Bueno, al menos servirá para que tomes buena nota y le comuniques a tu madre lo peligroso que es su querido reinado.” Dijo cruzándose de brazos y asintiendo. “Ven, tal vez beber algo te siente bien. Yo invito.”

Retrocedieron en sus pasos. Volviendo a una taberna por la que habían pasado en su búsqueda de las oficinas de la Guardia de la Ciudad. Era una propiedad de lo más extensa. Atravesaron un

arco de madera donde se indicaba en letra bien grande que aquello era una taberna, varias mesas se situaban al aire libre, cubiertas con largas pieles que ejercían de un techo provisional que protegía del mal tiempo. Graglia y Gelegen se adentraron al interior, había bastante gente, aunque lejos de estar abarrotada. De las paredes colgaban pieles lanudas grisáceas, aunque las cabezas de venados de grandes cuernos que colgaban en lo alto eran lo que más llamaba la atención, era una decoración que, al menos para Graglia, lucía de lo más siniestra.

“¿Qué te parece esta mesa?” Propuso Gelegen. Graglia indicó su aprobación sentándose en una de las anchas sillas. Mientras Gelegen fue a por las bebidas, Graglia se quedó pasmada observando las cabezas de venado situadas en la pared frente a su asiento, sus ojos negros inertes e infinitos eran un lugar donde posarse y perderse.

“Aquí tienes.” Gelegen le ofreció una de las rebosantes jarras que cargaba, “hidromiel, dicen que es de las mejores del reinado.” Después se inclinó hacia ella y añadió por lo bajo, “o, al menos, dentro de las opciones que nos podemos permitir los meros súbditos.”

Graglia pegó un fuerte trago, sintiendo un sabor mucho más amargo que el habitual suave y acaramelado hidromiel que servían en palacio. No estaba para conversaciones. Gelegen, por su parte, parecía ser capaz de comprender que su compañera de viaje necesitaba cierto momento de reflexión, por lo que no abrió tampoco la boca.

*Ni rastro del Mechuanos en Santigua... ¿Tiene sentido o es un mal augurio para nuestro viaje?* Ahora más calmada, recordó con mayor claridad las palabras de Igüenza, ésta le había indicado que era habitual que los Mechuanos realizaran el Canto de Hazaña en la primera ciudad por la que pasaran, pero que no era estrictamente necesario, se tranquilizó, concienciándose de que debía esperar un poco más para encontrar su venganza.

Sin pretenderlo, las conversaciones acaloradas de las mesas colindantes se abrieron paso hasta sus oídos. Cubrían asuntos increíblemente dispares, en una mesa cercana, un par de hombres, aparentemente pastores por sus chaquetas de lana y sus cayados apoyados a sus pies, se quejaban de que habían perdido varias ovejas a manos de los lobos y de que nadie parecía hacer nada por evitarlo; en otra mesa, se burlaban de un joven al que por lo visto le engañaba su mujer con su hermano; aunque fue una tercera conversación la que más llamó su atención, una en la que una mujer clamaba a viva voz la irresponsabilidad de la reina por cobrar tan numerosos impuestos. No eran tanto sus palabras, sino el desprecio que cargaban las mismas lo que la asaltó. Tuvo que girarse, anticipando que el resto de clientes de la taberna iban a reprenderla por hablar mal de su reina, sin embargo, ni mucho menos fue así, en todo caso, parecían apoyarla.

“Háblame de tu hermana.” Dijo Gelegen, agarrando su copa con ambas manos mientras le ofrecía una mirada de interés.

Graglia no necesitó preguntarle si se refería a Michia, siendo obvio que así era.

“¿Qué quieres saber?”

“Cualquier cosa, ¿cómo era?”

“Ella era bondadosa y gentil. Poco habladora y devota como ninguna otra, aunque muy inocente, hasta el punto de alejarse de la realidad. Siempre fue especial, ¿sabes? A pesar de ser tan buena con la espada y con el arte del Kayta siempre me ha ofrecido ternura... Un sentimiento que me instaba a desear protegerla.”

“¿Tenía algún enemigo en palacio? No sé, alguien a quien hablara o tratara mal, por ejemplo.”

Graglia frunció el ceño, “¿se puede saber a qué viene eso?” Dijo molesta, comprendiendo la implicación de sus preguntas.

“Solo pretendo abarcar otras posibilidades. Seguro que el Mechuanos habrá realizado su Canto de Hazaña en Vaena, pero solo estoy sopesando otras alternativas en caso de que no sea así.”

“Pues para tu información, no.” Replicó Graglia, algo indignada. “Mi hermana no tuvo ningún problema con nadie, mucho menos enemigos. Era generosa con los sirvientes hasta el punto de pedirles por favor que no le sirvieran, ella consideraba que no estaba por encima de nadie.”

“Comprendo.” Gelegen después pegó un largo trago, perdiendo su vista en el tejado.

Era obvio que Gelegen quería zanjar el tema, aparentemente consciente de que tales preguntas la habían indignado. Sin embargo, Graglia estaba ahora demasiado molesta ante aquella insinuación como para dejarlo estar tan pronto.

“Que alguien odiara a mi hermana... ¡bah!” dijo negando con la cabeza, “¿qué clase de disparate es ese? Nadie en su sano juicio nos odiaría a ninguna de nosotras.”

“Oh, no sabes lo equivocada que estás.”

Graglia bufó, “menuda bobada.” Acabó diciendo, luego bebió un trago de su hidromiel. Tenía clarísimo que Gelegen solo se estaba metiendo con ella, era imposible que nadie tuviera una mala impresión suya o de sus hermanas, al fin y al cabo, no las conocían en absoluto, ni ellas tenían nada que ver con los asuntos del reinado.

“¿De verdad lo crees?” Respondió Gelegen, frunciendo el ceño. “¿Estás plenamente segura de que nadie es capaz de odiar a las princesas?”

“Pues claro.”

“¿Me permites demostrarte lo equivocada que estás?”

“Adelante.”

Gelegen asintió.

*¡Bam!*

Sonó, a consecuencia del duro golpetazo que Gelegen había realizado con la base de su cerveza en la mesa. Un ruido que fue suficiente para captar la atención de los clientes de las mesas cercanas.

“¡Una moneda de oro!” Dijo poniéndose de pie y levantando agitadamente su dedo índice. Su rostro se mostraba completamente indignado, girándose de un lado a otro para que toda la taberna le prestara atención. “Eso es lo que me pagaron esos soldados de palacio por llevarse todas mis telas, ¿y por qué? Porque esas princesitas por lo visto no consideraban sus centenares de vestidos suficientes, ¿es que acaso los queman tras usarlos? ¡Es como si no les importara lo más mínimo lo mucho que trabajamos en el taller para confeccionarlas!”

Graglia estaba sorprendida por la actuación de su compañero, resultando de lo más convincente. Tan realista que algo le decía que tal grado de realismo se debía en gran parte a que aquella no era una actuación del todo fingida, sino que no estaba más que enmascarando sus propias creencias.

“¡Bien dicho, amigo!” Le apoyó un barbudo hombre al que le faltaba un ojo. “A mi hermano le arrebataron todo el ganado, ¡seguro que esas princesas estarán bien rechonchas gracias a la leche y la carne de las vacas de mi hermano! ¿Y qué se llevó él? ¡Ni las gracias!”

“A esas señoritas de poca monta las ponía yo a fregar el suelo durante una semana.” Añadió la dueña del local, introduciendo la fregona en el cubo para continuar limpiando un vómito del suelo, “oh, miradme, se me ha roto una uña, ¿qué será de mí, oh, Aqua Deus? ¿Podéis mandar a cincuenta sirvientes a asistirme en mi traumático incidente?”

A aquellas burlas le siguieron otras tantas semejantes. Gelegen le ofreció una mirada de victoria mientras se sentaba, pegando un merecido trago de su hidromiel.

“En cuanto te termines tu bebida pondremos rumbo hacia Vaena.” Propuso Gelegen.

Graglia no le hizo el menor caso, en su lugar, continuaba atenta a aquellos maliciosos comentarios. No podía dejar de escucharlos, era como si se hubiera vuelto adicta a ellos, como si

su mente necesitara saber de toda aquella maldad.

Poco a poco, a las acaloradas quejas sobre palacio le siguieron otros asuntos que pasaron por las cosechas, para luego centrarse en una enfermedad que estaba asolando poblados del sur. Sin embargo, uno de aquellos borrachos parecía que todavía tenía que decir algo respecto a las princesas Dajalam.

“Y una de esas princesitas murió el otro día,” dijo, tras lo cual hizo una pausa debido al hipo, “si hubiera sido yo, no hubiera hecho el menor homenaje a esa vaga que no ha hecho más que sentar su trasero en los blandos cojines de palacio.” Lo siguiente que hizo el borracho fue un gesto obsceno, muy obsceno.

Gelegen se puso blanco, mirando a Graglia. Ésta ya había desenvainado a Crystaline. Su filo descendió, justo donde se encontraba apoyaba la mano de aquel malnacido. El hombre la observó con terror, contemplando cómo la hoja de aquella espada se situaba anclada en la madera, rozando sus uñas.

“Otro comentario fuera de lugar sobre la familia Dajalam y no fallaré.” Le advirtió, su rostro tan amenazante que ni siquiera parpadeó. “Disculpaos ahora mismo.”

“Pero ¿quién os creéis que sois, estúpida mocosa?” Respondió el borracho, mirándola con indignación tras sus mejillas coloradas.

“Graglen, será mejor que nos vayamos de aquí.” Le apremió Gelegen, poniéndose de pie.

Toda la taberna había quedado en silencio, contemplando la escena.

“¿Por qué osáis perturbar la paz de mi establecimiento?” Exigió saber la dueña de la taberna, ésta había sustituido su fregona por un hacha que blandía a dos manos. La anaranjada hoja de aquella arma era descomunal, ideal para cercenar cabezas de un solo golpe. “Los dos, largo de aquí. Ahora.”

Graglia envainó su arma, con ojos llorosos. Desapareciendo por la puerta a paso raudo, su vista clavada en el suelo. Finalmente, se sentó en el suelo, apoyando su espalda en las paredes de piedra de una herrería.

“Lo siento, no se me ocurrió que fueran a decir algo de Michia.” Se disculpó Gelegen, sentándose a su lado. “Si lo hubiera sabido no hubiera provocado tales comentarios.”

“Es... como si nos odiaran.” Dijo sin poder creerlo.

“Os odian.” En su tono no se apreciaba divertimento alguno esta vez, “pero no creo que sea nada personal. Vosotras nacéis teniendo de todo, simplemente con alzar la mano tendríais cualquier capricho a vuestra disposición, es entendible que gente que puede morir de hambre envidie eso, ¿no crees?”

“Supongo.”

Gelegen se puso de pie, “¿de verdad hubieras atravesado a aquel hombre si no llega a disculparse?” Preguntó divertido, luego extendió la mano para que ella también se levantara.

“Ya lo creo que sí. Con mis hermanas no se mete nadie.” Respondió con mejor humor, luego aceptando la mano de Gelegen para ponerse también de pie.

De repente, ambos se giraron, contemplando cómo varios soldados aparecían, liderados por la vidente que había tratado de maldecirlos no hacía mucho. Graglia abrió los ojos, reconociendo la armadura morada de los soldados.

*Soldados de la Guardia del Templo, aquellos destinados a proteger el honor y la fe al Aqua Deus.*

“¡Esa joven!” Gritó la vidente, señalando en su dirección. “Lanzaba maldiciones en un idioma extraño, ¡es una bruja! ¡Alguien alejada del camino recto estipulado por la Iglesia del Agua!”

Ante aquella acusación de herejía, los soldados de la Guardia del Templo comenzaron a correr

hacia ellos. Sus rostros se mostraban completamente serios, no existía otro semblante para aquellos designados con la misión de velar por el respeto al Aqua Deus en el reinado.

“¡Alto en el nombre de la Iglesia!” Indicó el que iba al frente de ellos.

Graglia dio un paso al frente, estaba convencida de que podría explicarles el malentendido. La Guardia del Templo seguro entendería que era esa mujer la que trataba de lanzar maldiciones y que ella solo había recitado una frase en Flumio para contrarrestar sus malas artes.

“¿Se puede saber qué estás haciendo? ¡Corre!” Le indicó Gelegen.

“Pero... seguro que puedo convencerles...”

“¡Vamos, sígueme!”

Gelegen comenzó a correr, Graglia le imitó. Para ella era una terrible decisión, estaban huyendo, habían hecho caso omiso de un alto por parte de la Guardia, un acto en sí que ya les convertía en culpables. Caminaron por una calle estrecha, por poco tirando a una joven que cargaba una caja con manzanas. Graglia se giró, los soldados corrían con inesperada velocidad.

“¡Por aquí!” indicó Gelegen, girando por un callejón.

Corrieron por éste, luego giraron por uno todavía más estrecho, sorteando varias cajas de madera que se apelotonaban allí descuidadamente. Simplemente para descubrir que éste no tenía salida.

“¡Maldita sea hemos de retroceder!” Dijo Gelegen, mirando de un lado a otro.

*Si damos marcha atrás los soldados nos capturarán*, se percató Graglia, solo había una alternativa. Desenvainó a Crystalline.

“Gelegen, ponte a mí lado.”

Gelegen frunció el ceño, “no estarás pensando en enfrentarse a todos esos soldados, ¿verdad?” dijo, sin embargo, acabó haciéndole caso.

“Crystalline, concédeme tus poderes.”

Su rostro cambió. Del filo de la espada sagrada emanó agua, su punta señalaba hacia el suelo.

Los pasos de los soldados eran ahora mucho más notorios. Aparecerían en el callejón en cualquier momento.

“¡Salta!”

El torrente emergió bajo sus pies, propulsándolos hacia el cielo. Gelegen pudo agarrarse a un saliente del techo del edificio, pero ella se resbaló, por suerte Gelegen la tomó del antebrazo en un último instante, luego ayudándola a subir. Se quedaron sentados sobre aquellas tejas. Gelegen miraba hacia abajo con sigilo, tratando de comprobar si los guardias se marchaban. Graglia, por su parte, se encontraba sentada sobre el tejado, con el ceño fruncido mientras observaba el resto de tejados alrededor.

“¡Grandísima actuación, Graglia!” Celebró Gelegen, visiblemente en frenesí a consecuencia de haberles dado esquinazo a aquellos soldados, “nos esconderemos aquí y esperaremos a que los guardias se marchen.”

Graglia asintió. Era hora de ponerse rumbo hacia Vaena, sus esperanzas de dar con el Mechano algo más leves que hasta ahora.

## 12. Paso

Recorrían en silencio el pedregoso camino, la luz verdosa de la esmeralda que portaba Gelegen era lo único que les permitía no vagar en la más absoluta oscuridad. Al sonido del crujir de las piedras bajo sus botas se le unían los perturbadores ruidos de la noche, especialmente insistente era el siniestro ulular de un búho, que parecía acecharles desde su escondrijo en los frondosos árboles.

El recorrido hasta la ciudad de Vaena iba a ser arduamente largo, hacía ya horas que se habían alejado de la ciudad de Santigua. No se habían cruzado con ningún alma en su avance, tenía sentido, nadie en su sano juicio recorrería aquella ruta durante la noche, a merced de asaltantes y peligrosas criaturas nocturnas de toda índole. Gelegen así lo había señalado, sin embargo, había cedido ante la insistencia de Graglia. Debían llegar a Vaena cuanto antes y descubrir si el asesino de Michia había realizado su Canto de Hazaña allí.

“Dime, ¿qué tan diferente es la señora Legan Dajalam como madre respecto a reina?” Preguntó Gelegen, en lo que parecía un intento por acallar los molestos ruidos de la noche con cualquier conversación.

“Mi madre es una persona insufrible, incapaz de gobernar con la más mínima sabiduría, por no hablar de que reina de manera cobarde. ¿Por qué te suscita mi madre tanto interés?”

“Bueno, ya sabes, tu madre es la reina después de todo, se cuentan tantas cosas sobre ella entre la plebe que no sabes cuáles son verdad y que no.”

“Ah, ¿sí? ¿Cómo cuáles?”

“Dicen que su mirada es tan gélida que puede convertirte en hielo si así lo desea.”

“Totalmente cierto.” Bromeó Graglia.

“También que es una mujer despiadada que ordena lanzar por la cascada Finistia a aquellos sirvientes que no complacen sus deseos.”

“No te crees esas cosas, ¿verdad? Pareces lo suficientemente inteligente como para darte cuenta de que eso son barbaridades, exageraciones o una mezcla de ambas.”

“Puede ser, pero son tremendamente divertidas.”

“¿Alvia no te ha hablado de nuestra madre?”

“No, y no será porque no le he insistido, pero no me quiso contar nada. Simplemente se refiere a la reina como una bruja amargada que no merece malgastar ni saliva en mentarla.” Le reveló Gelegen, notablemente alegre al citar tales palabras. Entonces alzó el dedo índice, como si recordara algo más. “También se dice que...”

“Suficiente, Gelegen.”

Tras aquel arrebato de diversión se sintió abrumada por una reflexión que no podía evitar pensar sería inequívoca.

“¿Significa eso que dirán toda clase de barbaridades sobre mí cuando reine?”

“Me temo que sí. Incluso siendo la mejor reina supongo que no tienes escapatoria.”

Era evidente que simplemente estaba tratando de meterse con ella. No obstante, eso no quitaba que estuviera segura de que sus jocosas palabras no distaban mucho de una realidad futura.

“¿Cómo reaccionó tu madre tras la muerte de Michia?”

“Al principio se mostró impasible, como si le diera lo mismo haber perdido a una de sus hijas, solo hubo un momento, durante el adiós a mi hermana en la ermita de Gaztal, que sí me pareció exhibía cierto enojo, ¿por qué lo dices?”

“Oh, por nada, supongo que es una respuesta natural, es entendible que, como reina, se vea contrariada entre la necesidad de mostrarse serena ante cualquier hecho y la impotencia de haber perdido a una de sus hijas.”

Graglia alzó una ceja. Las palabras de Gelegen tenían sentido, pero había algo, una mirada huidiza por parte de su compañero de viaje, que le decía que esos no eran sus verdaderos pensamientos.

Tras negar con la cabeza, esgrimió una sonrisilla. “Por cierto, mi madre no se llama Legan, sino Dorothier.”

“¿Qué? ¿La reina no se llama Legan?”

Graglia sintió una profunda satisfacción para sus adentros, más que agradecida de poder ofrecerle una explicación, una que precisamente definía perfectamente la incompetencia de su madre.

“Es un error muy común. *Legan* es una palabra en Flumio, su traducción vendría ser algo así como *Legado*. Es una especie de título.” Sus palabras fueron acompañadas por el aleteo de un ave a su alrededor, uno que provocó que ambos se giraran de golpe ante la posibilidad de cualquier amenaza.

“¿Y por qué iba a ser *legado* un título?” Preguntó Gelegen, una vez vieron que no había peligro alguno.

“Mi abuela era conocida como la *Gran Legan*, implicando así que ésta dejó un gran legado a su paso por la corona. Mi madre, en cambio, no está ofreciendo un gobierno a la altura de su antecesora, razón por la cual se la llama simplemente Legan, es decir, *la que dejó un legado*.”

“Oh, así que es una especie de burla. Una de la que pareces más que satisfecha.”

“En efecto. Mi madre es una incompetente, carece de muchas virtudes para el buen y justo gobierno de un reinado, por ello no merece ser comparada con mi abuela. Ni siquiera puedo llegar a concebir cómo mi madre pudo ser escogida por la espada sagrada...”

“Ah, ¿sí? ¿Y por qué crees que la espada sagrada te escogió a ti? ¿Crees que lo mereces?” Sus preguntas vinieron acompañadas de una sonrisa traviesa que revelaba que Gelegen realmente buscaba más meterse con ella que cuestionar la elección de la espada.

“No sé por qué me eligió, ni sé si lo merezco.” Respondió honestamente, “pero sé que haré que el Aqua Deus esté orgulloso de su decisión.” Añadió con determinación. “¿Qué hay de ti, Gelegen? ¿Qué pretendes hacer con tu vida?”

“Lo tengo clarísimo. Me haré soldado del reinado, pero no uno cualquiera. Existe una academia en la cual se forma a soldados en el área de investigación. Su trabajo es resolver misterios recurriendo a la astucia, ¿no te parece increíble que exista un oficio semejante? Es complicado acceder, pero confío en que aceptarán mi solicitud.”

Graglia sonrió, sin duda la gran capacidad de observación de Gelegen sería de buen uso en una labor de tal índole, no tenía la menor duda de que resolvería muchos crímenes perpetrados en el Aquadom gracias a su astucia. Entonces se le ocurrió una idea.

“Sabes, seguro que podría ayudarte a acceder a esa academia, solo tienes que pedirlo y me aseguraré de que te admitan.”

“¡Ni se te ocurra!” Dijo deteniéndose, “ni pensarlo, Graglia, esto es algo que debo conseguir yo solo. Sé que lo haces con la mejor intención, pero no puedes ayudarme, si accedo a esa academia de investigación será por méritos propios. Lo mismo le dije a mi padre.”

“¿A tu padre?”

“Olvídalo.” Después continuó en su avance, echando la vista hacia el cielo, “dime Graglia, ¿es el cielo más azul o más negro ahora que estás fuera de palacio?”

Graglia entendió el simbolismo de su pregunta, como también se percató de que con ésta Gelegen pretendía cambiar de tema y así no hablar de su padre. Sin embargo, igualmente miró hacia el cielo. Unas nubes grises y espesas bloqueaban prácticamente la totalidad de la luna, impidiéndole así cumplir en su labor de iluminar el camino. Lo cierto era que la búsqueda del Mechuanos le estaba resultando provechosa, descubrir cómo era el reinado realmente, lo que pensaba su gente y cómo actuaban cuando no se hallaban frente a alguien de la realeza era una experiencia que jamás hubiera vivido de no haber escapado de palacio en busca del asesino de Michia.

“Sabes, todavía no te he dado las gracias por ayudarme. Aceptaste acompañarme sin pedir nada a cambio.” Acabó diciendo.

“No se merecen.”

Después Gelegen pegó un golpetazo a la esmeralda para que brillara con mayor intensidad y así continuara iluminando el camino.

“Lampen nos advirtió que no usáramos la esmeralda en lugares abiertos, las piedras tienen mucho valor al ser tan raras.” Le recordó Graglia.

“Tonterías, incluso ese soldado listillo estaría de acuerdo en que es mejor arriesgarse si a cambio podemos ver por dónde pisamos. Imagínate que tropiezas con una piedra medio enterrada, caes de cabeza y te partes los dientes, ¿te gustaría que te conocieran como *La Reina Mellada*?”

Aquel argumento la convenció. Se limitó a no decir nada, llevándose el dedo índice a los dientes frontales al imaginar tal destino para su dentadura. Le gustaban sus dientes, eran pequeños, estaban rectos y, más importante si cabía, se encontraban debidamente posicionados en su boca y no sobre una roca como consecuencia de una caída.

“Oh, ¿acaso eso no son?” Dijo Gelegen, levantando el brazo con el que sostenía la esmeralda. La luz verdosa iluminó las ramas de un árbol cercano, desvelándose así que era un manzano, Gelegen se acercó y arrancó varios de sus frutos, “aquí tienes, tu cena. ¿A que ahora no ves tan mal el que haya usado la esmeralda?”

Tanteó la manzana en sus manos, sentía la tersa piel de la fruta algo empapada por el rocío. Se la llevó a la boca y la mordió, tras el sonoro *crunch*, su boca fue invadida por un sabor de lo más dulce, la comió con gusto, a pesar de que la manzana ofrecía en su paladar un toque algo más granuloso de lo que le hubiera gustado.

“¿Cómo llamarás a tus hijas?” Preguntó Gelegen de súbito.

Graglia comenzó a toser, atragantada con un trozo de manzana ante lo inesperado de la pregunta.

“¿Qué... quieres... decir?” respondió entre tosidos.

“Graglia, Alvia, Michia... ya sabes, ¿has pensado cómo llamarás a tus hijas cuando seas reina?”

“No he pensado en ningún nombre todavía, pero sí tengo decidida la terminación que utilizaran todas ellas: *enne*. Significa tanto *lluvia* como *gracia* en Flumio.”

“Muy bonito. Oh, ¿qué tal si llamas a alguna Gelegenne? Sería todo un honor.” Propuso divertido, luego dio un sonoro bocado a su manzana.

“Suele ser más común honrar a gente que ya no está con nosotros.”

“Ah, entiendo. Bueno, si muero durante esta misión, al menos dime que pondrás a una de tus hijas Gelegenne. ¡Ouch!” Emitió un instante después, consecuencia de una colleja por parte de Graglia, “¿se puede saber a qué ha venido eso?”

“Tu madre me dio permiso para pegarte si empezabas a decir tonterías.”

Gelegen se detuvo, “espera un momento, ¿y si tienes un hijo? ¿También terminaría así su nombre, es decir, en *enne*?”

“Eso no es posible.”

“¿El qué no es posible? ¿No tienes hermanos? ¿Es que la familia Dajalam solo puede tener vástagos féminas por alguna extraña razón?”

“No es así.” Se limitó a decir. Aquella información era un asunto de palacio, uno del que sabía no debía ir promulgando por ahí dada la delicadeza del asunto.

Gelegen realizó una mueca, mostrando que esperaba algún tipo de explicación.

“Está bien, te lo diré, pero debes tener en cuenta que es información muy delicada. En efecto, mi madre, al igual que sus predecesoras, también pueden tener hijos varones. No obstante, por alguna razón, ellos no nacen con la posibilidad de despertar los poderes de la espada sagrada. En consecuencia, conforme nacen, son entregados a la Congregación de la Iglesia, donde son cuidados y entrenados para servir por siempre a nuestra iglesia y al Aqua Deus. Son conocidos como los Hijos de la Iglesia.”

Gelegen la miró en shock, “eso quiere decir que puedes tener varios hermanos de los que ni siquiera conoces su existencia.”

“Así es.”

“Eso es increíblemente triste.” Acabó diciendo, visiblemente contrariado.

“Lo es.” Concordó Graglia, pegando un bocado a su manzana. “Recuerdo el día en que me enteré de que tal era el destino de mis hermanos, ni siquiera Igüenza fue capaz de consolarme durante días.”

“¿Le harás eso a tus hijos? ¿Les condenarás a una vida de servidumbre que no han podido elegir?” Esta vez su pregunta no parecía ser fruto de la mera curiosidad, sino que estaba cargada de molestia e indignación.

“No sé si es algo que yo pueda decidir.” Se limitó a responder con escasa seguridad. Lo cierto era que se trataba de un asunto del que no había reflexionado al respecto, era algo que había dado por hecho.

“¿Por supuesto que puedes decidirlo! Tal vez no ahora, pero, cuando seas reina, podrás cambiar las cosas a tu antojo. Es cierto lo que dice Alvia, ¿no sabéis quién es vuestro padre?”

“Así es,” le confirmó. “Nacemos sin saber quién es nuestro padre. Es algo que no es posible sernos revelado, nosotras somos solo hijas del Aqua Deus.”

“¿Y no te es algo raro? Saber que tu padre está por ahí en algún lado, tal vez sea alguien con quien te cruces cada día.”

“A veces es extraño, sí. Aunque, tras tantos años, supongo que ya estoy acostumbrada.”

“Tengo que decirte algo, Graglia: Yo soy tu padre.” Graglia respondió a aquella estúpida broma con una mirada que evidenciaba su sandez. “Lo siento, sonaba más divertido en mi cabeza.”

“¿Y qué hay de tu padre?” Se aventuró a preguntar Graglia, “¿vive lejos?”

Gelegen se detuvo, ofreciéndole una mirada repleta de ira.

“Yo no tengo padre.” Sentenció, lanzando su manzana a lo lejos con indignación.

Graglia frunció el ceño, “¿eso qué quiere decir exactamente?”

“No quiero hablar de ello.”

“Oh, vamos, eso es completamente injusto.” Le reprochó Graglia, deteniéndose también en su paso. “No puedes ser tan entrometido y querer saber todos los entramados de mi familia y luego no estar dispuesto a contarme nada acerca de la tuya.”

Gelegen fue a responderle con una negativa, no obstante, cesó en su empeño ante la

determinada mirada de Graglia.

“No es justo.” Insistió Graglia, poniendo énfasis en cada palabra mientras se cruzaba de brazos.

Gelegen acabó resoplando, pareciendo encontrar cierto sentido a su reproche.

“Mi padre, además de ser un completo bastardo, es un soldado de la guardia.”

“¿En serio? ¿de cuál?”

“Es capitán en la Guardia de la Ciudad.”

Graglia asintió. Había percibido en la mirada de Gelegen no solo rencor, sino también un atisbo de orgullo. La Guardia de la Ciudad era la responsable de velar por la seguridad y el orden en los poblados del Aquadom, considerada la de menor rango de las tres guardias dedicadas a proteger el reinado. Aun así, capitán de la Guardia de la Ciudad era un puesto de renombre, era entendible que, aunque por alguna razón le detestara, en el fondo también tuviera cierto respeto hacia su progenitor.

“¿Y por qué le odias tanto?”

“¡Porque es lo que se merece! Se va de casa y no vuelve salvo en contadas ocasiones, dice que está ocupado, que sus deberes para con el reinado le impiden pasarse por casa, ¡pero es injusto! Y lo peor de todo es que mi madre se lo permite, ¡realmente piensa que está bien que no esté con nosotros si a cambio hace del Reinado del Agua un lugar mejor!”

“¿No crees que su labor ayude al reinado a ser un lugar más seguro en el que vivir?”

“¡Este reinado es un estercolero! La gente muere de hambre, otros mueren a manos de gente con poder sin que sea siquiera opción reclamar justicia... y él no puede cambiarlo todo, pero tú sí. Promételo, Graglia, promete que, cuando este reinado esté bajo tu mando, las cosas cambiarán, promete que el Reinado del Agua será realmente un lugar del que uno esté orgulloso de formar parte.”

“Yo...” Se sintió apabullada ante tan ambiciosa petición, por supuesto que quería hacer del Aquadom un lugar mejor. No obstante, por muy vil e inútil que fuera su madre, también creía que incluso ella buscaba lo mejor para el reinado, lo mismo que sus antepasados. Y, a pesar de sus esfuerzos, parecía que no habían logrado que el Reinado del Agua fuera regido por la paz y la concordia entre su gente.

Graglia no tuvo que responder, pues justo en ese momento escucharon un ruido no muy lejos de su posición, uno que anticipaba que no estaban solos.

“¿Hola? ¿Hay alguien?” Gelegen acompañó sus palabras golpeando fuertemente la esmeralda para así disponer de mayor luz, luego extendió el brazo con el que la sostenía, moviéndolo de un lado al otro para tratar de detectar de dónde provenía aquel ruido.

*¡Bam!*

De la nada apareció una sombra oscura que embistió a Gelegen con tal dureza que cayó contundentemente al suelo.

“¡Gelegen!” Gritó Graglia, desenvainando a Crystaline.

Una sonrisa torcida iluminada por la luz verdosa de quien ahora sostenía la piedra se abrió paso en la oscuridad de la noche. Era una mujer de pelo recogido en incontables trenzas, unas botas que le llegaban casi hasta las rodillas y un hacha ligera que parecía estar más que dispuesta a usar. Sin embargo, no fue esa figura la que la dejó sin habla, sino una que se abrió paso entre las sombras un instante después. Era un ser de aspecto titánico y cuyas pisadas eran tan pesadas como si se tratara de un oso. Justo en aquel momento, las nubes se apartaron del camino de la brillante luna. Los ojos de Graglia se abrieron como platos, se trataba de otra joven... la cual iba montada a espaldas de un gigantesco y repugnante troll. El aspecto de aquella criatura era

horripilante, era casi el doble de alto que un hombre corriente, sus espaldas y hombros eran sustancialmente más anchos. Lo más llamativo eran sus brazos desproporcionadamente largos y delgados, aunque muy musculados, un aspecto que rivalizaba en captar la atención con aquel aberrante rostro de nariz bulbosa, irregulares dientes puntiagudos que sobresalían de su inmensa boca y unos ojos pequeños con una mirada que solo parecía conocer la violencia.

Graglia jamás había visto uno de aquellos seres hasta ahora, solo había leído sobre ellos. Eran estúpidos, aunque lo suficientemente fuertes y violentos como para acabar con un hombre fácilmente. Se giró hacia Gelegen, la luz de la luna le permitió discernir que se hallaba inmóvil en el suelo, sin moverse, sin realizar el más mínimo ruido, aunque éste fuera un quejido por el acuciante dolor fruto de la embestida del troll.

*Por favor, que solo esté inconsciente,* se dijo a sí misma.

No debía realizar ningún paso en falso. Aquella grotesca criatura la observaba con detenimiento, parecía actuar por puro impulso, cualquier movimiento que Graglia realizara por ligero que fuera sería respondido de manera violentamente instintiva por el troll.

“Llevaos la esmeralda y marchaos de aquí.” Les concedió Graglia, sin bajar su arma.

“Una jovencita de lo más inteligente.” Dijo con burla la que había cogido la esmeralda, haciendo a ésta saltar en la palma de su mano.

“Ya tenemos nuestro botín, vámonos, hermana.” Añadió la joven subida al troll.

Graglia suspiró de alivio. Se marchaban, iban a dejarles en paz. Quería que se fueran cuanto antes, que se alejaran para asistir a Gelegen y asegurarse de que estaba bien. Les habían robado la esmeralda, toda una pérdida sin duda, pero el tener que pedirle disculpas a Lampen por perderla era un sacrificio que estaba más que dispuesta a hacer con tal de que aquellas indeseables les dejaran en paz y pudiera correr a comprobar que Gelegen estaba bien.

El troll dio la vuelta, la asaltante que iba a pie igualmente se giró, ambas dispuestas a marcharse.

“Aunque, pensándolo mejor,” acabó diciendo la que iba a pie, volviéndose de nuevo. “¿Por qué no nos entregáis vuestra espada también? Esta hacha está mellada.”

*Maldición...*

“Esta espada no os serviría,” se inventó, “el acero es de penosa calidad, su pomo pesa demasiado y provoca que esté desequilibrada. Es un absoluto desastre.”

“Si es tan mala espada, no os importará dárnosla, ¿verdad?” Propuso la del troll, esgrimiendo una risa malvada.

Apretó la mandíbula. Su plan para resolver aquel asunto por las buenas había fallado. No tenía alternativa.

“Os lo advierto. No queréis enfrentaros a mí. Marchaos con la esmeralda y vivid para contarlo.”

Las dos asaltantes se miraron entre ellas un instante antes de estallar en carcajadas.

“Te apuesto dos monedas de oro a que acabo yo con ella con mi hacha.”

“¡Trato hecho! Va a ser de lo más divertido matarla. ¡A por ella!” Indicó la del troll, instando con el talón de su bota a su bestia a cargar.

El troll rugió, luego golpeó el suelo violentamente con sendos puños, iniciando su feroz carga. Graglia se mantuvo inmóvil en su posición, apretando las manos alrededor de la empuñadura de Crystalline. Presenciaba el avance de la vasta criatura, estaba cargando contra ella con tanta potencia que no tuvo más remedio que rodar por el suelo para evitar ser arrollada. Un instante después, bloqueó un ataque del hacha de la otra oponente estando todavía en el suelo, aquellas bastardas ni siquiera iban a darle el respiro de levantarse. Se puso de pie como pudo, luego

realizó una estocada, una que su rival bloqueó con su hacha con suma facilidad.

*No recurras a los poderes de Crystaline*, se repetía a sí misma, haciendo caso omiso a sus instintos de supervivencia. Era una cuestión de lógica, de piedad incluso, únicamente pretendía defenderse de aquellas asaltantes, tratar de salir del paso y lograr que huyeran. Si invocaba los poderes de espada y permitía que ésta controlara su mente sabía que solo habría un único destino para sus atacantes: muerte.

El troll rugió, Graglia se giró, en el momento exacto en el que aquella gigantesca mano con dedos huesudos y toscas uñas grises de lo más irregulares iban directos a apresarla. Instintivamente se apartó, lo justo para evitar que el golpe le arrancara la cabeza de cuajo, sin embargo, no pudo apartarse lo suficiente, sintiendo el fuerte golpetazo en el hombro derecho.

Cayó duramente al suelo. Esgrimió una mueca de dolor, levantándose como pudo mientras sentía un fuerte pinchazo en su hombro, aquel golpe por poco se lo había dislocado. Sus oponentes no solo la superaban en número, también eran lo suficientemente diestras en combate como para no ponérselo fácil. Y encima estaba el molesto troll. Echó un vistazo rápido hacia Gelegen, no se movía en absoluto, estaba todavía inconsciente, o al menos eso quería creer.

Bloqueó los siguientes golpes del hacha recurriendo a gráciles movimientos con su espada, pero lo hacía con menor eficiencia, su rostro dibujaba una mueca de dolor fruto del esfuerzo al que estaba sometiendo a su dolorido hombro. Escabullirse de los brutales embistes del troll tampoco le estaba siendo tarea sencilla, la única razón por la que aquella bestia se lo ponía más fácil era porque la jinete parecía poner especial cuidado en que sus ataques no se llevaran por delante a quien había desvelado era su hermana.

*No uses a Crystaline*, se recordó una vez más.

Graglia emitió un sonido ahogado. Sintiendo un objeto punzante atravesar su cuerpo. Bajó la vista, observando con pasmo como tenía clavado un cuchillo justo debajo de su pecho. Un dedo, era la distancia justa que había faltado para que aquel ataque arrojadizo no la hubiera impactado de lleno en el corazón. Mientras sentía cómo la sangre se abría paso por su cuerpo, llegó a una conclusión.

*No tengo elección.*

Acercó la hoja de la espada a su boca antes de que fuera demasiado tarde. “Crystaline, concédeme tus poderes.” Promulgó, en lo que parecía un susurro.

Su rostro cambió, en su mirada ahora solo se atisbaba una fría y rotunda condescendencia. De la hoja de su espada comenzaron a emanar gotas de agua, recorrían el acero hasta caer al suelo. Se arrancó entonces el cuchillo arrojadizo de su pecho, tirándolo al suelo mientras acercaba la punta de su espada a la profunda herida. Las gotas bañaron el corte, en un instante cerrándolo por completo.

“Vamos, Oray, ¡acaba con ella!” Ordenó su jinete, azuzando el arnés de su bestia.

El troll rugió hacia Graglia, ésta no realizó el menor gesto, simplemente le aguantó la mirada con la más absoluta indiferencia. Su pose de duelo provocó que el troll no se moviera de su sitio, era como si la situación le fuera extraña, un ser que seguro estaba acostumbrado a percibir el miedo en los ojos de sus víctimas antes de acabar con ellas. Sin embargo, las pupilas de Graglia estaban en su lugar faltas de emoción, parecían instarle a que atacara.

“¿Se puede saber qué te pasa, Oray?” Exigió saber la jinete, pegando un duro golpetazo en la peluda sien del troll.

Pero el troll seguía sin moverse, sus ojos todavía fijos en Graglia. La bestia parecía tratar de detectar miedo en sus pupilas de una vez por todas, de dar con el más mínimo reflejo de temor en aquel mar calmado en el que se habían convertido los ojos de Graglia a consecuencia de estar

dominada por el poder de Crystalline. Aquel duelo de miradas estaba siendo aprovechado por la otra asaltante, quién corría subrepticamente por un lateral en silencio, pretendiendo no ser detectada para asestar el golpe de muerte con su hacha. Graglia no necesitó girarse para saber que la asaltante estaba ya muy cerca de ella, que en breve estaría a suficiente distancia como para realizar un ataque con su hacha y atravesarla mortalmente. A pesar de ello, su única acción fue un ligero movimiento con su espada, su hoja empapada aun señalando hacia el suelo, pero ahora haciéndolo hacia su flanco, justo en la dirección en la que estaba a escasos instantes de ser atacada. Graglia esperó, sin moverse un ápice, calculando el momento exacto, simplemente dejando caer una de las gotas que emanaban de Crystalline en el lugar preciso.

Su oponente cargó contra ella, hacha en alto, lista para acabar con su vida. Estaba a corta distancia, en breve no tendría más que hacer uso de su hacha y propinar un golpe mortal, a pesar de ello, Graglia no realizó ni siquiera el amago de alzar su arma para defenderse.

*¡Boom!*

Un torrente de agua emanó justo bajo los pies de su atacante. Salió propulsada hacia arriba, capturada por aquella potente e inesperada corriente de agua apareciendo de la mismísima tierra. Ésta esgrimió un grito de terror, soltando el hacha mientras su cuerpo seguía ascendiendo sin el menor control. Un instante después, un segundo torrente emergió de la tierra, uno sobre el que Graglia subió tras pegar un salto, igualmente saliendo disparada hacia arriba, solo que su movimiento era perfectamente controlado. La princesa alzó a Crystalline con ambas manos, su oponente esgrimió un grito de terror, situando instintivamente sus manos sobre su rostro para protegerse.

“¡Piedad!” Rogó la asaltante.

Sin embargo, tales plegarias no afectaron a Graglia, su mente estaba controlada por la espada, no había lugar para la clemencia, tan solo para el juicio más lógico y racional. Su afilado filo atravesó a su rival.

Ambas cayeron al suelo. Graglia logró caer de pie, su oponente, en cambio, se dio de bruces contra el suelo, impregnando la tierra con la sangre de sus entrañas.

“¡Yukana!” Gritó con terror la jinete del troll, en su mirada no se percibía ahora el menor atisbo de dureza, simplemente contemplaba el cuerpo inerte de su hermana, como sin poder creer que ésta no fuera a levantarse. Tras aquel momento de duelo interno, la jinete miró con una furia desmesurada hacia Graglia, dispuesta a ofrecer la justa venganza a su hermana caída. “¡Oray, aplasta a esta maldita bastarda!” El troll rugió ante aquella orden, cargando con absoluta fiereza.

Graglia no se movió de su sitio, su rostro no realizó el menor gesto de preocupación mientras observaba como el troll avanzaba desbocado hacia ella. Esperó, contemplando como el troll alzaba una de sus largas manos para destrozarla. Esquivó su manotazo con un preciso movimiento de cabeza, después se apartó del segundo potente, aunque torpe ataque, con un rápido juego de pies. Se iba a asegurar de que no hubiera un tercer ataque, realizó una calculada estocada hacia arriba en el momento exacto, la punta de Crystalline atravesó el bíceps de la bestia. El troll profirió un agudo grito de dolor, el acero continuó desgarrando el músculo, provocando un profundo tajo que sangró en abundancia. Graglia intentó desplazarse, pero no pudo evitar que la sangre negruzca le cayera encima, con tan mala suerte que le cubrió en el rostro. Era una sensación horrible, el líquido era tremendamente viscoso y caliente, mucho más denso que la sangre humana. Durante un instante, todo se volvió negro. Se llevó una de sus manos para apartarse la asquerosa sustancia de los ojos, justo cuando logró obtener un ápice de visión, vio cómo la zarpa del brazo sano del troll se dirigía a por su cabeza. Se echó para atrás, pero no lo suficiente, sintió la fuerza del impacto en su vientre, tan contundente que la lanzó por

los aires con una fuerza desmedida.

Su cuerpo comenzó a rodar por el suelo con brusquedad. Alzó la vista, asustada, Crystaline, se le había caído como consecuencia del golpe y, como resultado, su mirada había perdido su helada serenidad.

“Bien, maldita bastarda, has matado a Yukana,” dijo la jinete con el rostro descompuesto por la rabia mientras se bajaba del troll de un salto, “así que vas a probar la muerte más desagradable que se puede tener. Oray, ¡arranca!”

El troll rugió con todo su ser, provocando una nube de humo alrededor de sus grandes fosas nasales. Su mandíbula desencajada, sus ojos impregnados en una furia inmedible. Corría hacia ella, con su brazo derecho agitándose descontrolado como resultado de la profunda herida que Graglia le había propinado.

La bestia rugió, dispuesta a matar, Graglia se puso de pie de un salto. Trató de dar con Crystaline, la escasa luz no la ayudó, ni rastro de la espada sagrada. Tenía que hacer uso del Kayta para defenderse, era consciente de que tal técnica de combate cuerpo a cuerpo ni mucho menos estaba diseñada para enfrentarse a un monstruo de tan inconmensurables proporciones, pero no tenía otra elección. El troll se abalanzó sobre ella, dispuesto a cumplir con sus órdenes y arrancarle miembro a miembro hasta despedazarla por completo si no hacía nada por evitarlo. Graglia propinó un golpetazo con la palma de su mano en el fuerte cuello del troll, sin conseguir el más mínimo efecto. Se echó para atrás, pero no pudo escapar del agarre de aquella poderosa criatura. El troll rugió sobre su rostro, lanzándole incontables babas y ofreciéndole un aliento pútrido.

La criatura le propinó un golpetazo, Graglia profirió una mueca de dolor al sentir las sucias uñas del troll atravesando la piel de su cuello. El monstruoso ser no había tenido suficiente, la agarró del brazo, dispuesto a cumplir con las órdenes que le había dado su ama. Graglia apretó los dientes, intentaba soltarse, pero el troll, incluso sin uno de sus brazos operativo, era una bestia increíblemente robusta.

Sintió el tirón, esgrimió un grito de pura agonía, notando con angustia como su articulación se estiraba más de la cuenta. Intentó ofrecer resistencia como pudo, golpeó repetidas veces con la palma de su mano al troll, primero en su nariz, después en uno de sus ojos, pero sus burdos intentos no tenían el menor efecto sobre la monstruosa criatura, que no paraba de tirar. Graglia volvió a gritar, esta vez con más fuerza, sentía el espeluznante dolor en su brazo, sintiendo la carne desgarrarse.

*¡Blam!*

El troll abrió la boca, ofreciendo una mueca todavía más estúpida mientras se desplomaba. Graglia hizo apego de sus fuerzas y se apartó de su caída. Se giró, Gelegen se había levantado. Sostenía la pistola que le había entregado Lampen, con la que señalaba ahora a la jinete del troll, que observaba atónita a su montura abatida por el disparo.

“Largo de aquí o la siguiente serás tú.” Indicó Gelegen, apuntando ahora con la pistola a la única asaltante que quedaba en pie.

Ésta le aguantó la mirada, su pecho se hinchaba con intensidad, mostraba los dientes en una mueca de rabia incontinida... Era evidente que estaba cuestionándose si debía luchar hasta el final y tratar de ofrecer venganza a su hermana o si era mejor salvar la vida. Finalmente, el instinto de supervivencia pareció tomar partido, comenzó a correr, sin embargo, en un último instante, se desplazó lateralmente y cogió la piedra brillante del suelo, alejándose a toda carrera.

“¡Se lleva la esmeralda!” Alertó Gelegen.

“Que se la lleve, por culpa de esa estúpida piedra casi nos matan.”

*Crystalline*, recordó apurada. Se puso de pie, tan rápidamente que se apoyó en el suelo recurriendo a ambos brazos, provocando así que esgrimiera una profunda mueca de dolor al estar su brazo derecho todavía aquejado por el empeño del troll en arrancárselo. Palpó por el oscuro suelo, hasta que por fin sintió el frío acero todavía empapado en la viscosa sangre del troll. Agarró a *Crystalline* por la empuñadura, limpiando la sangre de la hoja con la parte baja de sus pantalones. Sintió un tremendo alivio al volver a disponer del arma sagrada, la envainó, después se acercó a Gelegen.

“¿Te encuentras bien?”

“Es solo un golpe en la cabeza.” Respondió Gelegen, guardando la pistola en su cinto.

“Déjame ver.”

Graglia inspeccionó la herida, aquello que Gelegen había definido como un mero golpe era en realidad un profundo y feo corte que sangraba con insistencia.

“Esto te escocerá un poco.” Le indicó.

“Espera, ¡tú primero!” Le indicó Gelegen, tapándose la herida con una mano.

“El poder de *Crystalline* no permite curar contusiones, ni siquiera las alivia, solo puede curar heridas.” Le explicó.

“¿Y qué hay de tu cuello?”

Graglia frunció el ceño, se llevó la mano al mismo, descubriendo que estaba empapado en sangre. *Las asquerosas uñas del troll*, recordó, había olvidado tal herida a consecuencia de venir seguida de un intento por parte de la bestia de amputarle el brazo. Asintió, consciente de que Gelegen quería ser testigo del poder curativo antes de percibirlo en sus propias carnes. Tras desearlo, el filo de la hoja se empapó, tomó algunas gotas de agua con la yema de sus dedos, luego masajeándose con estos sobre la herida.

“Ya me he curado, es tu turno.” Le indicó.

Gelegen se mantenía con la boca abierta, observando con pasmo el cuello de Graglia, como si su mente tratara de concebir cómo era posible que la herida hubiera desaparecido por completo. Sin duda aquella visión había iniciado un debate en su cabeza, uno en el que la fe debía abrirse paso, en la que le instara a que existían asuntos que estaban fuera de toda lógica, de la simple comprensión del ser humano.

Tal vez por tal debate interno Gelegen no apartó su mano de la herida. Graglia se acercó hacia él, apartándole gentilmente la mano.

“Te escocerá un poco, eso quiere decir que cura.” Se puso de puntillas, luego situó la punta de la espada cerca de la herida de un todavía asombrado Gelegen, torció la muñeca inclinando así la hoja, permitiendo que algunas de las gotas cayeran sobre el corte en la sien de Gelegen. Graglia comenzó a soplarle sobre la herida, “así el agudo dolor de la piel cerrándose es más llevadero.” Dijo ruborizándose ligeramente. Poco a poco la herida fue curándose, cerrándose sin descanso hasta desaparecer por completo. “Ya está, como nuevo.”

Gelegen se llevó las manos a la cabeza, luego se observó los dedos, quedándose con la boca abierta ante la ausencia de sangre, como si su mente puramente racional no fuera capaz de concebir aquel pequeño milagro. Graglia sonrió, era divertido contemplar cómo, poco a poco, el semblante de Gelegen retomaba la compostura tras haber presenciado el poder curativo de *Crystalline*.

“¿Cómo te sientes, Graglia?” Acabó diciéndole una vez sobrepuesto.

Fue a preguntarle a qué se refería, sin embargo, Gelegen señaló hacia el cadáver de la mujer del hacha. Esta vez fue ella la que abrió la boca, percatándose de lo que había hecho, había acabado con una vida humana.

“Nunca antes habías matado a alguien, ¿verdad?”

Graglia negó con la cabeza, sin conseguir apartar su mirada del cuerpo sin vida. Le era extraño, aquella mujer había cargado contra ella, seguro no habría tenido el menor reparo en matarla haciendo uso de su hacha, aun así, sintió un profundo escalofrío recorrer todo su cuerpo.

“Les advertí... ellas...yo...” Titubeó.

“No tienes por qué justificarte, esas bastardas nos hubieran matado si no llega a ser por tu impresionante actuación.”

Pero Graglia no le estaba prácticamente escuchando. Ni siquiera estaba mirándole, sus ojos incapaces de despegarse de un cuerpo que yacía sin vida a consecuencia de su espada.

“Graglia.” Dijo Gelegen con tono serio, en ese momento la princesa sintió unos dedos agarrarla de la barbilla, girándole con cuidado el rostro. “Está bien. Tú solo nos has defendido, si no llega a ser por ti seríamos nosotros los que yaceríamos sin vida sobre nuestra propia sangre.”

“Lo sé, pero...”

“Pero nada, Graglia. Así funciona la vida fuera de palacio, a veces te topas con gente sin escrúpulos que no dudará en acabar contigo incluso por el mero divertimento de hacerlo, es así de cierto y así de cruel. Tú solo te defendiste de alguien así de infame. Has hecho del Reinado del Agua un lugar ligeramente mejor, nada más, seguro has salvado a incontables Aquos de haber muerto a manos de esas indeseables.”

“¿Tú has matado a alguien alguna vez?”

“Sí, claro.” Afirmó. Graglia abrió los ojos, sorprendida tanto con el acto en sí como de la frialdad con la que Gelegen lo había declarado. Entonces Gelegen señaló con el dedo. “A ese troll.”

Ambos se miraron y sonrieron. Graglia sabía que no era lo mismo, pero, una vez más, Gelegen le estaba ofreciendo apoyo a su manera.

“Un disparo increíble, ¿no te parece?” Dijo orgulloso, mirando de nuevo el cuerpo inerte del troll.

“Eres todo un fanfarrón.” Respondió con tono burlón.

Su atención volvió hacia el cuerpo de la joven a la que había matado. Caminó hacia ella, extendió el brazo con el que sostenía a Crystaline, situando la hoja de su espada encima de su cuerpo.

“¿Qué pretendes hacer?”

“Asegurarme de que sus restos lleguen al mar.” Respondió Graglia.

Gelegen pegó un bufido, uno al que Graglia hizo caso omiso. Invocó los poderes de la espada, provocando así que una gota cayera sobre el rostro inmóvil de aquella mujer.

“Una no siempre escoge el camino que toma en vida, nuestras decisiones marcan nuestro paso, pero el mar es un lugar donde se acoge a toda persona sin importar cuán accidentado sea el río de su vida. Que vuestros restos descansen en el mar, sed recibida por el Aqua Deus.”

“Sí, seguro que el Aqua Deus recibirá de buena gana a una mujer que ha intentado acabar con la heredera al trono.” Dijo Gelegen con sorna.

Graglia envainó a Crystaline, satisfecha de haber ofrecido un ritual a aquel cuerpo. Después reanudó su paso por el camino, sin querer volver a enfrentarse a aquellos ojos azules faltos de vida.

## 13. Vaena

Graglia sentía unos terribles calambres en sus pies fruto de la larga y dura caminata que habían realizado para llegar hasta Vaena. Del mismo modo, Gelegen, a juzgar por la frecuencia con la que se detenía un leve instante para frotarse su gemelo izquierdo, parecía también sentir sus músculos doloridos por el esfuerzo. Había sido tan largo el recorrido que había dado tiempo a amanecer y a atardecer y, por si semejante caminata fuera poco tormento, una fuerte lluvia los había acompañado durante la parte final del trayecto, haciendo así el viaje todavía menos llevadero si cabe.

En sus deseos por llegar a Vaena cuanto antes no habían siquiera parado para dormir, una falta de descanso que, acompañado con el frío que le provocaba el estar empapada por la lluvia, no estaba ayudando en su recuperación del encontronazo con el troll. Su hombro le dolía ahora mucho más que tras el combate, era como si su cuerpo hubiera demorado todo aquel dolor hasta estar a salvo y ahora hiciera acto de presencia de la manera más feroz.

No obstante, la embargaba el optimismo, habían llegado a la entrada de la amurallada ciudad santa de Vaena y, con un poco de suerte, darían con el Mechuano. Al igual que en Santigua, una fuente de sirena se situaba cerca de la entrada de la ciudad. El diseño de esta estatua era bien distinto, ésta estaba apoyada sobre una roca inclinada, tenía ambos brazos extendidos hacia adelante y las manos juntas, de manera que el chorro de agua caía sobre sus manos, como si estuviera lavándoselas. Graglia no recordaba bien del todo qué momento vivido por Dajalam representaba tal estatua, aunque, por la pose, parecía rememorar un momento en el que la primera reina del Aquadom rezaba al Aqua Deus, rogándole por un atisbo de paz en su peligroso camino.

Esta sirena presentaba un aspecto considerablemente más desgastado que la ubicada en Santigua, especialmente sus manos, que habían sucumbido a la erosión del agua. Su postura diferente no era la única disonancia respecto a la que habían visto en Santigua, mientras que la anterior había sido ignorada por los transeúntes, en ésta había varias personas haciendo cola para ofrecer sus respetos a la sirena y posteriormente beber un trago de agua.

“Entiendo que con haber respetado a la sirena de Santigua ya es suficiente, ¿no?” Dijo Gelegen, tratando de anticiparse.

Graglia pegó un resoplido, acercándose a la pequeña cola de gente que esperaba para ofrecer sus respetos a la estatua. Un hombre orondo alternaba varios tragos de agua con lavados de cara, el resto esperaban su turno hablando amigablemente. Al verla acercarse le sonrieron e inclinaron la cabeza. Graglia se fijó en el desgastado aspecto que mostraban, sus pies descalzos estaban llenos de barro, sus labios agrietados por la falta de agua. Si su apariencia ya lo hacía evidente, el hecho de que todos ellos portaran una concha a modo de colgante alrededor del cuello hizo que a Graglia no le cupiera la menor duda, aquel grupo de gente estaba formado por peregrinos. Se trataba de ciudadanos que, movidos por la fe, habían emprendido un viaje replicando el camino recorrido por Dajalam en su ascensión de campesina a primera reina del Aquadom. Era un camino largo y duro. La tradición les impedía tomar agua en el trayecto entre ciudades, ni siquiera pudiendo lamer las gotas de agua de la mismísima lluvia, toda una dificultad para tramos como aquel, donde debían caminar durante cerca de día y medio para llegar de una ciudad a la otra.

Los peregrinos realizaban el ritual uno a uno, siendo el hombre más anciano de aquel grupo

quien realizaba el corte a sus acompañantes en sus pulgares con una pequeña navaja. Tras realizar una plegaria y empañar con gotas de sangre el rostro de la sirena bebían y se refrescaban. Para Graglia era una visión maravillosa, el presenciar cómo aquel grupo de hombres y mujeres recibían su recompensa en forma de agua tras una ardua caminata. Se lavaban los pies los unos a los otros, se empapaban sus rostros con vigor y, por supuesto, bebían con el ansia que solo podía tener alguien que sabía que su camino continuaba repleto de sequías.

“¿Marchan o acaban de llegar?” Les preguntó una vez habían concluido de beber y acicalarse.

“Acabamos de llegar a la ciudad.” Contestó el hombre que acababa de beber, su poblada barba rubia con algunos pelos en gris todavía empapada. Su rostro era redondo y afable, ofreciendo una sonrisa entrañable. “Haremos noche en este hermoso y sagrado lugar, presentando nuestros respetos en la catedral antes de partir hacia Santigua al amanecer.”

Graglia asintió. Al contemplar los amables rostros del resto de peregrinos percibió cierta similitud en las facciones en el joven, siendo particularmente notable la cara ancha y la nariz chata igual que la de su padre.

“Son ustedes familia, ¿no es así?” Se aventuró a sugerir.

“Mi nuera, mi hijo y mi mujer.” Confirmó, señalándolos uno a uno. “Es un placer conoceros, jovencita, es agradable ver que existen jóvenes que todavía aprecian las tradiciones más ancestrales.”

“Las tradiciones son importantes y bonitas, son lo que hacen que el Aquadom sea lo que es, una de mis hermanas lo decía mucho.” Respondió Graglia, sin poder evitar cierta nostalgia y tristeza en su voz, esa hermana era Michia. Mientras decía estas palabras ignoró un resoplido de Gelegen, que se encontraba cruzado de brazos mirando hacia el suelo. “¿Iniciaron su ruta desde muy lejos?”

“Desde la ciudad de Urday,” le reveló la mujer, quien se acercó a agarrar a su marido del antebrazo. “Pero valdrá la pena.”

Graglia no pudo evitar alzar las cejas. Urday era una ciudad situada al este del Aquadom, muy próxima a las fronteras con el Reino de Fuego, aquellas personas debían llevar varias semanas de viaje hasta haber llegado a la ciudad de Vaena. Estuvo a punto de preguntarles el motivo por el que realizaban el Camino de Dajalam, sin embargo, no quiso inmiscuirse, era algo demasiado personal. Tales viajes de peregrinación eran usualmente realizados como penitencia, un camino arduo con el cual realizaban peticiones prácticamente imposibles al Aqua Deus tales como solicitar la recuperación de un ser querido en un poco favorable estado de salud.

“Seguro que valdrá la pena su dedicación, el Aqua Deus es misericordioso.” Dijo sonriendo. Después dio un paso, situándose frente a la estatua, era su turno de realizar el ritual. Desenvainó ligeramente a Crystalline y se cortó en su dedo meñique, restregando la sangre por la estatua. Luego bebió agua, la cual recibió con gusto, estaba de lo más fresca. Gelegen también bebió, éste sin realizar ningún ritual.

“Deberíamos continuar.” Le indicó Gelegen, tras secarse los labios con la manga.

Graglia asintió. Tenía razón.

“Buen camino, disfruten de la magia de la ciudad de Vaena.” Les deseó.

Los peregrinos igualmente les desearon que su viaje fuera tranquilo y libre de peligros. Tras la despedida, Graglia y Gelegen se adentraron en Vaena. Graglia no necesitó más que dar unos pasos para quedar con la boca abierta. Había escuchado tantos poemas de dicho lugar como había presenciado cuadros de artistas inspirados por tan hermoso paraje y todos ellos se habían quedado cortos. Vaena, la ciudad inundada, según decían era el lugar elegido, aquel en el que los Aquos vivían más cerca del Aqua Deus. Lo cierto era que se trataba de una visión única, su

carácter inundado obligaba a tener que navegar de un lugar a otro, las calles eran en realidad canales, los puestos de negocios se ubicaban sobre plataformas de madera que debían estar atadas en las profundidades de aquel lugar.

“Tenemos que alquilar un bote para poder movernos por la ciudad con comodidad,” sugirió Gelegen, acercando la mano hacia Graglia.

Graglia observó su mano tendida y, tras comprender que con tal gesto esperaba que le entregara algunas monedas, se apresuró a negar con la cabeza.

“No llevo dinero conmigo, para mí no tiene sentido ir cargando con monedas viviendo en palacio.” Se defendió. En retrospectiva, era un fallo imperdonable, por muy sinsentido que fuera para ella el dinero y por muy centrada que estuviera en dar con información acerca de los Mechuanos, debía haber caído en que las monedas eran necesarias para sufragar los gastos de su viaje.

“Tienes que estar de broma,” se quejó Gelegen, “viajo con, probablemente, la persona más rica de todo el reinado y no lleva consigo una mísera moneda. ¡Qué caprichoso es el destino!”

“¿El destino? ¿No querrás decir el Aqua Deus?” dijo Graglia, desconcertada. Pensándolo, no era la primera vez que Gelegen hacía desprecio a su deidad. “Espera, ¿es que acaso no crees en el Aqua Deus?”

“Yo solo creo en lo que veo.” Declaró, cruzándose de brazos.

“No puedes decirlo en serio.” Señaló con el dedo índice hacia el pomo de Crystaline, “¿entonces tampoco crees en los poderes de la espada sagrada?”

“En eso sí.”

“Eso no tiene sentido. Si crees en los poderes de la espada no puedes no creer en la existencia del Aqua Deus.”

Gelegen negó con la cabeza, “la espada puede curar, lo he presenciado tanto con mis propios ojos como lo he vivido en mis propias carnes. Ello no prueba la existencia del Aqua Deus, simplemente demuestra que es una espada mágica.”

“No digas eso.” Le pidió Graglia.

Se sintió mal por Gelegen, su falta de fe le era tan desconcertante como triste. ¿A quién acudiría cuando se encontrara desolado si no era al Aqua Deus? ¿Dónde esperaba que descansaran sus restos si no eran bienvenidos en el mar? Era un buen chico, simplemente debía de estar un poco confuso, o tal vez solo pagaba su furia con el mundo de aquella manera. Negar la existencia del Aqua Deus era un delito de primer orden, uno que, proclamado a viva voz y escuchado por la persona equivocada podría acarrear consecuencias de lo más severas para Gelegen, pasando por ser encerrado en la terrorífica Prisión Eclesiástica a ser incluso ahorcado por ello.

“Aunque estaría bien que el Aqua Deus nos proveyera de algo de dinero ahora mismo.”

“Sabes que no funciona así.” Respondió Graglia, entonces se percató de cierto detalle, mirando a Gelegen sospechosamente. “Espera un momento, tú ya sabías de sobra que no iba a llevar dinero encima, ¿verdad?”

“Claro que sí.” Admitió, esgrimiendo una sonrisa burlona. “Bien, vayamos en busca de las oficinas de la Guardia de la Ciudad, dado que no tenemos dinero no nos queda otra alternativa que hacerlo al modo humilde.”

Gelegen tomó carrerilla y se tiró al agua de cabeza, Graglia le siguió, lanzándose de manera menos impetuosa. No podía importarle menos mojarse, al fin y al cabo, ya estaba completamente empapada tras aquella caminata hasta llegar a la ciudad. Su indiferencia cambió cuando descubrió que era el agua más helada en la que jamás se había adentrado. Pataleó y braceó con

más brío, en un intento por mantener su cuerpo caliente, su hombro se resintió debido a sus movimientos, no obstante, se encontraba mucho menos dolorido.

Nadaron, los canales estaban repletos de botes de madera de todas las dimensiones como también de gran cantidad de gente que prefería nadar para dirigirse de un lado a otro. Se desviaron por un canal muy ancho, siguiendo las indicaciones de una amable joven que cargaba dos rechonchos cerdos de hocico negro en su bote.

“¡Cuidado, ratas mojadas!” Alertó una voz femenina.

Se apresuraron a apartarse, percatándose de la inminencia del impacto si no lo hacían. Se trataba de un bote enorme de madera azulada, tan lujoso que hasta tenía un pequeño mascarón dorado con rostro de mujer con el pelo recogido tirado por lo que seguramente debían ser sirvientes, mientras que una mujer con una túnica blanca y un abanico se encontraba a la popa del barco.

Era curioso cómo el lujo en aquel lugar se exhibía a través de la ostentación en las embarcaciones, o tal vez incluso en el mero hecho de poseer una o no. Quienes no disponían de suficiente dinero, en cambio, se desplazaban a nado, provocando una gran afluencia de gente pasando de un lado a otro.

Conforme más nadaban por aquel canal más abarrotado estaba de gente. Grandes plataformas de madera se situaban a ambos lados del mismo, las estructuras se mecían solo ligeramente a pesar de estar abarrotadas de gente, mercancía e incluso animales. La mercancía que se ofrecía era de lo más variopinta; ganado, heno, especias, telas de colores que iban del gris al azul más luminoso y, justo en ese momento, nadaron por delante de una plataforma donde una joven de rostro despistado vendía legumbres de lo más variadas almacenadas en grandes cestos de mimbre.

Finalmente, dieron con el edificio de la Guardia de la Ciudad, tal y como anunciaba el símbolo de la placa situado en lo alto, donde una gran sirena saltaba por encima de una casa. Era un edificio rectangular y de gran tamaño, con escasas ventanas y todas ellas debidamente protegidas con barrotes que impidieran tanto el acceso como cualquier fuga. Aunque sin duda lo más llamativo para Graglia era que aquella estructura no parecía tener ninguna puerta de acceso, ante tal detalle se dio la vuelta, descubriendo así que las viviendas colindantes igualmente carecían de puertas.

“¿Cómo se accede a estas casas entonces?”

Gelegen no respondió. En su lugar, tragó aire y se sumergió bajo el agua, Graglia le siguió. Bucearon, dirigiéndose hacia la parte sumergida del edificio de la Guardia de la Ciudad. Unos peces que emitían una brillante luz amarillenta la rodearon, como celebrando su presencia. Precisamente los pececillos le permitieron discernir un amplio agujero en la parte inferior del edificio, ambos se introdujeron por éste. Emergieron del agua, tomaron todo el aire que necesitaban y se dispusieron a continuar, fue Gelegen el primero en subir a la plataforma, seguido por Graglia.

La princesa miró de un lado a otro, el edificio era todavía más grande de lo que aparentaba por fuera. En el fondo, tras subir unas escaleras, se observaban varios barrotes negros, celdas vacías esperando a recibir nuevos presos. Sintió sus esperanzas renacer de nuevo, todas aquellas celdas estaban repletas de presos, ¿tal vez entre tantos indeseables se encontraría el Mechuano que estaban buscando? Caminaron por el edificio, dejando rastros de agua a su paso, estaban empapados, el agua estaba tan helada que Graglia sabía debía provocarle escalofríos hasta castañearle los dientes, sin embargo, la esperanza de que el Mechuano se hallara allí, apresado por la justicia, le ofrecía un calor interior que sería capaz de contrarrestar el mismísimo hielo.

Tras subir por una estrecha escalera de tres escalones algo carcomidas por la humedad se toparon con una soldado de un tono de piel muy amarillento que leía unos documentos a la luz de una vela muy larga.

“Hola, estamos buscando a alguien.” Comenzó Gelegen.

“Veamos. Tengo tres asesinos, siete ladrones, un exhibicionista y...” frunció el ceño y miró hacia una de las celdas del fondo, “¡un borracho que cree que puede hacer lo que le venga en gana!” Después se giró de nuevo, su semblante ya calmado. “¿Quién de todos estos rufianes os ha embaucado para que paguéis su fianza?”

“Lo cierto es que no venimos a pagar la fianza de nadie.” Le aclaró Graglia. “Simplemente queríamos saber si ha habido algún incidente relacionado con Mechuanos en la ciudad de Vaena recientemente.”

“¡Si ser Mechuario te permite salir de esta asquerosa celda yo lo soy!” Indicó una voz pituda. A aquel comentario le sucedieron varios de la misma índole.

“¡Silencio de una maldita vez!” Ordenó la soldado con un tono de voz sorprendentemente potente. Después su mirada examinó con interés primero a Gelegen y luego a Graglia. “Así que venís a por él, ¿eh?”

Graglia sintió un vuelco en el corazón. Dio un paso al frente mirando con absoluta esperanza a la soldado.

“¿Está aquí? ¿Han atrapado a un Mechuario?”

La soldado asintió, se inclinó hacia atrás sobre su silla, tanto que era sorprendente que fuera capaz de mantener el equilibrio sin caerse. “¡Parece que estos dos han venido a darle su merecido a uno de vosotros, rufianes de poca monta!” La soldado se levantó de su asiento, indicándoles con un gesto de su mano enguantada que la acompañaran.

*No puedo creerlo, ¡está aquí! El asesino de Michia está apresado y sin poder escapar...* apretó los puños, sintió un cosquilleo en el estómago fruto de la excitación. *Es hora de ofrecer justicia.* Su mano acarició inconscientemente a Crystaline, se iba a asegurar de una manera u otra que pagara por sus imperdonables actos.

Descendieron por unos estrechos escalones negros, luego caminando por un largo pasillo ante las atentas miradas de todos los presos, que se apretujaban en los barrotes de sus celdas tratando de ver quién estaba de visita. Era un lugar oscuro, no habiendo ninguna ventana al estar bajo el agua, en su lugar, la estancia estaba únicamente iluminada por las dispersadas antorchas que colgaban en las paredes, posicionadas de manera que estuvieran alejadas de cualquier celda.

“¡Qué joven más apuesto!” Indicó una mujer con un tatuaje azul cubriéndole medio rostro, “espero que haya hecho algo realmente malo.” Añadió con un tono tan lascivo que provocó en Graglia escalofríos.

“¡Callad de una maldita vez u ordenaré que inunden este lugar con todos vosotros dentro!”

Ante aquella amenaza, todos los presos callaron de golpe, incluso parecieron perder el interés en los visitantes. Algo le decía a Graglia que la advertencia de la soldado ya se había llevado a cabo en más de una ocasión. El recorrido no duró mucho más, acabando en la última celda de la esquina, donde solo se encontraba preso un hombre.

“Aquí tenéis al Mechuario, Rory.” Dijo la soldado, cruzándose de brazos.

El ansia pudo con Graglia, se abalanzó sobre los barrotes, sus dedos estrujaron el acero con fuerza, sus ojos tratando de dar con el hombre que había acabado con Michia. Había dibujado al culpable en su mente, se había imaginado a un hombre atlético y musculoso, de rostro duro y marcado, con unos ojos agresivos tan desprovistos de piedad como los de un ave rapaz. El hombre de aquella celda, en cambio, debía tener cerca de sesenta años, era escuálido y de baja

estatura y sus ojos azul cristalino solo podían asemejarse a los de un conejillo asustado.

“¿Vienen a sacarme de aquí?” Preguntó el Mechuano, mostrándose igual o más confuso que sus visitantes.

*No puede ser él...* No era solo su aspecto, Graglia sabía que las apariencias podían engañar, era más bien su personalidad asustadiza, aquella mirada huidiza que no podía pertenecer a alguien decidido a colarse en palacio y hacer arder una capilla. Incluso su nombre, Rory, no parecía encajar con el de un radical peligroso. Graglia miró hacia Gelegen, tratando de discernir en su semblante su opinión. Por su ceño fruncido y desconcertado observando al Mechuano, parecía que concordaba en que aquel no podía ser el asesino de Michia.

“Tiene que ser un error...” respondió Graglia, girándose hacia la soldado, “este hombre no puede ser el Mechuano que buscamos, no...”

“Lamento que no haya sido como queréis, querida,” indicó la soldado, encogiéndose de hombros, “pero esto no es precisamente un bazar. Habéis preguntado por un Mechuano y Rory es el único que hay.”

“¿Podemos hablar a solas con él?” Solicitó Gelegen.

Graglia mientras tanto, contemplaba a Rory con desconcierto, tratando de discernir el menor ápice de maldad en su ser. El Mechuano simplemente se mostraba visiblemente incómodo ante su atención, sin saber muy bien cómo actuar, limitándose entre devolverle la mirada y centrar su atención en el sucio suelo de su celda.

“No, por supuesto que no podéis quedaros a solas hablando con un prisionero.” Respondió rotunda.

Gelegen se acercó hacia ésta y le susurró al oído. La soldado frunció el ceño, luego se giró hacia Gelegen como para responderle algo, sin embargo, su rostro se desvió hacia Graglia, observándola con compasión.

“Está bien, pero no tenéis mucho tiempo. En breve me marchó a tomar un tentempié y no os pienso dejar aquí sin vigilancia.” La soldado se marchó por donde había venido.

Gelegen se apresuró a situarse frente al Mechuano.

“Bien, Rory, ¿qué hicisteis para estar aquí encerrado?” Solicitó saber, apoyando ambas manos en la parte alta de los barrotes.

Rory se encogió de hombros, “bebí demasiado y tomé por error un bote que no era el mío, ¿cómo iba a saberlo? Entre la escasa luz de la noche y la cogerza me parecían todos iguales.”

Graglia apretó los dientes.

“¿Acabasteis con la vida de alguien o no?”

Rory pareció tremendamente ofendido ante tal insinuación. “¡Por supuesto que no! ¿Por qué iba a...? Oh, ya comprendo, porque soy un Mechuano, ¿no es así? Eso es increíblemente ofensivo, ni siquiera venero al Incandescente.”

Graglia quería creer que estaba ante el culpable de la muerte de Michia. Todo sería más fácil si fuera así, solo tendría que desenvainar a Crystaline y vengar la memoria de su hermana. Sin embargo, aquel borrachuzo hombrecillo parecía completamente inofensivo.

“Gelegen, ¿hay posibilidad de que esté mintiendo?”

“Me temo que no.”

Graglia se dio la vuelta y comenzó a caminar.

“¡Esperad! ¿No vais a sacarme de aquí?” Dijo Rory.

Tales palabras no hicieron que la princesa cesara en su paso. Sentía su rostro arder, una fuerte presión acuciaba su frente, causándole un profundo malestar.

“¿Os ha ayudado el viejo Rory?” Preguntó la soldado al verla aparecer.

“Gracias.” Fue lo único que Graglia contestó antes de bajar las escaleras y zambullirse en el agua para desaparecer.

Buceó, cada una de sus brazadas realizadas con fuerza desmedida, estaba furiosa y tremendamente frustrada. Dos ciudades y ni rastro de ningún Mechuario, o al menos ninguno que hubiera realizado el Canto de Hazaña tal y como se esperaba. Salió a flote y nadó hasta una plataforma de madera, ahora totalmente desocupada. La noche había llegado y, con ello, todo el gentío se había esfumado.

Se puso de rodillas, tratando de no sentirse abrumada por sus pensamientos. Un vacío interior la dominó por completo. Rory no era el Mechuario que buscaban y ni él ni nadie había realizado ningún canto por ninguna de las dos ciudades que ya habían recorrido.

*A cada ciudad que pasa sin ese dichoso Canto de Hazaña más difícil se hace continuar...*

Apretó los dientes, en un vano intento por contener su pesar. Sin quererlo, comenzó a pensar que detrás de la muerte de Michia no se encontraba ningún Mechuario, aquella reflexión provocó que su empapado cuerpo temblara ante tal posibilidad. Si no eran los Mechuarios no tendría nada, nadie a quien culpar de la muerte de su hermana. No quería aceptarlo, se negaba a creer que la única pista que había seguido para ir en busca del asesino de Michia se esfumara ante sus narices sin poder hacer nada por remediarlo.

No mucho después escuchó el ruido del agua, seguidamente, Gelegen llegó hasta su lado. Graglia ni siquiera alzó la cabeza, estaba demasiado desalentada, perdida en aquella búsqueda que parecía no llevar a ningún sitio.

“He estado preguntándole a la soldado para asegurarme.” Dijo Gelegen, sentándose a su lado. “La afición al alcohol de Rory hace que sea tan asiduo a las celdas de Vaena que es imposible que haya causado cualquier incidente en palacio. Lo siento, pero él no está detrás de esto.”

“No tiene sentido, Gelegen. Llevamos dos ciudades y ni rastro de ningún Mechuario salvo ese borracho.”

“¿Estás segura de que dijeron que se trataba de Mechuarios?” Cuestionó Gelegen.

“Completamente segura.”

“En tal caso, seguiremos buscando. No nos queda otra. Lo que está claro es que el Mechuario no está realizando su ritual de la forma habitual, ¿tal vez haya pasado por otras ciudades?”

Graglia inspiró hondo.

“No, Igüenza me indicó que esa era su ruta más común y que en algún momento clamaría a viva voz su vil hazaña, no tiene sentido que este Mechuario haya actuado de manera distinta... ¿o sí?”

“Depende, es difícil ponerse en el lugar de esos indeseables. No obstante, hay algo que está claro, ese Mechuario acabó con la vida de una princesa Dajalam, ya fuera consciente o no de ello. Eso es un logro por el que probablemente sería recordado por siempre, ¿tal vez ello le haya llevado a tomar una ruta menos habitual? ¿Una en la que realizar un Canto de Hazaña, pero donde haya menos soldados?”

Era una posibilidad, una extraña, desde luego, pero factible. Semejante macabra tradición marcada por los Mechuarios los había llevado siempre a realizar su vuelta por las mismas ciudades tras los ataques a la capital del Aquadom, pero las palabras de Gelegen tenían sentido, ese Mechuario tal vez querría ser recordado a toda costa, sería muy difícil que alguien superara su logro.

*Eternamente recordado por matar a Michia...* sintió un escalofrío, abrumada, si el Mechuario había tomado otra ruta les sería prácticamente imposible dar con él.

“Deberíamos marchar a la próxima ciudad cuanto antes.” Propuso Graglia. “Uvatora debería

ser la siguiente en su recorrido, no está muy lejos de aquí.”

Gelegen bostezó.

“Lo que deberíamos hacer es buscar cobijo donde dormir.” Se frotó sus empapados brazos, “a ser posible un lugar en el que podamos hacer un fuego, la ropa me está helando los huesos.”

“Dormir...” dijo Graglia, no muy contenta ante la idea.

“Ayer no dormimos nada, Graglia, debemos descansar, no podemos caminar sin descanso día y noche.” Se quejó, luego tomó su sombrero, estrujándolo para liberarlo del agua.

“¿Y dónde pretendes que durmamos?”

“Pues aquí mismo.” Después la miró, divertido, ofreciéndole una sonrisa por la que Graglia anticipó iba a meterse con ella. “¿O por qué no le rezas a tu querido Aqua Deus a ver si nos provee de un refugio? Si a ti no te escucha, ¿a quién sí?” Añadió, con tono impertinente y retador.

“Podría hacerlo, seguro que el Aqua Deus escuchará mis plegarias.”

“Ah, ¿sí? Pues de paso estaría bien que le rezaras por una cama bien cómoda. Venga, te espero.”

“Está bien.” Aceptó Graglia, cerró los ojos, dispuesta a iniciar sus rezos. Tomó aire, tratando de dar con las palabras para rogar al Aqua Deus algo de ayuda.

“Pero si es la amable Graglen y su reservado acompañante,” dijo una voz masculina a sus espaldas.

Graglia abrió los ojos, contempló el rostro boquiabierto de Gelegen, luego se giró, sobre un pequeño bote se encontraba el grupo de peregrinos que habían conocido en la entrada a la ciudad. El padre se encontraba en la proa, de pie, cargando un farolillo con el que poder navegar en la noche.

“Saludos, amigos, ¿no estaréis pensando en dormir a la intemperie con este frío que cala los huesos?” Les preguntó el padre. Después extendió el brazo con el que sostenía el farolillo, “¡pero si estáis empapados! ¿Cómo vais a dormir en las heladas calles de Vaena? ¿Es que habéis perdido el juicio?”

“No disponemos de dinero.” Respondió Graglia, encogiéndose de hombros. “Así que no tenemos alternativa.”

“Ni mucho menos vais a dormir bajo la luna en esta fría y húmeda ciudad.” Indicó la mujer, “moriréis congelados durante la madrugada. Subid a bordo.” Mientras la amable mujer decía estas palabras, el joven del grupo estaba ya remando para acercar el bote a la plataforma en la que se encontraban Graglia y Gelegen, “conocemos un sitio donde ofrecen comida y agua caliente.”

Graglia ofreció una merecida mirada de triunfo a Gelegen, el Aqua Deus había actuado en su favor sin siquiera tener que rezarle.

\*\*\*

La monja introdujo el cucharón en aquella enorme cazuela para rellenar el cuenco vacío de Graglia, con cada cucharada movía sus arrugados labios constantemente, como si estuviera rezando al Aqua Deus mientras ofrecía alimento a los más desfavorecidos. Graglia agradeció a la mujer por la comida, situando el cuenco en su bandeja, al lado de un trozo de pan negro, una gran jarra de espumosa cerveza aguada y un generoso trozo de queso algo enmohecido que iba a comerse de buen gusto.

No podían negar su suerte. El grupo de peregrinos los había llevado al mismo lugar en el que ellos se iban a hospedar, se trataba de un lujoso hostel regido por monjas las cuales les habían

ofrecido gratuitamente cobijo, comida y unas ropas que ponerse mientras las suyas se secaban al fuego de la gran chimenea del comedor. La camisa de Graglia era algo corta, hasta el punto de que las mangas le dejaban descubiertas las muñecas, su pantalón tenía un gran agujero en la rodilla derecha y era tan ancho que el único motivo por el que no lo llevaba por los tobillos causando así un espectáculo era gracias a que se amarraba a su cintura gracias al cinto del que colgaba Crystaline, no obstante, no estaba en situación de quejarse.

El comedor estaba a rebosar, un detalle que parecía desentonar con el lugar, pues los estilizados cuadros, los grandes espejos en las paredes, así como los decorados pilares bañados en dorado sugerían que se hallaban en un lugar exclusivo, uno de esos albergues donde pasaba la noche gente adinerada o noble, los cuales pagaban con gusto un dinero extra a cambio de estar anchos, alejados del gentío llano. La estancia, en cambio, estaba esa noche abarrotada, la mayoría de mesas ocupadas por gente cuyos ropajes repletos de jirones, parches y tonos marrones de lo más sencillos sugerían que distaban mucho de formar parte de alta alcurnia o de la burguesía.

Tras servir la monja también a Gelegen, caminaron por el repleto salón, en busca de un sitio en el que poder sentarse.

“Sentémonos aquí.” Propuso Gelegen, moviendo la silla para ocupar una mesa libre.

“No, quiero escuchar sus historias.” Dijo mirando hacia la familia de peregrinos. “Han viajado mucho, además, debemos mostrar gratitud a quiénes nos han traído hasta aquí.”

Gelegen fue a replicarle, era obvio que no estaba de acuerdo, que se sentía incomodo ante la idea de tener que escuchar lo que seguro consideraría aburridos pensamientos basados en la fe. Precisamente por su carencia de lealtad al Aqua Deus, Graglia quería que Gelegen los escuchara, aquel viaje no solo trataba ya de dar con el asesino de Michia, si en tal proceso también podía lograr que Gelegen pudiera encontrarse con la fe y así asegurarse de que sus restos encontraran el mar pues mejor.

“¿Les importa que nos sentemos con ustedes?”

“Claro que no, será todo un honor compartir mesa e historias.” Respondió la peregrina, con sonrisa amable.

Graglia y Gelegen se sentaron, comenzado a degustar su cena. El olor dulzón del caldo le abrió un apetito que hasta ahora no se había percatado que tenía, introdujo su cuchara de madera en su cuenco, asegurándose de llevarse algunos trozos de carne también a la boca. Caldo aguado y carne rancia, el pan no mejoraba el festín, el cual no podía definirse de otro modo que no fuera duro y falto de cualquier ápice de sabor. Sin embargo, a Graglia le supieron de maravilla, sobre todo porque estaban degustando dichos alimentos en una de las mesas más cercanas a la hoguera.

Pegó otro trago del mediocre caldo, mientras escuchaba las historias de aquella familia de peregrinos. Sin duda eran buenas personas, de esas familias que saltaba a la vista se querían y se protegían los unos a los otros. Era el hijo de aquella pareja quien hablaba distendidamente, narrando con efusividad como él y su prometida, a quien tomaba la mano en todo momento y le ofrecía constantes miradas de cariño, habían planeado su boda.

“Queríamos que Usurira llegara a la ceremonia en un carruaje repleto de flores azules,” dijo mirando con amor a su prometida, “pero no nos lo podemos permitir.”

“Nos las apañaremos,” le apoyó su padre, guiñándole un ojo a la pareja.

La complicidad existente entre aquella familia era enternecedora, en cierto modo, no podía evitar envidiarles. Sí, ella tenía a sus hermanas, pero aquella escena le hacía ser plenamente consciente de la ausencia de un padre que no sabía ni quién era y una madre cuya única prioridad era el reinado.

“¿Es ese el motivo de su viaje? ¿Poder costearse la boda?” Quiso saber Gelegen, éste ya había

consumido su cuenco y estaba ahora devorando el queso mohoso.

Graglia frunció el ceño, era una pregunta maliciosa. Era obvio que Gelegen pretendía poner en evidencia que su fe estaba siendo utilizada para algo material, poniendo así en cuestión su viaje.

“Por supuesto que no,” respondió el padre. “Si nos hemos embarcado en este viaje es porque hemos rezado para que la madre de nuestra querida Usurira pueda ser testigo de cómo su hija se casa.” Reveló, ofreciendo una cálida sonrisa a la que pronto sería su nuera.

“Oh,” dijo Gelegen abochornado, mientras Graglia le ofrecía una mueca de disgusto. “¿Cómo es que este hostel está en manos de monjas?” Dijo cambiando de tema para ocultar su metedura de pata. “No parece un lugar dedicado a la caridad, sino más bien a la ostentación.”

“Tenéis buen ojo.” Le aduló el padre, “según me comentó una de las monjas, esta posada era, hasta hace poco, propiedad de un hombre avaro. Por algún motivo, odiaba a los peregrinos, por lo que ni por todo el oro del mundo les permitía alojarse aquí, ni siquiera en los establos. Por lo visto, murió hace poco, no tenía descendencia así que lo ha tomado la Iglesia, todos los necesitados son ahora bienvenidos entre estas lujosas paredes.”

“¿Cómo murió el hombre?” Preguntó Graglia.

“Una muerte salvaje y despiadada, murió mientras dormía. Apuñalado.” Reveló el joven de los peregrinos.

“Sorprendente, ¿sabéis algo más acerca de su muerte?” Se interesó Gelegen.

“Me temo que no. Solo rumores acerca de que su verdugo fue un peregrino al que no permitió hospedarse.”

“Habladurías, seguro,” añadió Usurira, mirando con temor a su prometido.

Graglia alzó las cejas, sorprendida de lo sencillo que era morir en su reinado. Ciertamente todo se veía muy distinto fuera de las murallas de palacio.

“¿Desean un poco más de cena?” les propuso una monja bajita y regordeta, agarrando por el mango de metal un caldero repleto de humeante caldo. “El camino que les espera es largo y duro, deben aprovechar el reposo que les ofrece la ciudad santa de Vaena.”

Ante aquellas palabras los peregrinos no se negaron, acercando sus cuencos, a excepción de la nuera, que realizó un gesto de negativa. Graglia se había percatado que aquella monja ofrecía cierta atención especial a los peregrinos. Tal nueva ronda de comida vino acompañada igualmente de más cerveza, un añadido que provocó que la conversación en la mesa se tornara más distendida y acalorada.

“¡Juro que vimos una sirena en el lago de Saferidan!” Promulgó el joven de aquella familia. “Su sedoso largo pelo azul como el zafiro más puro, su cola larga y de un brillo tal que cegaba la vista.”

“¿Y tú por qué sabes que su pelo es sedoso?” Dijo bromeando su prometida, pegándole un jugueteón codazo en el torso, provocando las risas de toda la mesa.

Gelegen y el joven peregrino parecían haberse embarcado en un bucle por ver quién contaba la historia más llamativa, buscando captar la atención y admiración del resto de comensales.

“Imposible que hayáis avistado una sirena,” dijo Gelegen, pegando un trago de su cerveza aguada. Sus mofletes estaban algo enrojecidos, como también estaba más parlanchín que hasta entonces. “En cualquier caso no me impresiona ¡Pues yo acabé con un troll!”

“Eso sí que es imposible, cómo vais a acabar con un troll, ¿so embustero?” Respondió el jovencito entre risas, el resto de la familia en cambio parecía realmente interesada en su relato.

Antes de que Gelegen exhibiera su pistola para reforzar su narración, Graglia levantó ligeramente la mano, para así llamar su atención. “Es cierto, os toparéis con su monstruoso cuerpo de camino a Santigua, si no ha sido devorado por alguna bestia, claro.”

*Y también encontraréis el cuerpo de la joven asaltante a la que maté yo...* pensó, sintiendo cierto sentimiento de culpa.

“Para que luego digan que el Aqua Deus no protege a quiénes hacen penitencia a través del camino,” dijo vigorosamente el padre, “primero aquel extraño joven de rostro cubierto ¡y ahora vosotros eximiéndonos de acabar siendo el aperitivo de un terrorífico troll!”

“¿Joven de rostro cubierto?” Se interesó Gelegen.

“Así es. Fuimos asaltados por un numeroso grupo de rufianes a poco de marchar de Astoriga,” contestó el joven, “pero un silencioso muchacho con el rostro cubierto por un pañuelo rojo granate se interpuso en su camino. Fue una visión espectacular, logró enfrentarse a todos ellos a la vez, ajusticiando a varios de ellos y provocando que el resto huyera en desbandada.”

“Sigue sin ser tan espectacular como acabar con un troll.” Indicó Gelegen, bebiendo un trago de su cerveza.

Tras aquellas conversaciones llegó la hora de acostarse. Las habitaciones eran individuales, de camas anchas de plumas tan confortables que poco tenían que envidiar a palacio. Graglia se durmió tan pronto como su cuerpo había tocado sus sábanas, sucumbiendo al cansancio acumulado.

\*\*\*\*

Había amanecido, Graglia y Gelegen ya volvían a vestir sus ropajes, ahora completamente secos. Estaban desayunando un poco de pan, de nuevo duro, y algo de tocino increíblemente salado. En su mesa se encontraban los peregrinos, quienes estaban culminando sus platos, listos para dirigirse hacia Santigua.

Graglia se sentía triste, sus caminos iban a separarse, les había tomado un gran cariño. Aquella familia había demostrado una capacidad sorprendente para sobrevivir al peligroso camino, sin embargo, se vio en necesidad de allanarles algo su ruta. Miró a su alrededor, tratando de dar con un recipiente adecuado. Alzó los ojos, detectando una bota de cuero que algún viajero se había dejado, aquel recipiente podía servir. Se levantó y la tomó con presteza, luego caminó hasta esconderse en una habitación desierta cuyas sábanas estaban tiradas por el suelo y el orinal estaba a rebosar, ofreciendo un olor de lo más vomitivo. Cerró la puerta, luego desenvainó a Crystaline, situando la punta de la espada en la apertura. Tras una plegaria, la hoja se empapó, luego el agua comenzó a caer, gota a gota. Esperó, sin moverse, hasta que la bota se llenó hasta la mitad. Envainó la espada y cerró la bota, salió de la habitación, descubriendo que la familia de peregrinos se encontraba ya en el ancho portón, despidiéndose de las monjas entre agradecimientos.

“¡Esperad!”

Los peregrinos se giraron.

“El camino del peregrino es largo, llevad esta agua con vosotros para curar vuestras heridas en caso de que ocurra algo malo.” Les propuso, entregándoles la bota.

Los peregrinos aceptaron el obsequio con gusto, guardándolo entre sus escasos enseres. Realizaron la reverencia Aqua y reanudaron su marcha. Graglia se quedó observándoles poco a poco hacerse más pequeños, hasta que acabaron fundiéndose con el horizonte.

“Un gesto muy bonito.” Reconoció Gelegen a sus espaldas.

Graglia no se giró, simplemente siguió observando a los peregrinos marcharse. Gelegen se puso a su lado, igualmente mirando en la misma dirección. Después inspiró hondo, era momento de dirigirse hacia su siguiente ciudad, Uvatora.

“He estado pensando y creo que es momento de que cambiemos de estrategia.” Le propuso

Gelegen, “no podemos seguir yendo de ciudad en ciudad esperando que el Mechuario haya hecho acto de presencia. Si existe la posibilidad de que haya tomado otra ruta no podemos seguir tratando de seguir un camino por el que no han hecho ningún canto hasta ahora, hemos de saber a ciencia cierta si de verdad se está realizando un ritual de vuelta y, en caso de que así sea, por dónde.”

“¿Y qué alternativa tenemos entonces?”

“Tomaremos otro camino. Hacia ciudad Deloin.”

“¿Deloin?” Contestó Graglia frunciendo el ceño, era un gran desvío respecto a su ruta original, ello quería decir que no pasarían por ninguna de las otras ciudades que en teoría debía recorrer el Mechuario. “¿Con qué motivo vamos a ir allí?”

“Porque vamos ver a mi padre.”

## 14. Reencuentro

El carro avanzaba a paso raudo, no se trataba de un viaje ni mucho menos agradable, el camino era mucho más accidentado que cualquiera que hubieran recorrido hasta entonces, repleto de gigantescas piedras y enormes socavones que provocaban continuos golpetazos cuando una de las desgastadas ruedas de madera se topaba con ellos. A esto había que añadirle la exagerada velocidad a la que viajaban, la comerciante azuzaba con brío a sus dos musculosos corceles de pelaje color avellana y crin corta, visiblemente acostumbrados a avanzar a tan agitado paso.

Graglia y Gelegen viajaban en la parte delantera del carruaje, al lado de la amable comerciante. Habían tenido suerte, aquella gentil mujer les había ofrecido llevarlos en su carro por el mero hecho de tener compañía. Se trataba de una hermosa unickey de ojos verdes y rostro alegre, un palo anudando su salvaje pelo dorado y unos pechos más que generosos asomando por su ajustada camisa blanca que captaban la atención de Gelegen y la envidia de Graglia. Más allá de su atractivo aspecto, se notaba que le gustaba hablar, mucho. En su trayecto, ya les había contado cuánto apreciaba que su padre fuera un Tirhan, de cómo su primer y único marido había muerto tras detallarles con precisión sus últimos días de enfermedad y ahora había pasado a repasar su extenso historial como comerciante. Era difícil entenderla, consecuencia del tallo de trigo que llevaba en la boca y que movía de un lado mientras hablaba.

“Después de comerciar con avena pasé a la yanuya y ha sido todo un acierto, es sorprendentemente apreciada entre los nobles. Se hinchán a pasteles con sus hojas, las beben en té, e incluso aprovechan sus raíces no sé ni para qué... jamás pensé que pudiera sacar tanto beneficio a una mercancía.”

Graglia no conocía dicha planta, no obstante, el olor que desprendía su cargamento había provocado que ya la detestara por siempre. Era un aroma intenso y punzante, tan fuerte que de algún modo había conseguido embotar su cerebro hasta el punto de sentirse algo mareada.

Por su parte, Gelegen estaba más callado de lo habitual, aunque no parecía tener que ver con el olor de la planta, sino más bien por el hecho de que se dirigían a ver a su padre. Estaba segura de que en condiciones normales atiborraría a la comerciante a preguntas. Durante el transcurso de su trayecto en carro, en cambio, se había limitado a ofrecer meras respuestas cordiales de lo más breves que no le hicieran parecer grosero o ingrato, al fin y al cabo, la comerciante les estaba transportando gratuitamente.

Graglia creyó comprender el dilema interno en el que se sumía Gelegen. Era obvio que admiraba a su padre por su rango de capitán en la Guardia de Río, hasta el punto de que estaba segura de que su ambición por convertirse en un soldado dedicado a la investigación tenía que ver con dicha fascinación, pero, a su vez, le detestaba por la soledad que tal puesto había implicado para su madre y, aunque no quisiera reconocerlo, también para él.

“Así que no estáis casados ni nada parecido,” dijo la comerciante, mirando primero a Gelegen y luego a Graglia, “una pena, hacéis buena pareja.”

Graglia enrojeció. “Ni mucho menos, solo somos amigos.”

*¡Bum!*

“Vaya, ¡ese sí que era un gran pedrusco!” La comerciante rió, después señaló hacia el frente. “¡Ya hemos llegado a Loin!”

El carro se abrió paso por la larga carretera, la comerciante tiró de las riendas, aminorando así

significativamente la velocidad dado que se encontraban ahora en la ciudad. Loin era espectacular a su peculiar manera. Era habitual que los poblados nacieran cerca de ubicaciones con recursos naturales valiosos, precisamente por eso, la mayoría emergían próximas a ríos para así proveerse de agua fácilmente. Del mismo modo, también eran comprensibles los poblados surgidos en zonas mineras, donde toda aquella gente se dedicaba a extraer minerales preciosos de las profundidades de la tierra. Loin, en cambio, no se localizaba cerca de nada o, mejor dicho, cerca de nada más que aquella larga carretera. Por tal motivo, todas y cada una de las casas y comercios de la población se habían construido a un lado o al otro de la misma, provocando que se pudiera conocer la totalidad de Loin simplemente avanzando en línea recta. Al verlos llegar, varios comerciantes se acercaron hacia el carro, ofreciéndoles agitadamente servicios de lavado tanto para el transporte como para los caballos, hospedaje, comida e incluso corte de pelo.

A juzgar por los varios carruajes y carros que se encontraban detenidos en los distintos comercios no se podía decir que a tal poblado le fuera mal. Reflexionando, tal vez el recurso valioso de Loin era precisamente su localización. Dicha carretera conectaba Vaena con la ciudad de Miere, dos importantes ciudades entre las que había mucha afluencia de transporte a consecuencia del comercio.

La comerciante pegó un suave codazo a Graglia, luego soltó las riendas con una mano, le señaló un establecimiento de comida por el que estaban a punto de pasar sobre el cual colgaba una bandera azul mostrando el dibujo de un calamar con una amplia sonrisa.

“No podéis pasar por Loin y no probar los deliciosos bocadillos de calamar. Pide tres.” Le indicó a Graglia, acto seguido, se inclinó hacia adelante, cogiendo una bolsita de cuero morada, desatándola y entregándole tres monedas de bronce, “yo invito.” Añadió.

“Yo no tengo hambre.” Dijo Gelegen, sin siquiera desviar la mirada del frente.

“Bobadas.” Replicó la comerciante, después se giró a Graglia. “Tú pide tres y al de tu amigo que le pongan extra de limón, así tendrá un sabor tan agrio como su carácter.”

Graglia alzó la mano, captando así la atención de un joven chico de barba desigual y muy rizada que estaba a cargo del establecimiento, le señaló con los dedos que quería tres bocadillos, a lo cual el chico se limitó a asentir y a prepararlos raudo. En breve, el joven se situó al lado de Graglia tras una carrera, entregándoles el pedido y deseándoles que disfrutaran de la comida tras Graglia pagarle.

Graglia abrió su bocadillo, al calamar entero a la brasa se le añadía una salsa amarillenta acompañada de aceite, ajo picado y perejil. Lo cierto era que a primera vista no era una imagen especialmente tentadora, sobre todo por los largos tentáculos. A pesar de ello, pegó un bocado, sintiendo el crujir del pan.

“¡Está delicioso!” Se limpió con la manga los restos de salsa antes de darle otro bocado, uno tan ansioso que no sería aprobado por los protocolos de palacio.

“Te lo dije.” Respondió la comerciante con la boca llena y varios manchurroneos de salsa recorriendo su barbilla. Después se giró hacia Gelegen. “Tú, pégale un bocado y deja de estar tan mustio.” Sus palabras se vieron acompañadas de un amistoso, aunque fuerte golpetazo en la espalda.

Con aquel gesto, Gelegen comenzó a comer, sin embargo, continuaba igualmente distante. Graglia no se atrevió a decirle nada, sabía que tal actitud era culpa suya. Gelegen le había confesado que la relación con su padre no era especialmente buena, no obstante, ante la falta de pistas en la búsqueda del asesino de Michia, había decidido visitarle en busca de su ayuda. Un gesto increíblemente loable, pero que tenía como consecuencia un gran dolor por parte de su amigo.

El carro seguía avanzando por la ciudad de Loin, sin embargo, ya se avistaba su final, en breve se toparían de nuevo con árboles a sus flancos en lugar de casas y comercios. Graglia culminó su bocadillo, lamiéndose los dedos para desprenderse de la pegajosa salsa.

“Gelegen, ¿no deberíamos apearnos aquí? Loin llega a su fin.” Preguntó Graglia.

Gelegen negó con la cabeza, señalando con la mano que debían seguir avanzando.

La comerciante, una vez habían salido de Loin, azuzó las riendas, provocando así que los caballos volvieran a retomar su rápida velocidad. Graglia ofrecía miradas cada poco tiempo a Gelegen, esperando una explicación que no llegaba.

“Es aquí.” Indicó Gelegen de repente.

Graglia frunció el ceño, se hallaban en mitad del bosque. “Pero ya hemos pasado la ciudad de Loin, estamos en medio de la nada.”

Gelegen no le respondió. Simplemente asintió a la comerciante, quien tiró de las riendas deteniendo a sus caballos. Éste bajó de un salto, realizó la reverencia Aqua agradeciéndole el haberles llevado y comenzó a andar, agarrándose el sombrero.

“¡Espera!” Dijo Graglia, saltando y corriendo tras él, luego se giró, “¡gracias por traernos!” Agradeció, luego corrió hasta situarse al lado de Gelegen, que caminaba cada vez más rápido. “Gelegen, por qué estamos en mitad de...”

No necesitó preguntarle, comprendiendo de súbito por qué se encontraban allí. Al fondo de aquel verdoso e inclinado camino se abría paso una fortaleza. Su muralla estaba construida en madera, la parte superior de cada tronco afilada en punta de manera que impidiera la entrada. Desde allí, solo dos estructuras sobresalían sobre la fortificación, un puesto de vigilancia y un edificio de techo negro.

“Espera, Gelegen, te agradezco mucho que me ayudes a dar con el asesino de Michia, pero es obvio que no te llevas bien con tu padre. Seguro que daremos con la forma de dar con el asesino sin que te veas en un apuro...”

Gelegen se limitó a agarrarse la solapa del sombrero, sin detenerse lo más mínimo.

Se acercaron a las altas puertas de madera, éstas cerradas. Gelegen se llevó ambas manos a la boca.

“¡Guardias!”

Esperaron un instante, tras lo cual apareció desde lo alto de la puerta una joven con casco y armadura.

“¿Quién va?”

“Me llamo Gelegen, he venido a ver a mi padre.”

“Oh, por favor, decidme que sois el hijo bastardo de ese idiota de Woru, sería un gran divertimento.” Tras su ocurrencia comenzó a reír con una risa de lo más estridente.

“Eh, me temo que no. Soy hijo del capitán.”

“¿El capitán tiene un hijo? ¡Esa sí que es una gran noticia!”

“¿Nos permitís el paso?” Solicitó Gelegen, su tono de voz ahora mucho más molesto.

“¡Claro que no! No puedo permitirle a cualquier patán acceso sin más simplemente porque afirme ser hijo del capitán.” Respondió indignada.

“¿Qué ocurre aquí?” Intercedió una segunda voz. Un instante después asomó su cabeza, un grueso soldado de tez muy blanca.

“Ese jovencito de ahí dice que es hijo del capitán, es imposible que el capitán tenga un hijo, ¿verdad?”

El orondo soldado se encogió de hombros.

“Háganse un favor y déjenos pasar,” medió Graglia, “no querrán que su capitán se entere de

que no permitieron a su hijo visitarle, dejándole a merced de estos peligrosos caminos.”

“Chico, quítate el sombrero.” Solicitó el soldado.

Gelegen así lo hizo, liberando así su rebelde cabellera dorada, luego alzó la cabeza para que le contemplaran bien desde su elevada posición.

“¡Pero si es igual que él, idiota!” Indicó con furia el soldado, reprendiendo a su compañera. “Abre las puertas inmediatamente antes de que el capitán nos cuelgue a ambos.”

Tras un fuerte estruendo, las puertas comenzaron a abrirse, permitiéndoles la entrada. Los dos soldados que les habían recibido se encontraban esperándoles en la entrada de la fortaleza.

“Disculpen a mi compañera, pero no debemos permitir que entre nadie sin autorización, no saben la de tretas que utilizan con tal de asaltarnos. Síguenme por aquí.”

Caminaron detrás del soldado, cuyo gran volumen corporal provocaba que caminara moviendo excesivamente los hombros. En su avance, Graglia examinó el interior de la fortaleza. Era ciertamente angosta, además del edificio de techo negro al que se estaban dirigiendo y la torre de vigía tan solo se observaba un pequeño campo de entrenamiento con varias balas de paja donde una veintena de soldados entrenaban luchando los unos con los otros y una caballeriza. Más allá de eso, lo único destacable era el río que se abría paso por una de las murallas y que recorría parte de la fortaleza hasta volver a salir por otro de los laterales de la fortificación.

Subieron por unas escaleras exteriores del edificio de techo negro hasta llegar a una segunda altura. La amplia habitación en la que se adentraron estaba repleta de papeles colocados en estanterías y mesas acompañados por varios candelabros considerablemente consumidos. Gestionando aquellos documentos, se encontraban varios soldados que, al ser todos de una edad ya bastante avanzada, debían haber sido retirados de sus labores como defensores del pueblo y habían sido relegados a tareas de carácter administrativo.

El soldado orondo les guió por la sala hasta una puerta situada al fondo, ante la atenta mirada de sus veteranos compañeros, que se habían detenido en sus trabajos ante la extraña visita.

“¿A dónde crees que vas, Teresten?” dijo una mujer, levantándose de su puesto y caminando hasta ponerse frente a éste. Sus arrugadas manos descansaban ahora en sus rollizas caderas, contemplando a su compañero con suma desaprobación.

“Estos jóvenes han venido a visitar al capitán.”

“Eso ya lo supongo.” Luego señaló con el dedo índice hacia el cinto de Gelegen, luego al de Graglia, “¿es que acaso eres ciego o solo tan estúpido como para permitir que se encuentren frente a nuestro capitán estando armados?”

“Éste es hijo del capitán.” Justificó Teresten, encogiéndose de hombros. “No creí que fuera necesario desarmarles...”

“¿Qué el capitán tiene un hijo?” Dijo extrañado un hombre de pelo blanco a un compañero que tenía a un lado, utilizando un tono más alto del que debería haber usado.

Por alguna razón, a Graglia no le extrañó que el padre de Gelegen fuera reservado, era obvio que su hijo había heredado aquella característica de algún lado.

“Como si es la mismísima reina, Teresten, las reglas son las reglas.” Continuó la soldado, “O entregan sus armas o no ven al capitán.”

Gelegen entregó su pistola a aquella severa mujer. Graglia echó mano a su cinto, palpando a Crystalline mientras se sentía reacia a deshacerse de su espada, sin embargo, un asentimiento por parte de Gelegen la llevó a ceder, entregando la espada sagrada. Tras desarmarse, el soldado los dirigió hasta la puerta, Graglia mientras tanto no paraba de mirar hacia atrás, descubriendo así que sus armas eran custodiadas en un armario situado justo detrás de donde la severa soldado se sentaba.

Teresten llamó a la puerta.

“Adelante.” Se escuchó.

El soldado posó su gruesa mano sobre el pomo de la puerta con sumo cuidado, abriendo así con delicadeza.

“Disculpad que os moleste, mi capitán,” dijo Teresten con voz temerosa asomando la cabeza, “pero ha venido un joven de visita que afirma ser vuestro hijo.”

“¿Qué diantres estáis diciendo? Yo no tengo ningún...”

Gelegen frunció el ceño y se adentró en el despacho a paso raudo antes de que terminara la frase.

“¿Se puede saber por qué nadie sabe que tienes un hijo, padre?” Le acusó ferozmente.

Graglia le siguió, entrando en la habitación en el momento justo para contemplar cómo el rostro del capitán palidecía al ver que Gelegen había ido a visitarle.

Era sorprendente su parecido, como estar ante una versión de Gelegen con treinta años más. El capitán tenía un semblante algo rudo, tosco, su piel ligeramente bronceada, su barba corta, aunque descuidada combinada con aquellos ojos inteligentes y una nariz ligeramente larga, una combinación que creaba un muy llamativo aspecto. Se trataba de un hombre extremadamente varonil, cuyo paso por la madurez acentuaba más si cabía su masculinidad. Graglia no pudo evitar preguntarse si Gelegen heredaría semejante apariencia en un futuro, un pensamiento que provocó que se ruborizara.

“Yo me encargo, Teresten, que nadie nos moleste.” Le indicó el capitán, con una mirada severa.

Aquel despacho estaba igual de abarrotado de documentos que la sala por la que acababan de pasar. No obstante, en la pared había un mapa de Loin y los territorios colindantes, en el cual había marcados distintos puntos. Conforme el soldado cerró la puerta, el capitán caminó hacia ellos con grandes zancadas, agarrando a su hijo del pescuezo y situándolo frente a la mesa.

“¿Se puede saber qué estás haciendo aquí, Gelegen?” dijo con una mezcla de reproche, furia y sorpresa.

“Yo os he preguntado primero, padre ¿cómo es posible que no sepan vuestros compañeros de mi existencia?”

“No digas tonterías, Gelegen, ya sabes que cualquier información que se disponga sobre uno puede ser utilizada en su contra. ¿Por qué diantres iba a desvelar que tengo una familia y ponerlos en peligro a ti y a tu madre? ¿Y acaso no es ese uno de mis sombreros?” Añadió el capitán con indignación.

Gelegen se llevó las manos a las solapas del mismo, “no, ¡ahora es mío!”

“¡Silencio! Y ponte firme, ¿es que acaso no te he enseñado modales?”

Ante aquellas palabras, Gelegen se puso tan recto como le permitió su espalda. Graglia también le imitó, sintiéndose igualmente afectada por aquel tono militar.

“¿Se puede saber qué estás haciendo aquí?” Exigió saber el capitán. Aunque la pregunta iba dirigida a Gelegen realmente la mirada de éste estaba más presente en Graglia, como preguntándose quién era y por qué motivo Gelegen la había traído hasta allí. De repente, sonrió. “¿O tal vez esta hermosa jovencita pueda ofrecirme la respuesta más fácilmente? ¿No estaréis aquí para comunicarme que voy a ser abuelo?”

“¡Ni pensarlo!” Intervino Graglia, molesta ante tan atrevida insinuación.

“Ya lo suponía, solo quería presenciar cómo mi hijo enrojecía. Aunque, veo que mis necedades os han incomodado a vos casi tanto o más que a él, disculpadme por mi torpeza. Y, ya que mi hijo no está haciendo uso de los modales que mi querida mujer y yo le hemos inculcado,

me presentaré, soy el capitán Yiulan.”

“Padre, ella es...”

Gelegen cesó en su presentación, pues su padre había alzado un dedo, instándole a que no le revelara su identidad. Mientras, su mirada se mantenía fija en Graglia, examinándola con rotunda atención. Avanzó con dos largos pasos, situándose frente a la princesa. Graglia sintió su penetrante mirada, observándola de arriba a abajo con un detenimiento absoluto. Percibía cómo su atención recorría su rostro, pasando por sus manos, sus gestos, sus ropas, su cuerpo. Durante un instante, se sintió completamente vulnerable, como si estuviera siendo leída como un libro abierto, era como si Yiulan tratara de descubrir la auténtica realidad de su ser, descartar todo lo falso y dar con su verdad.

Yiulan agarró a Graglia de las manos de manera cortés, aunque firme, examinándole las palmas y los dedos con detenimiento. Gelegen observaba la actuación de su padre con fijación, como buscando aprender de él. Ahora entendía de dónde Gelegen había obtenido su afilado olfato de cazador.

“No sois una campesina, eso es evidente. Todos estos ropajes no son más que una burda mentira, vuestros gestos son demasiado elegantes y refinados como para ser incluso hija de un burgués que os haya proporcionado una exquisita educación. ¿Noble?” Dejó caer. Graglia intentó no hacer ningún gesto, pero, tal vez involuntariamente, debió haber realizado cierto imperceptible movimiento en su rostro, pues Yiulan sonrió. “Parece que tampoco sois una noble y, si lo fuerais, formaríais parte de la familia Delorange, como poco. Tengo una respuesta, pero es demasiado improbable como para siquiera profesarla en voz alta.”

Gelegen sonreía con triunfo, notablemente contento de que su padre no hubiera acertado con su predicción. Se giró hacia Graglia.

“Adelante, dile quién eres.”

“Me llamo Graglia Dajalam.” Se presentó, seguida de una reverencia Aqua.

“¡Ja! ¿Parece que no lo habéis adivinado, eh, padre?”

Las burlas de Gelegen llegaron a su fin de manera inesperada. Su padre le había agarrado del gáznate, empotrándole duramente contra la pared.

“¿Qué estáis haciendo? ¡Soltadle!” Intervino Graglia, apurada ante tan abrupto cambio de actitud.

“¿Te parece divertido, Gelegen?” Le reprendió Yiulan con furia, “ayudar a una princesa a escapar de palacio, permitirle vagar por las peligrosas calles del Aquadom sin mayor compañía que un botarate con deseos de grandeza, ¿de verdad eres tan estúpido, hijo mío?”

“¡Fui yo la que le pidió ayuda!” Le reveló Graglia, “así que soltadle de una vez,” ordenó, alzando las manos, lista para recurrir al Kayta si fuera necesario.

Yiulan se quedó mirándola por un momento, buscando discernir en su rostro si sus palabras eran ciertas o simplemente estaba excusando a su hijo. Después soltó a Gelegen, quien cayó al suelo, tratando de recobrar el aliento.

“Entonces vos sois tan necia como él o incluso más.” Le reprendió furioso, señalándola acusadoramente con el dedo índice. “No sé qué deseos de aventura os han movido a considerar buena idea escaparos de palacio, princesa, pero esta farsa ha llegado a su fin. Se os escoltará hasta palacio y se informará a la reina de todo lo que ha ocurrido. Vos os ganaréis una merecida reprimenda,” después se giró hacia Gelegen, “y yo le suplicaré a la reina para que este necio no acabe en la horca. Decidme al menos que no habéis sido tan inepta como para haber traído la espada sagrada con vos.”

“Pues...”

Yiulan desapareció como un rayo por la puerta. En un instante, apareció de nuevo, “Poco tendréis que reinar si la perdéis.” Indicó, entregándole a Crystalline. La pistola de Gelegen, en cambio, la sostenía en sus manos.

“Señor Yiulan, aprecio su preocupación por mí, pero no soy ninguna damisela en apuros que requiera que nadie me lleve de vuelta a mi hogar como si me hubiera escapado por un mero enojo. Como supongo estaréis al tanto, mi hermana Michia fue asesinada, de lo que no estáis al corriente es de que mi madre no parece estar lo más mínimamente afectada por su muerte, pero yo sí pretendo vengarla.”

Tras aquellas palabras, Yiulan pareció mostrarse más comprensivo, por lo que procedieron a contarle con detalle el motivo de su viaje. Una vez había escuchado con atención toda su historia, el capitán miró a su hijo, resoplando.

“Sabes perfectamente que podría ayudarte a dar con el asesino,” dijo con una sonrisa, “pero algo me dice que harías todo lo posible para evitarlo, ¿no es así, Gelegen?”

“Así es, éste es mi caso y ya está prácticamente resuelto.” Afirmó con orgullo mientras se cruzaba de brazos enfurruñado.

“¿Entonces para qué habéis venido hasta aquí?” Preguntó. Su rostro esgrimió una sonrisa de superioridad, una que ponía latente que sabía de sobra el motivo que requería de su asistencia.

“Porque hemos perdido el rastro.” Desveló Gelegen, molesto.

La falta de claridad en su respuesta provocó que Yiulan levantara una ceja. Graglia, por su parte, se sentía nerviosa, no podía permitir que la disputa entre Gelegen y su padre se interpusiera en su misión.

“Necesitamos saber si el Mechuanos ha tomado algún otro camino.” Intercedió finalmente, “los soldados de palacio afirmaron que eran Mechuanos los que estaban detrás de la muerte de mi hermana, sin embargo, no parece que hayan realizado su Canto de Hazaña por ninguna de las ciudades por las que suelen recorrer hasta embarcar a su isla.”

Yiulan dio una sonora carcajada, “¿a eso lo llamas casi resuelto, hijo?” Se burló, negando con la cabeza, luego se giró hacia Graglia. “Es una locura lo que estáis haciendo. Poneros en peligro así... no tiene sentido alguno. Lo siento, princesa, pero no puedo tomar parte en esta barbarie, os asignaré una escolta y seréis devuelta de nuevo a palacio.”

Graglia abrió la boca, aquella decisión era entendible. No obstante, tenía que hacer todo lo que estuviera en su mano para hacerle cambiar de opinión.

“Gelegen, ¿me permites hablar a solas con tu padre?”

El indignado rostro de Gelegen desveló sus deseos de indicarle que no estaba conforme con tal sugerencia, no obstante, percibió el ruego en la mirada de Graglia. Finalmente, el joven inclinó la cabeza, desapareciendo tras la puerta.

“Podéis tratar de convencerme todo lo que queráis,” indicó Yiulan, cruzándose de brazos, “pero no existen palabras que me puedan hacer cambiar de idea.”

“No quiero hablar sobre mí y mi viaje de venganza.”

“¿Ah no?” Contestó, sorprendido de que así fuera.

“No, sino sobre Gelegen y sobre usted. Disculpad mi atrevimiento, pero vuestras habilidades y dotes de mando parecen estar muy por encima de su pertenencia a Guardia de la Ciudad, incluso a pesar de ser capitán, usted podría ser una respetada autoridad de la Guardia de Río y seguro que también de la Guardia del Mar. Mi capacidad de deducción se aleja mucho por la demostrada por su hijo o usted, así que, dígame, ¿qué es lo no soy capaz de discernir?”

Yiulan le ofreció una ingeniosa sonrisa, idéntica a la que había visto en Gelegen en más de una ocasión.

“No suelo contestar preguntas sobre mi vida personal. No obstante, sospecho que vuestro interés es consecuencia de una afectuosa preocupación por el bienestar de Gelegen, por lo que esta vez haré una excepción. En efecto, se me ha ofrecido en más de una ocasión formar parte de la Guardia del Mar, no obstante, he rechazado tal promoción tantas veces como ésta ha tenido lugar.

¿Por qué? Os estáis preguntando, ¿por qué conformarme con ser un pez atrapado en una diminuta pecera cuándo a uno se le entrega el inmenso mar? Porque esta pecera es mi hogar. Puede que os sorprenda, pero éste es un lugar despiadado, esta región, el reinado, el mundo en el que vivimos... está repleto de gente dispuesta a hacer daño, de la forma más macabra, más cruel que os podáis imaginar. Si continúo en este puesto, es porque desde aquí pretendo asegurarme de que la región donde viven mi hijo y mi esposa sean un lugar un poco mejor, uno donde pueda tratar de hacer que estén más seguros.”

“Entiendo. Tal vez no estaría de más que esto mismo se lo contarais a Gelegen, creo que vuestra capacidad de atención os habrá permitido daros cuenta de que os admira tanto como os echa de menos.”

Yiulan negó con la cabeza, tras lo cual pegó un profundo trago de vino. “Aprecio vuestra preocupación, princesa, pero no es tan sencillo.”

“¿No lo es?”

“No siempre se ha de hacer lo que uno desea, incluso aunque duela a nuestros seres queridos. Tenemos una obligación, una lucha por un bien mayor que, por mucho que nos pese, está por encima de los caprichos personales. Estoy seguro de que como futura reina podréis llegar a comprenderlo.”

“Lo entiendo, pero, ¿por qué no contárselo? ¿Por qué preferir que sienta cierto resquemor hacia vos al sentir que le habéis dejado de lado?”

“¿Cómo creéis que reaccionaría mi hijo si le contara esto, princesa? ¿Acaso no se sentiría culpable? Por mucho dolor que sienta mi corazón, éste no sería ni un ápice de la angustia que podría empañar mi corazón si les ocurriera algo.”

Graglia tragó saliva, consciente de que aquellas palabras eran un consejo que debía atesorar si algún día quería reinar con sabiduría.

“Hablar de asuntos personales me seca la garganta, disculpadme un instante.” Yiulan se levantó, extrayendo de un armario una botella y dos copas. La destapó, sirviendo dos copas, luego le ofreció una de éstas. Graglia la aceptó, más por una mera cordialidad que por apetencia. Lo cierto era que nunca había sido capaz de encontrarle la gracia al vino, siempre le había parecido que su sabor era especialmente agrio sin importar la cosecha o la uva.

“Es una porquería comparada con los excelsos vinos que de buen seguro habréis probado en palacio, pero es lo mejor que puedo ofreceros.”

La princesa bebió un trago de lo más escueto, simplemente por mera cordialidad. El vino se abrió paso por su boca, su tacto duro y tosco con un regusto amargo como colofón no fueron de su agrado, no obstante, hizo amago de todas sus fuerzas para tratar de no mostrar su aversión.

“Sabía que no os gustaría.” Dijo Yiulan, pegando un trago de su copa.

“Nunca he sido muy entusiasta del vino, solo he bebido por acompañaros.” Le reconoció. “Ahora que sé por qué protegéis a Gelegen sé exactamente por qué vais a dejarme continuar con mi viaje en busca del asesino de mi hermana.”

“¿Por qué?” Preguntó, en su rostro se advertía una marcada mueca de diversión, una que evidenciaba que éste esperaba ser testigo de cómo una joven princesa iba a intentar convencerle.

“Porque ese sentimiento de protección que mostráis hacia Gelegen y vuestra mujer, es

simplemente una coraza. Un blindaje con el que pretendéis que nadie haga daño a lo que más queréis. Precisamente porque existe semejante temor en vuestro corazón, estoy segura de que nada ni nadie os impediría cobraros venganza si alguien osara vulnerar a aquellos por los que tanto sacrificáis a cambio de ponerlos a salvo. Somos iguales, solo que mi coraza ya ha caído, yo no pude resguardar a Michia. Afirmad con la mano en el corazón que no haríais arder hasta último rincón del Aquadom si Gelegen fuera objeto de un crimen semejante, afirmadlo de buena fe y regresaré a palacio por mi propio pie.”

Durante un instante se mantuvieron en silencio. Yiulan simplemente la contemplaba, tratando de leerla de nuevo. Graglia se limitó a devolverle una rotunda mirada, una con la que esperaba le quedara bien claro que no existía la más mínima opción de volver a palacio sin haber ofrecido justicia.

Yiulan esgrimió finalmente una sonrisa, alzó su copa en señal de respeto, luego la dejó sobre unos documentos que, a juzgar por los manchurroneos de vino, ya habían sostenido aquella copa en anteriores ocasiones. Rodeó su mesa y abrió un cajón, extrayendo de éste un cofre de madera oscura.

“Parecéis ser consciente del peligro que corréis, así que no seré yo el que os impida continuar. Venid conmigo.”

El capitán salió de su despacho cargando el cofre bajo el brazo, descendió por las escaleras, seguido muy de cerca por Gelegen y Graglia.

“¿Qué ha ocurrido? ¿De qué habéis hablado?” Le preguntó Gelegen entre susurros mientras seguían a su padre. Graglia se limitó a responderle con un gesto, indicándole así que luego le contaría.

Caminaron por el terroso patio, hasta situarse al borde del pequeño río que se abría paso por una apertura del fortín. El capitán abrió el cofre y lo introdujo en el agua, al hacerlo, descubrieron que en éste se albergaban cinco zafiros anclados a la base del mismo. El agua empapó las piedras azuladas, ninguno de estos se iluminó, revelando así que no había ningún mensaje que escuchar. Acto seguido, Yiulan se arrodilló ante el cofre del agua, inclinándose hasta que sus labios se encontraran cerca de los zafiros.

“Asunto de extrema prioridad y urgencia. Requiero saber si ha habido algún acto vandálico proclamado por Mechuanos en las últimas semanas.” Tras sus palabras posó de nuevo el cofre sobre las aguas. Luego se giró hacia Graglia y Gelegen, “estos zafiros conectan con los responsables de todas las ciudades estratégicas que rodean palacio, están localizadas de manera que podamos disponer de información completa. Si ha ocurrido algún incidente con algún Mechuano sea donde sea lo sabremos.”

Graglia tragó saliva. Ahora solo tenían que esperar.

## 15. Esperar

Se había hecho de día. Graglia había dormido en la habitación de Yiulan, mientras que éste y Gelegen se habían hospedado en una de las diferentes habitaciones destinadas a los soldados rasos. El catre del capitán era bastante cómodo, no obstante, no había podido pegar ojo, ¿cómo hacerlo? Yiulan había solicitado a sus informadores si el Mechuano había realizado el Canto de Hazaña por cualquier otra ruta, una información crucial que confirmaría de manera prácticamente absoluta si realmente tenían alguna pista a la que aferrarse.

*Y si no lo ha hecho...* Negó con la cabeza, sin siquiera querer plantearse lo horrible que sería que tal fuera el caso. Debía mantenerse positiva, esperar que el Mechuano hubiera tomado otro camino, uno que seguirían en cuanto uno de los informantes del capitán Yiulan se lo comunicara.

*Toc, toc.*

“Graglia, ¿estás despierta?” Se escuchó al otro lado de la puerta. Era la voz de Gelegen.

Se apresuró a vestirse con sus ropas de campesina, colgarse a Crystaline del cinto y a abrir la puerta con rapidez. No necesitó preguntarle si había alguna novedad, consciente de que era demasiado pronto, Yiulan les había dicho que sus soldados les avisarían en cuanto todas las regiones les hubieran informado.

“Ven, vamos a desayunar.” Le propuso Gelegen.

No podía tener menos hambre, pero era consciente que el comer o no hacerlo no iba a conllevar que tuvieran noticias más pronto, por lo que siguió a Gelegen hasta una habitación contigua bastante pequeña donde se encontraba Yiulan ya sentado y completamente vestido con su uniforme azulado. Éste estaba tomando su desayuno en una mesa con un mantel amarillo donde, además de varios platos con distintas opciones de alimentos y una humeante tetera, se hallaban ciertos documentos en los que el capitán centraba su atención. Gelegen se sentó al lado de su padre, cogiendo un trozo de pan de corteza grisácea de los muchos que había en una cesta de mimbre, luego tomando un cuchillo para cortarse una generosa porción de un queso amarillento con agujeros.

“Buenos días, princesa, espero que hayáis descansado bien.” Dijo Yiulan, sin despegar la vista de sus documentos.

“No ha sido mi mejor noche.” Reconoció.

“Comed un poco.” Le propuso, señalando hacia la tabla de quesos que había en la mesa.

Graglia ni siquiera se movió de debajo del marco de la puerta. Estaba demasiado nerviosa, demasiado ansiosa por tener respuestas.

“Comprendo vuestra impaciencia, princesa.” Yiulan acompañó sus palabras con una mirada de compasión. “No obstante, a veces es útil mantener la mente ocupada mientras se espera, todo pasa más rápido. Así que comed y esperad a que mis soldados nos informen.”

Aunque reacia, Graglia acabó sentándose en la silla que se situaba frente al capitán. Se inclinó ligeramente y tomó un trozo de queso, éste amarillento y con un olor fuerte, luego aceptó el trozo de pan que Gelegen le ofreció. Mientras tanto, el capitán levantó una tetera, sirviendo a Graglia un poco de té anaranjado.

“Padre, ¿me devuelves la pistola?”

El capitán Yiulan apartó los documentos, desvelando así que debajo de estos se hallaba la misma.

“¿Te refieres a esto?” Le respondió.

Gelegen se inclinó hacia adelante, intentando cogerla. Sin embargo, su padre le pegó un manotazo, después fue éste el que tomó el arma, examinándola con extremo interés. Fue entonces cuando se percató de la munición que utilizaba, su rostro desencajándose por completo.

“¿Vulcanita? ¿Acaso eres tan idiota? ¡Es un mineral especialmente peligroso! Y, por si fuera poco, si la vulcanita no te mata, lo harán otros al descubrir que la has utilizado ¡está prohibido su uso en el reinado!”

“¡La necesito para continuar la misión!” Respondió Gelegen con indignación, arrebatándole su preciada arma.

Concluyeron el desayuno prácticamente en silencio, luego se desplazaron hasta el despacho de Yiulan. Gelegen y Graglia se encontraban ordenando unos documentos que registraban el número de muertos por región y que tenían que ordenar alfabéticamente según su apellido. Era una tarea sencilla y monótona, una que estaba segura les había encargado con el mero hecho de mantenerlos ocupados para que así no estuvieran nerviosos durante la espera y, de paso, que su presencia no entorpeciera sus labores como capitán.

Tras una eterna mañana, al menos para Graglia, llamaron a la puerta. Gelegen y Graglia cesaron en su tarea de manera inmediata, mientras que Yiulan se levantó y caminó hacia la puerta. Uno de sus soldados apareció, susurrándole al oído. Graglia observaba el rostro de Yiulan con suma atención, tratando de discernir el más mínimo gesto que le anticipara cual había sido el resultado de aquella búsqueda. No obstante, el temple del capitán era absolutamente sereno, la faceta de un hombre experimentado que había vivido todo tipo de escenarios. Finalmente, Yiulan agradeció al soldado la información, cerró la puerta y caminó hacia ellos.

“Ni rastro de los Mechuanos, princesa.” Le informó, cruzándose de brazos. “No ha habido ni una sola ciudad asolada por los habituales actos vandálicos de estos en su camino de vuelta a su isla.”

Aquella confirmación fue como recibir un cubo de agua helada. El fino hilo que justificaba su viaje se había roto, ya no había argumento alguno al que aferrarse para continuar en la búsqueda de Michia. Sintió sus piernas desfallecer, hasta el punto que tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla para no caer al suelo.

“¿Es... es posible que hayan actuado de otra manera?” Consiguió decir con extrema dificultad.

“Improbable, casi diría que imposible.” Respondió Yiulan. “No tendría sentido que un Mechuano acabara con la vida de una princesa Dajalam y no realizara el Canto de Hazaña, al fin y al cabo, y con vuestro perdón, es probablemente el mayor hito jamás logrado por un Mechuano.”

Graglia se giró hacia Gelegen, esperando que su afán por probar su valía frente a su padre le instara a indicarle que no estaba en lo cierto. Sin embargo, éste, al percibir su mirada, se limitó a asentir.

“¿Y ahora qué?” Proclamó Graglia en voz alta. Realmente no buscaba una respuesta, simplemente había promulgado sus pensamientos a consecuencia de la frustración.

“Es hora de volver a casa, Graglia.” Contestó Gelegen, ofreciéndole una apenada mirada.

“Es lo mejor que podéis hacer, desde luego.” Mientras Yiulan hablaba se dirigió a su mesa, abrió un cajón y tomó algo, luego cogió una pluma blanca de encima de su mesa, cuya punta introdujo en el tintero, la mojó tres veces y comenzó a escribir en un trozo de pergamino. “Soy consciente de que no aceptaréis que ni yo ni ninguno de mis soldados os acompañen, así que confío en que mi testarudo hijo sea tan audaz en ayudar a que regreséis a salvo como lo ha sido acompañándoos en este peligroso viaje.” Tras estas palabras, dejó la pluma donde la había cogido y rodeó la mesa, acercándose a Graglia.

*No hay Mechuario, no puede ser...* Seguía pensando, sin ser capaz de concebir que tal hubiera sido el caso. Yiulan la tomó de la mano, y le entregó un abultado bolso de cuero grisáceo y un pequeño trozo de pergamino en el cual se plasmaba la elegante y elaborada firma del capitán.

“Ese dinero os permitirá que vuestra vuelta sea más digna,” le indicó Yiulan, “aunque todavía lejos de la dignidad que merece alguien de vuestro linaje. Con mi firma se os permitirá tomar dos caballos de nuestra caballeriza, al menos permitidme seros de asistencia de ese modo.”

Graglia se quedó observando aquel pergamino, sin atreverse a moverse, ni siquiera a levantar la cabeza. Consciente de que, en cuanto lo hiciera, su viaje en busca de venganza habría llegado a su fin.

\*\*\*

Cabalgaban en silencio, siendo azotados por la insistente lluvia y acompañados de truenos y relámpagos constantes. Su mente se veía sumida en la más pura negatividad. Por fin disponían de monturas para desplazarse más rápido y no era para otro motivo que para volver a casa, con las manos vacías, sin vengar a Michia, simplemente una vuelta completamente deshonrosa. Graglia estaba al borde del llanto, su búsqueda había concluido, no tenía el más mínimo detalle al que aferrarse, sin ningún rastro de los Mechuanos que le permitieran continuar en lo que ya consideraba una búsqueda a la desesperada. En aquel punto, ni siquiera se atrevía a afirmar que el incidente en la capilla fuera realmente obra de un Mechuario, ¿cómo iba a ser así si estos no habían realizado su peculiar Canto de Hazaña? Se percató de las consecuencias que implicaba tal posibilidad, ¿tal vez los soldados de palacio se habían equivocado en sus conclusiones? Se giró hacia Gelegen.

“Es posible que no se equivocaran,” dijo Gelegen, adivinando lo que iba a plantearle. “Simplemente buscaron un chivo expiatorio, alguien a quien echarle la culpa y así dar por cerrado el asunto. Permíteme explicarme, cuando era pequeño jugaba mucho con un chico de una casa cercana, Tímory. Él y yo corríamos por los campos, bajábamos por barrancos, nos tirábamos al barro... No había día en el que mis ropas no acabaran hechas jirones, tal vez solo increíblemente sucias en el mejor de los casos. Mi madre, obviamente, no veía con buenos ojos el que reapareciera por casa con la ropa andrajosa, por lo que, para no ser castigado o llevarme una merecida bronca, acusaba a Tímory, le mentía a mi madre indicándole que era él quien me llevaba a realizar aquellas actividades.”

“¿Y tu madre te creía?” Preguntó, apartándose un mechón de pelo empapado de su rostro.

“Por supuesto. Esa es la cuestión. Me creyó porque quería que así fuera, porque no quería aceptar que su hijo era un completo desastre, para ella era más fácil vivir en la mentira de que era otro el que influenciaba a su inocente hijo. Lo que pretendo decir con esta historia es que los Mechuanos y los Fireos parecen ser el Tímory del Reinado del Agua, cuando ocurren asuntos que no sabemos siquiera cómo han sucedido o cuando no queremos reconocer nuestras propias vergüenzas, les culpamos a ellos.”

Graglia asintió. Tenía sentido. Era una fórmula vil y retorcida, pero, por desgracia, sabía que era posible. Echando la vista atrás, había escuchado incontables ocasiones en los que se había echado la culpa a los Fireos de incidentes en los que era hartamente improbable que estuvieran implicados. Se sintió abrumada, hasta el punto que sus fuerzas desfallecían por momentos.

*Te he fallado, Michia...*

Recordar a su hermana le hizo pensar que al menos debía continuar con su pequeño homenaje. Era lo menos que podía hacer.

“Me gustaría visitar la catedral de Composta, así podré rezar por Michia allí.” Dijo con

resignación. Era un pequeño desvío, ciertamente se encontraban muy cerca de la ciudad.

“Oh, sí, manchar de sangre a todas las sirenas de piedra con las que nos crucemos no era suficiente pérdida de tiempo, qué menos que rezar en una catedral también.” Indicó, con tono cínico mientras su vista miraba al horizonte.

Graglia apretó los dientes ante tal comentario. Sabía que era una broma, una de las muchas impertinencias de Gelegen, una no más molesta e irritante de las varias que había ofrecido hasta entonces. Del mismo modo, era consciente de que con aquel comentario irónico no pretendía nada más que meterse con ella. De lo que Gelegen no se había percatado era que había escogido el peor momento posible para su burlón comentario. Graglia tiró fuertemente de las riendas, tan bruscamente que su caballo se detuvo en el acto a la vez que promulgó con un sonoro relincho su indignación ante tal rudeza.

“¿Sabes qué, Gelegen? Creo que es hora de que nuestros caminos se separen.” Dijo con extrema seriedad.

“¿Qué?” Respondió, deteniendo también su caballo sin poder creer lo que estaba escuchando, entonces abrió la boca, como pareciendo entender. “Graglia, solo era un estúpido comentario de broma, yo...”

“¡No quiero escuchar ninguna de tus palabras, Gelegen!” Gritó furiosa, sentía sus mejillas arder, su corazón latir con fiereza fruto de la rabia que la había poseído. “Puedo soportar tu desdén por la realeza, incluso puedo llegar a permitir que no creas en el Aqua Deus, ¡pero sabes que quiero visitar las sirenas sagradas en honor a Michia! ¡Y parece que a tu impertinente mente atea no le cabe en la cabeza lo que es el ofrecer respetos a un ser querido!”

Durante un instante, Gelegen abrió la boca, su rostro repleto de preocupación mientras parecía tratar de dar con una respuesta adecuada. Sin embargo, se ensombreció de súbito, frunciendo el ceño.

“¡Está bien! Me voy, no quiero saber nada más de princesas desagradecidas.”

Graglia fue a contestarle, sin embargo, antes de que pudiera hacerlo, Gelegen espoleó su caballo con saña, provocando que se desvaneciera tras la intensa lluvia.

## 16. Rezos desatendidos

Su sangre empapó el rostro de piedra de la sirena, o más bien lo que quedaba de éste. De todas las estatuas que había ofrendado, era sin duda la más aquejada por el paso del tiempo, el vandalismo o tal vez por una combinación de ambas. Era un diseño estremecedor, parte de la cara de la sirena estaba cubierta por sus manos, observándose una mueca de terror en su expresión causada porque a su alrededor dos enormes perros en roca gris la asaltaban con extrema fiereza. Si ya la escena que presentaba la escultura era siniestra, lo era todavía más al estar uno de los brazos de la sirena destruido del hombro al antebrazo, como también parte de su costado, dotándola así de un aspecto decadente, ahora todavía más al haber manchado su rostro con su sangre.

La placa de piedra bajo la estatua tenía el escrito de *Tae Ferae* en letras mayúsculas esculpido en ella, ésta no estando exenta de tal decadencia. Mostraba un fuerte desgaste, Graglia no era ni mucho menos experta en captar detalles como Gelegen, pero algo le decía que la placa había sido golpeada con algún objeto afilado repetidas veces, tal vez el grabado había sido víctima de una ira incontenida a consecuencia de anunciar en su mensaje que se debía tener fe... ¿una mente abatida por la pérdida que no encontraba consuelo en ésta tal vez? No era poca la gente que no creía en el Aqua Deus, incluso había quien despreciaba la religión Aqua. Su reflexión la hizo fruncir el ceño, recordando a alguien que encajaba perfectamente en tal descripción.

*Gelegen... ese idiota metomentodo, tenía que abrir su boca...* Pensó con rabia. Reflexionando, tal vez había sido demasiado dura con él. Simplemente aquel bocazas había escogido el peor momento para realizar uno de sus impertinentes comentarios.

Tras ofrecer sus respetos a la sirena, vagó por las calles empapadas de Composta. Había dejado de llover, aunque el cielo continuaba de un tono gris de lo más que negruzco con el que parecía querer advertir que podría bendecirles de nuevo con sus aguas en cualquier momento. Composta era un lugar que, aunque alejado de la espectacular Vaena, emitía cierto encanto a través de aquellos techos rojizos sobre los edificios de roca amarillenta. Se trataría de un lugar hermoso, digno de admirar en todo su esplendor, si no fuera porque en aquel momento el ánimo de Graglia le impedía discernir el más mínimo ápice de belleza en un mundo en el que no solo había perdido a una hermana, sino que ni siquiera podía ofrecerle justicia.

Vagó por las anchas calles adoquinadas repletas de charcos, no montaba en su caballo, sino que caminaba mientras guiaba su montura tomándola de las riendas. No tenía prisa, en absoluto, la alternativa a dejarse perder por aquella ciudad era retomar un camino de vuelta a casa que le olía a derrota y humillación.

“¿Quiere que le limpie las botas?” Le propuso un niño de no más de ocho años de edad. Su rostro era sorprendentemente armonioso, a pesar de estar repleto de una sustancia negruzca, podía percibirse su belleza.

Graglia sonrió, echó un vistazo a su calzado, era cierto que éste estaba repleto de barro, aun así, negó con la cabeza. “No, muchas gracias,”

“¿Tal vez podría cuidar de su caballo mientras visita nuestra espectacular catedral?”

Graglia alzó la vista, descubriendo que sus pasos le habían llevado hasta la popular catedral de Composta. Su altura era imponente, el nivel de detalle que recorría toda la fachada con delicados tallajes se veía culminada por la inclusión de varias sirenas en la parte superior de la estructura. Los ventanales eran igualmente impresionantes, combinando ojos de buey con enormes arcos

polilobulados que permitían el acceso de una gran cantidad de luz al interior. Se trataba de un estilo arquitectónico que Graglia, a falta de una palabra mejor, solo podía definir como sumamente hermoso y detallado, pero abarrotado hasta el punto de ser apabullante.

“¿Y bien?” Le preguntó el jovencito.

“De acuerdo, cuida de mi caballo.” Accedió, entregándole las riendas. Graglia hizo amago de marcharse hacia la catedral, sin embargo, se percató de que el jovencito tenía una mano extendida. “Oh, pago por adelantado, ya veo.” Comprendió, extrayendo del bolsito de cuero gris que le había dado Yiulan una moneda de cobre y entregándosela. “No tardaré mucho.”

Se adentró en el majestuoso edificio a través de su impresionante pórtico central. La entrada disponía de tres puertas enormes en madera gris, sobre cada una de las cuales había un arco, la puerta de en medio era la única que gozaba de un tímpano donde se erigían varias pequeñas estatuas de sirenas saltando sobre el mar.

Necesitaba rezar, como también requería de un lugar donde estar tranquila, aislada de todo, para así sumirse únicamente en sus sombríos pensamientos.

Conforme accedió a la catedral, la azotó el característico olor a cerrado y humedad tan común en las iglesias Aquas, consecuencia del gran uso del agua que se utilizaba en la base de todas las esculturas que allí se albergaban. La catedral de Composta era una de las más impresionantes y populares, tal vez solo sobrepasada por la Sacre Fomua, su dimensión era tal que disponía de varias capillas rodeando su nave central.

Caminó por el marmolado suelo blanco, un pasillo que dirigía a la nave central y que en su final mostraba una pila de agua en piedra tan blanca que parecía ofrecer luz propia. Graglia untó los dedos en sus aguas y se llevó sus yemas mojadas al corazón. Luego comenzó a caminar, sus pasos haciéndose eco en unas estancias que parecían infinitas.

El interior de la catedral era ciertamente impresionante, las edificaciones religiosas de las ciudades santas eran especialmente majestuosas. Las columnas se extendían hasta el elevado techo, retorciéndose sobre sí mismas y concluyendo en lo alto con un capitel adornado en tres espirales que pretendían asemejar olas rompiéndose en la costa. Los techos abovedados cubiertos con cristales azules dotaban a la estancia de un color mágico, como si se tratara de un cielo inmenso. Aunque lo más impresionante era aquella gigantesca estatua en madera oscura que se abría paso en el fondo del altar, una asombrosa y detallada escena de una sirena de un tamaño titánico que tomaba la mano de un hombre el cual se llevaba una mano al rostro, asemejando así una desolación absoluta.

Más allá del asombroso altar, en la nave central se hallaban dos extensas hileras de bancos en madera azul oscuro. Graglia se sentó en la segunda fila, en el extremo del banco en la parte central. Tal vez era porque era muy pronto, pero, salvo ella, allí solo se encontraba un hombre anciano en la parte del fondo, sumido en sus rezos.

Inspiró hondo y cerró los ojos. Había recurrido a todas las herramientas que estaban en su mano para tratar de ofrecer justicia a Michia, era hora de apelar al único recurso al que todavía no había recurrido.

“Aqua Deus,” rezó en voz baja, “no permitas que mi camino se pierda. Una de las descendientes de Dajalam murió y yo busco resarcir su muerte. Ofreceme una señal, cualquiera a la que pueda aferrarme para no tener que volver a casa sin nada...”

De repente, sintió algo frío impactar en su rostro, aquello lo extrajo de sus rezos de forma brusca, se giró, ¿de verdad había solicitado una señal al Aqua Deus y éste le había respondido de una manera tan inmediata y evidente? Alzó la vista rápidamente, su corazón latía con intensidad, buscando con ansias aquella señal. Sin embargo, lo que se encontró fue a un viejo sacerdote de

larga sotana azulada, labios arrugados y espalda curvada que con su hisopo esparcía agua alrededor de la estancia para así bendecirla.

*No es una señal...* Se pasó la mano por la cara para secarse las frías gotas de agua. Se sintió inmensamente estúpida, enfadada consigo misma por haber creído de verdad que sería tan sencillo, que el Aqua Deus simplemente respondería a sus plegarias y le brindaría un camino directo hacia el asesino de Michia.

Justo en ese momento, la puerta de la Iglesia se abrió con un gran estruendo, tan bruscamente que al sacerdote se le cayó el hisopo al suelo, con tan mala suerte que dicha herramienta se abrió, derramando toda el agua por el suelo de mármol. Una joven apareció corriendo desbocada en dirección al sacerdote.

“¡Piedad! Por caridad, un poco de ayuda.” Clamó la joven, sus pasos raudos haciéndose eco en la silenciosa catedral.

Era una mujer bajita, su pelo increíblemente estrafalario, corto por un lado y largo por otro.

*Una taysee*, asumió Graglia.

“¡Por favor, ayudadme, Padre! ¡Se va a morir!” Indicó, arrodillándose a los pies del sacerdote.

Éste respondió a sus súplicas con una violenta patada, una tan dura y acompañada de una mirada tan severa que la joven gimió de dolor mientras observaba con temor al sacerdote.

“¡Largo! ¡Fuera de aquí, escoria!” Rugió el sacerdote, agachándose lentamente apoyándose en uno de los bancos que tenía al lado para empapar las mangas de su ancha túnica con el agua que se había derramado.

“¡Solo pido un poco de agua bendita para mi hermano! Está muy enfermo, a punto de morir...” Aquellas últimas palabras fueron emitidas con semejante angustia que fueron prácticamente ininteligibles, la taysee estaba ahora llorando a mares, descompuesta en el dolor de perder a su ser querido y no poder siquiera ofrecerle agua bendita para que sus restos alcanzaran el mar.

“¡He dicho que largo de este lugar sagrado!” Ordenó el sacerdote con malas formas, sin siquiera dignarse a mirarla.

“Pero...”

“¡Fuera ahora mismo si no queréis que haga llamar a la Guardia del Templo y os encierre por siempre en la Prisión Eclesiástica!”

Ante semejante amenaza, la joven taysee se dio la vuelta, rota en llanto mientras se dirigía corriendo a la salida. Graglia siguió a la joven con la mirada hasta perderse por la puerta, después se puso de pie, encarándose hacia el sacerdote.

“¿Es que acaso no vais a ofrecerle ayuda?” Le reprendió. “¡Esa joven estaba necesitada de consuelo y agua bendita y vos le habéis rechazado ambas! ¿Cómo osáis comportaros así mientras representáis a la Iglesia del Agua? ¡Sois una vergüenza para la organización que os escogió como representante de esta catedral!”

El sacerdote la miró con furia, “¡Bah!” Se limitó a contestar, realizando un gesto de indignación con la mano. “¡Fuera de aquí o haré que seáis vos quien sufra la ira de la Guardia del Templo!”

A Graglia le hubiera encantado dejarle bien claro todo lo que pensaba de su despreciable actuación y del flaco favor que hacía a la noble organización religiosa a la que representaba comportándose así. Sin embargo, en su lugar, salió corriendo detrás de la taysee, ignorando los molestos reproches del sacerdote por correr dentro de la catedral. Salió por la puerta y miró hacia un lado y a otro. No necesitó seguir corriendo, pues la desolada taysee se encontraba en la esquina de la catedral, arrodillada en el suelo en un mar de lágrimas.

“Disculpad, tal vez yo pueda ayudar a vuestro hermano.” Le indicó. “Conozco métodos de curación muy avanzados.”

La taysee alzó la cabeza cesando en su llanto, observaba a Graglia como quien contemplaba un milagro.

“¡Oh, alabado sea el Aqua Deus! Sí, por favor, ¡ayudad a mi hermano! Curadle sea como sea, os lo ruego.” Tras sus esperanzadas palabras se puso de pie, caminando rauda.

Avanzaron por varias calles, Graglia poco a poco se percataba de cómo se alejaban del centro de la ciudad, para finalmente salir por una de las salidas de Composta y comenzar a caminar por una montañosa colina. Era obvio que la taysee estaba acostumbrada a tal accidentado terreno, avanzando por éste con suma gracilidad, mientras que para Graglia se estaba tornando complicado, sentía sus mejillas arder por el esfuerzo de la subida.

“¿De qué clase de herida se trata?” Le preguntó entre jadeos, se agarró a un arbusto de tallo grueso para poder subir por la encrespada cuesta, intentando seguir el frenético ritmo de la taysee.

“Es... delicado.” Se limitó a decir.

Graglia no preguntó más. Llegaron a una especie de poblado, si es que podía llamarse así. Aquellas casas de madera estaban absolutamente destartaladas, sus tejados y paredes totalmente irregulares, como si hubieran tomado trozos de madera de un lado y de otro y las hubieran unido de cualquier modo con tal de crear algo que se pudiera parecer a una casa. En un descampado, varios niños jugaban a perseguirse los unos a los otros en el barro, escurriéndose entre varios carros con ruedas rotas que estaban repletos de todo tipo de enseres, en lo que parecía un improvisado almacenamiento de cacharos viejos, oxidados y rotos que iban desde palas, cazuelas, hasta destrozadas máquinas de coser.

Conforme más se adentraba en aquel poblado, su instinto le advertía con creciente insistencia de que tal vez podía ser una trampa, que existía la posibilidad de que no hubiera ningún hombre enfermo y que todo fuera una treta por parte de aquella joven para llevarla a su terreno y asaltarla. Sin embargo, quería confiar en que la tristeza de la muchacha era sincera. Mostraba un enorme pesar por su hermano, por su posible muerte, y ante semejante dolor Graglia no podía más que sentirse plenamente identificada.

En su avance percibía cada vez más rostros observándola. Desde los callejones, desde las ventanas de sus destartaladas casas. Todo eran taysees, gente bajita, con peinados de lo más agresivos, siendo común en ellos el lucir parte de sus cabelleras rapadas. La observaban con una mezcla de alerta, desconfianza y confusión ante su presencia.

“Es aquí,” indicó la joven, “esperad, le hablaré de vos para que vuestra presencia no le altere, está muy débil.”

La taysee abrió la carcomida puerta, provocando un sonoro *creek* de lo más molesto. Graglia esperó de brazos cruzados, mirando a un lado y a otro. Se sintió todavía más observada si cabe, se giró hacia un retorcido árbol completamente falto de hojas, percatándose de que en una de las ramas más altas se situaba un niño de no más de seis años de edad en paños menores mirándola. Le saludó con el gesto en la mano, a lo que él se agazapó y le miró con ojos repletos de desconfianza.

*Creek*, se oyó, instantes antes de que la joven apareciera de nuevo, ahora con una mueca de horror en su rostro.

“¡Está a punto de desfallecer! Por favor, apresuraos, salvadle, os lo ruego con todo mi corazón.” Con un gesto, la taysee la invitó a entrar en la casa.

Graglia se adentró rauda, siguiendo a la taysee. El espacio era reducido, su decoración era

extraña y arbitraria, en la pared estaba colgado una especie de manto con más colores que el arcoíris mientras que en una esquina se situaba sobre una mesita con un pequeño mantel una sirena en jade. En medio de la estancia se encontraba, sobre una cama, el hombre al que había accedido a asistir.

Graglia se llevó las manos a la boca. Aquel hombre estaba de cintura para abajo desnudo, sus partes íntimas cubiertas por un paño blanco que tenía un tono oscuro fruto de la sangre que estaba absorbiendo. Era una visión de lo más impactante, su tono de piel era amarillento, sus ojos entrecerrados, mirando de un lado a otro balbuceando palabras completamente ininteligibles.

Se giró hacia la taysee, “¿qué le ocurrió a vuestro hermano?” Al percatarse de que ésta no parecía muy dispuesta a revelarle lo ocurrido se apresuró a continuar, “necesito saberlo para poder curarle debidamente.”

La taysee asintió. “Josirin fue lo suficientemente estúpido y pecador como para ponerse a mear en un río a plena luz del día.” Confesó, mostrándose sumamente abochornada.

*¿Realizó sus necesidades en un río? Semejante barbarie...* Graglia sintió un escalofrío. El agua de los ríos y mares era venerada por los Aquos, atreverse a orinar en ellas era una falta más que grave. Era consciente del precio a pagar por un pecado semejante, cortar el miembro viril de quien osara perturbar la claridad de las aguas Aquas de la forma más impura y aberrante.

Graglia observó cómo la taysee iba a tirar del paño y mostrarle la herida. “¡Esperad!” Solicitó rauda, requiriendo de al menos un instante antes de contemplar el miembro amputado de aquel hombre. Sin embargo, la taysee ya había tirado del paño, descubriendo la herida.

“Éste es el resultado de su afrenta al Aqua Deus.”

El rostro de Graglia pasó a exhibir una sucesión de muecas de dolor, repugnancia y sorpresa en cuestión de segundos. La zona estaba amoratada, ensangrentada e hinchada, ofreciendo una visión grotesca. Sin embargo, para su gran suerte y la de aquel hombre, no era su miembro cercenado lo que estaba contemplando, el cuál había sido debidamente tapado con una gasa, sino una horrible herida que atravesaba toda la ingle y que supuraba a través de los irregulares puntos para suturarla. El olor se hizo considerablemente más notable ahora destapado, era un pestazo a enfermedad, uno que advertía de la cercanía de su muerte.

“Josirin pudo esquivar el ataque en un último instante, lo suficientemente al menos para proteger sus partes más íntimas, aun así, la herida que sufrió le está matando.” Se giró hacia Graglia, su rostro roto. “¿Podéis curarle?” Su voz se había tornado en una desgarrada plegaria.

Graglia asintió, la herida era profunda y tenía un aspecto horrible, pero tenía fe en los poderes curativos de Crystaline. “Pero necesito que nos dejéis a solas.”

La joven asintió varias veces. Luego la abrazó con fuerza, propinó un vigoroso beso a la sudorosa frente de su hermano y finalmente desapareció por la puerta.

Graglia desenvainó a Crystaline. El taysee comenzó a retorcerse, su mente febril recurriendo a los más puros instintos de supervivencia al presenciar un arma cerca de su indefenso cuerpo. La hoja comenzó a emanar agua.

“Esto os escocerá...” ni siquiera se atrevió a mentirle diciéndole que solo dolería un poco, consciente de que en aquella delicada zona el dolor que le causaría la curación sería insoportable.

Situó la punta cerca de la zona afectada, inclinando la muñeca para así permitir que las gotas de agua se acumularan en el filo hasta atreverse a adentrarse al vacío. Un grito de extremo dolor invadió la habitación. Graglia se apresuró a envainar la espada para así agarrar firmemente a Josirin de los hombros, impidiendo así que se irguiera como respuesta al agonizante dolor.

“Aguantad un poco,” le urgió, esforzándose por controlar sus bruscos movimientos, “el dolor es solo el camino hacia vuestra curación, debéis ser fuerte.”

Josirin hizo caso omiso a sus palabras. Se retorció, apretaba los dientes gritando mientras sus pies golpeaban con dureza el colchón sobre el que yacía.

Graglia se limitaba a esperar, sosteniéndolo de los hombros como podía, luchando contra los instintos de Josirin de inclinar su torso para aliviar el dolor de algún modo. Comprendía el proceso por el que estaba pasando su cuerpo, la carne cortada se estaba uniendo, un proceso en el cual debían saltarse todos y cada uno de aquellos puntos, el pus debía desvanecerse hasta desaparecer por completo. Esgrimió una mueca de esfuerzo mientras seguía sosteniéndole, intentando contener como podía los embistes de Josirin en pos de liberarse de su agarre y hacer frente al dolor. No le era tarea sencilla, a la fuerza descontrolada de aquel taysee se le unía su abrumador sudor febril, que le empapaba las manos hasta el punto de que le era difícil no resbalarse, todo el cuerpo de Josirin estaba goteando fruto de la extrema angustia a la que se sometía, si ya un mero cortecito curado con la espada provocaba un ligero pinchazo, no quería imaginarse lo que tenía que estar soportando.

Entonces los quejidos de Josirin cesaron, dejó de retorcerse, en su lugar éste respiraba entrecortadamente sin moverse ni un ápice, como exhausto por el proceso de curación. Su rostro, con chorretones recorriéndole la cara y su pelo empapado pegado a la frente, parecía haber recobrado la normalidad. Se mostraba lúcido a la vez que confuso, muy alejado de la mirada febril y perdida que había mostrado a su llegada.

“Ya está, estáis curado.” Le indicó. Soltándole por fin de los hombros, luego se secó sus pringosas manos del sudor de Josirin en sus pantalones.

El taysee inclinó su torso rápidamente hacia adelante contemplando la mortal herida, descubriendo impresionado como su ingle había vuelto a ofrecer un aspecto razonablemente saludable. Los puntos habían caído, la carne se había unido de nuevo. Había tenido suerte, Crystalline no era capaz de regenerar partes del cuerpo, simplemente podía unir partes, cualquier cercenación que pudiera haberle ocurrido no hubiera tenido remedio. Josirin miró a Graglia, como quien estuviera contemplando una alucinación.

“Me habéis curado, pero, ¿cómo?” Su vista bajó hasta el cinturón de Graglia, mirando con devoción. “La espada, esa espada vuestra es...”

“¿Quién os hizo esto?” Quiso saber, aquella era una pregunta morbosa, aunque, por alguna razón, necesitaba saber la respuesta.

“El joven... encapuchado. Estaba haciendo mis necesidades en el río y, de repente, me asaltó por el flanco derecho. Sin decir nada, la hoja se abalanzó sobre mis partes, tan solo tuve la suficiente destreza como para apartarme lo justo para, bueno... ya sabéis...”

*El encapuchado...* Graglia sintió su garganta secarse. Su mente había realizado una inesperada conexión.

“¿Tal vez su capucha era roja y empuñaba una espada de filo negro?”

“¡Sí! Exactamente así. ¿Es que acaso os habéis cruzado con él?”

Graglia alzó las cejas. Los peregrinos que había conocido en Vaena, habían sido salvados por el mismo individuo o, al menos, por alguien con el mismo aspecto.

“Debo... marcharme.” Consiguió decir Graglia, dándose la vuelta y desapareciendo por la puerta.

Era posible que Josirin le hubiera dado las gracias, como también era más que probable que la taysee hubiera entrado a la casa y estuviera contemplando entre lágrimas el milagro de cómo su hermano había sobrevivido a lo que era sin duda una muerte segura. Sin embargo, Graglia estaba demasiado ensimismada en sus pensamientos como para escuchar algo a su alrededor, apenas consciente de que había salido de la casa, de que se encontraba en mitad de una ancha calle de

aquel poblado de taysees.

*El reinado es sin duda un lugar más peligroso de lo que pensaba, aunque parece que el mal a veces también llama al bien, ese hombre encapuchado se dispone a ajusticiar a aquellos que no actúan según el mandato del Aqua Deus...* Su pensamiento se vio interrumpido por una repentina percatación, provocando que quedara boquiabierta, deteniéndose en su avance. *No es cierto que no haya un rastro, simplemente no es el rastro que esperaba. Los peregrinos mencionaron que les habían atacado en su camino a Vaena y un joven enmascarado les había defendido, en aquella misma ciudad habían asesinado a un ávaro posadero que no permitía el acceso a los peregrinos.* Graglia frunció el ceño, *un altercado en Vaena, el que nos contaron los peregrinos a su salida de Astoriga, y éste en los alrededores de Composta... pero ¿qué pasa con Santigua? Allí no ocurrió nada repentino, entre los variopintos incidentes que mencionó uno de los Guardias de la Ciudad no se encontraba ningún acto que pudiera considerarse atentara contra las creencias con el Aqua Deus...* Se frotó su cabello, tan despeinado como jamás había estado, tratando de dar solución a aquel enigma.

“¡El pescadero!” Clamó en voz alta, sintiendo su respiración agitarse.

Era una creencia anticuada, pero existían círculos de gente extremadamente religiosa que no veía con buenos ojos extraer nada del hogar del Aqua Deus y eso incluía obtener pescado de las aguas. Santigua, Vaena, Astoriga, Composta... Instintivamente trazó un camino mentalmente, uno que no era ni mucho menos el que realizaban los Mechuanos en su Canto de Hazaña.

No obstante, sí que conocía el camino que estaba siguiendo ese extraño sujeto enmascarado. Quien quiera que fuera la persona detrás de aquellos asesinatos estaba realizando el Camino de Dajalam a la inversa, en la dirección opuesta a la que la haría cualquier peregrino.

*Pero, ¿por qué alguien comenzaría el Camino de Dajalam por el final?* Se preguntó Graglia.

¿Tenía sentido o se estaba aferrando a un clavo ardiendo? Lamentó no poder compartir aquella revelación con Gelegen, seguro que se mostraría entusiasmado con semejante descubrimiento y la ayudaría a desenmarañar aquella especie de enigma tan extraño.

Sus pensamientos se dispersaron a consecuencia de un estridente silbido.

“¡Su espada! ¡Es mágica! ¡Debe valer toda una fortuna!”

Tales palabras extrajeron a Graglia de su profunda introspección. Se giró, descubriendo que Josirin la estaba señalando ante la avergonzada mirada de su hermana. El joven tenía mucho mejor aspecto, como también la decencia de haberse al menos puesto un pantalón con el que tapar sus partes.

“Josirin, ¿qué estás haciendo?” le reprendió su hermana entre lágrimas, “ella te salvó, va a ser ésta la forma en la que vas a agradecerle sus esfuerzos por librarte de una muerte segura...”

*¡Plas!*

La respuesta de Josirin se plasmó en un sonoro bofetón.

“No importa que me haya salvado, idiota, ¡esa espada mágica nos hará inmensamente ricos!”

Graglia echó la vista a su alrededor. Varios taysees habían salido de sus casas, todos ellos empuñando armas de lo más variopintas. Hachas melladas, varios cuchillos oxidados e incluso una lanza cuya punta estaba partida. Poco a poco se acercaban a ella, rodeándola. Graglia desenvainó a Crystaline, luego señaló con su punta a Josirin.

“Esta espada no solo cura. También me confiere un poder sin parangón,” les advirtió, sin dar ni un paso atrás, “volved a vuestros hogares, o yaceréis muertos en un abrir y cerrar de ojos.”

Sus palabras no parecieron impresionarlos. Seguían avanzando, dispuestos a acabar con ella para arrebatarle la espada mágica.

*Está bien,* Graglia acercó la hoja de la espada a sus labios.

“Crystalline, concédeme tus poderes.” Susurró.

Sus ojos cambiaron, su rostro se volvió helado e imperturbado. Su mente estaba ahora vacía de cualquier sentimiento, solo había espacio para la razón y ésta solo dictaba un camino: todo aquel que osara atacarla acabaría muerto en un santiamén.

Sostuvo la empuñadura con ambas manos, ni siquiera en posición de defensa. Las gotas de la hoja se deslizaban por el filo hasta desprenderse y emprender su caída hasta la polvorienta tierra a sus pies.

Nadie atacó.

“Pero ¿qué estáis haciendo, idiotas? ¡Apresadla y arrebatadle esa espada!” Les instó Josirin, sin moverse ni un ápice de su posición.

Graglia esperó a que las palabras de aquel ambicioso desagradecido infundieran algo de coraje en el corazón de aquellos rufianes, pero nadie se movió de su sitio. Se encontraban paralizados, sin dar un paso al frente, sin apenas moverse. Tan solo realizaban miradas fugaces entre ellos, buscaban en los ojos de sus compadres el valor que el contemplar a Graglia sumida en el poder de la espada les había arrebatado de cuajo.

No era su espada lo que temían, como tampoco era el agua que se desprendía de su filo. Era su inquietante mirada imperturbada la que provocó que retrocedieran, la que hizo que comenzaran a huir en desbandada sin importarles lo que le ocurría al resto del poblado.

Graglia envainó su espada sin miedo a mirar atrás, era momento de volver a Composta y descubrir si aquel enmascarado podía estar detrás de la muerte de Michia o si simplemente había perdido la cordura.

## 17. Información crucial

Se encontraba de nuevo en la catedral de Composta, Graglia había dado por sentado que el jovencito al que había confiado el custodio de su caballo habría huido, sin embargo, ahí estaba, esperándola en una de las calles colindantes, acariciando el morro del animal.

“Aquí tienes, chico.” Agradeció Graglia, entregándole cinco monedas de cobre extra por su fidelidad.

El niño le cedió las riendas del caballo sin siquiera mirarla a los ojos, abrumado ante lo que consideraba una cantidad increíble de dinero.

“¿Es todo para mí?”

Graglia asintió, “ser honorable tiene su recompensa. Gástalo bien.” Le indicó, montándose en su caballo para marcharse de allí. Era el momento de obtener respuestas, de saber quién podría realizar el Camino de Dajalam a la inversa. En aquel momento, lamentó que su temperamento la hubiera llevado a reprender al sacerdote por su actitud frente a la taysee, consciente de que podría simplemente adentrarse en la catedral y preguntarle al respecto. Ni siquiera trató de intentarlo, consciente de que aquel hombre no compartiría ningún tipo de información con ella tras su reprimenda, debía dar con otro lugar en el que se impartiera conocimiento. Justo cuando iba a espolear su caballo para iniciar su camino decidió probar suerte, “no sabrás de alguna biblioteca por aquí, ¿verdad?”

“¿De una qué?” Respondió confuso el jovencito, levantando la vista por primera vez de sus preciadas monedas.

“Un lugar donde la gente lee y aprende.”

“Ah, libros,” resumió, demostrando con una mueca su desdén hacia dicha materia, “no conozco ninguna biblioteca, pero tienen varios libros en un edificio cercano. Cabalgad recto, girad por el tercer camino, encontraréis una plaza empedrada con una fuente y un enorme y bonito edificio de tres alturas con un tejado azulado, ahí es.”

“Os lo agradezco.” Dijo Graglia, reanudando la marcha, sin embargo, detuvo a su caballo tras dar no más de dos pasos. “¿Sabéis qué?” Extrajo de nuevo el bolsito, cogiendo tres monedas, el jovencito abrió la boca, sin poder creer que fueran para él. Lanzó la recompensa al chico, éste en lágrimas al ver que no le había lanzado las tres monedas, sino que le había lanzado el bolsito, uno que estaba repleto.

“No puedo aceptarlo, yo...”

“Disfrutadlo.” Concluyó Graglia, reanudando la marcha.

Podía permitirse una vuelta a casa durmiendo a la intemperie y tomando raciones de comida más bien escasas. Tal suma de dinero hubiera hecho el retorno un poco más cómodo sin duda, no obstante, seguro que tal cantidad sería todo un mundo para el muchacho.

“No olvidaré esto,” dijo el joven, apresurándose a situarse a su lado con lágrimas de emoción impregnando sus ojos, “¿cuál es vuestro nombre?”

“Graglen. Sirvo en palacio.” Mintió, consciente de que no podía arriesgarse a desvelar su verdadera identidad.

“Escuchad entonces, Graglen.” Indicó, su cuerpo recto, su tono ahora orgulloso. “Algún día, cuando sea un hombre fuerte y honorable, os devolveré este dinero. Yo, Menest Casaniev, lo juro ante el Aqua Deus.”

Graglia sonrió, consciente de que jamás volvería a saber de él. Sin embargo, era refrescante

descubrir que también existía gente leal habitando en su reinado. Cabalgó, tal vez a mayor velocidad de lo que debería encontrándose en una ciudad, sin embargo, necesitaba respuestas.

Había dado con lo que creía era una pista, pero, para saber si llevaba a algún lado, requería de alguien con los conocimientos necesarios. Llegó hasta la plaza empedrada, en el centro una hermosa fuente con un pez gigantesco tiraba un chorro de agua por la boca. Detrás de ella se encontraba el edificio que buscaba, de paredes blancas, techo azul, ventanales amplios y unas largas escaleras de mármol que permitían el acceso a través de un portón con forma redonda.

*Sede de Composta, perteneciente a la prestigiosa Academia de la Universidad Norte*, podía leerse en un letrero enorme. Los ojos de Graglia se iluminaron, aquella institución estaría repleta de eruditos, seguro que alguien podría ayudarla.

Descabalgó de su caballo atándolo a un poste. Se acercó corriendo a la entrada, pasó cerca de un grupo de jóvenes que descargaban de un carro tirado por un burro varios libros de grandes dimensiones. Sentía sus miradas, muchachos con túnicas azules de buen tallaje que habían sido encargados con la tarea de descargar más libros con los que nutrir las bibliotecas de su universidad. Por supuesto que su ropa, harapienta y sucia en comparación, les llamaba la atención, como también lo hacía el hecho de disponer de una espada en su cinto. No era ningún misterio que únicamente los hijos de nobles y familias burguesas podían permitirse el recibir una educación en una de las universidades del reinado, máxime si se trataba en uno de los edificios pertenecientes a la sede de la Universidad del Norte, especialmente popular como costosa.

Subió rauda por las escaleras y se adentró por la puerta, detrás de una lujosa mesa en sólida madera azulada se situaba una recepcionista de mediana edad con un gran lunar bajo el ojo derecho.

“¿Los despachos de los eruditos?” Preguntó Graglia.

“Por ahí,” señaló de manera automática, tras un rápido vistazo añadió, “pero, ¿usted quién es?”

Graglia caminó a paso raudo, evitando responder. Era consciente de que si se detenía era seguro que la echarían de la universidad ya fuera por su andrajoso aspecto, por ir armada o una combinación de ambas. Giró por el pasillo, siguiendo las instrucciones de la recepcionista, puertas de madera se situaban en ambos lados de las paredes, en las cuales, en un pequeño pergamino en la misma madera, se indicaba el nombre del erudito y la materia de la que era conocedor. Sus ojos pasaron de un cartel en las puertas a otro con suma atención.

*Orobin, experta en artes orográficas... no, no me sirve*. Se desplazaba por los carteles, uno a uno, pegando un bufido con cada uno que fuera diestro en un asunto que no tuviera relación con su búsqueda. *Rioban, experto en historia del Aquadom...* sus ojos se abrieron como platos, tenía que servir, llamó a su puerta, abriendo nada más hacerlo, no había tiempo para cortesías. Se topó con un anciano de larga túnica azulada y una barba que le llegaba hasta los pies, se encontraba de pie, sosteniendo en sus manos un gran libro que tenía abierto por la mitad.

“¿Disculpadme, existe algún motivo por el que alguien pueda realizar el Camino Dajalam a la inversa?”

“¿Qué clase de pregunta estúpida es esa?” Respondió el erudito, cerrando el libro de un golpetazo, provocando una nube de polvo que le hizo toser, “¡Largo de aquí y no me hagáis perder más mi valioso tiempo con tonterías!”

“No, por favor, lo digo en serio, ¿no existe ningún motivo?”

“Pues claro que no, ¿quién iba a cometer semejante disparate? ¡Largo!”

Graglia cerró la puerta, frunciendo el ceño. No se iba a dar tan fácilmente por vencida, así como así. Tenía una pista, o eso quería creer, e iba a seguir tras ella hasta el final. Continuó en su

lectura de carteles en las puertas, uno a uno, descartando a todos y cada uno de aquellos eruditos.

*Sirobay, experta en teología Aqua*, Graglia se apresuró a abrir su puerta, sin siquiera llamar.

“¿Conocéis algún motivo por el que una persona pueda realizar el Camino Dajalam de manera inversa?” Preguntó. En aquel despacho, con un olor pestilente y repleto de humo, se encontraba un hombre tirado en el suelo, fumando en pipa.

“Esa es una propuesta estúpida.” Aquel erudito estaba frotándose su cuadrada barba con intensidad creciente, “el motivo por el que...”

Graglia no quiso escuchar su discurso, consciente de que no le serviría de nada. Cerró la puerta, mientras oía de lejos cómo el erudito señalaba lo obsceno de sus malas formas. Prosiguió en su búsqueda, una puerta, luego otra, hasta que se detuvo en la tercera, *Xianera, experta en mitos del Aquadom, podría servir*. Abrió una vez más, una mujer de muy escaso pelo gris se encontraba subida a una escalera colocando varios libros.

“Realizar el Camino Dajalam de manera inversa... ¿tiene sentido?”

La erudita se giró lentamente, luego se quedó mirándola, sin moverse. “Depende, ¿quién lo pregunta?” contestó Xianera, esgrimiendo una pícara sonrisa, provocando que le salieran unas arrugas en las comisuras de los labios.

“Una joven conocedora de la historia que desea mayor información sobre algo que leyó.” Se inventó.

“Conocedora de la historia... una osada afirmación proviniendo de alguien tan joven.” Descendió de la escalera, contemplando a Graglia con suma curiosidad. “Demostrad que sois digna de mi tiempo y tal vez entonces me planteé ocupar mi sabiduría en responder vuestras inquietudes.”

“¿Cómo podría demostrároslo?” Se adentró en el despacho, esperanzada.

La erudita se llevó el dedo índice a sus labios, en tono pensativo, “¿cuál de nuestras reinas firmó un tratado de comercio con Aere Tine y por qué éste se extinguió?”

Graglia hizo memoria. “Fue la Gran Legan quien firmó dicho tratado, se trataba de un acuerdo comercial de lo más ambicioso, uno en el que se acordaba el intercambio bimensual de mercancías, requiriéndose así a toda una flota para transportarlos. Dicho acuerdo continuó vigente incluso tras ser la Gran Legan sucedida por nuestra actual reina, no obstante, llegó a su fin el año en que la Gran Legan murió, hace ya siete años.”

Xianera realizó una mueca de reconocimiento. “¿Cómo es que conocéis tan bien a la familia real?”

“Como os he dicho, me cautiva la historia, en particular toda la relacionada con la familia real.”

“Entiendo, un conocimiento digno como para asegurarme que no haréis un mal uso de mi valioso tiempo. No obstante, os confundís con el año en el que murió la Gran Legan, pues ocurrió hace seis años, no siete.”

*Incorrecto, sé perfectamente cuándo murió mi abuela.*

“Seguro que vos dispondréis de información más privilegiada que la mía.” Acabó diciendo cordialmente en su lugar, consciente de que corregirla no iría en su favor, “al fin y al cabo, yo no he podido más que recopilar documentación escogida de un lado y de otro con el fin de paliar mi apetito de conocimiento. Siempre me han apasionado las historias de princesas y reinas.”

“Ah, ya veo. Sois una de esas ilusas mujercitas que han creído esos burdos cuentos de hadas que dicen que algún día seríais una princesa, ¿no es así?”

Graglia no pudo evitar pegar un leve resoplido ante tan pedante conclusión.

“Todavía me despierto ciertas noches con la esperanza de que algún día seré reina, de hecho,

supongo que soy una soñadora.” Fingió, encogiéndose de hombros.

Tal respuesta pareció convencer a la erudita, que parecía disfrutar de haber extraído aquella supuesta confesión.

“Interesante. Sentaos.” Xianera esperó a que Graglia tomara asiento. “Bien, ¿cuál era vuestra cuestión? Oh, sí, realizar el Camino de Dajalam a la inversa. Bien, comencemos por el principio, señorita.” Dijo dejando caer bruscamente el peso de su cuerpo en la desgastada butaca. “Existen diversos tramos de peregrinaje realizados por nuestro pueblo. Uno de los más famosos entre la nobleza, por ejemplo, es el peregrinaje que culmina en el ascenso hasta el templo de La Dama de la Montaña, situado en las Montañas Heladas. Estoy segura de que eso no lo sabíais o disponíais de una información imprecisa de la misma, ¿me equivoco?” Sus cejas se alzaron provocativamente.

Graglia tuvo que morderse la lengua para contenerse, deseosa de dejarle claro a aquella mujer que su pedantería era de lo más fastidiosa. Sin embargo, recordó las palabras de Igüenza. *Debes aprender a sacar partido de los demás, aprovechar sus puntos fuertes y utilizar sus debilidades a tu favor.* Alzó las cejas ante tal recuerdo, estaba ante una mujer soberanamente soberbia, una erudita de las enseñanzas de la Universidad del Norte como tantas otras que disponía de un ego más grande que su amplio despacho.

“No lo sabía, no me cabe duda de que varias de mis enseñanzas estén obsoletas o hayan sido manipuladas a conciencia, al fin y al cabo, tuve la desgracia de tener que ser educada en una sede de la Universidad del Este.” Mintió, consciente de que aquello provocaría su simpatía.

“¡Del Este! ¡Pero qué desafortunada habéis sido, querida! Ser instruida en la historia en el este... si es que se le puede llamar instruirse a lo que quiera que sea que enseñen allí...” Su rostro lucía apenado, repleto de pesar incluso.

Por su parte, Graglia tuvo que reprimir sus impulsos para no esbozar una merecida sonrisa de triunfo. Xianera había mordido el anzuelo, presa de su soberbia. No era un secreto el hecho de que los eruditos de mayor fama y prestigio se localizaban en la zona norte del reinado, la más cercana a palacio, mientras que la del este era la más denostada, por ubicarse más cerca de Firia. De la misma manera, tampoco era ningún secreto que tal reputación académica solía ir acompañada de una pedantería de un calibre similar, si no mayor.

“Dígame, entonces,” prosiguió Graglia, ¿existe algún motivo por el que alguien pudiera realizar de manera invertida el camino de Dajalam?”

“Oh, ¿quién sabe? ¿Lo habrá? ¿Permitirá la sabiduría de mi extensa biblioteca ofrecer respuesta a tal acertijo?” Respondió con cierta sorna.

Era evidente que Xianera podía limitarse a simplemente dar una respuesta, no obstante, su deseo de impartirle una lección, de demostrarle una sabiduría suprema que probara la superioridad de los estudiantes de su universidad respecto a la que Graglia presuntamente había estudiado, conllevaba un despliegue de pantomimas innecesarias.

La erudita se levantó de su butaca y se dirigió rauda hacia su extensa librería. Extrajo un libro grueso, de hojas amarillas, finas y tremendamente quebradas. Lo situó sobre un atril de madera azulada, agarró unas pinzas y pasó con absoluta calma y sumo cuidado sus páginas, finalmente, señaló con el dedo las dos hojas en las que se había detenido, exhibiendo en su rostro un gesto rotundo de orgullo y altivez.

“Acercaos.” Mientras Graglia avanzaba para situarse a su lado, Xianera situó un candelabro cerca del libro para poder iluminar mejor el documento.

Graglia inspeccionó el libro con ansia de respuestas, la composición en ambas hojas presentaba el Camino de Dajalam a través de un detallado y hermoso dibujo en blanco y negro

en el que se observaban montañas, ríos y ciudades del Aquadom con elaborado detalle. Una línea azul marcaba el trayecto que la primera de su linaje había realizado, la ruta iba de derecha a izquierda, a consecuencia de que el viaje de Dajalam había comenzado en Baylen, un pueblo situado al este rozando la frontera con Firia, y concluyendo en palacio. A lo largo de su sagrado recorrido, se señalaban todas y cada una de las localizaciones que se consideraban santas, Xianera situó el dedo sobre el pequeño pueblo de Baylen.

“Éste es el camino que realizan aquellos que alaban al Aqua Deus y veneran a Dajalam, aquella escogida por nuestra mismísima deidad para reinar entregándole a la espada sagrada Crystaline.” Indicó, recorriendo con su largo dedo la línea azulada de derecha a izquierda. “Quienes siguen esta ruta, profesan un gran amor y respeto por la familia real y el Aqua Deus. Imitar el camino de Dajalam es una forma de adoración y alabanza, es por eso que quienes lo recorren pasan grandes penurias, es una ruta dura, en la que no se puede beber de ciudad en ciudad, donde no se lleva dinero consigo, ni se puede viajar de otro modo que no sea a pie, de manera que se replique la extrema pobreza y adversidades en la que Dajalam emprendió su viaje.”

Graglia asintió. “Si replicar el camino es una forma de adoración, eso quiere decir que quienes realizan el camino de manera invertida están renegando de Dajalam y del Aqua Deus. Es una manera de reflejar su odio...”

“Esa es la conclusión a la que llegaría alguien con el escaso conocimiento que ofrecen universidades como la del este.” Respondió, con notoria satisfacción. Xiarana situó ahora el dedo en la otra hoja, sobre palacio, recorriendo con lentitud la línea azul de izquierda a derecha. “Este camino inverso no es ni mucho menos realizado por quienes odian a la realeza, sino que tiene un significado mucho más profundo y concreto.”

La mujer esperó, observándola con una sonrisa, como si estuviera alimentándose de su impaciencia. No fue hasta que Graglia le devolvió la mirada que ésta por fin pasó de hoja. Graglia recorrió la nueva ilustración con ansia, abrió la boca, presa de su asombro. En aquel nuevo dibujo el camino estaba invertido, la ruta, por tanto, concluyendo en la ciudad de Baylen.

“El Camino de Dajalam representa el ascenso de una ciudadana que pasó de ser una harapienta campesina a crear la realeza en el Aquadom. Ella nació humilde y emprendió un viaje hasta alzarse por encima de todos, es lo que se llama un camino de ascensión, uno que se inicia en la servidumbre y que culmina en la realeza. Este dibujo representa a aquellos que deben recorrer un camino opuesto. Existen ciertos individuos que nacieron como parte de la realeza, pero que deben emprender un viaje que les permita recobrar esa humildad y servidumbre, que les permita arrancar la realeza de su misma sangre. Estos son ni más ni menos que...”

“Los Hijos de la Iglesia.” Musitó Graglia, quedándose con la boca abierta.

*¿Uno de mis hermanos... detrás de la muerte de Michia?* Su párpado comenzó a agitarse nerviosamente ante semejante posibilidad.

“Así es, los Hijos de la Iglesia.” Confirmó con tono molesto en su voz al haber Graglia arruinado su sorpresa. “Oh, vaya, parece que no está todo perdido para la Universidades del Este después de todo. Supongo que no necesitáis más de mi ayuda entonces.” Añadió toscamente, haciendo amago de cerrar el libro.

“No, disculpadme, continuad.” Se apresuró Graglia, debía conocer cualquier detalle. “¿En qué consiste ese camino hacia el retorno a la servidumbre y recobro de humanidad?”

“Un hombre nacido de la estirpe Dajalam es, a todos los efectos, un príncipe. No obstante, su condición de varón no le permite formar parte de la realeza, pues es de sobra sabido que los hombres no pueden ser escogidos por la espada sagrada y, en consecuencia, no pueden gobernar

el Reinado del Agua, siendo en su lugar entregados a la Iglesia del Agua, donde serán entrenados para servir a la Congregación. No obstante, no es tan sencillo, por mucho que esos niños hayan sido educados por la Iglesia, estos siguen siendo príncipes, por lo que deben pagar el precio por convertirse en siervos.” La erudita se tomó una pausa, deleitándose con la cara de asombro que Graglia estaba mostrando ante su revelación. “Una vez concluida su niñez, los príncipes de la familia Dajalam deben realizar el Camino a la Servidumbre, un recorrido que inicia en palacio y que los lleva por todas y cada una de las ciudades y lugares santos por las que pasó Dajalam. En cada una de las localizaciones sagradas, han de asegurarse de que reine la fe, y no solo eso, sino que deben ofrecer una prueba de fe al Aqua Deus.”

“¿Una prueba de fe?”

Xianera asintió. “Para que los príncipes demuestren su deseo verdadero de convertirse en siervos y desprenderse de su sangre real, deben castigar a un infiel que, en su presencia, haya actuado de manera desleal con las lecturas del Aqua Deus. Solo cuando hayan cumplido dicho cometido pueden dirigirse al siguiente punto de su viaje. No importa si tardan días, meses o años, deberán esperar hasta que cumplan con sus pruebas de fe.”

Las cejas de Graglia se alzaron. Aquello explicaba las distintas acciones que se habían llevado a cabo en las ciudades santas por las que habían pasado. No obstante, todavía quedaba un asunto que no tenía sentido. Tragó saliva, consciente de que no quería realizar su siguiente pregunta, pero no tenía más remedio que promulgarla si quería desvelarlo todo.

“¿Y existe algún motivo por el que uno de esos príncipes realizaría una prueba de fe en el mismo palacio?”

La erudita frunció el ceño, ante lo que era evidente le pareció una pregunta de lo más extraña. “No, claro que no. Las pruebas de fe solo se realizan en cada uno de los lugares de peregrinaje marcados en esta hoja.” Indicó, señalando con el dedo los distintos lugares sagrados. “Palacio solo es el punto de partida por ser el lugar donde concluyó el viaje de Dajalam, y donde se inicia el de los príncipes al haber sido engendrados allí, nada más.”

“Os lo agradezco, habéis sido de gran ayuda.”

“De nada, querida, si queréis os puedo recomendar un par de libros que de buen seguro no encontraréis en ninguna biblioteca de la sede de la Universidad del Este.”

“Puede que en otra ocasión, gracias.” Tras aquellas palabras, se apresuró a la puerta, marchándose sin siquiera cerrarla.

Salió de la universidad y se dirigió hacia su caballo. Su corazón se le iba a salir del pecho, su estómago le ofrecía un incesante cosquilleo. La información que había obtenido era ciertamente reveladora. Había necesitado que cayera su venda, aquella que la instaba a perseguir a los Mechuanos a toda costa. Precisamente al ser liberada de tal mentira, su mente había sido capaz de dar con aquella verdad. Ahora todo tenía sentido, tenía que ser un Hijo de la Iglesia quien estaba detrás de la muerte de Michia. Pero, si la erudita había afirmado que no tenían que realizar ninguna prueba de fe en el mismo palacio, ¿por qué quemar la capilla con Michia dentro? Solo había una forma de averiguarlo. Debía apresurarse y llegar a la próxima ciudad santa. Sentía su corazón trepidar ante tan sorprendente revelación, sabía que un Hijo de la Iglesia estaba detrás de todo aquello. Tenía unas ganas irrefrenables de compartir aquella información con alguien, sin embargo, había echado de su lado al único al que podía contarle algo así.

*Maldita sea, echo de menos a ese idiota.* Era consciente de que podía dirigirse a la siguiente ciudad santa por su cuenta, era una mujer inteligente y con recursos, podía apañárselas. Pero el problema era que no quería hacerlo. Quería escuchar los comentarios curiosos de Gelegen, satisfacer sus respuestas sobre palacio mientras su mirada inteligente revelaba cómo su mente

realizaba todo tipo de conexiones y almacenaba dicha información como un tesoro. Era un estúpido, un impertinente y un bufón, de eso no le cabía la menor duda, pero tales cualidades quedaban en nada comparado con el apoyo y la ayuda que le había brindado.

*Yo soy la idiota...* concluyó, sintiendo un agujero en su estómago.

Le había echado simplemente por un comentario fuera de lugar. ¿Qué le importaba a ella lo que creyera Gelegen sobre la realeza? ¿O si creía en el Aqua Deus o no? En todo caso, debía sentirse mal por él, tal vez intentar convencerle, para que así se asegurara de que sus restos descansaran en el mar.

*Soy una idiota, Gelegen ha aceptado acompañarme en mi viaje, sin pedirme nada a cambio, simplemente por el mero hecho de ayudarme ha estado dispuesto a poner su vida en peligro. Y yo se lo pago de este modo, echándole como a un vulgar perro.*

*Tengo que apresurarme y dar con él, pero, ¿cómo podría encontrarle?* Subió a su caballo. Pensándolo, Gelegen había tomado una línea recta en su partida, lo cual quería decir que lo más probable era que hubiera acabado en Composta. Creía comenzar a comprender bien a Gelegen, era un joven noble, por lo que tenía sentido que, a pesar de su enfado, se hubiera dirigido a Composta igualmente para así continuar acompañándola en su viaje en algún momento. *Es probable que esté paliando su enojo en algún lugar, ¿pero a dónde puede haber ido? Piensa como Gelegen, ¿dónde podría haberse dirigido? Yo iría a una iglesia, rezaría por que estuviera bien y no le pasara nada... No, tienes que pensar como él, por supuesto que Gelegen no se adentraría en una iglesia. ¿Qué harías si fueras alguien que no cree en el Aqua Deus? Estás realmente furioso y lo único que quieres es olvidar las penas....*

Graglia sonrió, convencida de dónde iba a encontrarle.

## 18. Búsqueda

“¡Y la vaca se negó!”

Los compañeros de jolgorio de Gelegen estallaron en un mar de risas, acompañando sus carcajadas con golpetazos con sus vasos en la mesa. Uno de ellos incluso se llevó los dedos a los ojos para enjugarse las lágrimas. Sin duda, Gelegen estaba ofreciendo un divertimento maravilloso a su ebrio público.

*Mira que puedes llegar a ser idiota, Gelegen*, pensó Graglia, contemplando cómo su amigo había hecho buenas migas con unos hombres que, a juzgar por sus limpios y estilados atuendos confeccionados con brillantes telas azuladas y piezas en oro, debían de ser adinerados comerciantes.

Gelegen hablaba alto, gesticulaba en exceso y tartamudeaba ligeramente, una combinación que dejaba bien claro en qué había estado ocupando su tiempo conforme sus caminos se habían separado.

No había sido tan sencillo dar con él. Había adivinado que Gelegen había decidido ahogar sus penas en una taberna, no obstante, ello no significaba que le hubiera encontrado a la primera. Composta era una ciudad grande, repleta de gente deseosa de divertimento, por lo que aquella taberna era la cuarta que había visitado. Era un establecimiento oscuro, más de lo que Graglia creía era habitual, con pequeños candeleros situándose en las extensas baldas repartidas a lo largo de la estancia, donde se acompañaban de unas tétricas calaveras que, por su aspecto, no podía descartar fueran humanas. El olor que se advertía en el establecimiento era agradablemente peculiar, destilando un olor afrutado consecuencia de varias macetas con flores blancas que el tabernero tenía colgando en las paredes, un ingenioso truco capaz de vencer a los distintos aromas que pudiera emitir un lugar repleto de sudor, alcohol y, tarde o temprano, vómitos.

Graglia estaba sentada en una de las esquinas del establecimiento, con la capucha de su capa puesta, tratando de pasar desapercibida mientras bebía el caldo de ave que había podido pagar con el poco dinero que le quedaba. Lo cierto era que se lo estaba pasando en grande. Se había posicionado a una distancia prudente desde la que podía contemplar a Gelegen y escuchar con impecable claridad los comentarios de éste, algo que no tenía mucho mérito, ya que estaba hablando a viva voz. Sin duda la habitualmente notable capacidad de observación de su amigo estaba notablemente mermada, razón por la cual no había advertido su presencia.

Sentía unas ganas irrefrenables de hablar con él, de contarle su gran hallazgo y saber su opinión. Deseaba constatar si él también creería que el Hijo de la Iglesia podía estar detrás de la muerte de Michia o si eran meras cábalas de su mente anhelante de dar con un culpable. No obstante, debía esperar para saber su opinión al respecto, era evidente que Gelegen no estaba ahora precisamente en las mejores condiciones como para confiarle ningún secreto.

“Pero no era a la vaca a la que estaba buscando,” continuaba Gelegen en su absurda historia, “¡sino a aquel joven con pinta de puerco!”

Los comerciantes volvieron a estallar en sonoras carcajadas, uno de ellos apresurándose a pedir otra ronda para su bufón particular. Mientras reían, Gelegen realizaba cordiales reverencias, quitándose el sombrero y agradeciendo a su público aquellas ovaciones repletas de aplausos y halagos instándole a que continuara en su espectáculo.

“Está bien,” Accedió Gelegen, “¿han escuchado ustedes el chiste sobre la pobre joven que se enamoró de un sireno? Pues verán...”

“Eh, tú, molesto mocoso, calla de una maldita vez.” Le amonestó un soldado que se encontraba dos mesas más allá, acompañado de otros cuatro compañeros. Tenía una pinta feroz, a su nariz aguileña se le añadía una cuidada barba recortada en punta, provocando que su rostro tuviera un aspecto alargado.

*No le vendrá mal una lección*, pensó Graglia con cierta diversión, *seguro que ese Guarda de la Ciudad le reprenderá por su molesta actitud y sus terribles chistes. Y, por qué no, tal vez un puñetazo ayude a que se le pase la cogorza.*

No obstante, sus pensamientos se acallaron en cuanto se percató de que la armadura de aquellos soldados no era plateada, sino morada. El vello de sus brazos se erizó, pertenecían a la Guardia del Templo, no era el tipo de soldados que se andaban con cualquier resquicio de miramiento. Graglia hizo amago de levantarse, rezando para sus adentros con que el bocazas de su amigo no hiciera acopio de su habitual desdén hacia la religión Aqua. Un mínimo comentario impío contra el Aqua Deus o la Iglesia podrían ser suficientes como para que aquellos piadosos soldados acabaran con su vida sin el menor pudor.

Mientras tanto, Gelegen se giró hacia quien le había reprendido en su actitud. Su rostro estaba completamente descompuesto, como acartonado, contemplando al soldado con una mirada de pura impertinencia.

“Pero, ¿no es esa una armadura de la Guardia del Templo?” Dijo señalando al soldado mientras esgrimía una sonrisa burlona. “¿Y acaso eso que estáis bebiendo no es una cerveza? Creía que los de vuestra guardia no tenían permitido beber otra cosa que no fuera agua. Así que no solo sois un aburrido entrometido, también sois alguien falto de principios.”

El soldado le ofreció una mirada furiosa, sin embargo, se giró hacia sus hombres, uno de ellos realizándole un gesto con el que le indicaba que dejara el asunto pasar.

“Es solo un gusano borracho, teniente.” Señaló otro soldado, pegando un trago de su cerveza.

Tras un instante, el afrentado musitó algo para sus adentros y miró hacia su cerveza. Graglia suspiró, aliviada de que la madurez de aquel hombre fuera suficiente como para aguantar semejante impertinencia. Sin embargo, parecía que Gelegen no había acabado en su divertimento.

“Tenéis suerte de que vuestra venerada deidad no exista porque, si el Aqua Deus fuera real, jamás permitiría que los restos de alguien tan feo como vos descansaran en el mar. Es más, ¡ni siquiera dejaría que tan horrendo rostro se reflejara en sus aguas!” Gelegen rió, girándose hacia los comerciantes que hasta ahora le habían aplaudido sus chistes en busca de sus carcajadas, no obstante, estos no se rieron lo más mínimo, ni siquiera miraban ahora en su dirección, queriendo dejar claro que no tenían nada que ver con él.

*Maldita sea, Gelegen, ¡quieres callarte!* Pensó Graglia para sus adentros, sentía su garganta secarse. *Aqua Deus, por favor, haz que el soldado pase por alto tan provocadoras palabras...*

Parecía que, en su lugar, su deidad prefería dar una lección a su deslenguado amigo, pues el teniente se levantó, sin despegar ni un momento la mirada de Gelegen. A pesar de la peligrosidad del momento, el rostro de Gelegen se mostraba tremendamente aturdido, con los ojos medio cerrados y la boca torpemente abierta consecuencia de una ingesta de alcohol ciertamente excesiva. El teniente alzó uno de sus puños, listo para ajusticiar a aquel insolente. Sin embargo, Graglia apareció corriendo, extendiendo ambos brazos tras situarse entre Gelegen y el furioso soldado.

“Lo siento por mi amigo, ha bebido mucho y está diciendo auténticas sandeces. Por lo general es un hombre de lo más piadoso, así que les ruego que sean benevolentes con alguien que simplemente ha bebido en exceso.”

“Grag...” un hipo impidió que Gelegen desvelara su nombre. “¿Qué estás haciendo aquí?”

La princesa hizo caso omiso a sus palabras, su mirada fija en el soldado mientras le trataba de ofrecer una mueca que ofreciera disculpa y pena.

“La Guardia del Templo no debe perder su valioso tiempo en tratar con gente como mi amigo.” Continuó Graglia. “Yo me ocuparé de él y me aseguraré de que visite la iglesia mañana a primera hora para que pueda limpiar sus pecados. Y, por si el deshacerse de sus pecados no es suficiente, os aseguro que limpiaré uno a uno los altares como penitencia por sus insolentes comentarios.”

Sus conciliadoras palabras parecieron apaciguar al teniente, quien asintió y procedió a sentarse. Graglia suspiró de alivio, había controlado la situación, era el momento de marcharse de la taberna y olvidar el asunto.

“¿Yo limpiar mis pecados?” Replicó Gelegen con indignación. “¡Y un cuerno! Antes debería confesarse la Suma Sacerdotisa por todas las mentiras que hace creer a sus feligreses...” Gelegen no pudo continuar con su frase, pues Graglia se había apresurado a taponarle la boca.

Graglia rió tontamente, echando la vista hacia los soldados, los cuales se habían puesto ahora todos de pie ante semejante ofensa a la máxima representante de la Congregación de la Iglesia.

“Disculpadle, no lo piensa de verdad, me lo llevaré ahora mismo para que no diga más barbaridades.” Graglia se dio la vuelta y agarró fuertemente del brazo a Gelegen, quien obedecía ahora sin oponer mayor resistencia.

Un fuerte tirón en el pelo impidió a Graglia seguir en su avance. Uno tan brusco que provocó que acabara estampada contra la pared. Su cabeza impactó contra la madera con tanta dureza que se escuchó un fuerte *crack*. Cayó bruscamente al suelo, a pesar del agudo dolor y del mareo que sentía, trató de ponerse en pie, sin embargo, el golpe había sido tan repentino que trastabilló en su lugar, sintiéndose fuertemente aturrida. No pudo más que mirar con terror, el teniente había desenvainado su espada.

“Esto es lo que les ocurre a aquellos cuya sucia lengua no promueve palabras de fe.”

Graglia abrió la boca, sin siquiera llegar a promulgar ningún grito. La espada del teniente había atravesado el estómago de Gelegen. Hizo amago de levantarse e ir en su auxilio, pero otro soldado de la Guardia de la Iglesia se había anticipado, sosteniéndola de los brazos para que no pudiera intervenir.

“Es hora de sacar la basura.” Dijo el teniente con una mueca de repugnancia. Se apresuró a agarrar a Gelegen del cuello, el cual estaba completamente aturdido admirando sus manos repletas de sangre, arrastrarlo hasta la puerta, para luego abrirla y pegarle una contundente patada. Aquel acto culminó con un portazo y una sacudida de manos, mientras volvía de nuevo a la mesa con sus compañeros.

*Gelegen...* Durante un instante, no fue ni siquiera capaz de reaccionar. Aquel hombre había atravesado a su amigo, sin importarle que éste estuviera ebrio, echándole de allí como un vulgar perro para morir en la calle... ¿Era aquella la justicia que ofrecían en una guardia dedicada a velar por la Iglesia?

Apretó los dientes, preparada para luchar. Pegó un fuerte tirón para liberarse, luego hizo un rápido movimiento con la palma de su mano que impactó contra el tabique nasal de su captor, provocando un chorro de sangre. Antes de que éste siquiera pudiera llevarse las manos a la nariz yacía muerto en el suelo, su cuello atravesado por la espada sagrada.

El resto de soldados desenvainaron sus armas, listos para ajusticiar a su compañero caído. Graglia estaba demasiado furiosa, aquellos bastardos iban a pagar sus actos.

El teniente fue el primero en acercársele, una mueca de superioridad en su rostro.

“¿Acaso creéis que vos a solas va a poder con cuatro de...”

Jamás pudo terminar su impertinente frase, pues Crystalline le había atravesado el corazón. El resto de los soldados se abalanzaron sobre ella. Se apartó de la primera estocada, propinando un fuerte golpetazo con la palma de su mano en el pecho del soldado, éste se inclinó para adelante consecuencia de la falta de aliento, momento en el cual Graglia realizó una rauda y precisa estocada con la que perforó el vientre del soldado. El siguiente le atacó por la espalda, se apartó, el espadazo en su lugar golpeando tan duramente una mesa cercana que la partió en dos. Era su turno, su espada impactó en el cuello de su víctima, poniendo fin a la vida de otro de aquellos rufianes.

“¡Morid, escoria!” Gritó el último soldado, abalanzándose sobre ella.

Graglia bloqueó el ataque, pero fue tan feroz que cayó bruscamente al suelo. El soldado se apresuró a acabar con ella antes de que pudiera levantarse, rodó, justo a tiempo para que la punta de la espada de su oponente no le atravesara el pecho, sin embargo, no fue tan rápida como para no evitar que le impactara en el omóplato.

Se puso de pie, tocando su herida con la palma de su otra mano, empapándose los dedos con su propia sangre. El soldado corrió raudo hacia ella, dispuesto a acabar el trabajo. Sus espadas se cruzaron, una, dos y tres veces. Después Graglia se agachó, lo justo para que la hoja de la espada rodara por encima de su cabeza. Era su turno de atacar. Realizó una feroz estocada alta, luego dio dos raudos pasos largos, esquivando la respuesta de su oponente. Continuaron en su agresivo enfrentamiento, Graglia se echó para atrás, ofreciendo una línea de ataque perfecta para su oponente. El soldado no vaciló lo más mínimo, aprovechando tal línea indefendida para asaltarla, se lanzó a atacar, Graglia, por su parte, ya le estaba esperando, realizó un calculado movimiento con Crystalline, satisfecha de que hubiera caído en su invite. En un instante, el soldado esgrimió un grito ahogado, después cayó al suelo, acompañando al resto de sus compañeros.

Graglia respiraba con intensidad. Su pecho hinchándose, todavía imbuida en el frenesí de aquel combate. De repente, sintió un leve golpecito en la espalda, apretó los dientes y se dio rápidamente la vuelta pivotando sobre uno de sus pies, su espada lista para ensartar a su nuevo oponente. Sin embargo, aquel hombre orondo no parecía buscar batalla, simplemente postraba las manos en alto, con temor en sus ojos.

“Será mejor que vayáis con vuestro amigo, jovencita, ofrecedle consuelo antes de su inminente muerte.”

Aquellas palabras lograron que recobrara la cordura. Se había dejado dominar por una espiral de rabia y furia. Asintió, desapareciendo por la puerta corriendo.

“¡Gelegen!” dijo tirándose a sus pies. Su amigo se encontraba en el suelo, su cuerpo en medio de la adoquinada calle, inconsciente. Se apresuró y le dio la vuelta, realizó una mueca de angustia al ver el estómago de Gelegen empapado en sangre. Graglia se apresuró, levantándole la ropa, descubriéndose así la fea y profunda herida en su vientre.

“No te preocupes.” Dijo acercando la punta de Crystalline a la herida. Varias gotas emanaron de la hoja.

Durante un instante, contuvo el aliento, la herida había desaparecido por completo, pero Gelegen no reaccionaba lo más mínimo. ¿Y si había llegado demasiado tarde? Comenzó a sacudirlo, tratando de algún modo que éste reaccionara. De repente, Gelegen comenzó a toser. Graglia le abrazó con todas sus fuerzas.

“Oh, Gelegen, pensé que te había perdido.”

“Estoy... bien.”

Graglia le abrazó todavía más fuertemente. Había estado cerca de no poder salvarle, entonces

se separó de él, propinándole un fuerte bofetón.

“¿Se puede saber a qué viene semejante tortazo?” Exigió saber Gelegen, con una mezcla de sorpresa e indignación, mientras situaba su mano en su mejilla golpeada.

“¡Podrías haber muerto, idiota! ¡Si no llego a estar aquí, estos soldados te habrían matado!” Dijo con lágrimas en los ojos mientras le abrazaba de nuevo.

\*\*\*

Habían salido a toda prisa de la ciudad de Composta, tenían que huir de allí antes de que se extendiera la voz de la muerte de aquellos soldados. Tras recorrer una gran distancia con sus monturas y alejarse lo suficiente como para considerar estar a salvo, se resguardaban bajo la copa de un gigantesco árbol, ofreciendo así a sus caballos un merecido descanso. Graglia aprovechaba para poner a Gelegen al día con su descubrimiento.

“Así que creo que quien está detrás de todas esas muertes es ni más ni menos que un Hijo de la Iglesia. Es decir, uno de mis hermanos.”

Gelegen había escuchado su historia con suma atención, sin ningún gesto en su rostro, simplemente escuchando. De repente, comenzó a reír, sin embargo, Graglia no se molestó, aquella no parecía una risa de burla, simplemente un impulso nervioso, un acto involuntario consecuencia de la extrema excitación que parecía sentir ante semejantes novedades.

“¡Brillante, Graglia! ¡Simplemente brillante!” Proclamó con agitación, caminando de un sitio a otro.

Graglia sintió un vacío en su estómago. “¿Entonces crees que tiene sentido?”

“Por supuesto que tiene sentido. Es hartamente improbable que un Hijo de la Iglesia inicie su Camino a la Servidumbre en el mismo instante que una princesa Dajalam fallezca y que ambos eventos no guarden relación. Ahora solo queda preguntarle a ese bastardo por qué decidió acabar con tu hermana y para eso no tenemos más que darle caza.”

*Vamos a dar con él, Michia, te lo prometo*, musitó Graglia. Sentía sus energías renovadas, el saber que Gelegen pensaba lo mismo que ella, que tenía sentido que el Hijo de la Iglesia fuera el asesino detrás de la muerte de Michia, provocó que se sintiera con deseos de reanudar su búsqueda cuanto antes.

“Está bien, hemos de darnos prisa. La siguiente ciudad santa es...”

“No.” le cortó Gelegen. “No podemos ir de ciudad santa en ciudad santa, debemos adelantarnos a sus movimientos si queremos dar con él.”

Gelegen miró de un lado a otro, rápidamente, luego caminó varios pasos hasta agacharse a coger una rama del suelo, finalmente acercándose y entregándosela a Graglia. “Dibuja el Camino de Dajalam y busquemos el mejor lugar en el que esperar al Hijo de la Iglesia.”

*Santigua, Vaena...* Graglia rememoró las ciudades santas en su cabeza, un instante después comenzó a trazar el camino, asegurándose de no dejarse ninguna ciudad o lugares sagrados, asintió tras finalizar su dibujo, éste concluyendo en la ciudad de Baylen.

Mientras tanto, Gelegen contemplaba su dibujo con extremada atención, tratando de extraer conclusiones acerca de cuál debía ser la ruta a la que debían dirigirse.

“Ciudad Soesse... parece la opción más evidente.” Concluyó Gelegen, apuntando con la punta de su bota dicha ciudad en el dibujo. “Si el Hijo de la Iglesia tiene que realizar un acto de expiación en cada ciudad santa por la que pasa y, teniendo en cuenta que no debe llevarnos mucha ventaja de acuerdo al último incidente con el taysee, tiene sentido que si vamos en línea recta a caballo lleguemos antes que él. Aunque también podríamos dirigirnos al Valle de Bierzan, está un poco más alejado, pero nos aseguraríamos de que todavía no haya llegado. ¿Qué

opinas, Graglia?”

La princesa miró a un punto y luego al otro. Quería dar con ese bastardo cuanto antes, por tanto, debía razonar bien su decisión para asegurarse de que le daban caza con la menor dilación posible. Soesse parecía la mejor opción, pero, por alguna razón, no podía dejar de despegar sus ojos de su dibujo, era como si su instinto le estuviera avisando de algo, de que lo pensara mejor y encontrara el lugar idóneo para no dejar nada fuera de su alcance.

“¿Y bien?” Quiso saber Gelegen. “¿Soesse o el Valle de Bierzan?”

“Creo que hay una opción todavía mejor que cualquiera de esas dos localizaciones.” Le reveló, sin despegar los ojos de la ruta que había realizado. “Existe un lugar, uno en el que solo se atreven a ir aquellos con una fe irresoluble, tan remoto que le costará mucho dar con alguien a quien ajusticiar, pues la gente teme el significado del mismo.”

Gelegen sonrió. “Eso quiere decir que a su paso por tal lugar santo ese bastardo tendrá que pasar mucho tiempo allí hasta que pueda expiar los pecados de algún ciudadano.” Añadió Gelegen con entusiasmo.

“Así es. No es un lugar muy concurrido, pues poca gente se atreve a admitir pecados de semejante calibre. Por lo que si podemos esperarle en algún lugar debe ser allí.”

Gelegen esgrimió una sonrisa de oreja a oreja.

“¿Cómo se llama ese lugar?”

“El Puente de la Reina.”

Gelegen abrió la boca, sorprendido, “he oído escuchar de ese lugar tan extraño como siniestro, ¿no es allí donde tanta gente muere ahogada?”

“El mismo.”

“Lo tenemos, Graglia. Ahora, solo necesitas a un pecador dispuesto a actuar como señuelo.” Indicó, guiñándole un ojo.

## 19. Puente de la Reina

*Otro día que atardece y todavía nada*, pensó Graglia con frustración desde su escondrijo. Estaba segura de que la trampa iba a funcionar, sin embargo, la espera se le estaba haciendo eterna.

Le era difícil discernir cuánto tiempo había pasado desde que había escapado de palacio, no tanto, quería pensar. Aunque era más que probable que su madre y sus hermanas ya hubieran regresado a palacio y, con ello, se hubiera descubierto que había huido con Crystaline. No obstante, no había nada que pudiera hacer al respecto, tan solo podía asegurarse de que capturaba al asesino de Michia y así ofrecer un motivo de peso que justificara su viaje.

El lugar en el que esperaban al Hijo de la Iglesia estaba sin la menor duda entre los parajes más impresionantes de todo el Aquadom. Un río cristalino a su izquierda, un segundo río por la derecha, éste con un agua roja como la sangre. Ambos ríos se encontraban, hasta que las aguas avanzaban las unas al lado de las otras paralelamente, sin encontrarse en ningún momento, precipitándose finalmente en una cascada infinitamente profunda. Si ya de por sí tal visión era digna de mención, todavía cabía aludir un detalle, uno tan espectacularmente mágico que llevaba a aquel rincón a otro nivel en cuestión de peculiaridad. Una ancha pasarela, completamente invisible y transparente, se había erigido sobre el lugar en el que ambas aguas comenzaban a confluir una al lado de la otra. Tal era el motivo por el que se conocía como el Puente de la Reina.

Pero ahí no acababa todo, la pasarela transparente culminaba en una extensa forma circular igualmente invisible, en cuyo borde, el situado justo encima de la catarata, se erigía una gigantesca estatua. Sin embargo, al contrario de las vistas en otras localizaciones sagradas, esta vez no se trataba de la estatua de una sirena o, al menos, no del todo. La piedra blanca había sido tallada en la forma de una hermosa mujer, su cuerpo cubierto en anchos ropajes, sus manos extendidas en forma de plegaria hacia el cielo, sus sandalias sin tocar el suelo asomando por el vestido. La capa que llevaba, simulando la cola de una sirena, era tan larga y gruesa que se perdía en la infinitud de las entrañas de aquella catarata. Esta estatua no era una cualquiera, disponía de un símbolo más profundo de lo habitual, era el lugar donde se decía Dajalam dividió las aguas en dos, entre el pecado y la pureza, por eso dicho territorio era tan sagrado como temido.

Como no podía ser de otro modo, dicho lugar escondía a sus espaldas una leyenda acerca de la primera de la familia real. Dos soldados se toparon con Dajalam en aquel mismo rincón en plena noche. Fue en la oscuridad, sin nadie que pudiera juzgarles, sin nadie que pudiera escuchar sus gritos de auxilio. Uno de ellos trató de aprovecharse de ella, de vulnerar su integridad. Sin embargo, su compañero se lo impidió, resultando en una lucha entre ellos por la que ambos acabaron muertos. Era por eso que dos ríos fluían uno al lado del otro sin jamás unirse, uno con agua pura, otro con agua sangrienta, representando las dos caras del ser humano.

Su simbolismo era más que evidente para cualquiera que estuviera al tanto de las tradiciones Aquas. Agua roja a la derecha, representando el agua corrupta, prueba del pecado del ser humano. Agua cristalina a la izquierda, impoluta, aquella inafectada por las imperfecciones de nuestros actos. Y, sobre sendas aguas, un camino invisible por el que todo ser humano podía avanzar. La lección era obvia, el poder avanzar sobre las aguas siendo consciente de ambos ríos denotaba que el llevar una vida basada en el rigor y la rectitud o en el pecado era una decisión de cada prójimo.

Para agregar todavía más espectacularidad a aquel idílico escenario, el plan de Gelegen había resultado en que ahora el Puente de la Reina también contara con una gran hoguera, situada a escasos pasos de la estatua. El humo se alzaba hasta los cielos, conllevando una visión tan perturbadora como herética. Con un largo palo, Gelegen situaba un par de pescados sobre las llamas, éste había argumentado que, puestos a pecar, había que hacerlo en todo su esplendor.

Una vez más Graglia no podía hacer otra cosa que estarle sumamente agradecida. Gelegen se había ofrecido voluntario para actuar como señuelo. Ni qué decir tenía que el realizar una fogata en aquel emblemático lugar era más que suficiente como para que el Hijo de la Iglesia le considerara un pecador. Gelegen se quedaría en la hoguera el tiempo que fuera necesario, mientras tanto, ella continuaría agazapada en una rama estratégicamente seleccionada de uno de los frondosos árboles que habían crecido a los extremos de ambos ríos. Se posicionaba en un lugar lo suficientemente elevado como para disponer de una vista privilegiada, del mismo modo, las ramas de aquellos árboles eran tan largas y resistentes que muchas, como la escogida por Graglia, se situaban encima de la pasarela invisible. Desde allí podría saltar sobre la misma pasarela y asistir a Gelegen tan pronto como apareciera el Hijo de la Iglesia.

*Un Hijo de la Iglesia acabando con Michia... uno de nuestros propios hermanos... es tan... vomitivo...* Reflexionó Graglia, sintiendo su pulso acelerarse fruto de su propia introspección. Podía comprender que la vida de un Hijo de la Iglesia fuera difícil, incluso veía comprensible que estos mostraran resentimiento al hecho de que ellas, como princesas Dajalam, gozaran de todo tipo de comodidades. No obstante, lo que podía verse como una injusticia no justificaba ni mucho menos un acto de asesinato de lo más vil. Se iba a asegurar de dar su merecido al Hijo de la Iglesia, de extraer como fuera una confesión y hacerle pagar por haber osado acabar con la vida de su hermana.

Se movió en su posición, incómoda. A pesar de haberse tratado de acomodar en aquellas ramas, lo cierto era que le era extremadamente difícil dar con una postura de la que no se acabara cansando. El querer ser sigilosa provocaba que no pudiera moverse mucho, igualmente, aquella constante vigilancia implicaba que apenas hubiera dormido.

El plan era ciertamente sencillo. Ella iba a esperar a que el Hijo de la Iglesia se dispusiera a atacar a Gelegen, momento en el que le asaltaría y le exigiría saber si estaba detrás de la muerte de Michia y por qué motivo.

Continuó observando a Gelegen y, sin quererlo, bostezó. Estaba mal siquiera admitirlo, pero la labor de vigilancia era sumamente aburrida y monótona. Además, había pasado una mala noche, una terrible pesadilla en la que se topaba de repente con el asesino de Michia, un ser de rostro completamente desfigurado y ojos rojos como el puro fuego... semejante visión le había perturbado hasta más no poder. Se sacudió la cabeza, tratando de desquitarse de aquellos pensamientos y del sueño, observó a Gelegen moviendo la comida con su palo, incluso el humo y el calor que emanaba del fuego le hacían más difícil el concentrarse. Bostezó de nuevo y cerró los ojos, un leve instante con el que descansar la vista solo un momento...

\*\*\*

*¡Blam!*

El atronador sonido la despertó de súbito. Miró a un lado y a otro, aturdida, entonces se percató de lo que había sucedido.

*Soy una estúpida idiota, me he dormido en plena vigilancia. ¡Maldita sea!*

Le era difícil saber cuánto tiempo había pasado, la única pista que tenía era que el sol del atardecer había sido sustituido por una luna llena de lo más brillante. No necesitó preguntarse de

dónde provenía aquel ruido, era más que consciente. Se apresuró a mirar hacia abajo.

*Ahí está, el Hijo de la Iglesia...* sintió cómo su cuerpo se paralizaba. Su atuendo era tal y como le habían descrito, su espada negra, su rostro completamente cubierto por un pañuelo rojo y un deseo de muerte a aquellos que no actuaban según dictaba el Aqua Deus.

Contemplaba cómo el Hijo de la Iglesia avanzaba impasible hacia Gelegen. Ahora simplemente tenía que lanzarse desde su escondrijo y defender a Gelegen, sin embargo, estaba petrificada. No podía hacer más que temblar, contemplar con temor al asesino de Michia acercarse hacia Gelegen con espada en mano.

La bota del Hijo de la Iglesia aplastó el fuego, una y otra vez sin descanso hasta consumir las llamas. Tal movimiento había sido realizado sin despegar la atención de Gelegen, que se arrastraba hacia atrás poco a poco, luciendo igualmente aterrorizado, probablemente se preguntaba a qué estaba esperando, por qué no había saltado de una maldita vez de entre los árboles tras su disparo y había acudido en su ayuda. Graglia también se estaba realizando esa misma pregunta, simplemente no podía moverse.

*Vamos, muévete, acaba con esto de una vez,* se trató de decir a sí misma. Era plenamente consciente de cómo el Hijo de la Iglesia seguía avanzando hacia Gelegen, presenciaba con suma atención cómo éste realizaba cada paso con la rotunda determinación de alguien que actuaba en nombre de la fe, de quien sabía que estaba haciendo lo correcto, ajusticiando a un infiel que no merecía mejor destino que la muerte.

Gelegen cesó en su retroceso, se puso de pie, intentando como fuera hacer frente a su enemigo. Con su último disparo, su pistola se había quedado sin munición por lo que, de algún modo, pretendía ofrecer resistencia con sus meros puños a aquel joven criado por la Iglesia para acarrear cualquier tipo de misión, incluida la de matar a sangre fría y sin el menor de los miramientos.

Graglia apretó los dientes, luego apartó la mirada durante un instante. El duelo de Gelegen y el Hijo de la Iglesia había tenido un evidente resultado, la espada del Hijo de la Iglesia había atravesado a Gelegen en el pecho.

*Gelegen...* ni siquiera fue capaz de pronunciar su nombre en alto. Tan solo emitió un grito ahogado, uno muy similar al que estaba segura había proferido su amigo al sentir cómo el acero se abría paso en su pecho.

Consiguió abrir los ojos. *Reacciona, reacciona maldita sea,* se decía una y otra vez, pero, por mucho que lo intentara, no podía hacer más que agarrar la rama a la que se sujetaba con fuerza, sin poder despegar sus ojos de cómo el Hijo de la Iglesia acababa con Gelegen.

*Reacciona, maldita sea...*

Mientras Graglia no podía hacer más que rogar por que su cuerpo la obedeciera de una vez, el Hijo de la Iglesia continuaba en su sangriento ritual de purificación. Había agarrado a Gelegen de una de sus piernas y le estaba arrastrando hacia la estatua, dejando un reguero de sangre a su paso por la plataforma invisible.

*Va a echarle por la cascada, adivinó, va a lanzarle hacia una muerte segura mientras tú te quedas aquí plantada como una estúpida niña asustada.* Resopló, consciente de que no podía permitir semejante final para Gelegen, apretó los dientes e hizo acopio de todo su valor. Se lanzó desde lo alto de su escondrijo, cayó sobre el suelo invisible, rodando por el mismo para así amortiguar el impacto. Ahora se posicionaba detrás del Hijo de la Iglesia, éste continuaba arrastrando a Gelegen sin haberse percatado de su presencia. Debía darse prisa, ya casi estaba cerca de la estatua.

“Eh, ¡bastardo de la Iglesia!” gritó, desenvainando a Crystaline, “tendrás que acabar conmigo

antes de poder concluir tu estúpido ritual de muerte.”

Ante aquellas palabras, el Hijo de la Iglesia se dio la vuelta de súbito, como sorprendido ante su aparición. Su mirada se clavó en Graglia, luego volvió un instante a Gelegen, parecía que estuviera asimilando que había caído en una trampa. Finalmente, soltó bruscamente la pierna de Gelegen, justo a los pies de la estatua, dando un paso al frente.

Tal vez era la luz de la luna, pero se había imaginado al Hijo de la Iglesia mucho más alto y fornido. Aun así, se encontraba ante una figura atlética que, unida a su rostro tapado, llegaba a ser ciertamente siniestra. Ninguno de los dos atacó, ambos se quedaron mirándose el uno al otro, esperando a que fuera su rival quien realizara el primer movimiento.

“¿A qué estás esperando? ¡Vamos! ¡Enfrentate a mí!” Le provocó Graglia.

A pesar de su alentamiento, el Hijo de la Iglesia no se movió ni un ápice de su posición. Ni siquiera sostenía su espada en posición de guardia, simplemente se hallaba allí plantado, observándola.

*Bastardo, ¿es que acaso estás esperando a que Gelegen se desangre?*

Sostuvo a Crystaline con fuerza, consciente de que tenía que atacar cuanto antes. Tenía que iniciar el combate, sin embargo, antes necesitaba la respuesta a la única pregunta que había importado desde su baile.

“Mi hermana Michia... ¿formó parte de vuestro ritual de Camino a la Servidumbre?” Consiguió decir, con sumo dolor.

El Hijo de la Iglesia no hizo más que seguir observándola, sin pestañear siquiera. Entonces realizó un gesto con la cabeza.

Antes de que hubiera terminado de asentir, Graglia ya estaba cargando contra él. Sus manos sostenían la empuñadura de la espada sagrada con tanta fuerza como era capaz de invocar, su mandíbula tensa, esgrimiendo una mueca de furia descontrolada sedienta de venganza. No, no iba a invocar los poderes de Crystaline, no todavía, quería destrozar a aquel malnacido, disfrutar del derramamiento de sangre de aquel bastardo sin que el poder de la espada sagrada influyera lo más mínimo en sus decisiones.

*¡Clas!*

Sus espadas impactaron la una con la otra con un ensordecedor ruido metálico. A tan vigorosa estocada le siguió otra y luego una tercera todavía más potente que las anteriores. Graglia atacaba como poseída, sin permitir ni un leve instante de respiro a aquel bastardo asesino. Su forma de esgrima distaba mucho del arte de combate que le habían enseñado en palacio, sus estocadas eran hostiles, dirigidas a atravesar a su oponente, muy alejadas del estilo defensivo que le habían instruido. Quería venganza a cualquier precio.

A pesar de sus efusivos y constantes ataques destinados a atravesar la carne de su rival, tenía que admitir que aquel bastardo se defendía igualmente con gran destreza. El Hijo de la Iglesia simplemente se defendía, bloqueaba y esquivaba los agresivos ataques de Graglia como podía. Por mucho que le disgustara, aquel malnacido se desenvolvía con impecable eficacia, la Iglesia le había enseñado bien.

*Pero tus artes no van a interponerse en mi venganza.*

Sus feroces estocadas continuaron. Dirigió su espada hacia una de las piernas del Hijo de la Iglesia, luego contra su pecho, pero siempre se veía contestada por un rápido bloqueo de su rival. Fintó, después hizo un rápido juego de pies, dio un paso largo, para acabar realizando una veloz estocada hacia adelante. Con aquellos gráciles movimientos por fin divisó una apertura en la defensa de su rival. Era el momento de aprovecharla.

*Ya te tengo,* pensó para sus adentros, anticipándose a una estocada que estaba segura iba a ser

certera. Sin embargo, el Hijo de la Iglesia recurrió a la palma de su mano, una técnica con la que golpeó en su antebrazo, impidiendo eficazmente que Graglia pudiera atacarle.

Durante un instante, Graglia perdió la concentración, retrocediendo por un momento para ordenar sus pensamientos. La técnica que el Hijo de la Iglesia había utilizado recurriendo a la palma de su mano, la conocía perfectamente.

*Así que los Hijos de la Iglesia también son instruidos en el arte del Kayta...*

Respiraba con cierta dificultad. El combate le estaba llevando más de lo esperado. Tenía que ponerle fin si no quería que Gelegen se desangrara a los pies de aquella estatua.

*No tengo elección, debo dejar mi orgullo de lado...*

Situó el azulado acero de su espada frente a sus labios, dispuesta a acabar de una vez por todas aquel combate.

“Crystaline, concédeme tus poderes.”

Con su petición, su rostro cambió por completo, ahora contemplando a su oponente con la más absoluta frialdad mientras la hoja de la espada se empapaba en agua. Su mente ahora había sido arrancada de cualquier emoción humana, en su cabeza solo reinaba ahora la más pura lógica: aquel Hijo de la Iglesia debía recibir su merecido por acabar con una de las princesas Dajalam.

Graglia sostuvo la espada sagrada con ambas manos y cargó contra su oponente, dispuesta a poner fin al combate. Avanzaba rauda, sus pasos veloces, en línea recta sin perder ni un instante. Se dispuso a realizar su estocada, lista para anticiparse a cualquier truco por parte de su oponente.

Su mente poseída por la espada rememoró todas sus anteriores estocadas, tratando de predecir cómo su rival intentaría bloquear su ataque y de qué manera podía contrarrestar su defensa. Sin embargo, el Hijo de la Iglesia simplemente se dejó caer con ambas rodillas al invisible suelo.

La espada sagrada atravesó a su víctima. Justo a la altura del pecho. No obstante, no había atacado a su corazón, todavía necesitaba respuestas. Durante un instante, Graglia contempló a su víctima ensartada, quien se mantenía de rodillas inmóvil, sus ojos abriéndose paso a través de aquel pañuelo.

El final del combate había sido extraño e inesperado. Tras recurrir a los poderes de la espada, el Hijo de la Iglesia parecía haber desistido en su afán por defenderse. No podía entender por qué. Entonces Graglia liberó su mente de la espada. La furia volvió a dominar su rostro.

*¿Tal vez ha caído preso de su fe? ¿Ha sucumbido ante la visión de la espada sagrada?*  
Sopesó.

Arrancó la hoja de la espada sagrada del torso del Hijo de la Iglesia y caminó rauda hacia Gelegen. Su amigo estaba apenas consciente, su rostro pálido y sus ojos luchando por mantenerse abiertos. Era difícil saber si había sido testigo del combate o no. Graglia se apresuró a dejar caer unas gotas de su espada sobre la profunda herida. Gelegen comenzó a toser, el agua curativa estaba iniciando su proceso de regeneración.

Tras ello, se posicionó delante del Hijo de la Iglesia, que se mantenía de rodillas con el pecho empañado en su propia sangre. Graglia tomó aire, luego extendió la mano y agarró el pañuelo.

“Es hora de descubrir el rostro del asesino de Michia.” Dijo con furia.

Tiró, arrancándole el pañuelo. Contempló el rostro del asesino, con la boca abierta, sin poder creer lo que estaba viendo.

## 20. Culpable

Graglia continuaba con su mano extendida, sosteniendo el pañuelo rojo. Su boca abierta, sin pestañear siquiera, incapaz de concebir lo que estaban presenciando sus ojos. Se había preguntado cómo sería el rostro del asesino de Michia una y mil veces. Había dibujado expresiones retorcidas, una faz sumida en la maldad y deseos de muerte. El rostro que estaba presenciando era uno que jamás hubiera imaginado.

“¡Michia! ¿Estás viva? No... no puede ser ¿qué significa todo esto?” Consiguió decir, pestañeando por primera vez.

Acercó lentamente su mano al rostro de su hermana, casi tenía miedo a tocar su piel, como si le aterrara la idea de que al rozar su mejilla ésta se desvaneciera en mil pedazos tratándose de un mero sueño. Pero no, sentía el calor de sus mejillas empapadas en lágrimas.

*Michia, viva...* Era una sensación terriblemente extraña. Le embargaba un rotundo éxtasis de emoción al descubrir que su hermana estaba con vida, que no la había perdido a consecuencia de aquel incendio. No obstante, sentía también un abrumador dolor en la sien, uno que pretendía lograr comprender qué diantres se le había pasado por la cabeza a su hermana para embarcarse en un viaje de Camino de Servidumbre.

Fue entonces cuando se percató de la herida que había propinado a quien ahora había descubierto era su hermana. Se apresuró a situar la punta de su espada en la sangrante herida, dejando caer unas gotas. Durante un instante alzó la vista, su mirada desconcertada cruzándose con el semblante también turbado de Gelegen, quien se encontraba de pie, pero a cierta distancia, manteniéndose al margen de aquel inesperado desenlace.

Su atención volvió a Michia. La herida estaba curándose. Michia tenía los ojos cerrados, enormes lágrimas se desprendían de los mismos, lucía tremendamente desolada.

Graglia se agachó, abrazando a Michia con tanta fuerza como fue capaz de reunir. Ni siquiera realizó el menor amago de impedir que las lágrimas brotaran de sus ojos, consciente de que aquel reencuentro merecía ser empapado en felicidad.

“Creíamos que habías muerto...” dijo entre sollozos, mientras continuaba abrazándola, “la capilla ardiendo justo cuando ibas a rezar...” entonces sintió un arrebato de furia, se separó de su hermana, poniéndose de pie. “¡Exijo una explicación ahora mismo, Michia!”

“Es... complicado.” Se limitó a responder, su vista clavada en el suelo invisible.

Era obvio que Michia no quería hablar, que no parecía estar precisamente dispuesta a compartir los motivos de su viaje. Sin embargo, Graglia había pasado por demasiados quebraderos de cabeza como para que la respuesta de su hermana fuera tan escueta como falta de motivos.

“Michia, te lo ruego como tu hermana, como Lácrima o por todas las penurias que he pasado hasta encontrarte, cuéntame por qué diantres te marchaste sin decirnos nada, por qué fingir tu muerte...”

“Graglia,” Esta vez Michia levantó la cabeza, su voz rota, “es mejor que no sepas nada y simplemente me permitas seguir mi camino...”

Semejante respuesta hizo que perdiera la paciencia. Graglia caminó hasta la estatua, extendiendo la mano con la que sostenía a Crystalline sobre la cascada. “O me lo cuentas ahora mismo o serás la única culpable de que la espada sagrada que el mismo Aqua Deus entregó a nuestra antecesora Dajalam se pierda en las profundidades.” La amenazó con rotunda seriedad.

El rostro de Michia quedó fijo en Crystaline, mostrándose atemorizada ante que tal fuera el destino de la espada sagrada. Alzó las manos, en tono pacificador.

“Está bien, te lo contaré.”

Graglia suspiró de alivio. Por fin un poco de cordura por parte de su hermana. Caminó de nuevo hacia ella, mientras tanto, Gelegen levantó la mano para captar su atención.

“Os dejaré a solas, si me necesitáis hacedme alguna señal.” Se limitó a decir, marchándose por la plataforma. Su paso raudo y postura recta demostraban que se había recuperado de la herida.

Esperaron a que Gelegen se alejara. Al menos iba a permitir a su hermana que aquella confesión quedara entre ellas dos.

“Michia, por favor, cuéntame qué ocurrió.” Le rogó, dejando a Crystaline en el suelo transparente y sentándose al lado de su hermana. “¿Se puede saber a qué viene todo esto?” Su tono era una mezcla de indignación y súplica.

“Como recordarás, tuve una audiencia con la Suma Sacerdotisa durante tu baile, fue todo un sueño, Graglia, y fue gracias a ti. Se acercó para hablarme, estaba que no cabía en mi gozo, la mismísima Suma Sacerdotisa dirigiéndome la palabra, no podía creerlo. Me dijo que le habías hablado de mí, que le habías contado acerca de mis pretensiones de ser algún día su sucesora y fue entonces cuando dijo aquello...”

“¿Qué es lo que te dijo la Suma Sacerdotisa?”

“Fue una conversación realmente breve. Simplemente me dijo que la única forma de convertirme en Suma Sacerdotisa sería no habiendo nacido princesa.”

Graglia abrió la boca, sin poder creer lo que estaba escuchando.

“¿Por eso iniciaste el Camino a la Servidumbre? ¿Para deshacerte de tu pertenencia a la realeza?”

“Así es. Es evidente que, con sus palabras, la Suma Sacerdotisa me estaba instando a completar el mismo recorrido que realizan los Hijos de la Iglesia. Deshacerme de mi sangre real es la única manera de ser escogida como la próxima Suma Sacerdotisa.”

*Oh, Michia, no puede ser...* Graglia se llevó las manos a la cabeza. Para ella era evidente lo que había sucedido, con su comentario la Suma Sacerdotisa le había indicado de una manera ligeramente indirecta y seguramente algo burlona que bajo ningún concepto una princesa Dajalam tendría la menor posibilidad de sucederla. Tenía sentido que su hermana no se hubiera percatado del auténtico mensaje detrás las palabras de la Suma Sacerdotisa, su falta de habilidades sociales, unida a una fe ciega, la habían llevado a tomarse las palabras de la representante de la Congregación de una manera que solo alguien como ella podría llegar a interpretar.

Su memoria la llevó a la reunión en la biblioteca con sus hermanas. En el momento en el que Michia había proclamado sus aspiraciones no se había percatado, pero ahora, tras escuchar las palabras de la Suma Sacerdotisa, tenía sentido que la Iglesia del Agua no quisiera bajo ningún concepto permitir que su independencia respecto a la realeza se esfumara. Negó con la cabeza, consciente de que, aunque le iba a ser duro, debía contarle la verdad.

“Tal vez interpretaste mal las palabras de la Suma Sacerdotisa, o tal vez su discurso era malintencionado desde un principio. En cualquier caso, es evidente que, a propósito, o no, has caído en un engaño.”

“¿Cómo? ¿Qué quieres decir?”

“No me cabe la menor duda de que lo que la Suma Sacerdotisa pretendía decirte es que ni tú ni nadie con el apellido Dajalam la sucederá jamás.”

“¿Qué? No puede ser...” Su rostro se descompuso, observaba a Graglia con tristeza, como si

estuviera esperando que le revelara que era todo una mentira, que simplemente no había realizado todo su viaje en base a una mala interpretación. Por su parte, Graglia tuvo que hacer un inmenso esfuerzo para aguantarle su desolada mirada. Michia acabó asintiendo, aceptando que las palabras de Graglia eran ciertas. “Soy una ilusa entonces.”

“Somos todas unas ilusas, no solo tú, Michia...” respondió Graglia, mirando hacia la plateada luna. “En la biblioteca, cuando proclamaste tus aspiraciones de convertirte en Suma Sacerdotisa, ni yo ni ninguna de nuestras hermanas vimos impedimento alguno en que cumplieras tu sueño. Ahora, sin embargo, lo veo claro: vivimos en una mentira en palacio, se nos ha hecho creer que el Reinado del Agua es un lugar idílico donde los sueños se cumplen... pero, en mi viaje dando caza a quien creía había acabado contigo, se me ha caído la venda de los ojos. El Aquadom está repleto de seres despreciables como la Suma Sacerdotisa, Michia, gente que está dispuesta a acabar con los sueños e incluso las vidas de los demás.”

“Yo también he presenciado lo cruel que es el mundo fuera de las murallas de palacio, jamás creí que el reinado estuviera tan alejado de la fe...”

“No te preocupes, Michia, nada podrá con nosotras mientras estemos juntas.” Se puso de pie, acto seguido, le tendió la mano. “Es hora de volver a palacio.”

Durante un instante, el rostro de Michia se iluminó, el reflejo de una ilusión interna por volver a su hogar, a retroceder a ese momento donde no había caído presa de su decisión. Los dedos de las manos de ambas princesas se tocaron, Graglia sintió un escalofrío, anticipando la felicidad de traer de vuelta a su hermana a casa, no obstante, Michia acabó retirando su mano.

“Tu propuesta es tentadora, pero no puedo. Ya no soy una princesa, el día que inicié el Camino a la Servidumbre me designé a mí misma como príncipe. En ese momento, me deshice de mi nombre, e incluso de mi condición de mujer, ahora, solo me queda concluir mi recorrido para poder deshacerme también de mi realeza.”

Graglia negó con la cabeza, tuvo que reprimir sus impulsos para no responder a tal sarta de barbaridades con reproches, tomó aire, consciente de que debía ser cauta si quería recuperar a su hermana. “Eso solo lo sabremos tú y yo, no te preocupes, será nuestro secreto, uno que me llevaré hasta el mar.”

Michia sonrió con ternura, “yo lo sabría. Prometí realizar el Camino a la Servidumbre, desprenderme de mi esencia real.”

“Puede que te deshagas de tu realeza, que reniegues de tu condición de mujer o de tu nombre, pero tu rostro seguirá siendo el de mi hermana.”

“Puede que hoy sí, pero me encargaré de que incluso mi rostro deje de ser el de una princesa Dajalam. Haré todo lo que esté en mi mano por arrancar cualquier rasgo de realeza de mí, de dejar atrás todo lo que lleve a recordar que alguna vez Michia existió, no tengo otra opción.”

“¡Michia! Deja de decir barbaridades, por favor. Te lo ruego, acompáñame a palacio, nos las apañaremos para justificar que has vuelto con vida, eso es lo de menos.”

“No, Graglia, avergonzaría a nuestra madre, a la realeza, no puedo permitir eso.”

“¿Crees que me importa lo más mínimo el avergonzar a la realeza con tu vuelta? ¡Que se vayan al cuerno todos y cada uno de los que osen burlarse de tu regreso! ¡Haré que los cuelguen si eso es lo único que acalla sus risas!”

“No será necesario, porque no pienso volver. Tomé una decisión, equivocada o no, no me queda más que continuar en mi Camino a la Servidumbre.”

Graglia fue a rebatirle una vez más, abrió la boca, tratando de dar con las palabras adecuadas para convencerla, sin embargo, la convicción en el rostro de su hermana la detuvo en seco. No había lugar para el diálogo.

*Así que quieres que tu rostro deje de ser el de mi hermana...* Pensó Graglia con furia, su mano se deslizó rápidamente hacia la empuñadura de Crystaline. En un instante, el filo de la espada recorrió de un lado a otro la cara de Michia. Provocándole un corte profundo desde un lado de la mandíbula hasta la altura de su ojo del lado opuesto.

“Esa herida dejará una horrible marca, una lo suficientemente profunda como para desfigurarte el rostro por completo. Con ella nadie será capaz de reconocerte como la princesa Michia. Si aceptas esta cicatriz, si permites que ésta marque tu destino, entonces yo me negaré a reconocerte nunca más como mi hermana, renegaré rotundamente de ti, como si jamás hubieras existido.” Le mostró a Crystaline, “por el contrario, si estás dispuesta a volver a casa, a retractarte de esta absurda decisión de seguir en tu Camino a la Servidumbre, puedo hacer que el rostro de mi querida hermana vuelva a ser el que era.”

“Respetarás mi decisión, ¿sea cual sea?”

Aquella pregunta resonó en la mente de Graglia. Todos y cada uno de sus instintos la apremiaban a decir que no, ¿cómo iba a respetar una decisión que iba a suponer deshacerse de su hermana para siempre?

Graglia tragó saliva. *No debo escoger lo mejor para mí, sino para ella...* arrugó el ceño, se mordió el labio y, tras un esfuerzo inmenso, asintió.

“Gracias, Graglia, es el mejor regalo que podías hacerme.” Se levantó y alzó ambos brazos, empapando sus dedos con la abundante sangre que empapaba su rostro, se acercó hasta la estatua, embadurnando con su sangre los pétreos zapatos, “quien me iba a decir que la pecadora a la que iba a ajusticiar en un lugar así sería a mí misma. Y ahora, si me disculpas, pienso rezar en este punto sagrado hasta dirigirme al próximo lugar santo.”

Graglia contempló a su hermana, arrodillada en la estatua rezando. Apretó los labios, contemplándola con un dolor inmenso.

“Adiós, Michia. Que tu vida fuera de la realeza sea de lo más dichosa. Si tu corazón algún día así lo quiere, tienes abiertas las puertas para luchar a mi lado, para ofrecer fe al reinado como solo tú podrás hacer. Solo yo sabré quién eres en realidad.”

Envainó su espada y se dio la vuelta, sintiendo cada uno de sus pasos tan pesados como si tuviera atado un gigantesco plomo en sus botas.

*Hasta siempre, hermana, ojalá nuestros cauces vuelvan a encontrarse algún día...*

Avanzó por la pasarela invisible, hasta que se cruzó con Gelegen, que la observaba acercarse con su rostro sumido en el más absoluto shock.

“¿De verdad no vas a traerla de vuelta? Después de todo...”

Gelegen cesó en sus palabras, contemplado el rostro desencajado de Graglia. Tras comprender su pesar, se llevó las manos a la cabeza, se quitó el sombrero, ofreciéndoselo, Graglia lo aceptó de buen gusto, seguro así ocultaría mejor su rostro inundado en un mar de lágrimas.

## 21. En casa de nuevo

El viaje de vuelta a casa estaba siendo considerablemente breve y tranquilo. Resuelto el misterio, habían vuelto a visitar a Yiulan, quien se las había apañado para ofrecerles un carruaje custodiado por una escolta montada. Con semejante despliegue a sus espaldas, el regreso a palacio estaba siendo por el camino más rápido y sin el menor incidente. Según sus cálculos, no debían estar muy lejos de casa.

El interior del carruaje era bastante cómodo, sus asientos en color avellana lo suficientemente mullidos como para ser capaces de amortiguar los incontables baches que se estaban topando en su raudo paso. Graglia y Gelegen estaban sentados uno al lado del otro, apenas habían hablado durante el viaje a consecuencia del sueño. Habían sucumbido al cansancio.

Ahora Graglia se encontraba mirando al blanco techo del carruaje, sin pensar en nada. Necesitaba liberar su mente de tantos pensamientos por un instante al menos.

“¿Cómo te sientes, Graglia?” Acabó diciéndole Gelegen, al percatarse de que ésta estaba despierta.

Aquella era una gran pregunta. Una para la que le era difícil ofrecer una respuesta simple. Todavía le costaba creerlo, Michia estaba viva, le era algo impensable. Ciertamente, no estaba a su lado, no había sido capaz de traerla con ella a palacio, pero, en cierto modo, estaba bien que fuera así.

“Me entristece no haber podido regresar con Michia, pero es lo que ella quiere, así que debo respetar su decisión por mucho que me duela.”

Gelegen asintió. “No piensas decirle nada a tu madre, ¿no es cierto?”

“Por supuesto que no.” Respondió, sin pensárselo dos veces. Frunció el ceño al recordar cierto detalle, su madre le había indicado que habían sido los Caballeros del Agua quienes habían retirado los restos de Michia de la capilla, ahora, tras descubrir que su hermana estaba viva, no podía evitar preguntarse si su madre sabía que Michia había escapado, de manera que culpar los Mechuanos había sido la manera de encubrir la decisión de su hija de abandonar palacio. Si aquel se trataba de un acto de desinterés por parte de su madre o de una bondad inesperada le era imposible de saber, prefería guardarse el secreto de que conocía la verdad detrás de Michia.

“¿Y qué hay de la Suma Sacerdotisa?”

“¿A qué te refieres?” Respondió Graglia, frunciendo el ceño.

“No me tomes por tonto, Graglia, creo que he llegado a conocerte lo suficiente como para saber que se la tienes jurada por lo que le ha hecho a tu hermana.”

“Llegaré el día en el que le ofrezca su merecido escarmiento,” admitió, “pero no hoy, ni mañana, pienso dar con la forma perfecta para hacerla pagar por todo el dolor que nos ha provocado a las princesas Dajalam y, en especial, a Michia.”

Apretó los puños, prometiéndose a sí misma no olvidar semejante afrenta. *Esperaré a ser reina y daré con el momento oportuno para hacerla pagar de la forma más humillante...*

El carruaje se detuvo, pasó un tiempo, nadie abrió la puerta. Graglia tragó saliva, aquella tardanza no auguraba nada bueno, solo podía significar que se estaba informando a los soldados de la Guardia Real de a quién estaban trayendo de vuelta. Y eso solo podía significar una cosa: su madre había regresado y todo palacio estaba al corriente de su desaparición.

La puerta se abrió, el gentil cochero le tendió la mano para ayudarla a bajar. Conforme descendió, uno de los muchos soldados de la Guardia Real que se hallaban allí se acercó hacia

ella.

“Bienvenida, princesa Graglia, vuestra madre os está esperando en la Sala del Trono. Os escoltaremos hasta allí.” Indicó.

“Yo me despido aquí, entonces.” Dijo Gelegen, haciendo amago de acercarse a Graglia para despedirse de ella, sin embargo, el soldado levantó la mano.

“No. Nadie se marcha de aquí hasta haber hablado con la reina.”

El puente levadizo cayó con contundencia. Comenzaron a caminar por la gruesa madera, siguiendo al soldado en absoluto silencio. Asentía a los varios sirvientes con los que se cruzaba, estos se mostraban nerviosos, como conscientes de la reprimenda que iba a caerle por parte de la reina. Graglia, en cambio, se sentía tranquila, a pesar de estar al tanto de lo que la esperaba como consecuencia de su fuga, tan solo la invadía un sentimiento de paz, de volver a casa con el deber cumplido. Atravesaron un largo pasillo, repleto de cuadros de paisajes marinos, estaban ya muy cerca de la Sala del Trono y, por tanto, de enfrentarse a la ira de su madre.

En ese momento, Graglia recordó algo, tomó por el brazo a una joven sirvienta de cabellos rizados y ojos saltones.

“Escuchad, se va a celebrar una boda en Urday,” Graglia trató de hacer memoria, buscando intentar recordar el nombre de alguno de los amables peregrinos que había conocido en Vaena. “La novia se llama... ¡Usurira! Hablad con la consejera Keide en mi nombre e indicadle que no debe faltar nada en su boda, por favor.”

La sirvienta asintió. Marchándose rauda a cumplir con su deber. Graglia sonrió, al ver que Gelegen la miraba negando con la cabeza sonrió aún más.

“¡Graglia!” Se escuchó.

Aquella voz aguda le provocó una sonrisa, reconociendo al instante a su hermana Numia, que bajó veloz por unas escaleras junto con su cerdito Wounky. Ésta corrió hacia ella, abrazándola efusivamente. Tras ésta apareció Numia, quien le ofreció una comedida sonrisa. Poco a poco sus hermanas fueron abriéndose paso.

“Graglia, ¿cómo puedes haberte marchado así como así?” La reprendió Bravia, cruzándose de brazos, “eso ha sido un acto sumamente irresponsable.”

“Madre está tremendamente enojada por tu escapada.” Le avisó Sastria, situándose al lado de Bravia, en su rostro mostrándose cierta diversión. Luego miró a Gelegen de arriba abajo sin el menor disimulo, “¿y este joven tan apuesto quién es?”

“Su nombre es... ¡ouch!” Graglia no tuvo tiempo para presentaciones, pues Alvia se había abierto bruscamente paso entre sus hermanas, propinándole un severo empujón.

“¿Se puede saber por qué no fuiste a liberarme a las celdas?” Solicitó indignada.

“Es una larga historia.”

“¿Tiene algo que ver con que la salida secreta haya sido inutilizada?” Preguntó Alvia, esta vez mirando acusadoramente a Gelegen.

“¡Eso fue culpa de Graglia! Yo no estaba mínimamente de acuerdo con su decisión.” Se chivó Gelegen, señalando rápidamente a Graglia.

“Te hice un favor,” respondió Graglia, mirando a Alvia a la vez que ofrecía una mueca de absoluta repugnancia. “¿Se puede saber cómo has podido estar escapando de palacio a través de ese pútrido lugar? ¡Eres una princesa!”

El resto de sus hermanas las miraban sin saber de qué diantres estaban hablando, sin embargo, parecían de lo más entretenidas con la pelea.

“Princesa Graglia, vuestra madre os espera.” Le recordó el soldado que les estaba escoltando.

Graglia asintió siguiendo al soldado, Gelegen fue tras ella, no sin antes realizar un gesto de

despedida a las princesas con su sombrero.

“Suerte.” Le deseó Numia.

“La necesitará, desde luego...” añadió Sastria por lo bajo.

Graglia y Gelegen prosiguieron en su avance por palacio, hasta que llegaron a la Sala del Trono. El soldado que había liderado la marcha no necesitó siquiera informar a los guardias que custodiaban la puerta, pues uno de estos, tan pronto como se percató de que escoltaban a Graglia, se apresuró a abrir para que comenzara su audiencia con la reina.

Si bien hasta ahora no se había sentido nerviosa, todo cambió conforme la puerta de la Sala del Trono se abrió. Caminaron por la sala, mientras que Gelegen miraba de un lado a otro con sumo interés, Graglia simplemente miraba al frente, sus hombros echados para atrás y su cabeza bien alta.

Sus pasos se hacían eco en una sala completamente en silencio, su madre les esperaba, sentada en el trono, contemplándoles con sus fríos ojos. Aquella falta de movimiento por su parte le pareció similar al estado inerte al que presentaría una serpiente instantes antes de abalanzarse sobre su inocente presa e inyectarle todo su veneno. En cierto modo, algo le decía que tal metáfora no se iba a alejar mucho de la realidad.

Fue Graglia la que se detuvo primero, situándose a la distancia correcta respecto a donde se sentaba su madre, Gelegen la imitó, deteniéndose a su lado para acto seguido quitarse el sombrero. Lo cierto era que Graglia se encontraba considerablemente más tranquila de lo que jamás hubiera esperado estar en una situación así. Tenía que ofrecerle una explicación a su madre y no podía importarle menos.

“Adelante,” comenzó la reina.

“Adelante, ¿qué, madre?” Respondió Graglia, encogiéndose de hombros.

Responder a su madre con una pregunta había sido una sugerencia que le había hecho Gelegen al iniciar su vuelta a casa. Le había indicado que esa era la mejor manera de que su madre le desvelara cuánto sabía, de modo que Graglia no tuviera que confesar más de lo necesario y ahorrarse explicaciones.

“Puedes empezar por cómo fuiste tan insensata para escapar de palacio y luego por qué fuiste tan osada como para llevar a Crystalline contigo.”

“Aprecio tu preocupación por mi bienestar, madre, pero, como puedes comprobar por ti misma, he vuelto sana y salva. Del mismo modo, aquí tienes a Crystalline” indicó, señalando con su dedo índice su pomo, “conforme acabe esta audiencia, me encargaré de que resida de nuevo en su sala, como si nada hubiera pasado.”

“Déjate de sandeces y confiesa, fuiste en busca de los Mechuanos, ¿no es así?” Su pregunta fue formulada con más pedantería de lo habitual, acompañada de una sonrisa que anticipaba que estaba segura de que así había sido.

“Así es, madre.”

“¿Reconoces abiertamente haberme desobedecido al haber ido en busca de los Mechuanos?” Indicó, su tono había cambiado, ahora molesto, como si hubiera preferido que Graglia se lo negara, como si admitiéndolo hubiera fastidiado su diversión.

“¿Desobedecerte? Por supuesto que no, madre, en ningún momento me prohibiste que yo tomara partido en su búsqueda,” le recordó, ocultando la profunda satisfacción que obtuvo en corregirla.

Tal corrección provocó que la reina se irguiera por completo en el trono. Se sumió un instante en silencio, tratando de recordar sus anteriores conversaciones en busca de cualquier atisbo al que aferrarse para no concederle que, efectivamente, no se lo había prohibido explícitamente.

“¿Y qué tal se dio tu búsqueda? ¿Encontraste a esos bastardos?”

Esta vez Graglia tragó saliva. Quería decirle la verdad, que era una estúpida por haber creído que habían sido los Mechuanos, que lo menos que podía haber hecho era al menos comprobar si estos habían iniciado el Canto de Hazaña a su vuelta a casa. Sin embargo, el consejo de Gelegen resonó en su mente: *ofrécele la satisfacción de verte fracasar y creará cualquier cosa que le digas.*

“Me temo que no, madre, ni rastro de los Mechuanos. Deben de ser más astutos de lo que anticipé.”

Su madre la señaló con el dedo índice, primero una, luego otra vez, después una tercera y una cuarta. En su rostro se mostraba ahora una mueca de profunda satisfacción.

“Ahí tienes tu valiosa lección, Graglia. En cierto modo, no puedo sino alegrarme de que tal haya sido el caso. Fuiste lo suficientemente irresponsable como para marchar por tu cuenta en busca de esos Mechuanos. Una insensata decisión que ha resultado en un humillante retorno, aunque puede todavía servirte para algo si ello ha puesto en tu inconsciente carácter un poco de cordura. Que tu avergonzante vuelta a casa con las manos vacías te haya servido para aprender la lección que parece yo no fui capaz de inculcarte.”

A Graglia le fue tremendamente complicado contenerse ante tan impertinentes palabras. Sintió un pequeño *tic* en el párpado, un viejo amigo que parecía quería darle también la bienvenida a casa. Respiró hondo, pudiendo contener sus impulsos.

*Claro que he aprendido una valiosa lección, solo que no la que tú crees, maldita incompetente.*

“Tienes razón, madre. Este viaje me ha servido para aprender mucho.”

Parecía que su madre había esparcido suficiente veneno sobre su hija, era momento de acechar a su nueva presa.

“¿Y qué hay de vos, señor...?”

“Gelegen Hurehall, mi reina.”

“Señor Gelegen, ¿qué clase de partido habéis tomado en los actos de mi hija para acabar siendo escoltado junto con ella a su regreso a palacio?”

“Fue una mera coincidencia, mi reina.” Contestó, su tono respetuoso y cordial. “El destino quiso que nuestros caminos se encontraran, la princesa Graglia se percató de mis dotes de observación y me propuso ayudarla en su búsqueda.”

“Unas dotes de observación no tan buenas si no fuisteis capaz de dar con esos Mechuanos.” Le provocó la reina, alzando ambas cejas y esgrimiendo una mueca de mofa.

“Eso parece.” Se limitó a contestar Gelegen, no entrando en su vil juego.

“¿Confirmáis la historia de mi hija? ¿No existe nada que ésta haya omitido en su viaje?” La reina alzó una ceja tras su pregunta, una con la que era evidente pretendía dejarle bien claro las terribles consecuencias que podría conllevar una mentira por su parte.

“Por supuesto que la confirmo. Los Mechuanos han sido tan sigilosos en su vuelta a casa que es como si no hubieran tomado parte en este asunto, por más que rezamos al Aqua Deus no hubo manera de dar con los culpables.”

La reina se quedó mirando a Gelegen, confusa, como si no fuera capaz de discernir si sus palabras eran sinceras o tenían segundas intenciones.

“Bien, Graglia, marcha a tus aposentos, seguro que ya tienes bastante con la humillación que has sufrido. Y vos, señor Gelegen, ya no se requerirán más sus servicios por aquí, espero que sus dotes de observación sean al menos suficientes como para permitirle volver hasta su casa.”

Tras aquellas palabras, Gelegen y Graglia realizaron la reverencia Aqua. Al marcharse, la

mirada de Graglia se clavó en el retrato familiar, sus ojos fijos en Michia. Graglia acompañó a Gelegen por los pasillos, se sentía triste y a su vez, sumamente nerviosa.

“Ciertamente es vil y mezquina, no estabas exagerando para nada.” Le dijo Gelegen en voz baja.

Graglia se limitó a asentir. Siguieron caminando, deteniéndose en un pasillo, aquel que llevaba hasta el patio por el que llegarían al puente levadizo. Graglia se detuvo, consciente de que era el único lugar donde podría despedirse de Gelegen sin que nadie les viera.

“Supongo que esto es un adiós.” Dijo Graglia, muy nerviosa.

“Supongo. Destruiste mi entrada secreta a palacio, así que no tengo forma de volver a entrar. Bueno, fue un honor acompañarte en este viaje.”

Gelegen fue a realizar la reverencia Aqua, sin embargo, Graglia la abrazó antes de que pudiera hacerlo.

“Gracias por todo. No habríamos descubierto la verdad sobre Michia si no hubiera sido por tu ayuda.”

“No ha sido nada.”

“¿Hay... hay algo que quieras como recompensa?” Le preguntó.

“No, solo quiero que el reinado sea un lugar mejor y algo me dice que el haberte ayudado a saber la verdad tras la muerte de tu hermana ya ha hecho que así sea.”

“Podría ayudarte a entrar en la academia militar.”

“Ni se te ocurra.”

“Solo estaba bromeando.”

“En fin, me marchó.” Gelegen se cogió de la solapa del sombrero, le guiñó un ojo y se dio la vuelta.

Graglia se quedó observando cómo se alejaba por el pasillo, en breve accedería al patio. Se mordió el labio, consciente de que era ahora o nunca.

“¡Gelegen!” Gritó, corriendo hacia él. “Yo sí tengo algo que pedirte a ti entonces.”

“¿El qué?”

“Un... beso.”

“Oh.” Dijo Gelegen, sonriendo. Luego se cruzó de brazos. “¿Es una orden como futura reina?”

“No.”

“Entonces no tengo por qué besarte.”

“Supongo que no.”

“Pero tal vez lo haga de todas formas.”

Gelegen se inclinó hacia ella, Graglia se limitó a cerrar los ojos, sintiendo un hormigueo en el estómago que solo se calmó cuando sus labios se encontraron. Durante un instante, el mundo se detuvo, deseando únicamente que aquel beso no se acabara nunca.

## Epílogo

Graglia observaba por la ventana de su carruaje, el paisaje le ofrecía grandes y frondosos árboles entre los que correteaban ardillas grises y un cielo prácticamente despejado en el que una bandada de pájaros avanzaba hacia el sur, sin embargo, su mirada estaba completamente perdida, repasando con escrupuloso detenimiento el plan urdido por Gelegen.

A pesar de encontrarse sola en la cabina, trataba de que su semblante fuera solemne. Pese a sus intentos por controlar sus impulsos, todavía percibía un ligero temblor en su ojo, un tic del que no había conseguido desprenderse completamente a pesar del paso del tiempo. Tal nerviosismo tenía su justificación, trece años habían pasado desde que juró a Michia venganza y, hoy, por fin, iba a cumplir con su promesa.

El carruaje se detuvo con suavidad, un acto que no hizo más que avivar su inquietud. Tras abrirse la puerta, el líder de los Caballeros del Agua le tendió la mano.

“Gracias, Menest.” Agradeció, descendiendo del carruaje. Había decidido portar un vestido blanco para la ocasión, uno cómodo y bastante ancho, aunque no lo suficiente como para ocultar un incipiente vientre que informaba que estaba esperando a su primer bebé. Con un poco de suerte sería una niña y, de ser así, tenía bien claro su nombre, Katienne.

Su vista se alzó a los cielos, contemplando el sagrado lugar, la Sacre Fomua. La catedral más impresionante del Aquadom. Rodeada de agua, sin acceso alguno aparente salvo a nado y disponiéndose bajo una cascada, de manera que sus tejados recibían el agua. Tan emblemático lugar no solo regentaba las reuniones de la Congregación de la Iglesia, sino que también resultaba ser el aposento de su máxima representante, la Suma Sacerdotisa.

Desvió su atención de la catedral para comprobar que estaban todos listos. Además de Menest, los otros tres Caballeros del Agua habían descabalgado de sus monturas. Examinó sus semblantes en busca de alguna pista de sus emociones. La calva de Gant se mostraba sudorosa, como siempre; Alvia mostraba una sonrisa más amplia de lo habitual fruto de la excitación, mientras que Menest presentaba su honorable semblante imperturbado. Se permitió un instante adicional para vagar en los ojos azules de su último Caballero del Agua, estos se abrían paso a través del pañuelo blanco que le cubría el rostro, Tarkos contemplaba la catedral con suma devoción.

“Es el momento.” Decidió Graglia.

Comenzó a caminar hasta llegar a la orilla, contempló su reflejo en el agua, sin duda era toda una visión el ver a una mujer embarazada portar una espada en su cinto. Levantó uno de sus pies con decisión, posando la punta de su zapato sobre la misma agua, sin embargo, su pie no se hundió, sino que se sostuvo sobre el invisible pasadizo.

Caminó sobre las aguas, espalda recta, hombros hacia atrás y cabeza erguida. Tras ella avanzaban los Caballeros del Agua, liderados por Menest. Las puertas por las que se accedía a la catedral cada vez se encontraban más cerca, no había nadie guardándolas, no obstante, sabía que era cuestión de tiempo que alguien saliera a recibirles.

Como era de esperar, las puertas blancas se abrieron antes de llegar a éstas, no obstante, de las mismas no apareció ninguna monja o sacerdote con el objetivo de darles la bienvenida como sería habitual, en su lugar, los dos soldados de élite de la Divina Protección habían hecho aparición, ambos con sus espadas desenvainadas.

*No deberían estar aquí, se supone que la Divina Protección iba a encargarse hoy de escoltar*

*una reliquia sagrada*, pensó, notablemente aún más nerviosa ante aquel imprevisto. No obstante, no había nada que hacer, salvo hacer frente a aquellos distinguidos soldados de élite. No iba a ser tarea sencilla, sendos integrantes de la Divina Protección, caracterizados por llevar un tatuaje en forma de lágrima negra bajo uno de sus ojos, eran tremendamente letales. Su reputación era de sobra conocida, Marune, toda una fiera guerrera y, Ores, un hombre de mediana edad muy alto y de una larga barba dorada trenzada que le llegaba a la mitad del torso.

“Me pido enfrentarme a Marune.” Escuchó decir a Alvia.

La inesperada aparición de los soldados de la Divina Protección no provocó el menor impacto en su avance. Graglia caminaba hacia ellos, sin importarle lo más mínimo los gestos de alto que sendos soldados de élite estaban realizando.

“¡Alto!” Ordenó Marune, una vez se encontraban a escasos pasos de distancia.

Esta vez Graglia sí que se detuvo, no necesitó realizar el menor gesto para que sus Caballeros del Agua igualmente se detuvieran a su retaguardia.

“Reina Graglia, sois plenamente consciente de que solo vos podéis acceder a través del camino, ser acompañada por vuestra escolta en territorio sagrado es una declaración abierta a la confrontación.” Le recordó Marune, su voz era tosca, su tono de reprimenda a pesar de dirigirse a su reina. “Ordenad inmediatamente a vuestros Caballeros del Agua que os esperen alejados de este lugar sacro.”

“Me temo que eso no es posible.” Respondió Graglia, sin perder un ápice de compostura, “Mis Caballeros del Agua me acompañan en una misión de pureza.”

“Esto es una afrenta contra la Congregación.” Dijo escandalizado Ores. “Las misiones de fe son llevadas por la Iglesia del Agua, la corona no tiene cabida aquí.”

“En efecto,” Afirmó Marune, “si consideráis que es necesaria una misión de pureza, convocad una reunión por los medios apropiados con la Congregación de la Iglesia y ésta os responderá.”

“Culua ne Prote Ferae,” pronunció Graglia en Flumio, “Cláusula de Custodio de la Fe, la reina, como escogida por el Aqua Deus a través de Crystalline, tiene potestad para actuar en misión de pureza cuando disponga de una sospecha suficientemente fundada de que un miembro de la Congregación de la Iglesia no esté obrando acorde a los principios de credo que juró en sus votos.”

“¿Un miembro de la Congregación bajo sospecha?” Promulgó Ores, su boca abierta, sus ojos perdidos en unos pensamientos que parecían instarle en que no era posible, que los miembros de la Congregación gozaban de una fe inquebrantable.

“¿De quién es vuestra sospecha fundada?” Solicitó saber Marune.

“De Sorabel.”

“¿La Suma Sacerdotisa?” Clamó Ores, fuera de sí. “¡No es posible!”

Los ojos de Graglia y Marune se enfrentaron, era una mujer dura, leal y fiera a partes iguales. Finalmente, la soldado de la Divina Protección, asintió, echándose a un lado. Su compañero la miró con sorpresa e incluso algo de indignación, pero acabó apartándose igualmente, permitiendo así que se abrieran paso en la Sacre Fomua.

Avanzaron por la larga escalera, Graglia se apoyaba en la fría piedra gris esculpida en forma de espuma de agua, su otra mano sosteniéndose el pronunciado vientre para acomodar el ascenso.

Llegaron hasta el último piso, el lugar en el que se hospedaba la Suma Sacerdotisa. Graglia estaba realizando un esfuerzo innato por contener sus jadeos consecuencia de la subida, el embarazo sin duda estaba comenzando a afectar a sus capacidades físicas. Caminaron hacia las puertas celestes del fondo, en los laterales de la estancia se hallaban dos estatuas de dos sirenas

idénticas, extendiendo sus brazos.

Graglia fue a abrir la puerta, sin embargo, Marune se adelantó, su orgullo impidiéndole no ser ella quien abriera la puerta que ofrecía acceso al salón en la que residía la Suma Sacerdotisa. En el medio de la extensa sala, sentada en una silla frente a una pequeña mesa, se encontraba la Suma Sacerdotisa, ataviada en su túnica azulada, con su enorme medallón redondo colgando de su pecho. Estaba sentada en una austera silla, al lado de la cual disponía de una mesita redonda donde, sobre un mantel blanco con bordes en dorado, se situaba una humeante tetera. La Suma Sacerdotisa se acercó la bebida a sus ya algo arrugados labios, sus largos mechones de pelo todavía no peinado cayendo sobre su rostro.

“Suma Sacerdotisa,” comenzó Marune, “disculpad esta inesperada intromisión, la reina Graglia ha...”

“Ha venido a señalar vuestra imperdonable traición a la Iglesia del Agua y al Aqua Deus.” Le cortó Graglia, dando un paso al frente.

La Suma Sacerdotisa tomó un segundo trago de su bebida, mostrándose inafectada ante tal acusación.

“Es evidente que se trata de un malentendido.” Respondió la Suma Sacerdotisa, dejando con calma el té en la mesita. “Dejadnos a solas.”

Con su orden, los dos soldados de la Divina Protección se marcharon, tras un asentimiento de Graglia, los Caballeros del Agua se fueron de la sala, dejándolas a solas.

“Querida Graglia, ¿acuse de traición? ¡Qué innecesario! Si requerís de algún tipo de concesión por parte de la Iglesia no teníais más que solicitarlo.”

“He venido a ofreceros un trato.” Se limitó a responder, no iba a caer en los juegos de la Suma Sacerdotisa.

“Me intrigáis, contadme.”

“No hay mucho que contar, simplemente he venido a acabar con vos. Este será el último día en el que ostentaréis el título de Suma Sacerdotisa. Mis antepasadas juraron asegurarse de que la Congregación de la Iglesia mostraría una lealtad al Aqua Deus tan impoluta como el agua del manantial más puro y me temo que vuestros actos ya han enturbiado demasiado dichas aguas.”

“¿Se puede saber de qué estáis hablando?”

“De ciertos libros que tenéis en posesión, unos de un carácter tan herético que sonrojarían al mismísimo Aqua Deus.”

“Ambas sabemos que no guardo ningún libro herético en mis aposentos.”

“Es cierto que no poseáis ninguno.” Reconoció sin el menor pudor. “Aunque eso no quita que ahora se encuentren, misteriosamente, dos volúmenes de *Ritos Innombrables* escondidos bajo vuestro colchón.” Ante la perpleja cara de la Suma Sacerdotisa, continuó. “Os sorprendería cómo incluso el siervo más ligado a la fe puede ser tentado por lo material. Ahora simplemente debo dar la orden, tal vez proponer a vuestros propios soldados de la Divina Protección que inspeccionen vuestra habitación, será cuestión de tiempo que den con sendos volúmenes repletos de heréticos comentarios condenando la religión Aqua y hablando de culto a otros dioses.”

Por primera vez, el rostro soberbio de la Suma Sacerdotisa se quedó blanco.

“Bien, veo que sois conscientes del callejón sin salida en el que os encontráis.” Dijo Graglia, con suma satisfacción. “Así que permitidme exponeros vuestras opciones. Podéis negar mis palabras, una elección que llevaría al descubrimiento de la posesión por vuestra parte de unos libros de un contenido tan herético que os dirigirá de cabeza a la temible Prisión Eclesiástica. Bien sabéis de las atrocidades que allí se cometen, ¿tal vez os sea tentador vivir tal espeluznante experiencia en vuestras propias carnes?” Propuso, encogiéndose de hombros, “como alternativa,

os ofrezco un apacible retiro en un convento de clausura. No dispondréis de voz alguna ni siquiera en dicho convento, seréis una mera monja del más bajo rango, aun así, estaréis de acuerdo conmigo en que es una alternativa considerable a hacer uso de vuestra voz para esgrimir constantes gritos de dolor suplicando que acaben con vuestra vida.”

“Ya veo, ¿y qué haréis después de acabar conmigo? ¿Es aquí donde concluye vuestro plan?”

“Por supuesto que no, ya sea con vuestra confesión o con vuestro encarcelamiento, poner en tela de juicio la lealtad del resto de miembros de la Congregación será pan comido. La primera opción que les propondré será la de disolver la congregación por completo, y no será hasta que vea en sus vanidosos rostros el terror a perder su estatus cuando les propondré una jugosa alternativa...”

“Nombraros Suma Sacerdotisa con el pretexto de asegurarnos de que la Congregación de la Iglesia sigue velando por la fe en el Aqua Deus...” adivinó. “Un movimiento frío y retorcido, ¿Es esa la imagen que queréis ofrecer al ser que albergáis en vuestro vientre?”

“Una imagen en la que se hace justicia, creo que será un buen recuerdo para la criatura.”

“Os felicito, Graglia, no me cabe duda de que mis compañeros de la Congregación harán lo que sea con tal de no perder sus adorados cargos, incluso permitir algo tan impensable como aceptar que una reina usurpe el título de Suma Sacerdotisa.”

“No me interesan vuestros halagos. Solo queda que escojáis vuestro cauce, ¿un final repleto de honor que os lleve a la Prisión Eclesiástica o una falsa confesión que os asegure un placentero descanso en lo que os queda de vida?”

La Suma Sacerdotisa se quedó mirándola sin pestañear, sopesando sus opciones.

“Aceptaré con buen gusto ese retiro en un convento, siempre y cuando me respondáis a esta pregunta: ¿por qué hacéis realmente esto?”

Graglia sonrió, satisfecha de que la Suma Sacerdotisa se hubiera dignado a preguntárselo.

“Una vez alguien afirmó que la única forma de convertirse en Suma Sacerdotisa sería no habiendo nacido princesa...”

El rostro de Sorabel se descompuso, revelando así que había reconocido tales palabras como suyas. “Pero, ¿cómo?”

Graglia se limitó a ofrecerle una mirada repleta de desprecio. Tras una larga pausa alimentándose de la perplejidad de Sorabel continuó.

“Disfrutad de vuestra humilde estancia como una mera monja por el resto de vuestros días. Yo alzaré la cabeza con orgullo, demostrando al mundo que una Dajalam puede ser lo que se proponga.”

## ¡Gracias por leer el primer libro de Espada de Agua!

Espero que te haya gustado *Lágrima Graglia*, el primer libro de la trilogía *Espada de Agua*. Esta precuela es una forma fascinante de contarte los orígenes de algunos de los personajes del Reinado del Agua más populares.

Ahora, es el momento de **pedirte un pequeño favor, ¿podrías escribir tu opinión en Amazon?** Me es de gran ayuda y además me encanta saber vuestras opiniones. Dejar una opinión es muy sencillo, puedes buscar mi libro en Amazon y pulsar “Escribir mi opinión”.

¡Si has decidido dejar tu opinión te lo agradezco!

También, si quieres enterarte antes que nadie de cuándo saldrá mi siguiente libro puedes seguirme en Amazon (al lado de mi nombre de autor en Amazon aparecerá el botón “Seguir”), así se te avisará en cuanto sea publicado.

O, si lo prefieres, puedes seguirme en Instagram, TikTok, YouTube (@imredwrightauthor) o subscribirte a la newsletter de mi web (imredwright.com).

## Otros libros de I.M. Redwright

Saga La Decisión de la Espada:

1.     *La Erupción Zafiro.*
2.     *La Tormenta Esmeralda.*
3.     *El Terremoto Citrino.*
4.     *El Huracán de Rubíes.*

Esta trilogía continúa con la historia de Gelegen, un imposible misterio que solo él podrá resolver... Descúbrelo en:

# ESPAÑA DE AGUA

SOLDADO  
GELEGEN

¿Quieres que te avise cuando sea publicado y así leerlo cuanto antes? Pues suscríbete a la newsletter de mi página web ([imredwright.com](http://imredwright.com)) y sígueme en Instagram ([imredwrightauthor](https://www.instagram.com/imredwrightauthor)) para no perderte ninguna novedad sobre mis libros.